LA LUCHA DE CLASES EN ITALIA

VERSION ESPAÑOLA DE GERMAN GOMEZ DE LA MATA

PIETRO NENNI

PIETRO NENNI

LA LUCHA DE CLASES EN ITALIA

VERSION ESPAÑOLA DE
GERMAN GOMEZ DE LA MATA

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION FONDO GENERAL

ediciones
ulises

OLOZAGA, 15. - MADRID

Copyright by 1931
Ediciones Ulises

PRENSA MODERNA
IMPRENTA
LARRA, 13 MADRID

A LA MEMORIA DE CUANTOS,
ILUSTRES U OSCUROS, HAN
PAGADO CON SU VIDA O CON
LA LIBERTAD SU FIDELIDAD
AL SOCIALISMO

BIBLIOTECA NACIONAL

PROLOGO

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION FONDO GENERAL

Pietro Nenni, que con Seis años de guerra civil en Italia *nos suministró un relato conciso, emocionante y pletórico de sugerencias preciosas sobre los comienzos de la dominación fascista, con esta nueva obra nos da un boceto rápido y viviente asimismo de lo que ha sido en Italia la moderna lucha de clases. El fascismo, que supone la expresión más brutal de esta lucha, se hace la ilusión y proclama con una jactancia vesánica que ha refrenado definitivamente la lucha de clases, lo cual no constituye sino una grotesca aberración, porque, de ser verdad semejante cosa, habría privado a la historia y al progreso de sus fuerzas motrices más esenciales.*

El libro de Nenni no corresponde a la historia en el sentido severo y solemne de la palabra. Atormentado por la amargura, patrimonio de todos los proscritos, de asistir desde lejos y con relativa impotencia al destrozo de su país, Pietro Nenni ha pensado, como antaño Guerrazzi, que a veces un libro es una batalla. Y entre estas páginas abundan las iluminadas con relampagueos de fusil. Periodista por instinto, vanguardista de la polémica, joven, ha tenido, además, que suplir con una avizora intuición retrospectiva de los acontecimientos la imposibilidad, común a todos los proscritos, de una documentación segura. Pero he de alabarle por la auda-

cia juvenil—de la cual no me sentiría capaz yo, sin perjuicio de haber vivido como espectador y actor más despacio y más en el foco de tales acontecimientos—que le ha impulsado a desechar los escrúpulos pedantescos del burócrata para trazar con bravura el esquema de un relato donde, a través de ejemplo tan característico cual el italiano, se refleja el fenómeno social más impresionante y el problema político más angustioso de nuestros tiempos: la crisis de la democracia y el conflicto entre la plutocracia y el proletariado en su manifestación más aguda.

Claro que en el libro habrá lagunas—no podría menos de haberlas—, y en las impresiones del autor, oscilaciones; pero a su atrevimiento, que no es temeridad, se debe el primer ensayo acerca de un suceso histórico cuyo estudio interesa en sumo grado, no sólo a los italianos, sino también, y sobre todo, a los extranjeros.

A los extranjeros más que a nadie, pues los italianos han vivido y padecido en su espíritu y en su carne estos acontecimientos. Si no les ha enseñado nada la dura experiencia, nada tienen que aguardar del mejor de los libros. La Italia política, democrática y socialista acaba de subir su Gólgota con la cruz a cuestas. Se la ha precipitado al fondo de un abismo, del cual le queda la esperanza de salir en un futuro más o menos próximo.

Las lecciones y la crítica del desastre del proletariado italiano—y no sólo del proletariado, sino de todas las clases, aun de las que ayudaron al advenimiento del fascismo con ánimo de sacar ventaja—adquieren un valor inestimable en los países donde no se ha extinguido el hálito de la libertad y todavía se hallan en estado latente las fuerzas corrosivas.

Si en Italia ha revestido caracteres netamente criminales el fascismo, a causa de circunstancias especiales que dimanan de la historia, de la psicología, de las virtudes y los defectos de la raza, dimanando sobre todo de la pobreza económica del país y, por consiguiente, de las dificultades para la reconstrucción de postguerra; si ha tenido Italia el triste privilegio de ser el campo de operación, el corpus vile de

la experiencia más feroz y al propio tiempo de la más carnavalesca tiranía, no resulta menos cierto que mañana, con ayuda de determinadas circunstancias, puede el fascismo implicar la historia misma de otras naciones que se creen al abrigo de peligro semejante. Con la libertad, en efecto, ocurre como con el oxígeno, cuyo valor no se aprecia hasta que la asfixia nos atenaza la garganta. De suerte que, incluso sin ser italiano, el lector de este libro llegará a decirse de te fabula narratur, y si no de ti, de tus hijos o tus nietos.

Aunque, por una parte, el fascismo italiano, con la destrucción de todos los valores morales de la civilización, representa un monstruoso anacronismo, un acrobático salto atrás hacia la Edad Media, cabe considerarlo, por otra parte, una anticipación histórica, porque es la demostración in vitro más palpitante de aquello de que se denotan capaces las plutocracias cuando están o se creen amenazadas en sus privilegios y monopolios. No resultan nuevos ejemplos tales; pero en el pasado cobraron—como bajo el segundo Imperio—un aspecto casi legalitario, o tuvieron—como en la represión de la Comuna parisiense—el carácter de una explosión episódica. El fascismo resume, pues, una posibilidad universal, porque no hay duda alguna de cómo se manifiesta un poco por doquiera, con formas diferentes y con diferente intensidad en estado de tendencia al menos. Bien lo ha comprendido la Internacional Socialista y ha proclamado que la lucha contra el fascismo debe ser universal también.

• • •

El libro de Nenni destruye la leyenda de que no se había batido el pueblo italiano contra el fascismo. Por las vicisitudes de su historia, por la tradición de una larga y múltiple servidumbre, por los diversos grados de civilización de sus regiones (el socialismo estaba formando la verdadera unidad nacional), por no haber conocido las grandes luchas

religiosas y de conciencia de la Reforma protestante, por el escepticismo negligente que es peculiar de los países sometidos al paganismo católico del Vaticano, por los concursos que encontró para la realización de la unidad nacional y le evitaron la experiencia y la gimnasia de las grandes revoluciones, acaso el pueblo italiano estuviera menos en condiciones que otros de oponer una resistencia suprema a un ataque que nadie había previsto ni podía prever, por cierto. Sin embargo, fué heroica la resistencia de las clases populares. Tienen el deber de decirlo y probarlo los proscritos, y Pietro Nenni no deja de hacerlo.

Pero ha de llamar muy particularmente la atención de los extranjeros el hecho comprobado de que, si el ataque fascista apeló a una ferocidad inusitada y luego la dictadura no ha podido aferrarse al poder más que reforzando a diario el aparato terrorista, es a causa de la gran fuerza cívica, política y social del movimiento socialista y de la amenaza real que este movimiento engendraba para los privilegios de la plutocracia. No hallaba tal amenaza su expresión en lo que yo querría llamar el «sarampión bolchevizante» que aquejó más o menos a todas las naciones, y contra el cual nada podía el fascismo, máxime siendo su sobornador. El «bolchevismo» sirvió en Italia de pretexto a la reacción de las capas parasitarias (cuyos sicarios fueron los fascistas) contra los resultados de cuarenta años de luchas consagrados por conquistas magníficas en la legislación, en las costumbres, en las relaciones entre el capital y el trabajo, en las obras sociales—cooperativas, casas del Pueblo, bibliotecas—, y más aún en la conquista legal del Estado por medio del sufragio universal, que aseguraba al proletariado millares de alcaldías, la administración de docenas de departamentos y un tercio de los mandatos en el Parlamento. Pues bien: de tamañas conquistas cabe decir que, aunque no estuviesen en desproporción con las fuerzas reales del partido, lo estaban con la capacidad técnica y con el grado de evolución del pueblo italiano en conjunto.

Y entonces surge una paradoja: se es demasiado fuerte

y porque se es demasiado fuerte coalíganse del otro lado tantos rencores y odios, que no se puede hacerles frente ya. Paradoja tan verídica como la que aduce que el fascismo venció a causa de su monstruosidad y su absurdidad teórica, ya que nadie se arma contra un peligro que razonablemente no es de temer.

• • •

En general, concuerdan todas estas observaciones con los hechos recogidos en este libro. No obstante, es naturalísimo que, por mi cuenta, tenga yo más de una reserva que hacer sobre la filosofía política que lo inspira.

Pietro Nenni pertenece a la generación que ha creído—y son numerosos los que no han vuelto de la misma convicción todavía—en la virtud revolucionaria de la guerra y en la situación revolucionaria que de ella iba a provenir. Por otra parte, sólo los jóvenes se dejaron tentar por esta sugerencia, y conservo vivo el recuerdo de los discursos del antiguo presidente del Consejo, Orlando, quien acusaba en la Cámara al grupo parlamentario socialista de no ser bastante revolucionario ni desentrañar la significación revolucionaria de la guerra. Me imagino que deben de ser un poco diferentes sus reflexiones de hoy desde el retiro involuntario que le impone el fascismo...

Pero, de admitir en principio que la guerra creara una situación revolucionaria, ha de cargarse el advenimiento del fascismo a la culpa de los titubeos, del bizantinismo, de la impotencia de hombres y partidos que debieron ser los animadores de la revolución.

Ha obedecido Pietro Nenni en su obra a la lógica de este principio. Sus reproches—o, mejor, sus observaciones, porque su amplio espíritu humanitario y su ponderación quitan a su libro todo carácter de requisitoria—se disgregan entre todas las fracciones socialistas. Estimo que el diagnóstico

de mi amigo es susceptible de una revisión profunda. Pero cuando aludo a mis reservas—intuitivas, además—no lo hago para salvar mi responsabilidad, sino para aprovechar la ocasión de argüir que la existencia de opiniones bien distintas a menudo en el seno del movimiento socialista no disminuye nada el mérito de la obra de Pietro Nenni, quien, por cierto, no abriga en modo alguno la pretensión de haber pronunciado la última palabra acerca de un asunto que apasiona a la opinión internacional. Ya implica para él un alto honor haber planteado con tanta sinceridad y vivacidad tanta un problema de lo más complejo. La «sesión continua» y la discusión no pueden por menos de salir ganando con la claridad con que el autor proclama sus convicciones y desarrolla su filosofía de los acontecimientos.

Mis divergencias de apreciación respecto a tal o cual extremo no me impiden llegar a la misma conclusión que Pietro Nenni, y pensar con él que «ese socialismo al que se proclama muerto constituye la mayor fuerza moral de los italianos y constituirá la realización italiana de mañana».

Sí; el día no muy lejano en que se derrumbe el fascismo bajo el peso de sus crímenes, menester será emprender la nueva obra de reconstrucción en condiciones más difíciles que las de la postguerra. Y ese día, parafraseando una añeja fórmula, gritaremos con una sola voz: «¡El socialismo democrático ha muerto! ¡Viva el socialismo democrático!».

FILIPPO TURATI

París, julio de 1930.

I

EL «RISORGIMENTO» Y LA PRIMERA INTERNACIONAL

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION FONDO GENERAL

EL DESPERTAR DE LA CONCIENCIA NACIONAL ITALIANA.—LA VICTORIA DE LOS MODERADOS Y EL PROBLEMA DE LA LIBERTAD. LAS IDEAS SOCIALES DEL «RISORGIMENTO».—LA PRIMERA INTERNACIONAL.—EL CONFLICTO ENTRE MARX Y BAKUNIN.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION FONDO GENERAL

Italia ingresó en la política europea, como nación autónoma, en el siglo XIX.

Ya en 1870, y aun puede decirse que en 1860, estaba formado el Estado italiano y se extendía de los Alpes a Sicilia, englobando, con raras excepciones, todos los países donde se hablaba italiano. Así, pues, se transformó totalmente la situación de la península en el espacio de algunas décadas. Habían pasado los siglos por la esfera del tiempo sin que apareciera un signo de voluntad italiana en el horizonte, y en escasos decenios, se precipitaban los acontecimientos.

¿Pero fué un trastrueque tal de cosas y espíritus, un empuje tan violento, efecto de una prodigiosa

improvisación, o final de una lenta elaboración subterránea, de un largo trabajo espiritual con raíces hondas? ¿Fué el «Risorgimento» italiano obra de una *élite* que se impuso a las circunstancias y las modificó a su antojo, o resultado de una transformación espontánea de las circunstancias mismas?

Es difícil responder sí o no a estas preguntas. Como la Reforma en Inglaterra, Alemania y Holanda, o como la revolución del 89 en Francia, el «Risorgimento» italiano obedece al milagro y a la voluntad, a la casualidad y al destino, a la evolución espontánea de las cosas y a la acción de filósofos, agitadores y revolucionarios selectos.

En un siglo como el siglo XIX, que ha visto la transformación del moderno capitalismo industrial y ha asistido a la modificación radical de las costumbres a consecuencia de los progresos de la técnica, no podía permanecer al margen del movimiento general en pro de la unidad nacional un país como Italia, unido por el mismo idioma y la misma civilización, que había sentido a fondo las repercusiones de la revolución francesa, y al cual se esforzaba por infundir conciencia unitaria una pléyade de filósofos y agitadores políticos.

Determinar la parte de voluntad y de casualidad, qué fuerzas prevalecieron en este movimiento, cómo y por qué a la hora misma de la victoria hubo vencedores y vencidos—un rey vencedor y revolucionarios vencidos después de ser los magnos apóstoles de la unidad, como Mazzini—, no supone una mera

cuestión de claridad histórica, sino el esfuerzo indispensable para comprender los acontecimientos que han seguido hasta el fascismo.

El «Risorgimento» marca en Italia el nacimiento de la lucha política en torno a un programa nacional. Así fué su consigna: «¡Unidad por lo pronto!» Las pequeñas contiendas municipales del pasado, reñidas en nombre de intereses particulares, cedieron el puesto a una visión orgánica del interés de la nación entera. Sin embargo, no había unanimidad entre la selección de patriotas que en 1820 empeñaron la batalla por la unidad, es decir, que no estaban a un lado los patriotas y al otro Aústria, los Borbones, el Papa y los príncipes. Aquella lucha política, quizá la más áspera, ponía en pugna, unos contra otros, a hombres cuyo objetivo propendía a hacer un gran país de la Italia que Metternich consideraba «una expresión geográfica».

¿Pero cómo y por qué medios? Aquí se dividían ya los patriotas, y no sólo a causa de rivalidades y ambiciones personales.

El tiempo transcurrido nos permite desechar cuanto se refiera a la crónica, para ver en la historia, y concluir que las tendencias contrarias entre patriotas dimanaban de móviles mucho más profundos que la rivalidad de los jefes. Era una palabra la unidad; pero detrás de esta palabra se atropellaban ideales diversos y métodos divergentes. En general, este período de la historia italiana abarcaba dos tendencias: la *moderada* y la *revolucionaria*.

Se apoyaba la primera en la monarquía saboyana, que reinaba en Turín; en la burguesía naciente, que se ahogaba entre las fronteras de los pequeños Estados italianos y necesitaba más ancho campo de acción; en ciertas capas semiaristocráticas del Mediodía, descontentas de la política centralizadora del Borbón, en fin.

La revolucionaria era republicana, y hasta cierto punto, socialista. Hablaba al pueblo y se apoyaba en la fracción más avanzada de éste y en la burguesía intelectual, liberal y demócrata.

No veía la moderada en la unidad más que la nivelación de fronteras entre los Estados italianos; pero optaba decididamente por el mantenimiento del orden social existente. La revolucionaria identificaba unidad y libertad, sin concebir la unidad sino de consuno con la libertad.

Contaba la moderada con los progresos del tiempo, con la actuación de las diplomacias europeas, con las interferencias entre una nueva organización de Europa y el interés de Italia. Contaba la republicana con la capacidad volitiva de la nación y empleaba el lenguaje insurrecto y rebelde, impeliendo a todas sus fuerzas a la guerra.

Si para la primera debía hacerse la unidad bajo el signo del conformismo, para la segunda debía realizarse bajo el signo de la revolución.

Se trataba, pues, de dos ideas opuestas, de dos fuerzas en contraste, acaeciendo a menudo que se

mezclaran en la batalla y se auxiliaran en la lucha, pero cuya síntesis se pretendió en vano.

Hasta el último minuto o, por lo menos, hasta la expedición garibaldina a Sicilia (1860), se mostró inseguro el resultado del combate. Cavour tenía en su arco tantas cuerdas como Mazzini. Si en la última década se impuso la solución monárquica, fué por razones de orden netamente conservador.

El 2 de diciembre erigió en el trono de Francia a un hombre que amaba a Italia y estaba dispuesto a servirla, aunque odiaría en adelante la revolución. La alianza de Napoleón III con la monarquía piamontesa aportó a la lucha un elemento nuevo y decisivo, que tuvo en cuenta Garibaldi a la hora de ser árbitro de los destinos de Italia.

A consecuencia de esta alianza, aun después de Villefranche, quedó falseado el equilibrio de las fuerzas nacionales. Parecía, y era de hecho, la revolución monárquica la más fácilmente realizable, quizá la única realizable inclusive.

Desde entonces era fatal que Mazzini muriese en el destierro, dentro de la Italia unificada.

Porque si estaba hecha Italia, la revolución restaba por hacer. Y Mazzini encarnaba la Unidad a la par que la Revolución.

* * *

La victoria de los moderados no eliminó de la vida italiana ciertos problemas de libertad y justicia social

planteados por los revolucionarios y que permanecían sin solución.

Hasta cabe añadir que la historia de la Italia contemporánea no es sino la de sus tentativas por resolver estos problemas, que de nuevo se han planteado constantemente ante las clases y los partidos y que todavía se plantean hoy de la manera más dramática.

Son los problemas inherentes al funcionamiento del Estado, a su organización, a las relaciones entre las clases. Para los moderados, una vez hecha la unidad, ya no había más que extender a todo el país la Constitución piamontesa; pero de un modo superficial, pactando en los antiguos Estados pontificios con los clericales, y en los antiguos Estados de los Borbones, con los «latifundistas» agrarios y los aristócratas. La solución de la cuestión romana, el problema del bandolerismo en el Mediodía, la organización del presupuesto del Estadó, la liquidación de los ejércitos particulares, la enseñanza, etc., se consideraron por los moderados del poder aisladamente y en forma de compromiso con las fuerzas del pasado.

He aquí la razón por la cual, durante los primeros años del nuevo reino, encontraron los moderados frente a ellos la oposición activa y vigilante de los republicanos. Mas poco a poco se atenuó esta oposición, sobre todo ante los nuevos problemas planteados por la irrupción de las masas obreras en la escena política. Para especificar bien que los orígenes y el antagonismo de ambos partidos no databan de intere-

ses reales y actuales, pero de más lejos, se llamaban derecha histórica e izquierda histórica. ¿Por qué este adjetivo de «histórica» sino para indicar su derivación del «Risorgimento»? Desde entonces se hallaban destinados, por una parte, a ver desvanecerse los motivos de oposición, y por otra, a que adelantaran a ambos los acontecimientos.

Se advirtió en 1876, cuando la izquierda triunfó de la derecha. A la sazón, parecía que el suceso iba a trastornar el país, y hubo de merecer que se conceptuara como una verdadera revolución legalitaria y parlamentaria. Pero casi todos los historiadores han notado que, ya en el poder, la izquierda histórica administró como sus antecesores. Rápidamente renunció a su ideología izquierdista para injerirse en el régimen, tornarse un partido conservador e inaugurar una política que pasó con el nombre de transformismo, y cuyo objeto principal fué realizar la unión de la izquierda y la derecha en una nueva formación apta para hacer frente al socialismo. Personificó esta política Agostino Depretis, que conservó el poder desde 1876 hasta 1887.

• • •

El «Risorgimento» había sido un movimiento esencialmente político y nacional. No estaba ajeno, empero, a las ideas de transformación y revolución social.

Sin remontarnos hasta Tommaso Campanella, a quien ya en el siglo XVI puede estimarse como un

precursor del comunismo; sin detenernos siquiera en Filippo Buonarroti, quien fué compañero de Robespierre y Babeuf, se halla una doctrina social amplia y humana en la obra de los enciclopedistas, que prepararon el «Risorgimento». Esta doctrina social reviste el carácter de un verdadero sistema socialista en la escuela lombarda de Romagnosi y Ferrari.

El propio Giuseppe Mazzini, que en el transcurso de su vida había de combatir con extrema violencia la Internacional, la Comuna y el materialismo, se emparenta con el linaje de los socialistas utópicos franceses. En toda su obra, se evidencia amigo apasionado de las clases obreras, adversario irreductible de los privilegios de la riqueza, demócrata iluminado que ve la vanidad de las revoluciones meramente políticas.

Así, sin ir más lejos, al comienzo del despertar de la conciencia nacional italiana, verá que no basta derribar los tronos, sino que la libertad está determinada por una transformación social radical, y diría a los obreros, que hasta entonces habían sido los artesanos de revoluciones que sólo la burguesía aprovechara: «¡La revolución será social o no será!»

Entre los promotores del «Risorgimento», el hombre cuyas ideas se acercan más al socialismo científico es Carlo Pisacane, el héroe de la primera expedición al reino de las dos Sicilias, asesinado en Capri (junio de 1857). Puede considerarse a Pisacane un verdadero marxista. siquiera ignorara la obra de Marx. Por ejemplo, en su testamento político, escribiría que la cuestión política no significa nada junto

a la cuestión económica; que el motor de la historia y la causa de las revoluciones es la lucha de las clases pobres contra las ricas; que la sociedad se divide en dos clases según el derecho de propiedad. Pisacane define el gobierno como «obstáculo para el desarrollo de las leyes naturales y sostén de los privilegiados»; subraya que el origen de la esclavitud de los obreros reside en la propiedad, fuente de miseria; proclama la revolución inevitable, y la quiere despiadada, «pues siempre hará menos víctimas que las que acumula la sociedad capitalista».

Ya está aquí un esbozo de la filosofía del materialismo histórico, a la cual se aproximaría otro de los jefes del «Risorgimento» el milanés Carlo Cattaneo.

Por ende, no fueron extrañas a los acontecimientos italianos del siglo XIX las ideas sociales y aun socialistas. Dentro de la medida en que el pueblo contribuyó a la revolución nacional, lo hizo tanto por librarse de la opresión extranjera como por luchar contra sus explotadores.

Había mucha miseria en Italia. Las condiciones de los obreros y, sobre todo, las de los aldeanos se equiparaban a la esclavitud de los trabajadores franceses antes de la Revolución. Para agravar la suerte del pueblo, se asociaban la ignorancia, el analfabetismo y en el fanatismo religioso. En el Mediodía, bajo la dominación de los Borbones; en los Estados pontificios, en las provincias sometidas a la corona de los Habsburgo, era feroz e implacable la represión y casi permanente el estado de sitio.

Se ahogaba en sangre la menor veleidad de rebelión. A los «patriotas» se los acosaba, estaban al orden del día las ejecuciones sumarísimas y las prisiones del Estado siempre rebosantes.

¡Ay! Dada su inmensa cuita física y moral, el elemento más desgraciado del pueblo llegaba a convertirse en auxiliar de la policía y la represión, especialmente en el *Mediodía*, representaba, por su lealtad fanática, un obstáculo para la lucha social.

Con todo, fueron numerosos los obreros, los pequeños artesanos y hasta los campesinos que aportaron a la burguesía liberal un concurso precioso en la conspiración, la insurrección y la guerra.

Esta vanguardia obrera suministró los primeros cuadros a la organización de los trabajadores.

• • •

La primera huella de organización obrera se remonta en Italia a 1848. Por tal época formaron unos obreros en Turín y en el Piamonte asociaciones de socorros mutuos que se extendieron poco a poco a la Toscana y Nápoles.

Pero sólo se puede hablar de un verdadero movimiento obrero después de 1860, bajo el impulso de Giuseppe Mazzini y los republicanos. Las ideas sociales de Mazzini se asimilan a las escuelas del socialismo utópico francés. Es místico e idealista. No concibe progreso ni libertad fuera de la idea de Dios y del sentimiento del deber; repudia la lucha de clases y

el colectivismo; no ve remedio para la miseria de los obreros y el egoísmo de los ricos más que en la asociación del capital y el trabajo. Rebelar a los pobres contra los ricos es para él un crimen de lesa humanidad. Cree en el beneficio de la educación, y, último de los moralistas, va a predicar entre las clases obreras—cuya redención quiere—el deber de interesarse por las luchas políticas, y entre las clases ricas, el deber de interesarse por el movimiento obrero.

Sin embargo, cuando se formó en Londres la primera Asociación Internacional de Trabajadores el 28 de septiembre de 1864, en el número de los afiliados se contaba Mazzini (1). Hasta redactó el discurso inaugural, que Marx expurgaría del inútil fárrago de la fraseología moralista y completaría introduciendo en él los dos principios fundamentales del socialismo científico: subordinación del movimiento pura-

---

(1) Mazzini y Marx se separan concretamente en el terreno filosófico. Para Mazzini, la base de toda organización es el individuo. De él procede todo. Las formas de organizarse los individuos, la familia, la nación y la Humanidad, en fin, se le aparecen como supremas realidades de la vida. Esto le induce a considerar el problema social bajo el aspecto de esfuerzo autónomo de los individuos asociados por propio albedrío, y de ahí su fórmula: «Libertad y Asociación.» Este concepto excluye naturalmente la violencia en las luchas sociales, puesto que la violencia quebrantaría los lazos que unen a los hombres en la lucha nacional y ofendería la ley divina. (Mazzini es místico y deísta por temperamento.) Revolucionario en el terreno nacional y po-

mente político a la causa de la emancipación económica de los trabajadores y autonomía de la clase obrera. «¡La emancipación de los trabajadores será obra de los trabajadores mismos!»

Mazzini y Marx se conocieron en Londres, y huelga añadir que no pudieron quererse ni siquiera comprenderse. Los separaba todo: el idealismo del uno y el materialismo del otro; el lenguaje inspirado y trascendental del italiano y el cientifismo del alemán; el patriotismo del primero y el internacionalismo del segundo.

No hubo, empero, guerra declarada entre Mazzini y la Internacional hasta después del Congreso de Bruselas (1868) y de la Comuna de París. En Bruselas, la Internacional afirmó su carácter unitario, su programa socialista, su voluntad de ser un partido obrero que tuviera como fin la propiedad colectiva y como medio la lucha de clases. Dos años más tarde, la Comuna supuso en cierto modo la primera aplicación práctica de los principios socialistas e internacionalistas.

---

lítico, se delata conservador en el terreno social, sin dejar de tener una amplia visión, que se aproxima al socialismo, de la nueva organización del trabajo. En el fondo era un iluminista sin el sentido del «devenir» social ni de la fuerza del capitalismo. No podía, pues, confundirse ni siquiera comprender a Marx, quien ve la clase ante todo, para quien las transformaciones sociales constituyen resultantes de la oposición y de la lucha de clases, y que estima la familia y el Estado como *superestructuras* determinadas por las relaciones sociales de trabajo y producción.

Produjo un entusiasmo enorme en Italia, entre la juventud republicana inclusive. Por el contrario, Mazzini, sin dejar de condenar despiadadamente a Thiers y Versalles, adoptó una posición definida contra los principios de los comuneros, separándose una vez más de Giuseppe Garibaldi, quien debía declarar: «¡La Internacional es el sol del Porvenir!»

Pero, antes de la Comuna y el Congreso de Bruselas, el movimiento internacional estaba de hecho separado de los mazzinianos. Ya en 1865 anunciaba Marx, en una carta a Engels, la llegada de Miguel Bakunin a Italia en los términos siguientes: «A través de Bakunin, en Florencia pondré minas contra Mazzini.»

Efectivamente, en cuanto estuvo en Italia—había llegado a Florencia en 1864, y de allí pasó a Nápoles—, Bakunin emprendió una vasta propaganda a favor de la Internacional, llevando la contraria a la acción de Mazzini. Le parecía la atmósfera de lo más propicia.

La miseria era atroz; gruñía la revuelta; iban en contra del nuevo Estado la antigua clase dirigente y los clericales; el Gobierno se patentizaba impotente, hasta el punto de que no vacilaba en declarar Bakunin: «La Italia unificada se descompone.» Estaba satisfechísimo de encontrarse por doquiera con una juventud entusiasta, dispuesta a batirse. Al revés que Mazzini, quien juzgaba a los aldeanos como la reserva de la reacción antinacionalista y clerical, esperaba mucho de los campesinos. «Lanzad—decía—el grito

de «la tierra para quien la labre», y veréis a los aldeanos italianos insurreccionarse para hacer la revolución social.»

En realidad, el campo permanecía bajo la dictadura de los sacerdotes, mientras en las ciudades progresaba a pasos agigantados la «Fratellanza», fundada por Bakunin. En Nápoles, Florencia y Milán salían periódicos al servicio de la clase obrera. Al propio tiempo, evolucionaban hacia el internacionalismo órganos republicanos, como el *Gazzetino Rosa*, de Milán.

De modo que, cuando en 1871 estallara públicamente la resonante polémica entre Bakunin y Mazzini, ya estaría seguro del éxito el primero. También se aproximaban más cada vez a la Internacional los jóvenes republicanos.

Tenía razón Marx para escribir a fines del año 1871: «En Italia hacemos progresos vertiginosos. Gran triunfo sobre el partido de Mazzini.»

Quedaba el tal cogido como con una tenaza entre los moderados y los socialistas. Parte de sus tropas se alistaban en la monarquía, y otra parte más reducida, bajo las banderas de la Internacional. El XII Congreso General Obrero de Roma sancionó la escisión definitiva entre mazzinianos y socialistas.

Y a poco murió Mazzini, el 10 de marzo de 1872, en Pisa.

¡Trágico destino el suyo! Había sido el magno animador de la independencia nacional, y moría con nombre supuesto, desterrado dentro de su propio país. Había sido el iniciador del movimiento obre-

ro, y éste le había adelantado, sordo a sus llamadas e invectivas. Indomable, intransigente, hosco en la firme determinación de consagrarse a su patria, había gastado una vida laboriosa en extremo para ser, al declinar su existencia, si no un vencido, un aislado en una Italia unida bajo el signo de la monarquía y del materialismo...

• • •

Después de la muerte de *Mazzini*, el conflicto entre *Marx* y Bakunin inició una nueva crisis en la asociación italiana de la Internacional. Databa la discordia entre ambos del Congreso de Bale (1869), cuando por primera vez se alzaron los comunistas socialistas (autoritarios) contra los comunistas anarquistas (antiautoritarios). Pero cobró un carácter definitivo después de la Conferencia de Londres en septiembre de 1871, durante la cual había precisado la Internacional su programa para la conquista del Poder.

Manifestaron su adhesión a la tesis de Bakunin las secciones italianas de la Internacional, que habían tomado el nombre de «Fasci operai» (haces obreros) en el Congreso regional de Bolonia (marzo de 1872) y luego en el Congreso general de Rímini (agosto del mismo año). Se sublevaron contra el Consejo general de Londres, culpable, a juicio suyo, de haber adoptado la doctrina autoritaria del partido comunista alemán, y se negaban a intervenir en el Congreso de La

Haya, para protestar así contra una doctrina que era, decían, «la negación del sentimiento revolucionario del proletariado italiano».

Sólo apoyó a Londres *La Plebe*, de Lodi, que dirigía Bignami e inspiraba Benoit Malon, refugiado en Italia desde el aplastamiento de la Comuna.

Siguieron a Bakunin el ardiente revolucionario Carlo Cafiero y los jóvenes agitadores Enrico Malatesta y Andrea Costa, con gran decepción de Marx, quien escribía en 1873: «La Alianza en Italia no es un haz obrero, sino un tropel de desocupados y repudiados de la burguesía. Todas las sedicentes secciones italianas de la Internacional están dirigidas por abogados sin pleitos, por médicos sin enfermos y sin conocimientos; por estudiantes jugadores de billar, por viajantes y dependientes de comercio y, sobre todo, por periodistas de ínfima prensa, con una fama más o menos dudosa.»

Este criterio era profundamente injusto. Los abogados y médicos sin clientela, los estudiantes y periodistas descalificados de la Primera Internacional, y con ellos la vanguardia generosa de los obreros, habían dado muchas pruebas brillantes de valor, abnegación y fe.

Por cierto que en ninguna parte, a excepción de Rusia, ha sabido el movimiento obrero sostener luchas tan fieras y terribles como en Italia.

Pronto empezaron las persecuciones. En 1862 ya el ministro Ratazzi encontraba demasiado liberal la Constitución y proponía a la Cámara un proyecto re-

trictivo de la libertad de asociación. Quedaron disueltas las sociedades obreras.

En 1868 y 1869 se abatía la represión sobre los aldeanos. Era espantosa la miseria en los campos. A los ojos de los campesinos, la unidad nacional no se exteriorizaba más que en forma de impuestos. Del nuevo Estado unitario no conocían las poblaciones más que al gendarme y al agente del Fisco. A fines de 1868, el Gobierno decretó el impuesto sobre la harina. Rezongaba la rebelión, que estalló en enero de 1869. En Lombardía, Venecia, Piamonte y Emilia, los aldeanos atacaron los municipios rurales, saquearon los molinos, levantaron barricadas y se batieron al grito de: «¡Pan, pan, pan!» ¿Apoyarían la revuelta la antigua clase dirigente, los ayer lacayos del Papa, de los Habsburgo y de Francisco V, con ánimo de restaurar los viejos regímenes? Parece posible y casi seguro. El caso es que se oyó gritar: «¡Viva el Gobierno austríaco!», «¡Viva el Papa!», «¡Viva la religión!», «¡Mueran los patriotas!»

Cuando se hiciera el trágico balance de la revuelta en cuestión, se comprobaría que hubo en ella 257 muertos, 1.099 heridos y 3.788 arrestos. Sólo en las Romañas siguió la magistratura 129 procesos contra 2.226 acusados.

En 1871 eran los obreros, y no ya los aldeanos, quienes se agitaban. Hubo huelgas en Romaña, y las hubo en Roma, en Venecia, en Génova.

Pero la represión tomó un aspecto mucho más sistemático y grave después de la Comuna. Cuanto ma-

yor era el entusiasmo de la vanguardia obrera, más vivo era el miedo de las clases dirigentes.

En 1873 fueron disueltas por primera vez las secciones de la Internacional y suspendidos los periódicos obreros.

El año 1874 vió crecer la agitación. De nuevo se tornaba muy grave la crisis económica. Estaban al orden del día huelgas y revueltas. La alianza bakuniana laboraba francamente por la insurrección. Créase un Comité secreto, del cual era secretario Andrea Costa. Se intentaba ponerse de acuerdo con los republicanos, cuyos jefes estaban presos en Villa Ruffi, cerca de Rímini. Estallaron tentativas parciales de rebelión en Bolonia, Florencia y Capua. Por falta de cohesión y organización fracasó la insurrección. El 9 de agosto de 1874 decretó el Gobierno la disolución de las secciones de la Internacional y el arresto de sus militantes. Se descubrió un complot colosal. Comparecieron ante los tribunales centenares de internacionalistas, absolviéndose a casi todos. Duró el proceso de Florencia dos meses. Otro tanto duró el de Bolonia, cuyo principal acusado era Andrea Costa.

Estos procesos constituyeron una excelente ocasión para la propaganda socialista e internacionalista. Prestaron su solidaridad a los acusados Giuseppe Garibaldi y el poeta Giosué Carducci. Lo mismo hicieron sabios, profesores y jurisconsultos.

La derrota de la insurrección acarreó una desilusión grande. No obstante, se reanudó el esfuerzo organizatorio. El advenimiento de la izquierda al Poder

(1876) en nada cambió las disposiciones del Gobierno con respecto a los obreros. En 1877, los internacionalistas del Mediodía, acaudillados por Enrico Malatesta (1), formaron bandas que pasarían a la historia con el nombre de «bandas de Benevento». Pero también fracasó su movimiento, y Malatesta fué detenido. Una vez más ponía fuera de la ley el Gobierno a los internacionalistas.

En adelante se precipitarían los acontecimientos. Enloquecidas, las clases dirigentes querían terminar con el internacionalismo. Se recurrió a todos los medios, las provocaciones inclusive. Se aprovechó el atentado de Passanante contra el rey Humberto I, así como la explosión de dos bombas Orsini en Florencia para alzar la opinión pública contra los socialistas. Se gritaba por las calles: «¡Mueran los internacionalistas!»

Por una simple denuncia de la Policía fueron perseguidos dos grupos de internacionalistas en Florencia. Se prepararon falsos testimonios y se hizo presión sobre los Jurados. Del primer proceso salieron

---

(1) Después de consagrar toda su existencia a la propaganda y la acción anarquista, Enrico Malatesta acaba ahora su vida en Roma, sin perderle de vista los esbirros de Mussolini. Su influencia ha sido considerable en Italia, sobre todo en ciertos departamentos del Mediodía. Malatesta ha representado en el movimiento anarquista una tendencia a la organización, a la lucha política gradual, a la alianza de los revolucionarios hasta para móviles inmediatos. Pero en su obra no se acusa ninguna huella de oportunismo.

tres sentencias a veintiún años de prisión. A uno de los acusados se le encontró ahorcado en su celda.

No tuvo el segundo proceso un final muy distinto. Fué condenado a cadena perpetua el internacionalista Batacchi. Sólo en 1900 le sacaría del presidio el pueblo merced a una elección legislativa. Cinco obreros fueron sentenciados a quince años cada uno.

Sonó la hora de que el Tribunal de Casación emitiera un decreto, según el cual, «como la Internacional ha dado a entender, por sus manifestaciones exteriores, que atenta a la integridad y a la vida de las personas y de la propiedad, debe considerársela una asociación de malhechores».

A diario comparecían internacionalistas ante los Tribunales. En enero de 1880 le llegó el turno a Ana Kuliscioff, joven rusa de veinte años y belleza incomparable, que había abandonado su patria por dedicarse a la causa del proletariado italiano. A su tierna edad únicamente debió que se la absolviera.

* * *

No sólo tuvieron que hacer frente a la reacción los socialistas e internacionalistas italianos. Hubieron también de librar dura batalla contra el clericalismo, que ejercía una especie de dictadura espiritual sobre los aldeanos.

Pero quizá se riñeran los combates más penosos

en el seno mismo de la vanguardia obrera. Hemos seguido a grandes rasgos la polémica entre Bakunin y Mazzini. Mientras estuvo vivo el gran caudillo republicano, el respeto que inspiraba por doquiera su personalidad logró contener las polémicas en el terreno estrictamente doctrinal. Muerto él, se entabló una refriega terrible entre mazzinianos e internacionalistas.

Más tarde sobrevino la polémica entre Marx y Bakunin, entre socialistas y anarquistas. Al pronto, los militantes internacionalistas estuvieron casi unánimes en seguir al jefe anarquista.

Pero ya se agrupaba el primer núcleo socialista alrededor de Enrico Bignami, que dirigía en Lodi un semanario socialista: *La Plebe*. En 1874, rompiendo con la tradición anarquista y republicana, un grupo de obreros presentaba la candidatura de Bignami a las elecciones.

Después, en Milán, asumía la dirección del movimiento socialista Osvaldo Gnocchi Viani.

En la Italia del Norte, el movimiento obrero se desentendía lentamente de la propaganda anarquista y abandonaba el mito de la insurrección. En 1877, el Congreso de la Federación Obrera de Italia Alta declaraba que, en la lucha por el socialismo, convenía utilizar todos los procedimientos, desde la simple palabra de un propagandista hasta la acción directa de las masas.

En 1879, Andrea Costa, que había salido de la

cárcel, se afiliaba a la escuela marxista, abandonando a Bakunin y el anarquismo, secundado por las secciones de la Italia Central.

Se iniciaba un período nuevo, caracterizado por la constitución del partido obrero socialista.

* *

II

LA FORMACION DEL PARTIDO SOCIALISTA

BIBLIOTECA NACIONAL
[illegible]

DERECHA E IZQUIERDA BURGUESAS ANTE EL MOVIMIENTO OBRERO.—LA FORMACIÓN DEL PARTIDO OBRERO.—CRISPI Y EL COLONIALISMO.—LOS ESTUDIOS MARXISTAS. EL CONGRESO SOCIALISTA DE GÉNOVA.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION FONDO ULMAN

FRENTE a la cuestión social, manifestó una incomprensión total o poco menos la burguesía italiana, lo mismo de derecha que de izquierda. No vió más que el aspecto policíaco de la cuestión. Así, pues, cada vez que hubo de sorprenderla un movimiento de masas, se escudó tras los gendarmes, puntales del orden.

Desde este punto de vista, apenas aportó innovaciones el paso del Poder de la derecha histórica a la izquierda. Hasta hay que reconocer que fueron hombres de derecha, como Sidney Sonnino y Leopoldo Franchetti quienes, hacia 1880, llamaron la atención de las clases dirigentes sobre la necesidad de practicar una amplia política social preventiva, a ejemplo

de Bismarck, en Alemania, y Disraeli, en Inglaterra. De una manera particular, insistieron sobre la necesidad de estudiar a fondo la cuestión meridional.

Según el filósofo e historiador Benedetto Croce, lo que separaba a la derecha de la izquierda era que la derecha representaba un ideal puro, mientras la izquierda acomodaba su ideal a la realidad empírica. Era lo que se llamaba «transformismo»—hoy se diría «realismo»—. Durante doce años fué su sacerdote magno Agostino Depretis. La fórmula del transformismo consistía en poner la técnica antes que la política, y dar de lado las ideas generales y los sistemas filosóficos, para no ocuparse más que de la administración. Se trataba de un régimen de corrupción y estancamiento que practicaba con largueza el proteccionismo y el paternalismo, y cuyo móvil principal era apegar a la monarquía el máximum de fuerzas demócratas y republicanas ayer, sofocando todos los movimientos anticonformistas.

Agostino Depretis ejerció así sobre la vida política del país una verdadera dictadura burocrática, que se apoyaba en la constelación abigarrada de los corrillos locales. ¿Manifestó su Gobierno una ternura particular por el movimiento obrero, conforme han pretendido tan a menudo en polémicas resonantes los demócratas lombardos?

Ninguna compresión impelía a Depretis hacia la clase obrera. Pero en 1882 y, sobre todo, en 1886, después de combatir violentamente a la Internacional y practicar con los internacionalistas una política no

menos represiva que la de la derecha, pareció que guardaba consideraciones al partido obrero el «vinatero de Stradella», como le llamaba Carducci de modo sarcástico. Lo hizo porque este nuevo partido, desde el punto de vista social, no estaba en situación de crear un verdadero peligro, y desde el punto de vista político, atacaba con la misma violencia al Gobierno y a la oposición de izquierda. Luego de la defección de Nicotera y Cairoli, se agrupaba aquélla en el Norte alrededor de Felice Cavallotti, y en el Sur, alrededor de Imbriani, ambos republicanos, patriotas garibaldinos e «irredentistas», es decir, partidarios de una política extranjera antiaustríaca y francófila, susceptible de salvaguardar la reivindicación italiana sobre Trento y Trieste.

Hacia 1880, después de la crisis de la Primera Internacional, había intentado reagruparse el movimiento obrero. En la Italia meridional, los comunistas anarquistas se esforzaban por reorganizar bandas activas; en la Italia central, máxime en las Romañas los socialistas internacionalistas se reagrupaban alrededor de Andrea Costa; en el Norte, y especialmente en Milán, había una inclinación muy marcada a constituir un partido obrero de tendencias socialistas, pero sin ninguna concomitancia con la política ni con los políticos.

Estas diversas formas organizatorias se ajustaban a la respectiva situación económica de las regiones italianas y a sus tradiciones particulares.

En el Norte, particularmente en Milán y Génova, a la creación de una industria moderna correspondía

el reagrupamiento, en las ciudades obreras, de un proletariado que no podía permanecer al margen de la tendencia general a la organización corporativa. En el centro de la península dominaban el artesanato y la pequeña propiedad. Por el contrario, en el Sur no había obreros especializados ni pequeña propiedad, sino, a un lado, un puñado de grandes propietarios, y a otro, una plebe mísera, dominada en absoluto por los sacerdotes, e incapaz, por el momento, de un largo esfuerzo organizatorio.

* * *

En 1882, a favor de la convocatoria electoral, tuvieron ocasión de asumir su responsabilidad públicamente las nuevas organizaciones sociales y socialistas.

Los partidarios de Costa, que publicaban ya un semanario con el título fatídico de *Avanti!*, proclamaron su programa. Todavía no se trataba de una adhesión sin reservas al socialismo; pero cobraba fuerza y conciencia la demarcación del anarquismo bakuniniano, a tal extremo que las secciones decidieron presentar en Imola la candidatura de su jefe, quien salió electo y fué así el primer socialista que entró en el Parlamento.

Paralelamente, creaba el Círculo Obrero Milanés una sección electoral, presentando en Milán la candidatura del obrero Antonio Maffi—que también salió electo—y afirmando su voluntad de trabajar por la constitución de un partido obrero independiente de todos los demás, iniciativa en pro de la cual labora-

ría, después de las elecciones, la Liga de Hijos del Trabajo.

A fines de 1885, el partido obrero contaba 30.000 adhesiones, y se había mostrado frente al Gobierno, con motivo de dos procesos resonantes, en Milán y Venecia.

Las elecciones del 23 de mayo de 1886 hallaron al nuevo partido en polémica con la democracia lombarda. Tenía éste de jefe a Felice Cavallotti, poeta, soldado, periodista, gran maestro de la palabra, gran corazón, continuador de la tradición patriótica de la burguesía milanesa, aunque conservador y moderado cual el que más de los hombres de derecha en el terreno social. No poseía el partido obrero jefes tan ilustres; pero disponía de una selección muy inteligente, abnegada, entusiasta, que sabía ir directa al fondo de las cosas, sin caer en la celada de las frases retumbantes. Uno de sus elementos más activos era Constantino Lazzari, contra quien no titubeó Cavallotti en lanzar la acusación calumniosa de corrupción y concusión.

Constantino Lazzari suponía el hombre más desinteresado a la par que la conciencia más rígida que darse puedan. En él respondía el obrerismo a un profundo instinto de clase. Cuando el partido obrero cedió el puesto al partido socialista, Lazzari conservó una especie de desconfianza instintiva para los burgueses y los intelectuales. Diputado y secretario del partido, permanecía obrero.

Ello equivale a decir que debían dejarle indiferen-

te el verbo de Felice Cavallotti, su lirismo, su humanitarismo noble y vago, sus ardientes pasiones patrióticas y sus batallas morales.

De ahí sobrevino una pugna en que no sólo se afrontaban dos programas, sino dos caracteres hechos para no entenderse.

Por lo demás, allende los antagonismos personales, que pudieran añadir violencia a las luchas políticas, aunque no suscitarla, el contraste entre el partido obrero y la democracia traducía, quizá inconscientemente aún, la tendencia natural y espontánea de todo movimiento obrero de veras, que es la autonomía de la clase obrera. Ahora bien; sólo a lo largo de la lucha podría formarse la conciencia de tal autonomía, para arrancar poco a poco a las masas obreras de la influencia de los patronos, de la Iglesia y también de la fraseología y el oportunismo de la oposición democrática.

Las elecciones de 1886 marcaron un progreso sensible del movimiento obrero. Costa fué reelegido en Imola; Amilcare Cipriani, prisionero de Estado, fué elegido en Forlí y Rávena; Génova y Mantua enviaban a la Cámara dos obreros.

Entonces, entreviendo la amenaza en que el nuevo partido hacía incurrir al orden social, pasó el Gobierno a la ofensiva, y en junio de 1886 decretó la disolución del partido obrero, cuyos jefes fueron perseguidos y encarcelados en enero de 1887.

Pero tocaba a su fin el «transformismo».

Pasadas las elecciones de 1886, caracterizaban la

situación política en Italia, por una parte, los progresos de la idea socialista, que comenzaba a preocupar a la nueva minoría selecta de los intelectuales, y por otra, la desorientación de la clase dirigente.

El país estaba desanimado y envilecido. Diríase que la generación que había creado Italia, agotada por el esfuerzo, se sentía incapaz de tener en sus manos el timón. Era grande la miseria y precario el estado de la Hacienda. Pero en particular afectaba a la burguesía intelectual la quiebra lamentable de la política extranjera. A las ilusiones y exageraciones de 1860 sucedía un enorme desaliento y un confuso deseo de gloria y grandeza.

La clase dirigente buscaba un hombre capaz de realzar su prestigio, y en el terreno de las miras internacionales se separaban o reagrupaban los partidos burgueses al azar de los acontecimientos.

Acusaba, en efecto, un pasivo abrumador el balance de la política extranjera, y a la herida siempre abierta de la desdichada guerra de 1866 se agregaba una larga serie de humillaciones.

La dignidad del nuevo Estado hubo de pasar por una ruda prueba en la Conferencia de Berlín, donde Austria ganó Bosnia-Herzegovina, mientras Italia practicaba la política llamada de manos limpias, y ni siquiera podía hacer discutir su derecho a una compensación en el Trentino.

Poco después vino el golpe de Túnez a aumentar el disgusto y la ira. Más tarde, en 1882, estalló como una bomba la noticia del viaje del rey a Vie-

na y de la adhesión de Italia a la Triple Alianza. En vano se irguió la conciencia nacional contra esta adhesión, que consagraba la negación del Risorgimento. Un joven estudiante de Trieste, Guglielmo Oberdan, tendió su cadáver entre Roma y Viena, como para recordar, a costa de su vida, lo que de inmoral había en una alianza que el Gobierno procuraba justificar presentando el aislamiento del país y la necesidad de precaverse contra la permanente conspiración antiitaliana del Vaticano.

Hacia 1880 nació la idea de que Italia habría podido hallar gloria, honor y riqueza en Africa. Pero no se creyó el Gobierno en condiciones de aceptar la invitación de Inglaterra para ir a Egipto, y no logró impedir a Francia establecerse en Túnez. Sin embargo, como lo impulsara a hacer algo la burguesía, se metió en la aventura colonial de Massanah, yendo a estrellarse en Abisinia, la única potencia organizada que existía en Africa.

En 1887 se truncó esta primera aventura colonial en Dogali, donde cayó deshecha una columna militar.

Y en el horizonte de la política brilló entonces la estrella de Crispi.

Antiguo republicano, inspirador y jefe político de la expedición garibaldina a Palermo y Nápoles, francmasón y jacobino por encima de todo, Francesco Crispi aguardaba su hora de mucho tiempo atrás. Creía en una misión de Roma en el mundo. Se imaginaba poder doblegar el destino adverso, conformándolo al

grado de su voluntad, que era fuerte como una roca. Igual que todos los megalómanos, tenía sed de autoridad. Apenas subió al Poder, hizo reforzar el cuerpo ejecutivo y votar una ley especial sobre la seguridad pública.

Crispi era triplicista, porque veía en la Triple Alianza una garantía de estabilidad para el régimen monárquico, y esperaba encontrar en Berlín el apoyo necesario a la realización de su sueño: dar al rey un imperio colonial.

Era antifrancés, pues había acabado por temer seriamente una conspiración francesa contra Italia.

Si intentó resolver la cuestión romana él, jacobino y francmasón, fué a fin de sacar del costado de Italia una espina que por aquella época podía provocar no pocas complicaciones. Pero, con respecto al Vaticano, como en el conjunto de su actividad en general, no supo Francesco Crispi evitar contradicciones flagrantes. Así, por ejemplo, fué durante su gobierno cuando los librepensadores erigieron en la Piazza Campo dei Fiori, a las puertas mismas del Vaticano, la estatua de Giordano Bruno, el monje rebelde a los dogmas de la Iglesia, y también surgió en el Janículo la estatua ecuestre de Giuseppe Garibaldi.

Unidas estas contradicciones a la crisis financiera, en pocos años desgastaron el lustre y la energía de Crispi, a quien asestaron el golpe de gracia los escándalos bancarios de 1890.

Fué derribado el 31 de enero de 1891 y dejó una situación más grave y confusa que la que hallara al

subir al Poder, con mayores antagonismos sociales y sin realzar el prestigio de la burguesía italiana en el terreno de la política internacional—donde había acabado por hacerse sospechoso a todos—, ni en el de la política religiosa—donde había dejado descontentos, respectivamente, a anticlericales y clericales—, ni tampoco en el terreno del colonialismo—donde, aunque había sumado la Somalia a los bienes de la Corona, no había conseguido infundir a los italianos un alma colonial—. En cambio, los debates parlamentarios sobre el fracaso de Dogali proporcionaron a los socialistas y parte de los republicanos ocasión de pronunciarse contra las aventuras coloniales. A la sazón lanzó Andrea Costa su consigna, que debía quedar como del partido socialista en las cuestiones coloniales: «¡Ni un hombre, ni un céntimo!»

* * *

Iba la caída del Ministerio Crispi a desviar de los problemas exteriores y de prestigio nacional la atención del país, para reconcentrarla en los problemas interiores y sociales.

Siguiendo un movimiento común a toda Europa, en Italia se imponía la cuestión social y socialista. El partido obrero estaba casi liquidado. Ante el Congreso de las Sociedades Obreras se había abierto el debate sobre el socialismo. En Nápoles, el año 1889, demócratas y republicanos lograron hacer rechazar el principio del colectivismo; pero, dos años más tarde,

en el Congreso de Milán, estaban en mayoría los socialistas y hacían emitir un primer voto a favor de la constitución del Partido de Trabajadores Italianos.

Decía el artículo primero del programa: «El Partido de Trabajadores Italianos tiene por objeto emancipar a los trabajadores del monopolio político y económico de la clase capitalista. Participa en la vida pública con un espíritu de clase y con plena independencia respecto a los demás partidos políticos y religiosos. Sostiene la lucha contra el monopolio capitalista por medio de la solidaridad, la resistencia, la propaganda y la cooperación».

Lejos de ser un eufemismo, tenía una importantísima significación política la nueva denominación («partido de trabajadores», en vez de «partido de obreros»), pues señalaba el final del obrerismo. Aun cuando resulten sinónimos los términos de obrero y trabajador, ciertamente, no se había decidido sin un motivo profundo la adopción de uno u otro vocablo. No sólo es trabajador el obrero manual, sino también el intelectual. Son trabajadores el peón de albañil y el arquitecto; pero sólo el primero es obrero. Por tanto, la evolución en el título del partido indicaba una evolución de conducta. En adelante, dentro de él tendrían derecho de ciudadanía los intelectuales, hasta el punto de que Filippo Turati—uno de los primeros vulgarizadores del verbo marxista—había sido el animador del Congreso de Milán e iría a representarlo en el Congreso internacional de Bruselas (16 de agosto de 1891).

Por aquel entonces estaban muy en boga de un extremo a otro de Italia los estudios sociales y marxistas. Desde hacía algún tiempo denotaba la cultura general del país una clara evolución del método especulativo al positivismo y al naturalismo. Hasta en las Universidades ocupaba Herbert Spencer el puesto de Hegel. La nueva generación se interesaba prodigiosamente por la filosofía del hecho del sacerdote exonerado Ardigo, que se había vuelto una lumbrera del libre pensamiento. A las divagaciones de los metafísicos se prefería las experiencias científicas de los laboratorios.

Pero el positivismo debilitaba la conciencia de los objetivos históricos, viniendo el socialismo a reanimar esta conciencia y a colmar esta laguna, con lo que prestó un gran servicio a la vida moral del país.

Contribuyeron en primer lugar a los estudios marxistas Antonio Labriola, que ocupaba una cátedra en la Universidad de Roma, donde explicó un curso libre sobre el socialismo, publicando en 1895 su famoso ensayo acerca del «manifiesto de los comunistas», y en Milán, Filippo Turati, quien había fundado en 1887 una revista, *Corazón y Crítica*, que dirigía con el profesor republicano Arcangelo Ghisleri, e hizo aparecer en 1891 la *Crítica Social*, primer órgano de vulgarización del marxismo y del materialismo histórico.

Al propio tiempo, emprendía la propaganda socialista un equipo joven y muy activo. Camillo Prampolini en Reggio-Emilia, Leonida Bissolati en Cremona,

Angiolo Cabrini y cien más llevaron el verbo marxista a las ciudades y los campos.

Por otra parte, toda la crema intelectual simpatizaba con el socialismo. A él aportaron Edmondo de Amicis el resplandor de su gloria literaria; su pasión de poetas, Giovanni Pascoli, Corrado Corradini y Arturo Graf; Cesare Lombroso y el joven Guglielmo Ferrero, su talento; Ada Negri, la poetisa delicada de los pobres, su alma sedienta de justicia. La revista literaria *Vida Moderna* abría una encuesta sobre el socialismo, a la cual se apresuraban a responder profesores, médicos, abogados, etc., casi todos en el sentido más amistoso.

• • •

La constitución del Partido de Trabajadores Italianos, decidida en principio en el Congreso de Milán de 1891, no se hizo efectiva hasta el Congreso de Génova en agosto de 1892. Se inició este Congreso con la separación entre socialistas y anarquistas.

Desde las polémicas que habían contrapuesto a Marx y Bakunin, resultaba muy difícil y casi imposible la coexistencia de las dos tendencias socialista y anarquista dentro del mismo partido. Ya excluyó a los anarquistas el Congreso Internacional de Bruselas. Al regreso de esta capital, Filippo Turati planteó la cuestión de la manera más concreta. «Sería bizantinismo—escribía—discutir si debe comprenderse el anarquismo en el socialismo *latu sensu*. Es un hecho

que el socialismo positivo no tiene de común con el anarquismo más que una parte de su crítica negativa de la sociedad. Pero en ambas escuelas resulta esencialmente distinto el concepto de la evolución social, distinto el propósito y distinto sobre todo el método de acción. ¿A cuento de qué, entonces, unirse para estorbarse una a otra?»

Era, pues, inevitable, la escisión. Se llevó a cabo en la primera sesión del Congreso de Génova. Sólo se opusieron a ella Costa y los delegados de Romaña, quienes declararon cómo querían permanecer al margen de ambas organizaciones.

A *raíz* de abandonar el Congreso de la calle de Sivoli, los socialistas se reunieron en la calle de la Paz, donde aprobaron la Carta del partido tras de una discusión profunda, en la cual tomaron parte, entre otros, Turati, Lazzari, Cabrini y Kuliscioff. No debía aquélla modificarse en sus líneas fundamentales hasta el Congreso de Bolonia de 1919, en pleno período revolucionario y leninista.

Decía la Carta en cuestión:

«El Congreso declara:

Que, con la organización actual de la sociedad, están divididos los hombres en dos clases: por una parte, los trabajadores explotados, y por otra, los capitalistas que detentan y monopolizan las riquezas sociales;

Que los asalariados de ambos sexos, cualesquiera que sean su suerte y condición, componen el proletariado, forzado, a causa de su dependencia econó-

mica, a vivir en un estado de miseria, inferioridad y opresión;

Que cuantos hombres contribuyan en la medida de sus posibilidades a crear los beneficios de la vida social, adquieren el derecho al reparto de estos beneficios, y en primer lugar, el derecho a la existencia.

Considerando que los actuales organismos económicos y sociales son instrumentos del predominio de los monopolizadores de la riqueza social sobre la clase de los trabajadores;

Que no podrán éstos realizar su emancipación sino a través de la socialización de los medios de trabajo (tierras, minas, fábricas, medios de transporte, etcétera) y de la gestión social de la producción;

Que no puede alcanzarse tal meta sino por la acción del proletariado organizado en partido de clase, independiente de todos los demás partidos y exteriorizándose bajo el doble aspecto siguiente:

1.° De la lucha profesional por la mejora inmediata de la vida obrera (duración del trabajo, salario, reglamentos de fábrica, etc.), lucha que pertenece al dominio de las Bolsas del Trabajo y las Asociaciones de artes y oficios;

2.° De una lucha más amplia, orientada hacia la conquista de los Poderes públicos (Estado, Municipios, Administraciones públicas, etc.) para transformarlos de órganos de opresión y explotación en órganos de la expropiación económica y política de la clase dominante;

Los trabajadores italianos que se proponen la emancipación de su clase deciden:

Constituirse en partido con arreglo a los principios de la presente resolución.»

Adoptada a las diecisiete y treinta de la tarde, esta Carta del socialismo italiano se abriría pronto camino largo.

Porque, tras del Congreso de Génova, los socialistas asumieron la dirección efectiva del movimiento obrero en toda la Península, entorpecidos apenas por la supervivencia de los grupos republicanos y anarquistas, sin gran importancia y sin cohesión.

Un año después se reunía en Congreso el partido en Reggio-Emilia, donde, desde 1886, Camillo Prampolini había emprendido la tarea de organizar a aldeanos y trabajadores y había fundado un periódico, *La Giustizia*, que reñía combate valerosamente por el socialismo.

Desde varios puntos de vista, fué muy trascendental el Congreso de Reggio-Emilia. Traía al título del partido una modificación sustancial, decidiendo que en lo sucesivo se llamara Partido Socialista de Trabajadores Italianos. Abordó y resolvió la cuestión magna de las relaciones políticas y electorales con los partidos de izquierda, y zanjó por la intransigencia el asunto de las alianzas electorales.

Ajustándose a esta decisión, procedía el Congreso a constituir un grupo parlamentario socialista, al cual se adhirió Enrico Ferri, quien hizo en Reggio-Emilia sus primeras armas dentro de la organización.

Pero, desde otro aspecto, ocupa asimismo un puesto importante en la historia del movimiento socialista el Congreso de Reggio-Emilia, y es que por primera vez terminó sus trabajos en medio de una especie de apoteosis proletaria.

Camillo Prampolini, que tenía temperamento de apóstol, y de quien Cesare Lombroso diría que encarnaba por sí solo el tipo del santo laico, ya había ganado millares de aldeanos a la causa del socialismo a lo largo de las calles de Reggio-Emilia; desfiló un enorme cortejo, donde fraternizaban los obreros de la ciudad con los campesinos, y fué a ovacionar a los congresistas. Hicieron adoptar el programa socialista por aclamación Turati, Berenini, Ferri y otros. El ciudadano Vandervelde, que representaba en el Congreso a los proletarios belgas con De Brouckère, pronunció también un elocuente discurso, en el cual puso de relieve el carácter internacional de la lucha de clases. Un telegrama de Guesde aportó al mitin la solidaridad de los socialistas franceses.

¡Era demasiado! Se escandalizaron los reaccionarios y conservadores de toda laya. Los demócratas estimaron igualmente que se rebasaba la medida.

Al cabo de tres meses, arrastrado en el torbellino de los escándalos bancarios, caía el ministerio Giolitti, que se constituyó en 1892 y había practicado ante el movimiento socialista una a modo de expectativa vigilante y armada.

El 14 de diciembre de 1893 volvía Crispi al Po-

der, lanzando la consigna de «el enemigo está en el socialismo», decidido a sofocar para siempre la propaganda y la agitación socialistas. Fué divisa de ese antiguo jacobino y republicano: «¡Con Dios, con el rey, con la patria!»

III

SEIS AÑOS DE REACCION

BIBLIOTECA NACIONAL

LOS «HACES SICILIANOS». — EL ESTADO DE SITIO. — LAS LEYES EXCEPCIONALES DE CRISPI. — LA DICTADURA DEL SABLE. — EL ESTADO DE SITIO EN MILÁN. — EL RENACIMIENTO DEL ESPÍRITU LIBERAL. — EL OBSTRUCCIONISMO EN LA CÁMARA. — LA VICTORIA DE LOS BLOQUES DE IZQUIERDA. — EL REGICIDIO DE MONZA.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION FONDO GENERAL

DESDE el punto de vista político y económico, atravesaba Italia una crisis muy grave. El tránsito del antiguo al nuevo régimen habíase efectuado con un desorden impresionante. Se hacía en condiciones de lo más desfavorable el reajuste de los efectivos del Estado. Por lo general, se ponían etiquetas nuevas a viejos organismos que ya no respondían a las necesidades de una economía prolongada. No implicaba el ideal de la monarquía organizar Italia como un valor autónomo, sino «piamontizar» la Península, es decir, generalizar los métodos que habían dado sus resultados en el Piamonte, aunque con frecuencia no se adaptaran a las otras regiones.

La centralización constituía el dogma de la nueva clase dirigente, pobre de hombres e ideas y envidiosa de las iniciativas que las provincias hubieran podido tomar en caso de reconocerles un minimum de autonomía.

De todas las provincias era Sicilia aquella donde parecía más dificultosa la adaptación del antiguo al nuevo régimen. Se hallaba en plena crisis la economía del país; disminuía la producción de cereales; el precio del vino estaba en baja; ya no resultaba remunerador el del azufre; las tasas sobre la consumación abrumaban al pueblo, que sufría literalmente las angustias del hambre; el comercio se resentía de anemia, y la agricultura, de deficiencia. Ni siquiera se pagaba en moneda, sino en naturaleza, a los aldeanos sicilianos, al igual que a los siervos de la gleba de antaño. Todos estaban en deuda con sus patronos y a merced de ellos.

En las minas de azufre, el envilecimiento y la miseria pasaban de cuanto pudiera imaginarse. Transportaban el mineral a hombros unos desgraciados niños (*carusi* en el lenguaje del país), trepando por pozos estrechos. Los mineros se los compraban a sus padres por quince o veinte liras. Se acostaban las pobres criaturitas en grutas que los lobos habrían desdeñado. Como alimento, no tomaban en junto más que un pedazo de pan y algunas aceitunas. A menudo se los recogía muertos de cansancio y de hambre en el fondo de las minas. Un periodista burgués, a quien llevaron a Sicilia azares de su profesión, ha

dejado un cuadro desolador de la vida de los mineros. «Durante mi carrera profesional—escribía—he sido testigo de escenas horribles en Italia, Francia, Alemania, Inglaterra, Africa y América. He visto ahorcaduras, linchamientos, matanzas, muertes de todas clases... Y ningún espectáculo me ha conmovido tan profundamente como el de las minas sicilianas. El trabajo bárbaro que se impone a unos niños—quienes, a causa de sus míseras condiciones de vida, son, además, víctimas de la pederastia y otros horrores—supone la más elemental negación de los derechos de la Humanidad. Se trata de algo infernal que reclama *vendetta*. Avergüénzase cualquiera de haber nacido en un país que ostenta todavía semejantes barbaries.»

También, desde el punto de vista político o administrativo, eran muy desventurados los habitantes de la isla. Las comunas estaban en manos de los feudatarios, quienes se servían del Poder para ejercer todo género de opresiones y violencias. La magistratura y la policía se hallaban humildemente sometidas a la dictadura de las señorías locales. El obrero que se rebelara contra la injusticia pasaba a ser considerado fuera de la ley e impelido al bandidaje. Así abundaban los insumisos que errabundeaban por montañas y matorrales.

* * *

Tanta desdicha moral y física tenía que llevar al pueblo inevitablemente a la insurrección. Para dar a la lucha una norma, unos móviles y una disciplina, hacia 1891, pensaron los socialistas organizar a obreros y aldeanos en ligas que tomaron el nombre de «Haces Sicilianos». Fué alma de ellos un obrero de Palermo, Garibaldi Bosco. Había estudiado en París la organización de las Bolsas del Trabajo y de la Liga de Patriotas de Déroulède, y adoptado para los «Fasci» un tipo de organización con algo de ambas.

Los «Fasci» adquirieron un desarrollo asombroso. Puede decirse que se organizó toda la isla. Sus jefes—Garibaldi Bosco, en Palermo; Nicola Barbato, en Piana dei Greci; De Felice, en Catania; Bernardino Ferro, en Corleone—procuraron ir con ellos a un movimiento socialista y aun marxista.

Sería una exageración decir que lo consiguieron. Porque a menudo se daba el caso de ver a los Haces manifestarse al grito de «¡Viva la Madonna!» o «¡Viva el rey Humberto!», o de desfilar en cortejos precedidos por la imagen de la Virgen María o el retrato del rey, lo cual, por cierto, no impedía a las tropas del ejército real tirar contra ellos.

«Plomo en los vientres vacíos» fué el remedio a que apelaron los Poderes públicos para conjurar una crisis de miseria y desesperación.

La agitación de los Haces revistió un carácter insurreccional desde el invierno de 1893. Estaba Giolitti en el Gobierno cuando se promovieron los pri-

meros disturbios, con asalto de Ayuntamientos, incendio de casetas de consumos y pillaje de molinos. Fueron muertos algunas decenas de manifestantes.

Después del retorno de Crispi al Poder, se agravaron las cosas. Crispi era siciliano. Conocía, pues, las necesidades de la isla; no ignoraba nada de las miserables condiciones de existencia del pueblo, ni de la crisis de la propiedad territorial, gravada en gran parte con abrumadoras hipotecas; ni de la laxitud del comércio, ni de la insuficiencia de las obras públicas, ni de la codicia de los propietarios; tampoco se le ocultaba que en la isla, más que en el continente, la justicia era un mito, la magistratura una esclava de los señores, el alcalde un lacayo de los ricos y el comisario de policía un pequeño tirano.

Pero a un toro así suelto en la arena le cegaba su ferocidad. Si la isla estaba revolucionada, era culpa de los socialistas, esos criminales, y del socialismo, ese crimen contra la sociedad.

¡Duro con los socialistas!

Pasaron al general Morra di Lavriano todos los poderes civiles y militares. Al revés de calmarse, se propagó el incendio con violencia mayor. Por doquiera salían los Haces al asalto de alcaldías, molinos, panaderías y quintas. Al extremo de una pica se balanceó alguna cabeza de explotador. Las tropas dispararon contra el pueblo. La isla chorreaba sangre.

En un llamamiento al país, el Comité Central de los Haces se hizo intérprete de los deseos de las

masas. «La agitación actual—decía—es el resultado inevitable, aunque doloroso, de un orden de cosas condenado inexorablemente. En esta hora solemne, ponemos a prueba las declaraciones humanitarias de la burguesía, y en nombre del pueblo pedimos al Gobierno: 1.º Abolición de la tasa sobre la harina. 2.º Investigación en las Administraciones públicas. 3.º Constitución de colectividades agrícolas e industriales.» Seguía la indicación de las leyes sociales reclamadas por el Congreso Minero de las Grutas.

El Gobierno respondió con la proclamación del estado de sitio. Redoblaron las violencias. Fueron disueltos los Haces, y sus jefes, encarcelados y entregados al fuero marcial. Se impidió a los diputados socialistas Prampolini y Aguini desembarcar en la isla. Crispi daba a su prensa la consigna de insultar a los vencidos y a las víctimas, quienes sufrieron la acusación de estar al servicio de Francia y Rusia con ánimo de separar Sicilia del reino de Italia.

Dóciles a las órdenes de Roma, los tribunales condenaban sin piedad. Entre los jefes, De Felice fué sentenciado a veintidós años de prisión; Bernardino Verri, Barbato y Bosco, a catorce años; Petrini, a treinta años.

Así restablecía Crispi el orden en su propio país.

* * *

El 17 de enero de 1894 se proclamaba el estado de sitio en la Lunigiana. También allí era grande la

miseria de los obreros, y no conocía límites la explotación de los trabajadores en las minas de mármol. La región tenía tradición anarquista y republicana. Tascando el freno, sufría el régimen policíaco que le impusiera el corrillo retardatario. Las noticias de Sicilia y los escándalos financieros hicieron renacer la esperanza en la Revolución. Se formaron bandas para bajar a las ciudades de Carrara y Massa. Rompieron las hostilidades con el ejército en Avenza y quedaron dispersas. Durante unos días hubo en los valles combates aislados, sin ofrecer en ningún momento el aspecto de una verdadera insurrección.

Pero no dejó Crispi de aprovechar la coyuntura para erigirse en defensor de la patria y el orden social. La represión fué implacable e hizo numerosas víctimas.

Cuando, el 20 de febrero, los socialistas evocaron en la Cámara los acontecimientos y mostraron al ministro sus responsabilidades, en balde intentó Crispi trocar los papeles, exagerando el alcance y sobre todo la significación de las revueltas sicilianas. No tardaron en restablecer la verdadera proporción de los hechos los diputados de izquierda Bovio, Colajanni y Cavallotti. Por lo que atañe a los socialistas, habían presentado una moción expuesta por Prampolini y que decía: «Considerando que el Gobierno, con los estados de sitio, los tribunales militares extraordinarios y las enormidades llevadas a cabo contra la vida y la libertad de los ciudadanos, so pretexto de mantener el orden y por un interés

de clase, ha dado ejemplo de violencias contrarias a las leyes, al progreso y a la justicia, y ha violado los artículos 6.°, 27, 28, 70 y 71 de la Constitución, la Cámara decide, de conformidad con el artículo 47 de la misma Constitución, que pase el Gobierno a la situación de acusado».

Se rechazó por mayoría la moción. Pero quedaba ya planteado el problema ante la conciencia del país. Había una Constitución que ligaba al príncipe y al pueblo por un pacto condicional y recíproco. Cuando una de las partes—la Corona y su Gobierno entonces—violara sus compromisos, la otra parte—el pueblo—se encontraba *ipso facto* desligada de sus obligaciones. De nuevo se formulaba, y en forma dramática, la cuestión de la libertad, que el Risorgimento no había resuelto, y cuya evolución impidiera la monarquía. Al dar sus primeros pasos, tropezaba el socialismo con el estado monárquico y militar, sostén de la reacción social. No se podría avanzar si antes no se desembarazaba de este obstáculo el camino.

Apareció de lleno el peligro cuando en julio dictó Crispi las leyes contra los anarquistas, tomando de pretexto el atentado contra el rey Humberto. Pero no sólo apuntaba a los anarquistas, sino a los socialistas, ante todo, la ley de julio de 1894. Se advirtió en el mes de octubre, al ordenar el Gobierno la disolución del partido socialista.

Entonces se despertó la conciencia liberal de una fracción de la burguesía, heredera de los moderados

que habían combatido en pro de la unidad de Italia, y por primera vez se habló de una Liga de la Libertad. Por su parte, durante el Congreso clandestino que celebraron en Parma el 13 de enero de 1895, los socialistas, sin modificar su táctica de intransigencia, adoptaron un programa mínimo (de acción inmediata), alrededor del cual iba más tarde a agruparse toda la izquierda. El Congreso de Parma tuvo una importancia considerable, ora porque demostró la inagotable vitalidad del partido de la clase obrera, ora porque cambió de nombre, llamándose en adelante Partido Socialista Italiano, y ora, en fin, porque sustituyó el sistema de las adhesiones colectivas de asociaciones profesionales con el de las adhesiones individuales, separando así la acción política de la económica.

Cinco meses después convocó Crispi a elecciones. Con antelación había borrado de las listas setecientos mil electores. La Cámara siguió siendo lo que era. Sin embargo, los socialistas aumentaron el número de sus representantes de cinco a trece.

De continuo recurría el Gobierno a la fuerza, y Crispi golpeaba la mesa con el puño a la manera de Bismarck, sobre quien modelaba su acción.

Pero le habían afectado profundamente los escándalos bancarios. Frente a él tenía en la persona de Felice Cavallotti un adversario implacable que se colocaba en el terreno—siempre temible—de la oposición moral. Había de luchar con el espectro —renaciente siempre—del socialismo, al cual en vano

intentaba dominar con la represión. Su política extranjera llevaba a un atolladero; su política colonial al desastre; su proteccionismo se revelaba impotente para sostener la industria siderúrgica. La misma clase dirigente se hartaba. Ahora se percataba de cuanto ofrecía de artificial, de peligroso, de incoherente y de teatral la política llamada «del prestigio».

La derrota de Adua (1.° de marzo de 1896), que costó la vida a cinco mil soldados y oficiales (dos generales entre ellos), asestó un golpe mortal al colonialismo y acabó por aniquilar al primer ministro, quien se veía obligado a abandonar el Poder bajo el peso de sus errores y vergüenzas, asqueando aun a aquellos que le aclamaran.

Ya no debía volver Crispi al Gobierno; pero no cesó la campaña contra él. En 1898 estuvo la Cámara a punto de denunciarle a la magistratura ordinaria por complicidad con los banqueros sospechosos.

Murió, el año 1901, en medio de un aislamiento que no careció de cierta grandeza, y creó alrededor suyo una leyenda de heroísmo y martirio, explotada más tarde por los partidarios de la dictadura.

Crispi fué el hombre del imperialismo y del nacionalismo monárquicomilitarista, el hombre de la reacción en el interior y de la guerra en el exterior. Si no guerreó de veras (aparte de la aventura de Abisinia), se debe a la desproporción entre su ensueño y sus medios, sobre todo entre sus ambiciones y las tendencias pacíficas del país. Fué el ministro del rey Humberto I, de quien interpretó el es-

píritu aventurero, los gustos reaccionarios, la inclinación al militarismo y el odio a la democracia y al socialismo. Fué al propio tiempo el hombre de confianza de la reina Margarita, mujer de sacristía y de cuartel que había soñado con ceñirse el rey y ella la corona imperial, y execraba con todas las fibras de su alma a los socialistas.

Bien a pesar suyo, su obra habría traído la República que él traicionó, si los elementos moderados y liberales de la burguesía no hubieran concertado una vez más un compromiso entre la monarquía y la libertad, compromiso que originaría la crisis actual de las instituciones democráticas en Italia.

* * *

Derribado Crispi del Poder, su sucesor, el marqués de Rudini, tomó la iniciativa de la amnistía. Entretanto, el Consejo de la Corona decidía desistir de la política extranjera y colonial del estadista siciliano, no sin que hallara tal decisión serias resistencias en la corte y en el ejército. Pero no quedaba más remedio que rendirse a la realidad. En cambio, los ministros de ayer y los de hoy, la Corona y el ejército, el Estado con todos sus engranajes burocráticos y la Iglesia estuvieron de acuerdo sobre la decisión de proseguir la batalla emprendida contra el socialismo.

Pero no abrigaba éste la menor intención de renunciar a la lucha. Los electores de Milán acababan

apenas de enviar a la Cámara a Filippo Turati; el Congreso de Florencia (1896) ponía de relieve el refuerzo de los efectivos del partido y el desarrollo de una selecta minoría proletaria; las Navidades de 1896 aportaron al proletariado un arma formidable de combate en forma de periódico diario de Roma, el cual adoptó el título de *Avanti!*, y cuyo primer director y redactor-jefe fué Leonida Bissolati.

En las elecciones del 21 de marzo de 1897, presentaban los socialistas doscientos ochenta y siete candidatos. Pasaron los electos de trece a quince. La campaña electoral dió excelente ocasión para difundir el programa de realizaciones inmediatas del partido: abandono definitivo de Africa y reducción de créditos militares, reivindicación de las libertades constitucionales, sufragio universal, soberanía popular electiva hasta en las relaciones internacionales, reforma fiscal y leyes sociales.

En el Congreso de Bolonia (septiembre de 1897) se alzaron voces para afirmar que el verdadero programa mínimo del partido era la lucha por reconquistar las libertades elementales, sin las que resulta vano cualquier esfuerzo de organización socialista. Se había hecho mella en el dogma de la intransigencia electoral, y a la sazón lo defendía Enrico Ferri contra Turati y Bissolati.

Sobre el país se abatía una nueva crisis. Los escándalos bancarios y la derrota de Adua habían sobrexcitado las pasiones populares. «¡Todos ladrones!» era la opinión del vulgo acerca de los hom-

bres de gobierno y los altos jefes administrativos.
Al enervamiento político se añadía una nueva ola de la crisis económica. No podía ser más infame el régimen fiscal. La agricultura estaba en las últimas. Faltaba pan.

En esta situación, luchaban codo con codo los partidos de izquierda, reforzando por medio de la acción la comunidad de sus reivindicaciones. Los apoyaba una opinión pública ardiente y entusiasta.

Dos hechos patentizaron hasta qué punto era sólida la cohesión de las masas. En una cárcel de Roma se encontró muerto a un hombre del pueblo, Romeo Trezzi, acusado de complicidad en el atentado de Acciarito contra el rey Humberto. Después de matarle, quisieron los carceleros hacer creer en el suicidio del preso. Pero *Avanti!* tomó por su cuenta el asunto, abrió una información y probó el asesinato. Entonces Roma honró con funerales solemnes a la víctima de los verdugos de la casa real.

Iba otro acontecimiento a conmover de manera más intensa todavía a la opinión. El 6 de marzo mataba en duelo a Felice Cavallotti el diputado Macola, sicario de la extrema derecha. Era el trigésimo duelo del diputado milanés, del poeta, del bardo de la democracia italiana. Su muerte sumió en duelo a Italia toda. Los funerales cobraron el aspecto de una manifestación nacional. En Roma, y sobre todo en Milán, desfiló la población entera ante el glorioso cadáver.

Se sentía minado el régimen. Los corrillos loca-

les daban la voz de alarma. Era menester acabar con semejante situación. Conminaron al Gobierno a intervenir y emprender la ofensiva a fondo contra el movimiento obrero. Se preocupaban al comprobar las simpatías que suscitaba el socialismo entre la burguesía intelectual, y el espíritu autónomo y batallador de la pequeña burguesía no bien asomaba a la palestra política.

Pero nada hacían los corrillos por los obreros que perecían de miseria con jornales de una lira o una lira cincuenta como pago de diez, once y hasta doce horas de trabajo, ni por el paro, ni por el coste de la vida, ni por las leyes sociales.

Así, pues, en el otoño de 1897 y la primavera de 1898, cuando se agitaron las masas y gruñó el motín de un extremo a otro de la Península, reaccionarios, clericales y burgueses coincidieron en un solo grito: «¡Fuego sobre los manifestantes!»

* * *

Corrió la sangre en Sicilia, donde comenzaron los disturbios, y en las Romañas, en Toscana, en Lombardía. Al pueblo que se sublevaba bruscamente contra sus explotadores, al pueblo que reclamaba pan e iba a cogerlo donde lo había, respondió el siniestro crepitar de los fusiles.

En Pavía se recogió acribillado de balas el cadáver de un joven estudiante, hijo de Musi, el diputado republicano por Milán.

Pero fué en el propio Milán donde a la sazón celebró la reacción sus saturnales. Había que hacer purgar a la capital moral de Italia la audacia de su movimiento socialista, la tenacidad de su tradición democrática, la simpatía de que rodeaba al elemento obrero. Había que desembarazarla de la prensa de izquierda antes de que fuese ésta demasiado fuerte. Había que cortar en seco el impulso de masas hacia la conquista del municipio, guarida de los reaccionarios y los nobles.

El 6 de mayo, el Gobierno proclamaba el estado de sitio y transmitía todos los poderes civiles y militares al general Baba Beccaris. Avenidas y bulevares vibraron bajo los cascos de los caballos y crepitó la fusilería. Se disparaba contra la muchedumbre, sin dar siquiera los toques reglamentarios de atención. En la avenida de Turín, ante una tentativa de resistencia de un grupo de obreros, se sacaron los cañones. Los periódicos fueron suspendidos y encarcelados sus redactores. Tal ocurrió con *Il Secolo* (demócrata), *La Italia del Pueblo* (republicano), *La Lucha de Clases* (socialista) y hasta con *El Observador Católico,* dirigido por el padre Albertario. Quedaron disueltos los partidos, y la misma suerte sufrieron todas las asociaciones sospechosas de izquierdismo. Se procedió a la detención de publicistas como Ana Kuliscioff y de sacerdotes como el padre Albertario, ni más ni menos que de los diputados Filippo Turati (socialista), De Andreis (republicano) y Romussi (demócrata). En la cárcel ingresó, con una multitud

de obreros. Bissolati, director de *Avanti!*, al acudir a Roma.

Fué trágico el balance de la represión. No cayeron más que dos muertos entre los polizontes, lo cual prueba que no hubo sublevación popular. Del lado del pueblo se contaban cuatrocientas víctimas, entre ellas ochenta muertos, según cifra oficial, de seguro inferior a la realidad.

Demostraban la ferocidad a la par que la sandez de la autoridad militar dos episodios grotescos. Prestando fe a una denuncia falsa, creía la policía que los amotinados habían establecido su cuartel general en el convento de capuchinos de la puerta Monforte. El convento fué cercado por las tropas y conminado a rendirse. Se abrió una brecha a cañonazos, y cuando, tras de mil precauciones, ocuparon los soldados el edificio, se encontraron en presencia de algunos frailes y mendigos paralizados por el miedo.

El otro episodio es el siguiente: La policía había extraído del bolsillo del diputado republicano De Andreis un plano de la ciudad donde estaba marcado con líneas y puntos rojos un trayecto misterioso. Pretendió hallarse en posesión del plan insurreccional e hizo publicar la noticia por la prensa, con los comentarios que cualquiera adivina. Pues bien; se trataba, sencillamente, del plano de instalaciones eléctricas urbanas, de las cuales era ingeniero el diputado De Andreis.

Pero en el país de Polichinela no mata el ridículo. Nada más que en Milán, pergeñó la autoridad ciento

veintinueve procesos, con ochocientos veintiocho acusados, de quienes fueron condenados seiscientos ochenta y ocho.

También lo fueron Turati, De Andreis y los demás jefes a doce años de presidio por los tribunales militares.

Se había salvado la patria, y para testimoniar su suprema satisfacción, el rey Humberto escribió de su puño y letra al general Bava Beccaris felicitándole por el «gran servicio prestado a las instituciones y la civilización», y anunciándole que le otorgaba la gran cruz de la orden militar de Saboya.

Con su vida debía expiar esta cobardía digna de un rey.

Ya estaba satisfecha la pandilla. Pero pronto hubo de advertir lo deficiente de esta operación. El socialismo, al cual daba por muerto, gozaba de buena salud. Bajo la tormenta, permanecían fieles a él las masas, y de señalar es el hecho sintomático de que, aun ante los tribunales militares, no faltaron oficiales que asumieran valerosamente la defensa de los acusados.

Empezó el gobierno Di Rudini por acusar su debilidad dejando el Poder. Le sucedió el general Pelloux, con el programa de imponer al país la dictadura del sable.

¡Tarea difícil!

Tantos ataques a la Constitución y a la libertad, tantas violencias y tantos crímenes, habían sublevado la conciencia moral del país, y cuando el general

Pelloux presentó a la Cámara (4 de febrero de 1899) las leyes contra la prensa, contra el derecho de asociación y reunión, contra el derecho de huelga y para la militarización de los ferroviarios, halló frente a él una oposición vigorosa, incansable, valiente, que no retrocedía ante ninguna responsabilidad ni vaciló en atrincherarse tras la obstrucción sistemática con objeto de impedir la votación de tan malvadas leyes.

Hasta 1900 duró esta batalla verdaderamente épica, cuyo héroe fué en cierto modo Enrico Ferri. Impulsado por Sonnino, que era el alma y el jefe de la mayoría reaccionaria, el Gobierno ensayó todos los medios para obtener la votación. No lo consiguió. En cambio, se pasaron a la oposición los liberales, con los antiguos ministros Lanardelli y Giolitti a la cabeza. Iniciado el 26 de mayo, al cabo de un mes, cuando el Gobierno tuvo que aplazar la etapa parlamentaria, no había adelantado ni un paso el debate sobre las leyes de Pelloux.

A la reapertura de las Cámaras, recomenzó con mayor violencia el obstruccionismo. Por primera vez se tornó el Parlamento centro de la vida política y moral del país. Tuvieron un éxito enorme los diputados de la extrema izquierda, en particular Ferri y Pantano (radical).

De nuevo suspendió las sesiones el Gobierno, aprovechándolo para promulgar por real decreto (junio de 1899) las leyes de excepción. Pero, cuando volvió a reunirse la Cámara, el 31 de enero de 1900,

la izquierda, segura de la victoria, atacó con coraje redoblado.

Mientras, la democracia milanesa había expulsado del Poder a la pandilla reaccionaria en el transcurso de una batalla electoral donde habían formado bloque contra ella socialistas, republicanos y radicales.

El problema de la amnistía quedaba resuelto parcialmente por el decreto de enero de 1899 y por la elección en Pietraganta del presidiario Batacchi, el internacionalista condenado en 1867 por el asunto de las bombas de Florencia e indultado por el Gobierno.

Y para colmo, carecían de valor legal las leyes de excepción, pues el Tribunal Supremo las había declarado inconstitucionales y de absoluta nulidad jurídica.

Sin embargo, no cedió el Gobierno, fortaleciéndole una primera votación al discutir los artículos, en la cual había obtenido doscientos veintidós votos contra ciento ochenta y nueve. Pero arreció la discusión al seguir discutiéndose los artículos. Después de veintiún días, todavía duraba el debate sobre el primer párrafo.

Entonces presentó la mayoría una moción-guillotina para modificar el reglamento de la Cámara. Según esta moción, una ley aprobada por las comisiones sería valedera dos días después de depositarse sobre la mesa de la Cámara. Era la supresión del Parlamento.

Una vez más se mantuvo firme la minoría. El diputado Pantano lanzó en el debate una palabra que ha-

cía temblar a la dinastía: constituyente. Quiso el presidente impedirle hablar; pero, durante cuatro días, ocupó la tribuna el diputado radical.

Algunos meses más de batalla, una tentativa infructuosa de hacer votar por sorpresa las modificaciones del reglamento, y ya no quedó al Gobierno sino un medio: disolver la Cámara y convocar elecciones. Así lo hizo, decretando que se votara con las listas de 1898. Se fijaron las elecciones para el 3 y el 10 de junio.

Entonces se transportó el debate del Parlamento al país. La oposición, con perfecta disciplina, no presentó más que una candidatura por cada circunscripción. En Florencia fué candidato suyo Gabriele d'Annunzio, contra Cambray Digny. Electo en la anterior candidatura, el poeta se había situado a la derecha, y luego, en la sesión de 27 de marzo de 1900, dejó en pleno tumulto la tal derecha, cubil de las fuerzas muertas que aúllan, por la extrema izquierda, declarando: «Voy al lado de la vida».

El llamamiento al país dió por resultado un triunfo de las izquierdas. De dieciséis que eran, volvían a la Cámara treinta y tres socialistas, con treinta republicanos y treinta radicales junto a ellos en los bancos de la extrema izquierda.

Ni siquiera se atrevió el Gobierno Pelloux a presentarse ante el Parlamento, y cedió el puesto a una combinación de derechas, menos comprometida, que presidía Saracco.

El 29 de julio de 1900 la lucha por la libertad to-

caba a su epílogo con el regicidio de Monza. El joven anarquista Bresci, llegado de América, disparó sobre el rey Humberto, hiriéndole mortalmente. Ante los jueces declaró el regicida que había querido vengar las muertes de Milán y castigar en la persona del rey al hombre que no había titubeado para felicitar al general Baba Beccaris, sombría hiena con apariencia humana.

* * *

Giovanni Bovio, filósofo y político italiano, ha dicho que, matando al rey, Gaetano Bresci salvó la monarquía. Nada de paradójico en esta afirmación. El pistoletazo de Monza vino a romper hasta cierto punto la cadena que ligaba a la monarquía con los ministros reaccionarios, desde Crispi hasta Pelloux. Subía al trono un nuevo rey. Decíase liberal y demócrata. Juraba por todos los dioses que quería consagrarse al bienestar del país y al desarrollo de las instituciones liberales. Su suerte inspiraba alguna piedad. Siempre hay cándidos que se dejan atrapar en la celada del sentimentalismo. Aunque nadie había llorado la muerte del rey Humberto—salvo el séquito servil de cortesanos—, aunque ningún respeto inspiraba el dolor de la reina Margarita, se prestaba algún crédito a las lágrimas de Víctor Manuel III. Por otra parte, el hijo de Humberto no tenía la menor majestad ni en lo físico, ni en lo moral, ni en los gustos. Como príncipe, había llevado una vida borrosa. Llegada la hora de

casarse, había escogido mujer en una dinastía de carbreros, ofreciéndose a los *lazzi* de la aristocracia romana. Todo le acreditaba cual demócrata. Pero sobre todo no se había comprometido con nadie y no tenía voluntad personal.

Tras del desastre de la política de autoridad y prestigio, la burguesía se decía que era el momento de cambiar de método. Se brindaba a los nuevos consejeros de la Corona una nueva acción: por lo pronto, inaugurar una política liberal, susceptible de apartar a los liberales de su tradición republicana, que se había reforzado en los últimos combates; luego impulsar a la Iglesia católica y romana a darse cuenta del peligro que correría en caso de revolución y a poner sus fuerzas a disposición del Gobierno y del orden social; por último, practicar cerca del socialismo una política preventiva que, dentro de los límites oportunos, se adelantara a las proposiciones socialistas. Más tarde, se podría incorporar a la órbita de la monarquía una fracción del movimiento obrero.

Para esta política se ofrecía Giolitti, que rehuyó el Poder siete años antes. No ignoraba que habría sido imposible desenvolverla con el rey Humberto. Estaba dispuesto a sacar de la nueva situación el máximum de ventajas.

En otros términos, se preparaba a resolver el problema de la libertad sin tocar a la monarquía y por un compromiso.

IV

BAJO EL SIGNO DEL COMPROMISO

LA ERA LIBERAL.—LA HUELGA DE GÉNOVA. GIOLITTI EN EL PODER.—EL DERECHO DE HUELGA. — LA POLÍTICA DE COALICIÓN. LA POLÉMICA ENTRE REFORMISTAS Y REVOLUCIONARIOS. — LA PRIMERA HUELGA GENERAL.—LA GUERRA COLONIAL EN TRIPOLITANIA.—LA VICTORIA DE LOS REVOLUCIONARIOS EN EL CONGRESO DE REGGIO-EMILIA

BIBLIOTECA NACIONAL

El ascenso de Víctor Manuel III al trono coincidió con la inauguración de una política formalmente liberal. *Incipit vita nova!* Había sido batida la reacción bajo todos sus aspectos: nacionalista y colonista, con Crispi; burocrática, con Di Rudini; militar, con el general Pelloux.

Durante el breve e indecoroso Ministerio Saracco, se rechazó concretamente una solapada tentativa de estrangular la libertad de asociación. Fué en Génova, a fines del año 1900. Los armadores y mercachifles de la ciudad mediterránea tragaban hiel con impaciencia ante los progresos de la organización de los *dockers* y demás categorías de trabajadores del mar. Esta organización había asegurado mejoras materiales impor-

tantes a la clase obrera y, sobre todo, había libertado a los obreros de la tiranía de sus contratistas, verdaderos negreros que especulaban vergonzosamente con el trabajo y la miseria.

El 19 de diciembre de 1900, acatando las órdenes de los armadores, el prefecto Garroni decretaba la disolución de la Bolsa de Trabajo, con pretexto de que excitaba a los obreros a la huelga.

Era conocer mal a la clase obrera genovesa, tranquila y ponderada de ordinario, que ha denotado siempre un firme espíritu de resolución cuando se atentaba a sus intereses y libertades.

Al anuncio del decreto prefectoral, los *docken* proclamaron la huelga general, que desde el puerto se propagó a las industrias y a los servicios públicos inclusive. Duró compacta cuatro días. En la alternativa de desautorizar a su prefecto o recurrir a la violencia, el Gobierno salió del apuro manteniendo en el puesto a su funcionario, pero recomendándole que dejara reconstituirse la Bolsa del Trabajo. En efecto, cinco días después del decreto de disolución, el proletariado inauguraba una nueva Bolsa del Trabajo con una manifestación solemne que se celebró en el teatro municipal. No se reanudó la faena sino luego de reelegir a la antigua Junta ejecutiva.

Fué una victoria sin precedente para el proletariado genovés y para el proletariado italiano entero. Ocasionó la dimisión del Ministerio, que, titubeando entre una política liberal y las veleidades reaccionarias de algunos de sus miembros, se encontró combatido

a la vez por la derecha y por la izquierda: por la derecha, a causa de los incidentes de Génova, y por la izquierda, que no dejaba de protestar contra un proyecto de ley presentado al Senado por el ministro de Justicia.

Resultó muy confuso el debate parlamentario, aunque salió de él una mayoría de izquierda. Entonces el rey, fiel a la designación de la Cámara, llamó al jefe de la izquierda liberal, Zanardelli, un veterano del Risorgimento, quien confió la cartera del Interior a Giovanni Giolitti. Se habían olvidado los escándalos del Banco Romano, y el hombre que estuvo a punto de ser detenido siete años antes, el hombre que quiso hacer senador al banquero sospechoso y concusionario Tanlongo, y que sustrajera a la Justicia documentos esenciales, volvía al Poder rodeado del prestigio de un defensor resuelto de las libertades constitucionales.

• • •

Giovanni Giolitti, que asumió la presidencia del Consejo dos años después, a la muerte de Zanardelli, fué el estadista y parlamentario más considerable de la historia italiana durante el primer cuarto de siglo.

Con él se convirtió en método gubernamental el empirismo. Se trataba de un hombre frío, sin pasiones, muy poco comunicativo. Por la época en que los jovencitos de su generación abandonaban los estudios para ponerse la roja camisa garibaldina o para alis-

tarse bajo la bandera del rey, Giolitti se instalaba prosaicamente en un sillón de la administración del Estado. En política había hecho una carrera rápida, interrumpida por los escándalos del Banco Romano. Aportaba al ejercicio de su mandato parlamentario cualidades excepcionales de administrador, un don bastante raro de claridad en la exposición de sus proyectos, una instintiva desconfianza hacia los militares y, sobre todo, una especie de pragmatismo político que cuadraba con los gustos del Parlamento.

En la verdadera acepción de la palabra, Giolitti no fué nunca un liberal, y menos todavía un demócrata, pues ante todo era un corruptor y un intrigante. Sin embargo, tenía una noción clara de las necesidades de la clase obrera y de la urgencia de hacer algo por mejorar la suerte de los trabajadores. No creía en la eficacia de la violencia contra los hambrientos, sin que ello le impidiera, por cierto, cubrir y defender a sus gendarmes cuando no vacilaban éstos en ametrallar a los proletarios, lo cual ocurría a menudo.

Desde su advenimiento al Poder, Giolitti proclamó los derechos de asociación y huelga, sin conmoverse por demás con las jeremiadas de los propietarios agrarios. Era en el Gobierno—donde permaneció, con breves interrupciones, hasta 1914—el representante de la nueva burguesía de los negocios, fuerte ya en Inglaterra, Francia y Alemania, que empezaba a organizarse entre nosotros.

A la proclamación del derecho de huelga siguió

un intenso período de agitaciones proletarias que sometieron la clase dirigente a ruda prueba. Los aldeanos del Norte y del Mediodía, los obreros de las ciudades, los funcionarios del Estado y de los Ayuntamientos, los ferroviarios y, en una palabra, todas las categorías obreras, reclamaron aumento de salario y disminución de horas de trabajo. Por doquiera se organizaban los campesinos en ligas de clase, reagrupándose en torno al credo socialista.

Enloquecida, la antigua clase dirigente lo calificaba de escándalo, de fin del mundo, de traición del Gobierno. Por algunas cifras se podrá formar cierta idea del fenómeno. Las huelgas, que habían llegado al número de 643 en el año 1899-1900, aumentaron al de 1.852 en el 1900-1901; en la agricultura se pasaba de 36 a 856 huelgas. En Bolonia, el 26 y 27 de noviembre de 1901, se reunía un Congreso de aldeanos, donde estaban representadas 704 ligas, agrupando 144.278 afiliados. En el Congreso Sindical de Reggio-Emilia participaban 57 Bolsas del Trabajo, cuyos efectivos pasaban de 200.000 inscripciones.

Todo este movimiento se hallaba dirigido por los socialistas, que se servían de la libertad para perfeccionar su organización.

A los gritos de espanto de los reaccionarios no temía responder Giolitti que la culpa era de la burguesía, por haber rechazado harto largo tiempo las legítimas reivindicaciones de los obreros.

Entonces se vió a los armadores de Génova recusar el arbitraje del jefe del Gobierno en un con-

flicto con las organizaciones obreras. Desde Mantua, el senador Silvino Arrivabene telegrafiaba al rey que «con sus propias manos había trabajado sus tierras, en otro tiempo arrebatadas por Austria y objeto hoy de un *boycottage* por parte de la nueva tiranía de las «Ligas», a lo cual respondió el rey que, después de todo, no era un mal tan grande que los propietarios experimentaran la dura ley del trabajo.

El ataque contra el Gobierno repercutió del país en el Parlamento, donde Sonnino se hizo intérprete de las preocupaciones de la clase dirigente. Giolitti se mostró de una franqueza casi brutal en su respuesta. Acusó francamente a sus adversarios de no haber comprendido nada de la transformación social de Italia en cuanto atañía a la industria y al comercio; negó los móviles políticos de las huelgas; añadió que el interés de quienes no querían subir los salarios no podía confundirse con el interés de las instituciones; concluyó afirmando que la cuestión social no era un asunto de simple policía.

A la sazón se planteó para los socialistas, intransigentes hasta entonces, el problema de saber si votarían o no por el Gobierno. Decidieron que sí por unanimidad. Encargado de explicar las razones del grupo socialista, Camillo Prampolini comenzó su discurso diciendo: «Hablo en contra del Ministerio Sonnino...» Luego, ante una Cámara al pronto hostil y al cabo conquistada, expuso los motivos de las agitaciones obreras y evocó la vida mísera de los aldeanos, que, en

ciertas regiones, no ganaban más de sesenta y aun cincuenta céntimos al día.

Era un orador sencillo (1), aunque extraordinariamente emocionante. En su provincia de Reggio-Emilia había realizado una obra moral y socialista que despertaba la admiración misma de los adversarios de buena fe. Imponían respeto su vida de asceta, su evangelismo cristiano a la par que moralista, el predomonio de los motivos morales sobre los materiales a través de su propaganda. En el encabezamiento de su periódico había inscrito una fórmula que traducía bien su pensamiento y sus preocupaciones. Rezaba así: «La miseria no nace de la maldad de los capitalistas, sino de la naturaleza de la organización social, de la propiedad privada. Así, pues, no predicamos el odio a las personas ni a las clases ricas, sino la urgente necesidad de una reforma social que haya de situar la propiedad colectiva como base de la sociedad.»

En el discurso de 17 de junio de 1901 se produjo Prampolini con tanta elocuencia, que conquistó a la Cámara. De modo que hubo de interrumpirle una ovación frenética cuando exclamó: «Extirpemos las uñas a la bestia humana, que pertenece a todas las clases.» Tribunas, Gobierno y hasta el viejo presidente de la Asamblea se asociaron al homenaje du-

(1) Después de haber dedicado toda su vida al socialismo, Camillo Prampolini acaba en Milán su larga jornada en silencio, que es su última manera de permanecer fiel a su ideal y a su clase, y entre los padecimientos de una enfermedad implacable.

rante una tregua de un minuto, pasado el cual de nuevo vino la lógica implacable de los intereses a oponer unos contra otros partidos y grupos.

El Gobierno salió victorioso del debate por una mayoría de 264 votos contra 184. Más dura fué la batalla en el Senado, donde, en cuestión de confianza, obtuvo 47 votos contra 41.

* * *

Apenas dos años después de los acontecimientos sangrientos de 1898, se había modificado profundamente la atmósfera del país. Por ende, el movimiento socialista, siempre muy sensible a la realidad social que le rodea, sentía la necesidad de ajustar sus principios y su acción a las nuevas posibilidades.

En el Congreso de Roma (septiembre de 1900), el partido socialista ya había elaborado una relación de reivindicaciones inmediatas, donde figuraban especialmente la libertad de opinión y organización, la abolición del artículo 3 de la ley de Seguridad, y la de los artículos 247 y 251 del Código penal, que concernían al crimen de apología de la lucha de clases. Además, se reclamaba la neutralidad del Estado en los conflictos entre capital y trabajo.

A partir de entonces quedó la puerta abierta a disensiones entre reformistas y revolucionarios, entre los que parecían subordinarlo todo a las necesidades del momento y los que ponían en el primer plano de sus preocupaciones la formación de la conciencia re-

volucionaria de las masas. Tales disensiones, que no se manifestaban muy graves en el terreno ideológico, donde era fácil sintetizarlas con una acción que tomara en cuenta el presente a la vez que el provenir, se lo tornaban en el terreno parlamentario, donde se trataba de traducir inmediatamente el pensamiento por la acción en forma de votaciones.

Aunque el partido estuvo unánime para aprobar la decisión del grupo parlamentario de votar por el Gobierno en el escrutinio que siguió al debate de junio de 1901, no pudo por menos de alarmarse, en cambio, cuando la política de sostén se generalizó hasta el extremo de que los socialistas aparecieron como definitivamente englobados con la mayoría gubernamental. Era tanto mayor el peligro cuanto que esta mayoría gubernamental y su jefe procedían con arreglo a un método empírico, al que no animaba ninguna fe en la libertad ni en la democracia. De tal guisa, pabasa Giolitti, con una desenvoltura grosera, del llamamiento a Filippo Turati para participar en el Gobierno a la alianza con los clericales, de la apología del derecho de huelga a la apología de los gendarmes matadores de Berra o Buggeru (1), de la exaltación de la libertad de asociación a la militarización de los ferroviarios, esforzándose de continuo por tener las riendas del Poder, y apoyándose en una multitud de inte-

(1) Berra y Buggeru, poblachos de Emilia el primero y de Cerdeña el segundo, fueron teatro de dos episodios (dos entre otros muchos) de la represión sangrienta de las huelgas aldeanas.

reses grandes o pequeños a la par que en una clientela personal reclutada en el Mediodía.

En el Congreso de Imola (septiembre de 1902) se erguían una contra otra las dos fracciones socialistas, reformistas o transigentes contra revolucionarios o intransigentes. De un lado, Turati, Treves, Pietro Chiesa, y de otro, Ferri, Labriola, Rigola (1), desarrollaron temas opuestos. A la postre se vió con toda claridad que, más bien que de métodos inconciliables, las dos fracciones suponían expresión de dos estados de ánimo diferentes, y sobre todo de una preocupación de orden político. En los revolucionarios, se traducía ésta por el temor a acabar acreditando la ilusión de que estaba resuelto el problema de la libertad, de que la democracia se identificaba con el parlamentarismo, de que el voto reemplazara a la acción directa de las masas, y de que era tan importante o aun más una transformación ministerial que una transformación constitucional.

No se conjuró el verdadero peligro más que en parte.

El Congreso de Imola, como todos los siguientes,

---

(1) Rinaldo Rigola, ciego, debía ser, unos años más tarde, secretario de la Confederación General del Trabajo y evolucionar hacia la derecha del movimiento. En los últimos tiempos se había aliado al régimen fascista, con cierto número de antiguos cegetistas. En Milán dirigió la revista *I Problemi del Lavoro*, que hace al fascismo una oposición de detalle y asimila al *Lavoro*, de Génova, que pertenece a la misma tendencia. Pero su tentativa estaba llamada a un fracaso completo.

hasta el de Reggio-Emilia (1911), por cierto, dió la mayoría a los reformistas, quienes recolectaban principalmente sus adeptos en el valle del Po. Allí, al socialismo utópico, insurreccional y jacobino del comienzo, al empuje desordenado de las masas hambrientas y rebeldes, había sustituido un movimiento socialista constructivo, mucho más afecto a las cosas que a las palabras, para el cual no era el colectivismo una vaga aspiración revolucionaria, sino una conquista diaria, un eterno devenir. El proletariado se organizaba en cooperativas de consumación y producción, compraba tierras y máquinas, edificaba casas, se esructuraba sobre la base de intereses concretos y positivos. En la lucha que debía reñir cada día y cada instante contra el capitalismo, y en particular contra los agrarios, este proletariado era particularmente sensible a la actitud del Poder central, sin el cual no acertaba a pasarse. Por tanto, seguía la propaganda reformista, que procuraba extraer de la situación el máximum de reformas útiles a la clase obrera, poniendo sordina a la crítica marxista del Estado de clase.

En general, la propaganda reformista, entre 1900 y 1910, propendía a desarrollar los motivos liberales del marxismo. Filippo Turati, a quien correspondía el honor de transportar a un dominio práctico los estudios marxistas, y que sería en lo sucesivo el jefe espiritual y *leader* parlamentario del partido, se dejaba arrastrar hacia el compromiso con las fracciones avanzadas de la burguesía por su temperamento, por

su realismo, que sólo con reservas aceptaba las grandes frases y los grandes proyectos; por la convicción que profesaba de que a la revolución no podría llegarse sino por evolución, y de que se requerían *libertades* antes de tener *libertad*, como se requerían *reformas* antes de tener un proletariado maduro para el socialismo.

De la célebre proposición marxista: «El hombre labra su historia, pero en condiciones determinadas», la propaganda *reformista* subrayaba la segunda parte e ignoraba la primera, lo mismo que aceptaba la consigna marxista de: «El primer deber de la clase obrera es la conquista de la democracia» en un sentido restrictivo, es decir, considerando la democracia desde un punto de vista formal y superficial, y el socialismo como un desarrollo del movimiento democrático.

Sobre este terreno era fácil caer en un reformismo mezquino y estrecho, vaciando de fe revolucionaria al partido y haciéndole perder su carácter de lucha de clase. Tal acaeció a Bissolati, quien, en el Congreso de Milán (1906), definió aquél como una rama seca del árbol proletario.

* * *

Aunque la mayoría del partido secundara a los reformistas en su tentativa de sustraer al Estado a la dominación de la derecha por medio de una política de compromiso parlamentario, la izquierda podía contar a su vez con amplias simpatías en la clase

obrera. Un inquietante despertar del clericalismo, la periodicidad de los conflictos entre las fuerzas de Policía y los huelguistas, la obra corruptora del Gobierno, su carencia de ideas generales y de principios directivos, el estancamiento de la vida parlamentaria eran factores que en conjunto acarreaban—amén de cierto desprecio a la política—sobresaltos de sindicalismo autónomo y de acción directa. A tal punto, que después de los sangrientos sucesos de Buggeru, donde fueron muertos cinco obreros, la izquierda obrera, que hacía en Milán una ruidosa campaña antirreformista, consiguió arrastrar al proletariado a una huelga general que tuvo lugar en septiembre de 1904; duró cuatro días y revistió un carácter de protesta contra los métodos represivos de la gendarmería.

Se conmovió la opinión burguesa, despertándose sus instintos de violencia y persecución, e impulsó al Gobierno a pegar fuerte. Este prefirió aprovecharse de la nueva situación para recurrir a unas elecciones generales, disociar el bloque de izquierdas, aislar y batir a los socialistas. Para ello no vaciló en negociar con la Iglesia en la sombra.

No había cesado de intrigar en Europa el Vaticano contra la unidad italiana; pero empezaba a adaptarse a su Estado. Ya hubo de mostrarse muy indeciso León XIII entre sus tendencias antiitalianas y las preocupaciones que suscitaba en él la conquista socialista de los aldeanos. Después de la encíclica *Rerum Novarum*, precisó la doctrina de la Iglesia en materia social, sin querer ceder a los socialistas el

monopolio de la defensa de los obreros. Este Papa, muy culto, había visto con buenos ojos surgir y organizarse la democracia cristiana. Pero, como se deslizara hacia el modernismo, la excomulgó Pío X. El sucesor de León XIII en el trono de San Pedro era de tendencias conservadoras muy acentuadas, italiano e italianizante poco inclinado a la diplomacia. Su credo político se atenía a las prescripciones del Syllabus. No se trataba, pues, de hombre que rehuyera la batalla antisocialista. Después de la huelga general abrogó el *non-expedit*, es decir, la prohibición hecha a los católicos de ir a las urnas, y los dejó en libertad de sentarse en la Cámara y participar en el Poder ejecutivo, cubriendo el compromiso con la fórmula: «Católicos diputados, sí; diputados católicos, no.»

Sin embargo, las elecciones de 1904 no surtieron el efecto descontado por los reaccionarios, el Gobierno y la Iglesia, aun cuando de ellas salieran debilitados los socialistas. Lo estaban, y lo estuvieron más al agravarse la polémica entre reformistas y revolucionarios algún tiempo después, con motivo de una nueva tentativa de huelga general, para oponerse a la cual llegaron hasta dimitir los diputados «reformistas». A la sazón se hallaba en el Poder Sonnino, convertido a un pseudoliberalismo, abriendo así un corto paréntesis en la dictadura giolittiana.

Caracterizaban esta dictadura administrativa los resultados siguientes: En el plano político, una languidez general, la muerte de los partidos para ceder el puesto a una mayoría heteróclita y equívoca; el espíritu

de compromiso e intriga llevado a sus últimas consecuencias, la descalificación del Parlamento y del parlamentarismo; en el plano económico se asistía, por el contrario, a un progreso muy marcado. El presupuesto estaba en equilibrio, y la vida económica del país seguía su marcha adelante; en 1905, el Estado sustituía al capital privado en la explotación de vías férreas; en 1906, la Cámara votaba la conversión de la renta; mejoraba el nivel de existencia de las masas obreras, protegiendo una importante legislación al trabajo y a los trabajadores.

Por lo que respecta a la organización del Estado, el observador superficial habría podido creer que se inspiraba, bajo todos los aspectos, en el ejemplo de la democracia francesa. Al parecer, el Parlamento ocupaba el lugar que le corresponde en una democracia. La Prensa era libre. Nadie negaba el derecho de organización. Ejército, justicia y policía se mantenían al margen de las pasiones políticas. El rey, elevado por la Constitución a la cumbre jerárquica, llenaba discretamente sus funciones.

En realidad, el liberalismo no había penetrado muy hondo y la democracia no era más que aparente.

No hay democracia donde no sea libre la actividad electoral y donde el Poder ejecutivo y la administración dominen al Poder legislativo. Y he aquí la realidad de entonces en Italia. La autoridad de Giolitti procedía más que de nada del hecho de ser un hábil muñidor de elecciones. Dominaba la administración al Parlamento, porque el agente electoral de la ma-

yoría era el prefecto o el subprefecto. En la Italia meridional, donde se identificaba muy endeble la organización socialista, no titubeaba el Gobierno en recurrir a la violencia para asegurar el triunfo de sus candidatos. En Sicilia se apoyaba en la *maffia*. Fines electorales tenía el mercado de condecoraciones, empleos y aprovisionamientos. Cada ministerio y cada prefectura o subprefectura constituían una oficina de corrupción electoral. También las obras públicas estaban subordinadas a preocupaciones del mismo género. En vísperas de una elección, se movilizaba toda la administración, desde los más altos magistrados al último gendarme.

La función esencial del Gobierno se resumía en esta receta mágica: hacer las elecciones. A la izquierda, si tal era la oportunidad del momento, o con los clericales, como en el caso de 1913, donde se vió a Giolitti, que dos años antes proclamara el sufragio universal y llamara a los socialistas al Poder, negociar un pacto electoral con las sacristías (pacto Gentiloni).

Pero como este Gobierno practicaba una política social progresista y moderna, fué en general muy débil, cuando no faltó por completo, la campaña socialista contra sus métodos electorales. Sólo los socialistas del Mediodía, y particularmente Gaetano Salvemini (1), qué fué diputado por Pulla, entablaron con-

(1) Gaetano Salvemini es ante todo un educador. Profesor en la Universidad de Florencia, historiador, diputado

yoría era el prefecto o el subprefecto. En la Italia meridional, donde se identificaba muy endeble la organización socialista, no titubeaba el Gobierno en recurrir a la violencia para asegurar el triunfo de sus candidatos. En Sicilia se apoyaba en la *maffia*. Fines electorales tenía el mercado de condecoraciones, empleos y aprovisionamientos. Cada ministerio y cada prefectura o subprefectura constituían una oficina de corrupción electoral. También las obras públicas estaban subordinadas a preocupaciones del mismo género. En vísperas de una elección, se movilizaba toda la administración, desde los más altos magistrados al último gendarme.

La función esencial del Gobierno se resumía en esta receta mágica: hacer las elecciones. A la izquierda, si tal era la oportunidad del momento, o con los clericales, como en el caso de 1913, donde se vió a Giolitti, que dos años antes proclamara el sufragio universal y llamara a los socialistas al Poder, negociar un pacto electoral con las sacristías (pacto Gentiloni).

Pero como este Gobierno practicaba una política social progresista y moderna, fué en general muy débil, cuando no faltó por completo, la campaña socialista contra sus métodos electorales. Sólo los socialistas del Mediodía, y particularmente Gaetano Salvemini (1), qué fué diputado por Pulla, entablaron con-

(1) Gaetano Salvemini es ante todo un educador. Profesor en la Universidad de Florencia, historiador, diputado

tra Giolitti y el giolittismo una campaña moralizadora, cuyo alcance político habría sido enorme si hubiera resultado menos aislada.

El carácter profundamente inmoral y corruptor del giolittismo llegó a su apogeo al resolverse la cuestión del sufragio universal. Desde tiempo atrás estaba esta reforma en los programas de los socialistas y demás partidos de izquierda; pero no apasionaba profundamente al país.

En 1910, para eludir ciertas dificultades de orden económico y social, y después de un debate sobre la reforma fiscal, dejó Giolitti el Poder. Le sucedió Luzzatti, apóstol de la cooperación burguesa. A principios de 1911, el nuevo presidente del Consejo presentó un proyecto de reforma electoral, según el cual sería elector todo ciudadano que supiera leer y escribir. La Cámara se apercibía a votar esta reforma, que encontraba la adhesión entusiasta de los socialistas, cuan-

---

durante dos legislaturas, periodista, se ha consagrado a la tarea especial de dar una conciencia política al movimiento obrero. Su campaña contra Giolitti, considerado por él un corruptor de la vida pública, y contra quien lanzó el apóstrofe célebre de «ministro della mala vita», traspuso el terreno estrictamente político para cobrar la trascendencia de una campaña moralizadora. Además, Salvemini, que tiene afición y pasión por los problemas concretos, se ha consagrado a la cuestión meridional y a la campaña por el sufragio universal.

Está desterrado desde 1925 y ha emprendido contra el fascismo una lucha muy vigorosa, sobre todo en Inglaterra y en los Estados Unidos.

do pidió la palabra Giolitti desde su escaño de diputado. Fué para declarar que en materia electoral no se podía proceder a saltitos y que había sonado la hora del sufragio universal. Sorpresa, crisis, ministerio Giolitti, y en Abril, votación del sufragio universal. Durante la crisis, Giolitti apeló a la colaboración de Leónida Bissolati, quien no quiso ser ministro, pero participó en las consultas del rey. Era la primera vez que un socialista subía la escalera del Quirinal. Produjo sensación el acontecimiento. Pero no se engañó nadie respecto al propósito que había sugerido a Giolitti su intervención en pro del sufragio universal; sencillamente, se trataba de hundir la reforma de Luzzatti, harto favorable a los socialistas, cuya influencia predominaba en el norte y centro de Italia, y, sobre todo en el valle del Po, donde las Casas del Pueblo y las Cooperativas rojas habían organizado escuelas para los aldeanos iletrados. Más valdría entonces el sufragio universal, que abría a la *camorra* gubernamental nuevas perspectivas de corrupción y violencia en el Mediodía, en las islas y donde quiera que el prestigio de las sacristías había resistido a la propaganda socialista.

* * *

Cuanto más se alejaban los años sangrientos de la reacción, más tendencia mostraba la lucha proletaria a recobrar su carácter de intransigencia moral y política. El restablecimiento de la política socialista

se manifestaba con aspectos a menudo contradictorios, aunque todos contribuían a plantear de una manera más o menos precisa y consciente el problema de la autonomía de la clase obrera. En 1906, en el Congreso de Roma, entre el reformismo de Turati y el sindicalismo de Labriola (1), triunfaba el integralismo de Morgari. Pero se trataba de una fórmula de equilibrio que no tuvo ninguna influencia seria sobre la vida del partido, de modo que, dos años después, en el Congreso de Florencia, volvían a asumir

---

(1) Arturo Labriola—hoy proscrito en Bruselas—es uno de los escritores políticos y de los economistas con más justicia reputados. Profesor en la Universidad de Nápoles, periodista, alcalde de la capital del Mediodía, diputado y hasta ministro en el Gabinete Giolitti de postguerra, ha contribuído mucho a los estudios marxistas. Pero no es un marxista ortodoxo, y se emparenta con Sorel. Ideológicamente, está formado en la escuela de la filosofía iluminista francesa. En el fondo, es un volteriano que identifica libertad e individualismo, mientras, desde el punto de vista marxista, la libertad es un concepto social. Sus tendencias antiestadistas y su sindicalismo han desempeñado un papel muy importante en las luchas sociales de 1900 a 1910, y particularmente con motivo de las huelgas de 1904 y 1905 (Labriola dirigía entonces en Milán *La Vanguardia*). En Italia fué el sindicalismo la primera modalidad de la intransigencia socialista, de la reacción contra el reformismo y de la formación de una conciencia autónoma de la clase obrera.

El fascismo y el presunto sindicalismo fascista han hallado en Labriola un adversario implacable, que antes intentó—sin éxito—reintegrar la conciencia de sus deberes a la clase directiva liberal.

su dirección los reformistas. Sin embargo, aun rechazando la táctica negativa de una oposición perpetua, ya insistían los triunfadores en su resolución acerca de la necesidad de distinguir la acción electoral y parlamentaria del partido de la de los reformadores burgueses, hasta en caso de alianza momentánea, manteniendo alerta entre los trabajadores «la conciencia de la fatalidad de los antagonismos de clase». En el siguiente Congreso de Milán, el partido denunciaba la política de las alianzas electorales como inútil y peligrosa, si no la justificaban motivos excepcionalísimos, toda vez que propendía a convertirse en sistema.

Como ya no era urgente la lucha por las libertades constitucionales, el partido rectificaba poco a poco su táctica. Vinieron a acelerar el radicalismo de ésta acontecimientos imprevistos y dramáticos.

Entre 1900 y 1910, los liberales habían liquidado la política colonial y militarista de Crispi, mientras en la política internacional se aproximaban a Inglaterra y Francia, despertando las sospechas de Berlín y Viena.

En 1908, la anexión de Bosnia-Herzegovina a Austria vino a poner en peligro el sistema de la Triple Alianza, al cual pertenecía Italia, no por convicción sino en virtud de la fatalidad que la colocaba ante el dilema de ser en lo sucesivo aliada o enemiga del Imperio de los Habsburgo.

Desde entonces empezó el Estado Mayor italiano a reclamar la ocupación de Libia, haciendo de esta

operación colonial una cuestión de prestigio. Al propio tiempo, obedeciendo a un instinto de aventura y a la conveniencia de crearse una vía de ensanche, ciertas fracciones de la burguesía volvían a la antigua tesis de la necesidad de que la Italia mediterránea tuviera en Africa una plaza con arreglo a sus imperativos de expansión demográfica y económica; puesto que Túnez y Tánger estaban hipotecados, no quedaban más que Bengasi y Trípoli.

El 11 de octubre de 1911, sin convocar siquiera el Parlamento, Giolitti anunciaba la salida del cuerpo militar de ocupación, y el 4 de noviembre publicaba el decreto de anexión. Se esperaba una guerra corta y de lucimiento. Hasta afirmaba la Prensa nacionalista que allá aguardaban los naturales con los brazos abiertos a nuestras tropas. Por el contrario, no se firmó la paz con Turquía, sino un año después, en Lausana, mientras se prolongaban años y años las hostilidades en Libia, imponiendo al Gobierno un considerable esfuerzo financiero y militar.

El proletariado estuvo unánime en rebelarse contra la guerra y contra el Gobierno. Proclamada inmediatamente, la huelga general adquirió proporciones de verdadera revuelta, sobre todo en Romaña (1). La juventud patriota y burguesa atacó a los obreros, manifestando una tendencia muy clara a un patriotismo agresivo que no tenía en Italia antecedentes.

---

(1) Respecto a esta huelga, dirigida en Romaña por Mussolini y por mí, remito al lector a mi relato *Seis años de guerra civil en Italia*.

Después de la declaración de guerra y en plena efervescencia política, inauguró sus sesiones el Congreso del partido socialista, que se había convocado en Módena para juzgar el caso de Bissolati. Ya estaba muy marcada la orientación izquierdista. Relator de la mayoría, Claudio Treves, que dirigía *Avanti!*, se pronunciaba sin rebozos contra la guerra, primero a causa de las condiciones en que se había declarado, aunque principalmente porque representaba la interrupción inevitable de la política de reforma y el retorno a un principio aventurero y militarista, del cual tenía que temer las más nefastas consecuencias el proletariado. En cuanto a las repercusiones parlamentarias de la oposición socialista a la guerra colonial, el orador de la mayoría estimaba absurdo, desde el punto de vista político e imposible desde el punto de vista moral, mantener viva y eficaz la protesta contra la nueva locura colonizante, sin dejar de proseguir los acuerdos con el Gobierno que se denotaba su mayor responsable directo. Sin embargo, era menos categórico el orden del día, limitándose a expresar la opinión de que el grupo parlamentario ya no podía apoyar «sistemáticamente» con sus votos al Ministerio.

Modigliani había propuesto una enmienda para la supresión del adverbio «sistemáticamente».

Insistía la izquierda sobre una moción que renovaba la fórmula tradicional del partido: «Ni un hombre ni un céntimo para la guerra», y condenaba la

actitud de Bissolati como contradictoria con el concepto y la práctica de la lucha de clase.

En la votación, venía la moción revolucionaria a la cabeza con 8.600 votos; 7.400 votos se pronunciaban por la antigua mayoría reformista, 2.000 por la enmienda de Modigliani y 2.000 por Bissolati y la derecha reformista.

Esta votación habría puesto en un aprieto al partido si la necesidad de formar un frente contra los nacionalistas y la guerra no hubiera reforzado la disciplina y la acción. Contra la guerra había unanimidad, con la excepción de Enrico Ferri, quien, después de ser *leader* de los intransigentes, debía acabar por una ruptura definitiva con la ideología socialista.

Pero, bajo el empuje de los acontecimientos, se desplazaba toda la política seguida desde 1900, a la vez que se acentuaba la ruptura de la derecha reformista con el marxismo y la disciplina del partido. El 14 de marzo de 1912, un atentado contra el rey daba a Bissolati, Cabrini y Bononi ocasión de participar en una manifestación de lealismo dinástico. La aprovechó para reclamar un nuevo Congreso la izquierda del partido, que publicaba, dirigido por Giovanni Lerda, el periódico *La Soffitta* (El Granero), cuyo título se debía a una célebre frase de Giolitti: «Los socialistas han relegado el marxismo al granero.»

Tuvo lugar en Reggio-Emilia este Congreso en julio de 1912. La fracción revolucionaria e intran-

sigente conquistó la mayoría, la directiva del partido y la de *Avanti!* Fué Benito Mussolini el orador que con más aspereza y violencia pidió y obtuvo la expulsión de la derecha y la rectitud revolucionaria de la acción del partido.

Muy joven, desconocido, recién salido de la cárcel, donde había purgado una pena de cinco meses; agresivo y mordaz, venía de Romaña el hombre que, diez años después, iba a ocupar el Poder por cuenta de la más sangrienta de las reacciones. Nació de familia socialista; era rebelde por instinto, y su socialismo tenía mucho más de Blanqui que de Marx. Como Blanqui y los revolucionarios clásicos, sustentaba una noción muy vaga de la idea de clase, y en cambio profesaba una especie de mística del partido; como Blanqui, concebía el socialismo cual la rebelión de los pobres al mando de un Estado Mayor revolucionario. Del marxismo no comprendía sino los motivos antiliberales, el concepto de la hegemonía y la dictadura del proletariado, la visión dramática de la vida y de la sociedad; pero le alejaba definitivamente del marxismo lo de que Marx considere la revolución cual final de un largo proceso, que a la par es efecto de las condiciones de producción y de la voluntad de un proletariado que ha adquirido la capacidad económica, la inteligencia del trabajo y el sentido jurídico.

Naturalmente, el nuevo jefe era un intransigente, un fanático y un intolerante. En cuanto se hizo dueño de *Avanti!*, lo convirtió en órgano de cotidianas

excitaciones a la acción directa y a la violencia. En su propaganda aparece el proletariado revolucionario —según ha dicho Edouard Berth de Sorel—como el héroe de un drama cuyo desenlace feliz depende por completo de su energía, su abnegación y su capacidad de sacrificio.

¡Animo, compañeros, y al ataque!

No era la revolución, sino ¡ay! la guerra lo que se vislumbraba en el horizonte.

V

EL PARTIDO SOCIALISTA CONTRA LA GUERRA

BIBLIOTECA NACIONAL

LA EXPULSIÓN DE LOS FRACMASONES.—LAS ELECCIONES DE 1913.—LA «SEMANA ROJA».—LA GUERRA.—LA BATALLA SOCIALISTA POR LA NEUTRALIDAD.—ZIMMERWALD Y KIENTAL.—LA REVOLUCIÓN RUSA. CAPORETTO.—EL CONGRESO DE ROMA.—LA PAZ.

BIBLIOTECA NACIONAL

La victoria de la fracción revolucionaria en el Congreso de Reggio-Emilia era un síntoma de la radicalización general de la lucha de clase, de la lucha política, de la liquidación del reformismo y del giolittismo. En el terreno ideológico, se preparaba desde largo tiempo atrás tal radicalización.

El pragmatismo de William James, el intuicionismo de Bergson, el futurismo de Marinetti, el nacionalismo de Corradini, y en el seno de la clase obrera el sorelismo, el sindicalismo y el renacimiento del blanquismo, evidente en la propaganda de Mussolini, traducían la reacción contra el cientifismo, el positivismo y el determinismo materialista de los últimos veinte años.

Al espíritu de compromiso sucedía un espíritu agresivo de guerra y de guerra civil. Había terminado el idilio, y mucho antes del fatal disparo de revólver del joven estudiante serbio Princip, se sentía envuelto cada cual en una atmósfera de pasión y lucha extremas, preñada de acontecimientos decisivos.

El Gobierno había fijado las elecciones generales, sobre la base del sufragio universal, para el 26 de octubre y el 2 de noviembre de 1913. A fin de vencer a los socialistas, no había vacilado Giolitti en contraer con los clericales un pacto de alianza, que pasó a la historia bajo la designación de pacto Gentiloni, apellido del prohombre clerical que lo negoció. A pesar de todo, ganó el partido socialista 12 nuevos puestos, mientras sus efectivos electorales, de 347.615 en 1909, aumentaban a 883.409.

En la batalla antigiolittista, se reforzó aún la unidad de acción del partido a tal punto, que en el Congreso de Ancona (abril de 1914) fué posible afrontar y resolver la cuestión de las relaciones con la fracmasonería. Se debatía sordamente esta cuestión desde unos diez o quince años atrás. De limpio origen proletario, había escapado a la influencia y a la actividad masónica el partido socialista italiano. Ni sus jefes ni sus tropas salían de las logias; pero las ligas de la libertad y los bloques electorales de 1900 a 1910 habían aproximado los elementos socialistas a los demócratas, resultando de ello una infiltración masónica temible para un partido de lucha de clase e intransigencia política.

Mussolini pidió en el Congreso que se zanjara la cuestión votando una resolución que, después de recordar la antítesis doctrinal entre el concepto socialista y el masónico, declarase incompatible para los socialistas la adhesión a la masonería y pusiera a los masones en la alternativa de escoger entre las secciones del partido y las logias. Le siguió la inmensa mayoría, y se votó su resolución por 27.378 votos. Obtuvo 2.296 un orden del día de Matteoti que, afirmando la incompatibilidad entre la fracmasonería y partido socialista, no se ocupaba de sanciones para los afiliados a las logias. Sólo 1.819 votos recogió un orden del día masónico.

Esta decisión no debilitó, como algunos habían temido, al partido socialista, el cual conquistó, en las elecciones municipales que siguieron al Congreso, 400 alcaldías, entre ellas las importantísimas de Milán, Bolonia y Alessandria. Merece señalarse el caso de Milán, porque en la capital moral de Italia los socialistas excluyeron de la administración municipal a los demócratas, apenas catorce años después de la experiencia de los bloques de izquierda.

Pero iban a surgir otros acontecimientos que probarían la fuerza irradiatoria de la propaganda socialista a la par que la debilidad de la organizción de combate del partido. *Avanti!* había intensificado su campaña contra el giolittismo y contra la intervención de la gendarmería y las tropas en los conflictos entre capital y trabajo. A causa de la violencia de su campaña, incluso había sido Mussolini víctima de

un proceso en los Tribunales. En torno a la decisión directiva del partido socialista se había formado una especie de reagrupamiento de organizaciones de extrema izquierda, que preconizaba la huelga general contra la intromisión de la gendarmería en las huelgas.

Ahora bien: en aquel mismo memorable 1914, el 7 de junio, en Ancona, al final de una manifestación antimilitarista, la policía tiró sobre la muchedumbre para dispersar un cortejo obrero. Fueron muertos dos manifestantes. Entonces revistió el aspecto de verdadera insurrección la indignación popular. De un extremo a otro de Italia se proclamó la huelga general. Se sumaron los ferroviarios a ella, que duró siete días, y se llamó la «semana roja». Corrió la sangre en Nápoles, Florencia y otras ciudades. En las Romañas, las Marcas y la Umbría, los manifestantes ocuparon los municipios, hicieron fracasar a las fuerzas policíacas y hasta proclamaron la República. En Rávena detuvieron los huelguistas a un general. En Ancona, el Gobierno, arrollado, recurrió a la Escuadra de guerra. En Roma, un cortejo obrero intentó ir a protestar delante del palacio real. Los insurrectos incendiaron algunas iglesias y las casetas de los consumos. Pero, a falta de una dirección central y de ligazón, abortó el movimiento, y en la noche del quinto día de huelga la Confederación General dió orden de reanudar el trabajo, orden que no fué ejecutada sino dos días después. En cuanto al Gobierno—en el cual Giolitti había sustituido a

Salandra desde fines de 1913—, no tardó en pasar a la contraofensiva (1).

Iban a reanudarse las polémicas entre revolucionarios y reformistas—especialmente entre Mussolini y Treves—, cuando el disparo de Serajevo hizo surgir el espectro de la guerra sobre Europa, asombrada y aterrada.

* * *

Entonces se sucedieron los acontecimientos con la celeridad del rayo. De un día al siguiente, Europa entera fué arrastrada en el torbellino de la guerra. Causó en Italia una sorpresa profunda el ultimátum austríaco a Serbia. La aceptación casi incondicional de Belgrado pareció disipar la pesada atmósfera de amenaza. Pero los diplomáticos de la Ballplatz no sólo querían la humillación de Servia, sino su destrucción. Dos años antes habían invocado la adhesión italiana a sus proyectos agresivos. Esta vez ni siquiera tomaron la precaución de prevenir a Roma. El conde de Berchtold no se preocupaba más que de hacer funcionar la máquina bélica, de con-

---

(1) De los jefes del movimiento de la «semana roja», varios—Malatesta entre ellos—consiguieron burlar a la Policía y expatriarse. Otros—entre los cuales estaba yo—fueron detenidos y comparecieron ante los Tribunales bajo la inculpación de atentado contra el Estado. Pero nos libertó la amnistía de 1 de enero de 1915, después de siete meses de prisión.

ceder la vez a los generales y de poner a Inglaterra ante el hecho consumado. Seguro del apoyo de Berlín, le era indiferente o poco menos todo lo demás.

En cuanto tuvo conocimiento del últimátum, la Consulta hizo notificar a Viena que, en caso de guerra, no se estimaría el *casus fæderis*, pues la Triple Alianza era una alianza defensiva.

Pero de improviso se ampliaba el horizonte guerrero. Mezclábanse en el conflicto las cancillerías de Berlín, San Petersburgo y París. El telégrafo transmitía notas amenazadoras. Detrás de Bethmann, Sazonov y Berchtold, se perfilaban las siluetas del mariscal De Moltke, del archiduque Nicolás, de Konradt. Tenían la palabra los militares, quienes picaban espuelas, venteando la gloria.

Movilización de Austria, movilización de Rusia, movilización de Alemania, movilización de Francia, como otras tantas ráfagas del huracán que iba a quebrantar a Europa. Estaba allí la guerra, porque la preparaban desde hacía diez años la Triple Alianza y la Triple Entente; porque la llevaba el capitalismo en su seno como los nublados llevan la lluvia; porque la habían hecho inevitable los imperialismos.

Pero los pueblos no querían creerlo.

Se tenían esperanzas en Grey, se tenían esperanzas en el zar, se tenían esperanzas en el káiser inclusive a la hora en que los tres emperadores de Rusia, Alemania e Inglaterra cambiaban sus últimos telegramas, firmados, como de ordinario, Nicky, Willy y Georgie.

Mas aunque fuesen impotentes las diplomacias, aunque fuesen cómplices los emperadores, quedaba la Internacional.

¿La Internacional?

Los obreros italianos, que, por el momento, se hallaban fuera del trayecto de la avalancha, aguardaban la voz de la Internacional con una confianza mística. Se había reunido a toda prisa en Bruselas. Acudían a ella el inglés Keir-Hardie, el francés Jaurés, el alemán Haase, el ruso Rubinovitch, el italiano Morgari, el holandés Troelstra, el belga Vandervelde y otros. No tenían todos más que una voluntad: salvar la paz. Y gritaban de todo corazón: «¡Abajo la guerra!»

Intérprete de la conciencia humana, Jaurés hablaba el lenguaje de la razón:

«¿Sabéis qué es el proletariado? Son masas de hombres que sienten colectivamente el amor a la paz y el horror a la guerra.»

¿Pero qué acaecería si no pudieran impedir ésta aquellos hombres?

«Conforme el tifus vaya rematando la obra de los obuses, conforme vayan ensañándose la muerte y la miseria, los hombres desilusionados se encararán con los dirigentes alemanes, franceses, rusos, italianos, y preguntarán qué cuentas pueden dar de tantos cadáveres. Y entonces les dirá la Revolución desencadenada: «Marchaos y pedid perdón a Dios y a los hombres.»

¿Estaba a la sazón perdida la causa de la paz y no restaba ya más esperanza que la de la Revolución,

que vengaría a la humanidad del crimen de la guerra?
No, Jaurès no había perdido la fe.
«Si evitamos la tempestad—exclamaba—, espero que no olviden los pueblos entonces y que digan: «Es menester impedir que el espectro salga de su »tumba cada seis meses para asustar al mundo.»
¡Palabras sublimes! Se pronunciaron otras que llegaban al alma de los proletarios:
«¡Abajo la guerra!—proclamaba el Labour Party—. Obreros de la Gran Bretaña: vosotros no tenéis querella alguna con los obreros de Europa, ni ellos tienen querella alguna con vosotros. Se querellan las clases dominantes. No hagáis causa común con ellas. Uníos a los obreros de Francia, de Alemania, de Rusia. Decid a los Gobiernos: «Si vosotros declaráis la guerra, nosotros declararemos la paz. La ban»dera de la Internacional flota por encima de todas »las banderas.»
A ello hizo eco la socialdemocracia alemana:
«Nos amenaza una guerra mundial. Las clases dominantes, que en tiempo de paz os agarrotan, os desprecian y os explotan, ahora quieren utilizaros como carne de cañón. Resuene el mismo grito en los oídos de cuantos se hallen en el Poder: «¡No quere»mos la guera! ¡Viva la fraternidad internacional de »los pueblos!»
Por doquiera el mismo lenguaje. En París, donde el partido socialista declara: «No conocemos más que un tratado: el que nos liga a la raza humana.» En Viena, donde los socialdemócratas acusan a la

nota del conde Berchtold de estar «toda manchada de sangre». En San Petersburgo, donde van a la huelga los obreros.

Esto el 30 de julio.

Tres días después había cambiado todo. La bandera de la Internacional estaba a media asta.

Se había recogido a Jaurés muerto al pie de una mesa de café. La reacción había armado la mano de un loco para abatir este obstáculo a la guerra. La socialdemocracia alemana votaba los créditos guerreros, porque convenía defender a Alemania contra «la autocracia de los rusos armados del *knut*.» Los socialistas franceses votaban créditos análogos porque convenía rechazar a los «boches» invasores. Los trabajadores ingleses hacían otro tanto por solidaridad con Bélgica. Kerensky decía en la Duma:

«Fortaleced vuestro espíritu, obreros y campesinos; congregaos, y cuando hayáis defendido vuestro país, lo libertaréis.»

En Unter den Linden se grita: «¡A París!». En los bulevares se grita: «¡A Berlín!». Trafalgar Square también retumba con canciones guerreras.

La máquina marcha.

Y aplasta a la Internacional, de la cual quedará esta frase de Vandervelde:

«Los socialistas no son responsables.»

• • •

El proletariado italiano tenía la impresión de vivir una terrible pesadilla. Pero, ante el derrumbamiento de la Internacional, permanecía en su mayoría resueltamente opuesto a la guerra y lo exteriorizaba, más afortunado por el instante que los trabajadores de otros países, sorprendidos de improviso por la movilización. Además, no se encontraba solo, pues una nutrida fracción de la burguesía, con Giolitti, también tomaba posiciones contra la guerra por tradición, por prudencia, por cálculo y por instinto, desconfiando de la capacidad de aguante y sacrificio del país.

En cuanto al Gobierno, después de un corto titubeo, había hallado una solución provisional con la proclamación de la neutralidad.

Entre los partidos históricos, si el socialista se pronunciaba contra la guerra, el republicano, heredero de la tradición patriótica del Risorgimento, traducía, en cambio, su pensamiento con la fórmula: «El puesto de Italia está en Trieste y en los campos de Borgoña.» Sindicalistas, con Filippo Corridoni a la cabeza; reformistas, con Bissolati y Bonomi (1); demócratas y

---

(1) Bissolati y Bonomi, que fueron excluidos del partido socialista en el Congreso de Reggio-Emilia (1921) y habían organizado un partido reformista, se manifestaron desde luego partidarios de la intervención de Italia en la guerra. Pero en los discursos y escritos de Bissolati despuntaba ya ese amplio espíritu europeo que en cierto momento pudo creerse iba a ser consecuencia de la guerra y luego halló su órgano embrionario en la Sociedad de Naciones, aunque ya no vive, ¡ay!, más que en las declaraciones oficiales.

francmasones optaban también por la intervención (1). Los nacionalistas todavía vacilaban entre la fidelidad a la Triple Alianza y la guerra al lado de Francia.

En *Avanti!*, Mussolini dirigía una campaña ardiente por la paz y organizaba el plebiscito contra la intervención, para cambiar de opinión bruscamente en el mes de septiembre, hacerse expulsar del partido, fundar el 15 de noviembre—con dinero francés—su periódico *Il Popolo d'Italia*, y dar la batalla a sus compañeros de la víspera, prevaliéndose del socialpatriotismo de Guesde, Vaillant, Cipriani y los socialistas belgas.

El 3 de diciembre, Salandra, jefe del Gobierno, declaraba en la Cámara que «la neutralidad no evitaba a Italia las consecuencias de la guerra». Unos días después, Sonnino, ministro de Asuntos Exteriores, iniciaba las conversaciones con Viena para reclamar, como precio de la neutralidad, la anexión del Trentino y el estatuto de ciudad libre para Trieste. Una vez rotas las negociaciones con Viena (8 de abril de 1915), el 26 de abril firmaba Sonnino el pacto de Londres.

---

(1) El mito de la guerra revolucionaria ha desempeñado un importante papel en los bandos de intervencionistas de extrema izquierda. Yo mismo he compartido las ilusiones y responsabilidades de los agrupamientos que creyeron que la causa de la libertad política y de la revolución social se identificaba con la causa de Francia. Así se vieron impelidos a una polémica violenta y dramática con los socialistas.

Los acontecimientos sucesivos han demostrado que no hay guerra revolucionaria, puesto que la guerra opone imperialismos e intereses, no ideas.

que comprometía a Italia a intervenir en la guerra al lado de la Triple Entente.

Dentro del país, cobraba el aspecto de violenta reyerta la pugna en pro y en contra de la intervención. Se peleaba en los *meetings*, se peleaba en el Parlamento. El 9 de mayo, la mayoría giolittista de la Cámara procuraba derribar al Gabinete Salandra. Dimitía éste, en efecto, el 13 de mayo. Entonces fueron ocupadas calles y plazas por los intervencionistas. Se puso al frente de ellos D'Annunzio, que llegaba de Francia (1). El Estado Mayor, los oficiales, los nacionalistas, se rebelaron contra el Parlamento y los socialistas. Por las calles de Roma se gritaba: «¡Muera Giolitti!» El 16 de mayo, un real decreto confirmaba al Gabinete dimisionario la confianza de la Corona.

¡Era la guerra! Se proclamó al amanecer del 24 de mayo.

El partido socialista, que ni por un instante se había apartado de la oposición, publicaba entonces un manifiesto para separar su propia responsabilidad de la de las clases dirigentes.

«Pasará la guerra—decía proféticamente el manifiesto—, terrible propagadora de odio contra el siste-

---

(1) Gabriele D'Annunzio llegaba de sus *vacaciones* de Arcachón cargado de triunfos literarios y artísticos, obtenidos en París. Se puso al frente de una serie de manifestaciones tan coreográficas como demagógicas, que terminaron por la peregrinación y el discurso de Guarti, donde, en 1860, se embarcaron para el reino de las dos Sicilias los *mil* de Garibaldi.

ma social y político que la ha hecho posible y la ha querido. Los hijos del trabajo a quienes haya perdonado la muerte volverán de las trincheras sangrientas trayendo en los ojos y en el alma la visión horrible de tantas barbaries consumadas, y en todos los países, lo mismo vencedores que vencidos, las consecuencias morales, políticas y económicas del azote de la guerra se traducirán por una intensificación de la lucha de clases.»

El grupo parlamentario socialista rechazaba la votación de los créditos de guerra y de los plenos poderes reclamados por el Gobierno.

—Es necesario, señores—decía a la Cámara Filippo Turati en la sesión histórica del 20 de mayo de 1915—, por dignidad de todos nosotros y por dignidad del Parlamento, que haya aquí alguien que no retroceda, que no varíe, que no mienta, que no reniegue, que no abdique, a quien el mísero temor a su propio desastre no haga callar ante la catástrofe que amenaza a la patria. Es necesario que haya alguien que repita hoy y aquí lo que ha dicho ayer, anteayer y siempre aquí y en todas partes; que reivindique el derecho y el deber de amar y defender a la patria con arreglo a las sugerencias de su propia conciencia y no de las intimidaciones que vienen de fuera. Es necesario, señores del Gobierno, que haya alguien que a vuestra petición de plenos poderes para la guerra responda sencilla, pero firmemente: No.

Y añadía:

—Señores de esa parte de la Cámara y de la otra

mañana ya no habrá censura ni instrumento que contribuya a detener o desviar las venganzas de la historia.

Desde este momento, la conducta política del partido socialista italiano durante la guerra se identifica con la conducta de su grupo parlamentario.

No obstante, hay que discernir dos fases en la oposición socialista a la guerra antes y después de la derrota de Caporetto (octubre de 1917). Antes, el partido se mostró unánime en torno a la fórmula abstencionista de su secretario Constantino Lazzari: «Ni aprobación ni sabotaje de la guerra.» Después de Caporetto y la invasión, salieron a relucir en la derecha del partido preocupaciones de defensa nacional, mientras la Revolución Rusa acentuaba en la izquierda la ideología revolucionaria.

De una manera general, procede argüir que el grupo parlamentario socialista estuvo siempre en su puesto de combate por la paz y contra la prolongación de la guerra. Sin ir más lejos, al día siguiente de la Conferencia de Zimmerwald, Claudio Treves (1) llevaba

---

(1) En la sesión de la Cámara de Diputados del 2 de diciembre de 1915, Claudio Treves tomaba la palabra acerca de la política de guerra del Gobierno. Y he aquí la conclusión de su discurso: «Quiero resumir mis afirmaciones en una palabra de esperanza que cuchichean millones de hombres en Europa y en el mundo: ¡la paz! No una paz precipitada, aunque tampoco una paz que sea consecuencia del agotamiento de los Estados, porque entonces sería la paz en el cementerio de Europa. En Zimmerwald, un puñado de hombres llegados de todos los países combatientes y neu-

a la tribuna parlamentaria la palabra de paz del núcleo internacionalista que se agrupaba para volver a enarbolar la bandera de la Internacional.

trales, decididos a fundar una nueva Internacional que evite las culpas y traiciones del pasado y se inspire en el pensamiento de las poblaciones amenazadas de servir de puesta en el juego de la política de compensaciones (como Bélgica, Polonia y Servia), ha defendido una paz sin anexiones que condena toda idea de violación de los derechos y de la libertad de los pueblos. En el manifiesto de Zimmerwald, es particularmente emocionante la declaración común de los socialistas franceses y alemanes. Escuchad: «Con toda nuestra energía condenamos la violación de la neutralidad de Bélgica, que se hallaba bajo la salvaguardia de convenios internacionales reconocidos por todos los Estados. Pedimos que sea restablecida Bélgica en su integridad y en su independencia. Asumimos el compromiso de actuar en nuestros países de manera que se torne tan fuerte el movimiento en pro de la paz, que se pueda imponer a los Gobiernos el final de la carnicería».

De Felice.—Los socialistas alemanes son imperialistas.

Caroti.—En Zimmerwald habían intervenido los socialistas revolucionarios de Alemania.

Tasca Colajanni.—Defienden al káiser.

Beltrami.—Y su señoría, como buen republicano, sirve a la monarquía.

Treves (prosiguiendo).—Algún día registrará la historia estas palabras de los socialistas de Francia y Alemania entre los recuerdos sagrados, según hizo con la gloriosa protesta de Augusto Bebel y William Liebknecht contra la anexión de Alsacia y Lorena a Alemania.

»¡Señores! Falta hacía que se tuviera el valor de decirlo. La humanidad aspira a la paz, pues aun aspira a la vida.»

Días después insistía sobre esta tesis en un gran discurso Modigliani, y más tarde, en 1916, Morgari, quien formulaba una proposición de armisticio.

A esta Conferencia histórica—y a la de Kiental— había dado su adhesión sin reservas el partido socialista italiano. La secretaria de la Conferencia de Zimmerwald era Angélica Balabanoff, rusa de nacimiento, pero miembro de la directiva del partido italiano desde 1912. La delegación italiana era allí de las más homogéneas y abarcaba a Lazzari y Serrati, de la directiva del partido, y a Modigliani y Morgari, del grupo parlamentario.

El Congreso nacional del partido, que se celebró en Roma en febrero de 1917, no pudo por menos de aplaudir la lista del comité central de *Avanti!*, donde Serrati (1) había ocupado el puesto de Mussolini y sujetaba con firmeza la barra del timón y del grupo par-

---

(1) G. M. Serrati, nacido el 25 de noviembre de 1872, murió el 10 de mayo de 1926, de una embolia cerebral. Fué nombrado para la dirección de *Avanti!* en 1914. Una vida íntegra de militante le designaba para este puesto, en el cual se sostuvo con gran valor durante toda la guerra. Detenido en el mes de mayo de 1918, a consecuencia de los motines de Turín, le juzgó el tribunal militar y le condenó a tres años de reclusión. Pero le libertó la amnistía en febrero de 1919, después de nueve meses de prisión. Había dicho a los jueces militares, atónitos: «Si me condenáis, será ese mi mayor timbre de gloria ante mis compañeros.» Y debía declarar más tarde: «La página más hermosa de mi vida de militante no ha sido el Congreso de Livorno (el Congreso de la escisión comunista), sino el proceso de Turín.»

En verdad, tenía razón, pues la historia socialista consignará la tremenda culpa de Serrati en Livorno y después de Livorno, cuando su falta de clarividencia y sus titubeos entre sus sentimientos y sus convicciones, precipitaron al mo-

lamentario. No obstante, salieron a la superficie numerosas críticas en un sentido extremista y revolucionario, denotando la profunda irritación de las masas y la tendencia a pasar de una oposición pasiva a una oposición activa.

En el Congreso de Roma (septiembre de 1918), que se reunió a puerta cerrada, la exasperación de las tendencias estuvo a punto de poner en peligro la unidad del partido. Habían venido dos grandes acontecimientos a modificar la situación profundamente en Europa e Italia.

En Rusia había abolido al zarismo la revolución: revolución burguesa al pronto, que no había tocado casi al estado social del ex imperio; revolución proletaria luego (octubre de 1917), que había producido un trastorno completo y radical de las relaciones sociales y empezado una experiencia formidable, sin ejemplo en la historia.

En Italia se había roto el frente en Caporetto (1) y

---

vimiento obrero en una crisis mortal, o por lo menos, agravaron esta crisis.

Tras de rechazar la táctica escisionista de Moscou, Serrati había de dar su adhesión al movimiento comunista en 1923. El día en que le fulminó la muerte, iba a una reunión clandestina del partido comunista. Olvidando las antiguas polémicas, el Milán proletario le hizo unos funerales solemnes. Los había merecido con una vida consagrada por entero a la redención del trabajo.

(1) En Caporetto (24 de octubre de 1917) sufrió un fracaso trascendental el ejército italiano. Se abrió una brecha en el frente defendido por el 27 cuerpo de ejército, y por esta brecha irrumpió el ejército austríaco hasta el Piave.

por la brecha se había desbordado el ejército austriaco hasta el Piave. *Momento hubo en que pudo temerse que cayeran en poder del enemigo Venecia y Milán.*

Al propio tiempo se agravaba la situación dentro del país. Los aprovisionamientos tornábanse irregulares. Estaban racionados el pan, el azúcar y la carne. Subía el coste de la vida. El llamamiento a los reemplazos jóvenes sembraba en las familias la consternación. En agosto de 1917 era tanta la cólera de las masas en Turín, que una manifestación por el pan había de-

---

Entonces hubieron de replegarse con desorden tres ejércitos. Quedaron en poder del enemigo 293.943 prisioneros, con un material de guerra muy importante.

Cadorna, generalísimo del ejército, procuró cargar la derrota a cuenta de la indisciplina y la traición de las tropas, de la debilidad del Gobierno y su complacencia con los socialistas.

Los resultados de la comisión investigadora y el propio libro del general Capello (actualmente preso a consecuencia de una condena a treinta años de presidio por un presunto complot contra Mussolini) probaron de manera innegable que incumbía a los jefes militares la responsabilidad del desorden. El generalísimo tenía su plan; el general Capello, que mandaba el segundo ejército, tenía a su vez el suyo; el general Badoglio, comandante del 27 cuerpo de ejército, en fin, tenía un tercer plan. Con la envidia entre los tres jefes militares y con la contradicción entre las órdenes que habían dado, provinieron la debilidad en la defensa, la ruptura del frente y el desastre, que se agravó con la laxitud de las tropas, cansadas de una guerra que duraba desde hacía treinta meses.

La rápida reacción del Piave demostró que el responsable de Caporetto era el alto mando y no las tropas.

generado en motín contra la guerra. Fuera de sí, el Gobierno apelaba a la represión. Estaba prohibido *Avanti!* en veintidós departamentos. En el Parlamento se denunciaba la oposición socialista como una traición. A raíz del motín de Turín se había encarcelado a los prohombres socialistas, incluso al director de *Avanti!*, Serrati, cuya abnegación por el partido y cuya pasión antibelicosa rayaron en lo admirable; encarcelados también estaban por el crimen de *derrotismo* los dos vicesecretarios Bombacci y Vella, amén de otros muchos militantes.

Pero, unido hasta octubre de 1917, ya no estuvo el partido de acuerdo en la apreciación de la tarea que atañía a los socialistas después de la derrota de Caporetto. En un artículo publicado por la *Critica Sociale*, afirmaban Turati y Treves que, ante la invasión del país, se imponía la imperiosa necesidad de la resistencia. «Cuando la patria está oprimida—decían—, el odio, aun contra los hombres y con acontecimientos que a tal extremo le han humillado, parece relegarse a último término para no dejar sitio en el alma sino al dolor atroz que engendran el duelo y el peligro, y a la firme voluntad de combatir y resistir hasta el último aliento.» Los mismos sentimientos expresaba el municipio socialista de Milán en un manifiesto dirigido a la población. Sin dejar de descartar sus responsabilidades de las de la burguesía, el grupo socialista del Parlamento, con un discurso de Prampolini, anhelaba la liberación del país. Meses más tarde, en un nuevo discurso parlamentario, pronunciado a la misma hora

de la última ofensiva austríaca, provocaba Turati una manifestación patriótica de la Cámara. Pero no fué esto más que un breve parémesis en el transcurso de una oposición de principio y de hecho que no flaqueó nunca y aprovechó todas las ocasiones para impulsar a la paz.

Sin embargo, estaba descontenta el ala izquierda del partido. Las secciones de Turín y Roma reclamaban la disolución del grupo parlamentario y la exclusión de Turati.

Bajo el signo de la escisión se inauguró el Congreso de Roma (1-5 de septiembre). Los debates fueron extremadamente confusos y violentos. Se atacó con aspereza al grupo parlamentario y a los alcaldes socialistas de Milán y Bolonia. Una nutrida mayoría votó el orden del día maximalista, aprobando a la dirección del partido y de *Avanti!* y censurando al grupo parlamentario, a pesar de la amenaza de dimitir formulada por Modigliani y veinticinco diputados de los treinta presentes en el Congreso.

Pero pudo evitarse la escisión.

Por lo demás, la guerra tocaba a su fin. Dos meses después del Congreso de Roma se disparaba el último cañonazo. Entonces hubo una explosión indescriptible de entusiasmo, dominada por el grito de: ¡La paz, la paz, la paz!

VI

EL LENINISMO

LOS PROBLEMAS DE LA POSTGUERRA.—¿CONSTITUYENTE O DICTADURA DEL PROLETARIADO?—LOS PRIMEROS CONFLICTOS. EL MOTÍN CONTRA LA VIDA CARA. —EL GOBIERNO NITTI.—LA EXPEDICIÓN D'ANNUNZIO A FIUME.—LOS CONGRESOS SOCIALISTAS DE BOLONIA.—LAS ELECCIONES DEL 16 DE NOVIEMBRE DE 1919.

BIBLIOTECA NACIONAL

Se caracterizó la postguerra en Italia por el quebrantamiento de todos los viejos principios de autoridad.

El partido socialista la afrontó con un espíritu netamente revolucionario.

Era la situación una de las más difíciles. La guerra dejaba al pueblo lleno de amargura y al propio tiempo de ilusiones. Se tenía sed de justicia y de libertad. De las trincheras, al fin apaciguadas, retornaban los soldados, trayendo en su corazón el rencor por los sufrimientos padecidos y el deseo de un orden nuevo. Los rebelaba el contraste de su vida mísera y la pobreza de sus familias con la existencia lujosa e insolente de los nuevos ricos. Los al-

deanos del Mediodía regresaban a sus hogares para reivindicar la tierra que se les había prometido. Los obreros volvían sus miradas hacia Rusia, que había sabido transformar la guerra imperialista en guerra civil.

También daba señales de inquietud y de anticonformismo la burguesía intelectual.

La caída de los Hohenzollern en Alemania, el desmigajamiento del imperio de los Habsburgo y la fuga del sucesor de la corona de San Esteban, los *putchs* espartaquistas en Berlín, la revolución en Hungría, los Soviets en Baviera y, en fin, todos los acontecimientos sensacionales y extraordinarios de las postrimerías de 1918 y los comienzos de 1919 hacían bullir las cabezas y autorizaban la esperanza de ver derrumbarse el viejo mundo y surgir del caos de la guerra un orden nuevo.

Estaba en crisis la antigua sociedad. En el transcurso de la guerra se habían formado nuevas relaciones de producción; una nueva burguesía, aun más ávida que la antigua, tomaba la dirección de los asuntos; un espíritu de intolerancia y violencia hacía olvidar la bonachonería de las relaciones políticas y sociales de otrora; como durante las revoluciones romanas o la Revolución Francesa, caían juntas muchas instituciones buenas y malas; se apelotonaban los acontecimientos sin solución de continuidad; la democracia política entraba en crisis, zarandeada entre un máximum de libertad y un máximum de despotismo.

Llamado por la guerra hacía su aparición en la añeja Europa el sexto poder de Marx—la Revolución—, interrumpiendo el ritmo de la evolución. Situación excepcional, pues, susceptible de favorecer todas las audacias.

* * *

¿Tuvo el partido socialista conciencia del carácter revolucionario de la situación? Sí; de seguro. Aun cabe decir que, por lo menos desde el punto de vista teórico, se exageró su alcance hasta olvidar las verdaderas relaciones de clase y la importancia del papel de las clases medias, y hasta interpretar mal el movimiento de los antiguos combatientes que se diseñaba (1).

La primera vez que discutió el partido los problemas de la postguerra fué en diciembre de 1918. Entonces hubo de elegir entre las consignas de «constituyente» o «dictadura del proletariado». La directiva titubeaba. Acabó, empero, por adoptar la segunda, a la cual rodeaba el prestigio inmenso a la sazón de la Revolución Rusa, aunque no respondía en modo alguno a la tradición del país.

La resolución votada en esta reunión, que inaugura un período en el movimiento socialista italiano, afirmaba en su primer párrafo que el «partido

(1) En el II Congreso de Moscou pretendió Radek que la falta más grave del movimiento socialista en Italia había sido su política respecto a los antiguos combatientes.

socialista se propone como objetivo la institución de la república socialista y de la dictadura del proletariado».

Así, pues, en la atmósfera febril de la postguerra se había lanzado ya esa consigna misteriosa y terrible de la dictadura proletaria. Era como para excitar las energías de las masas obreras; pero, al propio tiempo, las de las clases dirigentes. Se prestaba a muchos equívocos, ora en el seno del partido, donde favorecía una confusión deplorable entre los fines y los medios, ora entre sus adversarios, a los ojos de quienes evocaba el fantasma de la guerra civil. En todo caso, se puede negar que en el pensamiento de Marx vaya empleada la expresión de dictadura del proletariado para designar una forma y un método estable de gobierno, con la abolición de la democracia.

Pero, prácticamente, después de 1917, quien dice dictadura del proletariado, dice Revolución Rusa, donde la dictadura proletaria ha tomado la forma de dominación absoluta de una burocracia pseudocomunista sobre la nación y sobre la clase proletaria misma.

Al adoptar como plataforma política la consigna de la dictadura del proletariado, la directiva del partido desechaba la agitación por la constituyente, cuya convocatoria había reclamado la Confederación General del Trabajo, de acuerdo en este punto con Serrati y con amplias capas pequeñoburguesas y hasta burguesas.

Así se suscitaron los primeros disentimientos en-

tre el partido socialista, la C. G. T. y el grupo parlamentario socialista, que se encontraba dominado por los reformistas. Estos disentimientos fueron la base de la crisis del socialismo que debía producirse dos años más tarde. Importa, pues, analizarlos.

Mientras la directiva del partido evolucionaba hacia el leninismo integral, la mayoría del grupo parlamentario se apoyaba en un programa de reformas políticas y sociales dentro del marco de las instituciones. Una resolución redactada por Turati insistía particularmente sobre la necesidad de no infundir ilusiones al proletariado, sobre el peligro de una represión sangrienta de la revuelta o de una transformación superficial de la estructura política del país, susceptible de volver a traer al Poder la reacción a favor de la irritación nacional.

Era desconocer las exigencias revolucionarias de la situación, creada por la guerra y por la oposición del partido a la guerra.

Por lo que atañe a la C. G. T., formulaba su programa en los términos siguientes: 1.°, convocatoria de una Asamblea Constituyente; 2.°, abolición de todo poder arbitrario en la dirección del Estado; 3.°, sufragio universal sin distinción de sexo; 4.°, paso del Parlamento a los cuerpos consultivos sindicales, de los poderes de elaboración técnica de las leyes y los reglamentos relativos; 5.°, desarme; 6.°, supresión de las barreras aduaneras; 7.°, adhesión al principio de la autodecisión de los pueblos y concentración de las fuerzas militares aliadas de Rusia.

En su Congreso de Bolonia (enero de 1919), la C. G. T. añadía a este programa una firme adhesión al principio republicano.

Así venía a encontrarse ideológicamente a mitad del camino entre el partido bolchevizante y su grupo parlamentario reformista, lo cual hacía decir a uno de los jefes extremistas de la directiva: «Nosotros somos la vanguardia y ella es nuestro ejército. Nos juntaremos en el ataque a la Bastilla burguesa».

* * *

Mientras el proletariado iba en busca de una plataforma agitadora, el Estado y los industriales daban a regañadientes algunos pasos hacia la clase obrera. Fueron aplicadas las ocho horas a importantes categorías de trabajadores, y el 22 de febrero de 1919, el Gobierno hacía publicar un primer decreto de amnistía, insuficiente hasta más no poder, por cierto.

Pero al revés de agotar la combatividad de la clase obrera, tales concesiones la excitaban a intensificar el combate. Desde un punto de vista general, el país atravesaba una crisis que abría perspectivas infinitas a un partido de acción presto a incurrir en las responsabilidades del Poder.

La sociedad italiana ofrecía numerosos síntomas de descomposición, como el amor al riesgo y a la especulación, la ausencia de moralidad, el desdén por el trabajo y por el ahorro, la disolución de los lazos familiares, la embriaguez, etc. La guerra devolvía al

país elementos muy peligrosos social y políticamente.

Por sí sola iba la categoría de antiguos oficiales a crear un verdadero problema social. El país no podría absorber sino una mínima parte de ella en puestos escogidos. Naturalmente, los demás se entregaron a la acción política. Quizá se hubieran sumado a los obreros, de no repelerlos con indignación el partido socialista. Constituyeron, por el contrario, los primeros núcleos de un nacionalismo agresivo, originado por la guerra y por las ilusiones de la victoria.

Las clases medias, que hasta entonces habían formado la armazón de la sociedad, estaban desalentadas, porque la paz eludía sus aspiraciones. Se hallaban dispuestas a tomar en serio las lamentaciones de la Prensa nacionalista, que acusaba de imprevisión e incapacidad al Parlamento, el cual achacaba las dificultades de postguerra al régimen liberal, que representaba a Italia como traicionada en Versalles por sus antiguos aliados y sacrificada al imperialismo francoinglés.

También la clase proletaria, siquiera por otras razones, se rebelaba contra la Conferencia de París. «Queremos—aducía a este respecto un manifiesto del grupo parlamentario socialista—forzar a la Conferencia de París a cumplir sus promesas, a otorgar a los pueblos la libre disposición del Poder, lo cual comporta para el Estado la reforma de la Constitución, la ampliación del sufragio, la representación directa de las organizaciones sindicales en el Parlamento, la

abolición de todos los poderes arbitrarios, la supresión del Senado, el derecho de autoconvocatoria de la Cámara y la descentralización administrativa, de modo que no implique ya una hipocresía la soberanía popular.»

En todas las clases cundía la agitación.

Hasta abril de 1919 no se tradujo en manifestación callejera el malestar general.

El 10 de abril inició Roma la serie de huelgas políticas. El Gobierno había prohibido la conmemoración de la «semana roja berlinesa», y el proletariado respondió al desafío de la Policía con una huelga compacta que no dió lugar al menor incidente, por cierto. En cambio, días después, en Milán, caían cuatro muertos durante un conflicto con la Policía, y mientras una manifestación proletaria congregaba en la Arená decenas de millares de obreros, los nacionalistas y futuristas atacaban y pillaban el local de *Avanti!*

Reunida en Milán, la directiva del partido socialista exhortaba a los proletarios a no aceptar la provocación de sus adversarios. Denunciaba la aparición de bandas armadas en la lucha, dispuestas a imponerse por la violencia con menosprecio de toda ley humana, y al propio tiempo, se comprometía a organizar una huelga general insurrecta, con objeto de establecer la dictadura del proletariado.

Por germinación espontánea, se oponían tentativas de milicias rojas a las tentativas de milicias negras. Pero, en tanto que la reacción tenía un programa y

voluntad de realizarlo, la revolución gesticulaba sin moverse del mismo sitio, limitándose a declamaciones. El partido socialista se revelaba impotente para organizarse y luchar en el terreno de la guerra civil. Sólo una ínfima minoría de la juventud, agrupada alrededor del *Ordine Nuovo* (Orden Nueva), planteaba y discutía los problemas de la revolución proletaria. Las generaciones de anteguerra, que se habían formado en una atmósfera de compromiso y de liberalismo, no concebían nada allende la agitación electoral. No sospechaba siquiera la inanidad de sus fórmulas en relación con la situación creada por la guerra.

León Trotsky ha escrito que, si no triunfó en Occidente la Revolución al final de la guerra, fué debido a la impotencia de los partidos socialistas. Aplicado al caso de Italia en 1919, resulta irrefutable este aserto.

Falto de preparación revolucionaria, en horas decisivas no se había identificado el partido socialista cual motor de la acción, sino cual una especie de espejo en que se reflejaban las exasperaciones y las iras de la clase obrera. Y en el momento de convenir ponerse a la cabeza de la revuelta que gruñía, se había entablado en el seno del partido un debate inagotable acerca de los móviles y medios de la lucha.

Mucho se ha discutido si existían o no condiciones para una revolución en 1919. Importaría antes sa-

ber qué debe entenderse por condiciones revolucionarias.

Según Antonio Labriola, existen las condiciones para la revolución cuando ya tiene el proletariado conciencia segura de su existencia como clase autónoma, cuando tiene la fuerza necesaria para emprender la lucha contra las otras clases, cuando está dispuesto material y espiritualmente a derrocar, al propio tiempo que la organización capitalista, todo el sistema ideológico burgués.

En 1919 y 1920 se hallaban realizadas de lleno estas condiciones. En muchas provincias y en las grandes ciudades industriales del Norte, ejercían el Poder prácticamente las secciones del partido y los sindicatos, estando el proletariado tan seguro de su porvenir y de su pujanza, que llegaba a subestimar las fuerzas de resistencia y contraofensiva del adversario.

A lo largo de toda una serie de manifestaciones, y sobre todo con motivo de las conmemoraciones del 1.º de mayo, testimonió la masa obrera su entusiasmo por el socialismo y su deseo de batirse.

Por lo demás, iban a darle ocasión de hacerlo los acontecimientos, que se adelantaban a las decisiones de los Congresos.

En junio y en julio se agravó súbitamente la agitación contra la vida cara. Exasperada, la población tomaba por asalto las tiendas de comestibles y panaderías, imponiendo a los comerciantes rebajas de precios del 50 por 100. Cada aldea tuvo su Marat o

su Lenin que predicara el exterminio de los mercachifles.

En Spezia se desencadenó la agitación con una huelga que degeneró pronto en conflicto sangriento con la Policía. De allí se corrió a Génova, donde hizo nuevas víctimas y se extendió por la península.

Coincidían las agitaciones políticas con los movimientos de los sindicatos y con la crisis ministerial. Iban impelidas a la huelga todas las categorías de asalariados—los maestros de escuela inclusive—para obtener el reajuste de los salarios al coste de la vida. Alcanzaba la crisis a los rodajes de la administración del Estado. Se dislocaba el aparato burocrático, que siempre había asegurado bien o mal la continuidad administrativa.

En estas condiciones fué derribado el Gobierno Orlando el 19 de junio tras un debate de lo más agitado sobre política internacional. Estuvieron de acuerdo la izquierda y la derecha para condenar una política incoherente que había humillado al país sin servir a la paz ni a la solidaridad internacional.

* * *

Se incautó Nitti de la herencia. En un análisis de la situación, *Avanti!*, por la pluma de Gramsci (1),

---

(1) Gramsci se cuenta entre los fundadores del partido comunista. Diputado electo, fué detenido el 9 de noviembre de 1926, condenándole el Tribunal especial a veinte años de prisión, pena que purga en un presidio, del cual quisiera hacer su tumba la dictadura.

consideraba la constitución del Gabinete Nitti como el comienzo oficial del proceso disolvente de la sociedad y el Estado italianos. Comparaba la Italia de Nitti con la Rusia de Kerensky, y explicándose respecto al desorden de la época, añadía: «Este desorden, dependiente de causas que se presentan con un carácter de perpetuidad, se complica con la existencia de grupos armados irresponsables, desprovistos de toda disciplina por lo que atañe al Estado, sin revisar por una autoridad central responsable, decididos a crear bandas pretorianas y una dictadura militar nacional si es posible, y con la evolución de las fuerzas pseudopolíticas que no tienen intereses personales ni generales que defender, sino sólo intereses y móviles individuales y momentáneos. De modo que jamás se hallan satisfechas tales fuerzas, están ávidas de novedad y mantienen a la clase dirigente bajo una presión permanente, quitándole la posibilidad de un largo trabajo de conjunto que sería necesario para la transformación de la configuración económica y política del país que imponen las circunstancias internacionales.»

Mientras se desarrollaba en Roma la crisis ministerial, excitando los apetitos de los grupos, la agitación proletaria se intensificaba. En la Conferencia de Southport, donde estaban representadas las organizaciones obreras inglesas, francesas e italianas, se decidió la huelga general internacional con fecha del 20 al 21 de abril, para protestar contra la intervención extranjera en Rusia. Era italiana la iniciativa

de la manifestación, a la cual se adhirieron, amén de la Confederación general del Trabajo, la Federación de Trabajadores del Mar y el Sindicato de Ferroviarios. En la Conferencia, el delegado de la C. G. T. italiana, D'Aragona, aunque militando en la extrema derecha del movimiento, reconocía el carácter revolucionario de la crisis italiana. «No habrá lugar a sorpresas—decía—si estalla un movimiento revolucionario entre nosotros. Podrán los resultados no ser decisivos; pero la insurrección es inevitable.»

En efecto, no aguardaba ésta más que caudillos y una ocasión. De día en día se agravaba la crisis. El Estado estaba cogido entre dos oposiciones iguales por lo violentas e intransigentes. El advenimiento de Nitti al Poder había desencadenado literalmente a la derecha. En julio de 1919 tomaron parte por primera vez grupos de oficiales en manifestaciones antigubernamentales. *L'Idea Nazionale* publicaba cartas de oficiales que predicaban sin rebozos la insurrección.

Por otra parte, crecía más y más la oposición proletaria a causa de las mismas provocaciones de la derecha nacionalista. Apenas había constituído Nitti su Ministerio cuando reincidió la agitación contra la vida cara, a la cual se adhirieron por odio al Gobierno nacionalistas y fascistas. «¡A la horca los que matan de hambre al pueblo!» Tal fué el grito demagógico de los primeros núcleos fascistas (1).

(1) En *Il Popolo d'Italia* escribía Mussolini: «En Romaña se ha insurreccionado el pueblo con energía contra la venalidad de los especuladores. Parece que tiende a ex-

En toda Italia revistió la agitación un carácter insurreccional. En las regiones centrales se había adueñado de la calle el pueblo, y en más de una ciudad fraternizaron con los manifestantes las tropas reales, llamadas para restablecer el orden. Los únicos centros de autoridad y disciplina eran las Bolsas de Trabajo. A ellas traían los propietarios las llaves de sus almacenes, declarando someterse a las tarifas que se dictaran.

Pero no se ponía nadie al frente del movimiento. Ni el partido ni la C. G. T. se preocupaban de canalizar el descontento popular hacia móviles políticos. Desde entonces estaba predestinada la agitación a resolverse en una serie de episodios locales. Mientras corría la sangre en varias ciudades (dos muertos en Florencia, cinco en Romaña, cuatro en Sicilia, uno en Génova, etc.); mientras fraternizaban los soldados con el pueblo, la directiva del partido se li-

---

tenderse el movimiento... Bien se ve que se procura castigar a los responsables más directos de la situación ya insostenible. En Imola fueron las fracciones minoritarias las que tomaron la iniciativa del movimiento, causando un malestar profundo en el Municipio socialista y en la Bolsa Confederal del Trabajo. Por mi cuenta, reconozco en esas reticencias la legitimidad fundamental de la protesta popular, que guarda proporción con las hazañas de los explotadores.»

Por el contrario, *Avanti!* publicaba artículos para demostrar lo que de irracional había en pretender una rebaja del 50 por 100 de los precios de venta.

miraba a votar una comunicación de solidaridad con los manifestantes.

Pero apenas hubieron terminado los movimientos callejeros contra la vida cara, llamó el partido socialista al proletariado para manifestarse los días 20 y 21 de julio contra la política imperialista. La huelga, que debiera ser internacional, se efectuó parcialmente en Inglaterra; en Francia desistió de ella a última hora la C. G. T.; en Italia agrupó la totalidad del proletariado, con excepción de una ínfima minoría de ferroviarios (1).

Pero la manifestación, cuya idea se lanzara en un momento de gran tirantez política, había suscitado en ciertas capas de la población esperanzas o temores injustificados. Así se vió a algunos burgueses emprender la víspera el camino de la frontera, temiendo por sus vidas, y a otros huir a sus casas de campo, como si estuvieran los bárbaros a la puerta.

Al día siguiente de la huelga, quienes habían temblado más prorrumpieron en gritos contra la impotencia del partido socialista. La Prensa estuvo unánime en mofarse del aborto de la revolución. Entonces fué cuando en un sector de la burguesía se concretó el designio de una lucha sin cuartel contra la orga-

---

(1) El diputado socialista Biberiali—a quien la dictadura ha condenado a diecisiete años de presidio—sacaba de la manifestación la enseñanza siguiente: «Si no intervienen para modificar la situación otros factores, no es posible en la actualidad conquistar el Poder por la huelga general insurrecta.»

nización socialista. En este sector de la burguesía, la agraria especialmente, se descubrió un alma ultranacionalista, arguyéndose que estaría bien servirse del patriotismo y de los antiguos combatientes como de una bandera que cubriese sus intereses particulares. Cambiaron de modo radical sus sentimientos para con los D'Annunzio, Marinetti y Mussolini, quienes encarnaban el tipo del pequeño burgués aventurero.

La empresa de D'Annunzio, en Fiume, iba a dar la medida de esta nueva orientación de la clase dirigente.

* * *

En el mes de septiembre de 1919 despotricaba la Prensa contra el peligro bolchevique y acusaba a la Confederación General del Trabajo de sostener artificialmente la agitación obrera y las huelgas. La Cámara de Diputados examinaba los resultados del expediente incoado sobre la derrota de Caporetto. En Versalles discutían los «cuatro» con aspereza la supremacía mundial. Por culpa de Sonnino (1), ministro

---

(1) Sonnino fué ministro de Asuntos Exteriores desde 1915 a 1919. Negoció la intervención (pacto de Londres) y la paz (pacto de Versalles). De él decía Turati: «Es el hombre que tiene la nostalgia de los tiempos de Crispi y de los tiempos de Pelloux, el hombre de los cien días, el hombre del perpetuo naufragio, el hombre de la eterna derrota, y en su navío, que boga por el océano de todas las tempestades entre el mayor huracán de los siglos, se ha embarcado hoy Italia.» (Cámara de Diputados. Sesión del 22 de diciembre de 1917).

de Asuntos Exteriores, allí se había encerrado en una contradicción insoluble la diplomacia italiana. De un lado, exigía la aplicación integral del Pacto de Londres, negociado con los aliados en el momento de la intervención en la guerra (y que no ligaba a Wilson), y de otro lado, hacía valer sus reivindicaciones sobre Fiume, que el Pacto de Londres asignaba a los croatas. Repartida entre estas dos políticas, frente a Clemenceau y Lloyd George, que se ponían de acuerdo para estorbar el camino al presunto imperialismo italiano, y frente a Wilson, tímido con los fuertes, aunque intransigente con los débiles, la diplomacia italiana no avanzaba un paso.

A la sazón marchó D'Annunzio sobre Fiume (12 de septiembre de 1919) a la cabeza de una columna de voluntarios, a quienes se habían unido elementos regulares del ejército.

«Por primera vez—afirmaba en la Cámara el presidente del Consejo, Nitti—ha penetrado en el ejército italiano la sedición.» Y concluía su discurso apelando a las fuerzas del trabajo contra las aventuras militaristas.

Con la aventura de D'Annunzio se acentuaba la disgregación del Estado. No sólo estaba la sedición en el ejército, sino en todos los servicios estatales, aun en los de mayor altura. Lo mismo que el ejército, la Policía y la Magistratura se lanzaban a la política, haciendo causa común con tal o cual facción. Hubo generales que alardearon en público de fraternizar con los «fuera de la ley» de D'Annunzio, ministros

que alentaron al poeta soldado en la peligrosa aventura, magistrados que le aclamaron.

Entonces empezó la agonía del Estado liberal italiano, de suerte que puede considerarse la marcha sobre Fiume como preludio de la marcha sobre Roma que debía efectuar Mussolini tres años más tarde y que, desde luego, iban a proponer industriales y banqueros a D'Annunzio.

No cabe dudar del entusiasmo patriótico y del idealismo de una parte de la juventud que había respondido al llamamiento de D'Annunzio. Pero también es seguro que una parte de la burguesía—la más poderosa—, para quien ya había constituído la guerra una buena ocasión de limitar la libertad y sofocar así el movimiento socialista, se felicitó de la marcha sobre Fiume como del primer jalón de una empresa con miras a destruir el Estado liberal. Esta burguesía, indiferente por completo a la suerte de Fiume, apoyaba a D'Annunzio, confiando en el encadenamiento de los hechos, que debía impulsar a los legionarios a la lucha franca contra el socialismo.

Del lado imperialista no fué tan penetrante la apreciación de los acontecimientos. En general, los escritores y oradores socialistas no vieron más que un aspecto de las cosas, es decir, la disgregación de la clase dirigente, y se regocijaron, proclamando igual desprecio por los militaristas que por los burgueses pacifistas.

«Nosotros—fué la consigna del partido—no podemos ayudar a una ni a otra de las fracciones en pug-

na. Asistimos, vigilantes, al derrumbamiento que se prepara.»

Era una actitud pasiva, de la cual sólo sacarían ventaja las fracciones reaccionarias, porque no hay sino una manera de no ayudar a unos ni a otros: tener una solución propia e imponerla.

Por su parte, al Gobierno, cuya autoridad se contestaba a derecha e izquierda, y que se sentía harto débil para afrontar y vencer la sedición, decidió provocar las elecciones generales. Con ello se proponía distraer a la opinión pública y a los partidos, y reintegrar la burguesía a la disciplina ante la amenaza socialista.

Se pronunció la disolución de la Cámara el 29 de septiembre, en cuanto el Parlamento hubo votado el sistema proporcional. Los nacionalistas lo tildaron de traición. En cambio, el partido socialista se lanzó con entusiasmo a la batalla. En el fondo, no era más que una potente máquina electoral, y en estas condiciones su yerro fué pregonar un desprecio a la legalidad y a la democracia, justificado por los acontecimientos, pero que debía aprovechar a los enemigos de la clase obrera si no tomaba ésta la ofensiva.

* * *

Entre la atmósfera creada por la convocatoria de *meetings* lectorales y por la aventura de D'Annunzio, celebró el partido socialista su XVI Congreso nacional en Bolonia. Tuvo importancia capital este Congreso,

porque iba a modificar la Carta del partido y a acentuar la inclinación hacia el leninismo.

No es necesario insistir sobre las condiciones psicológicas en que se inauguró. El Estado en crisis, la sedición en el ejército, Europa entera en pleno barullo, vencedores y vencidos en pugna con dificultades formidables, una paz que se diría apenas un armisticio, y, además, una espantosa crisis económica. Había motivos de sobra para animar al extremismo.

Por lo que atañe a las relaciones de clase entre proletariado y burguesía, las caracterizaba una serie de huelgas de origen claramente económico, aun cuando patentizaban el radicalismo de la lucha y la voluntad de los obreros de no dejar atentar a la libertad ni al nivel de existencia obtenido en los últimos años, y amenazado por el aumento de los precios y la alteración de los cambios. (El índice de precios, que era 248 en 1918 con relación a 100, en 1914 subía a 300,6 en 1919; la cotización del dólar pasaba entretanto de 6,34 a 13,07.)

Fué, pues, entre una atmósfera de fiebre como se inauguró el Congreso de Bolonia.

En él se adoptó con entusiasmo, por 48.411 votos (maximalistas) contra 14.880 (centristas y reformistas), la nueva Carta del partido (1), que se inspiraba en la doctrina leninista.

---

(1) La nueva Carta estaba concebida en los siguientes términos:

«Reunido en Bolonia el Congreso del Partido Socialista

italiano los días 5, 6, 7 y 8 de octubre de 1919, y convencido de que ha caducado el programa de Génova, proclama que la revolución rusa, que es el mayor acontecimiento de la historia proletaria, ha creado la necesidad de su desarrollo en todos los países;

»Considerando que hasta ahora ninguna clase dirigente ha renunciado a su propio despotismo sino bajo el imperativo de la violencia, y que la clase patronal apela a la fuerza para defensa de sus privilegios y para reprimir las tentativas de liberación de la clase de los explotados,

»El Congreso afirma que también el proletariado tendrá que recurrir a la violencia contra las violencias de la burguesía para la toma del poder y para la consolidación de las conquistas revolucionarias;

»Por lo que se relaciona con la situación política del momento y con las próximas elecciones, decide participar en ellas y entrar en los órganos del Estado burgués, para intensificar la propaganda de los principios comunistas, y para facilitar la destrucción de los susodichos órganos de la dominación burguesa.

»El Congreso decide modificar el programa del partido en la forma siguiente:

»Considerando que en la presente organización de la Sociedad están los hombres divididos en dos clases: a un lado los trabajadores explotados y al otro los capitalistas que detentan y monopolizan las riquezas sociales;

»Que los asalariados de ambos sexos, cualesquiera que sean su oficio y su condición, forman el proletariado, condenado a vivir en un estado de miseria, inferioridad y opresión...

»Que los organismo económicosociales del actual sistema político son los instrumentos de dominación de la clase que monopoliza la riqueza;

»Que no podrán emanciparse los trabajadores más que por la socialización de los medios de trabajo y por la gestión social de la producción;

»Considerando, además, que la sociedad capitalista, de la cual es consecuencia el imperialismo, ha desencadenado y desencadenará guerras más mortíferas cada vez ;

»Que no reinará la paz hasta después de la instauración del socialismo ;

»Que el caos actual de las relaciones sociales y políticas es síntoma de la quiebra que acecha a los países capitalistas, lo mismo vencedores que vencidos ;

»Que la evidente incapacidad de la clase burguesa para hacer frente a la crisis de la postguerra ha iniciado un período revolucionario de profundas transformaciones de la sociedad, con objeto de abatir el poder del capitalismo y de asegurar al proletariado la conquista del poder político y económico ;

»Que los órganos opresores y explotadores de la dominación burguesa (Estado, municipio, etc.) no pueden transformarse en órganos de la liberación del proletariado ;

»Que a esos órganos deberán oponerse nuevas instituciones proletarias (Consejos de trabajadores, aldeanos y funcionarios ; Consejo de economía pública, etc.), cuyo funcionamiento en régimen burgués tendrá un valor revolucionario, formándose en el estado proletario órganos de la transformación social y económica y de la reconstrucción comunista ;

»Que la conquista violenta del Poder marcará el tránsito de la clase burguesa a la clase proletaria ;

»Que la dictadura de todo el proletariado caracterizará el régimen transitorio de la sociedad capitalista a la sociedad socialista ;

»Que el régimen de dictadura tendrá por objeto acelerar el período de transformacin social y realización del comunismo de manera que el libre desenvolvimiento de cada cual sea condición del libre desenvolvimiento de todos ;

»Delibera :

»Primero. Someter la organización del partido socialista italiano a los principios expuestos aquí ;

El Congreso de Bolonia, si consideramos aparte los discursos de Turati y Lazzari (1), da la impresión exterior y aparente de un acuerdo completo sobre los principios, la táctica y la apreciación de la situación. Unánime fué la apreciación del carácter revolucionario de la crisis de postguerra; casi unánime fué también la comprobación de la insuficiencia de los métodos democráticos y de la necesidad de una dictadura de clase. Pero era mucho más aparente que real el acuerdo entre las fracciones y los *leaders* sobre la apreciación de la democracia. Sólo una pequeña minoría—que debía formar el partido comunista dos años más tarde—aceptaba el punto de vista

---

»Segundo. Adherirse a la III Internacional.

»Tercero. Provocar acuerdos con las organizaciones sindicales, a fin de coordinar su acción con miras a la realización de estos principios.»

(1) Lo mismo Filippo Turati, *leader* de la derecha, que Constantino Lazzari, *leader* de la izquierda obrera, pusieron en guardia al partido contra las «seducciones falaces» de dictadura y violencia, y sobre todo llamaron la atención del Congreso acerca de la posibilidad de ver a la burguesía adelantarse en tales terrenos al proletariado. «Temo—decía Lazzari—que, cuando aprobéis ese programa, que tendréis que aplicar, hayais preparado días malos al partido, que no podrá resistirse contra las fuerzas militares del Estado dispuestas a aplastarnos.» Y Turati añadía: «Hoy no nos toman en serio; pero el día en que les convenga hacerlo recogerán vuestro llamamiento a la violencia nuestros enemigos, y que están cien veces mejor armados que nosotros, y entonces darán buena cuenta de la acción parlamentaria, de la organización económica y del partido socialista.»

antidemocrático de los leninistas (1). Por el contrario, sin dejar de execrar a la democracia política a causa de su decadencia ante las fuerzas del capitalismo, la mayoría no concebía otros medios de lucha que los clásicos de todas las democracias: propaganda, organización, elecciones, acción sindical.

Fué un argumento que apasionó al Congreso el de la violencia, respecto a la cual iba la rancia mentalidad evangelista y evolucionista (2) a estrellarse

---

(1) Bordiga se afirmaba partidario de la escisión a la par que de la abstención electoral. «¿Qué será de la unidad del partido cuando suene la hora decisiva y revolucionaria? Todos optarán por la violencia; pero no estarán todos al mismo lado de la barricada. He aquí el problema que planteamos.»

Respecto a la participación en las elecciones inminentes, Bordiga la estimaba una adhesión indirecta al método democrático: «En las horas decisivas de la historia, la burguesía se defiende contra la revolución social utilizando los campeones del método democrático.» Pero sobre este particular debía Lenin desautorizar a su joven discípulo, que hoy está excluído de la III Internacional por cierto.

(2) El diputado Graziadei analiza con mucho tino cuál era la situación creada por la guerra: «En el período durante el cual constituyóse nuestro partido, no se podía emplear más método que el legal. Pero supuso una falta la dogmatización de este método. Otra falta ha supuesto lo de considerar el proceso histórico como si fuera a desarrollarse gradualmente y de guisa que no tuviera que intervenir la violencia sino en la fase final. Ahora bien: la Historia no se atiene a tales generalidades. La Historia alterna las fases en cuyo transcurso deben emplearse exclusiva o principalmente los medios legales con las fases en que resultan de todo punto insuficientes estos medios.

contra el espíritu propicio a aquella de las jóvenes generaciones procedentes de la guerra.

Pero en esto también, como respecto a la dictadura del proletariado, se desplazó el problema. Porque no se trata de estar o de no estar abstracta e ideológicamente por la violencia o por la dictadura. Se trata de darse cuenta concreta de la tendencia de la burguesía a salirse de la legalidad no bien se hallan en peligro sus privilegios. En otros términos: se trata de saber si la burguesía es susceptible de extremar su fidelidad a la democracia y la legalidad hasta sacri-

---

Marx y Engels, de quienes debe decirse que son más viables sus doctrinas políticas que sus doctrinas económicas, han insistido mucho sobre la importancia de la fase revolucionaria de 1848 a 1851. A consecuencia de las desilusiones sufridas, abandonaron las esperanzas que habían concebido. Pero no podían prever que algún día estallara una guerra mundial tan terrible ni que iniciaba ésta una fase revolucionaria mucho más grave que la de 1848-1851.»

Y de ello sacaba Graziadei tres conclusiones:

Primera: El marxismo no ha sido jamás una doctrina de humanitarismo pequeño burgués. Es una doctrina de justeza en el sentido de que entiende que el interés de la clase obrera coincide con los intereses de la colectividad; pero es una doctrina de fuerza en cuanto a los medios.

Segunda. La guerra ha dado fin a la ilusión que hacía creer que habían terminado las fases revolucionarias, y ha demostrado que las clases dirigentes recurren a los medios más espantosos para lograr sus propósitos.

Tercera. El problema fundamental del socialismo y del marxismo es elevar a la clase obrera a un grado suficiente de capacidad técnica, intelectual y moral. Tal es el verdadero medio revolucionario.

ficarles el poder cuando el proletariado tenga fuerzas y capacidad para reemplazarla en la dirección de la sociedad.

Ahora bien; no puede subsistir duda alguna sobre este punto. Clase hegemónica y egoísta por excelencia, la burguesía sólo se muestra fiel a las instituciones liberales y democráticas mientras le aseguran éstas la dirección de los asuntos. En cuanto corre riesgo su hegemonía, no vacila ante ningún medio: suspensión de la legalidad, empleo de la fuerza, leyes de excepción; en una palabra, dictadura y violencia.

La crisis de las instituciones democráticas proviene del hecho de que, en un momento dado del desarrollo de la lucha de clase, se plantea un problema cuya solución engendra una ruptura del equilibrio legalitario.

Por tanto, ¿debe la clase obrera aguardar pasivamente a que llegue ese momento? ¿Debe precaverse contra la eventualidad segura, o, por lo menos, en extremo probable de unas vacaciones de la legalidad, como diría León Blum?

Plantear el problema es resolverlo. La clase obrera sería culpable de una imprevisión criminal si no se preparara a defender, por la fuerza y por la violencia inclusive, la libertad, condición esencial de su autonomía. Pero, lejos de proclamarse antidemócrata o antiliberal, como se lo sugiere el bolchevismo, más que nunca debe el proletariado afirmarse partidario de la libertad y la democracia y adversario de

la dictadura, sin perjuicio de adoptar sus precauciones para rechazar las tentativas de reacción, según la antigua fórmula de los revolucionarios del siglo XIX: cuando el rey, o la clase dirigente, viola la Constitución, es la insurrección derecho y deber del pueblo.

La confusión que en 1919 se creó en torno a las ideas de violencia y dictadura, y que persiste en las filas del comunismo oficial, ha causado un perjuicio considerable a la clase obrera. En Italia, esta confusión brindó a una clase dirigente en plena crisis el pretexto para llevar la lucha al terreno de la guerra civil.

Del Congreso de Bolonia salía el partido con el compromiso de asignarse una organización de combate. Tal era el sentido de las deliberaciones que había adoptado. Así fueron interpretadas por la opinión pública. Prácticamente, no cambió la organización del partido nada.

Además, eran inminentes las elecciones. Apenas se consagraron seis semanas a la propaganda. Esta aludió casi exclusivamente a las responsabilidades de la guerra—lo cual reavivó la polémica entre centralistas e intervencionistas—y se tradujo por la exaltación y la apología de la Revolución Rusa.

Decía el llamamiento final de la directiva del partido a los electores:

«No es un voto lo que os pedimos, sino una promesa de acción y una profesión de fe. Al votar con la candidatura que ostenta la enseña de la Repú-

blica socialista del mundo, proclamaréis, proletarios de Italia, vuestra voluntad de empeñar la lucha por vuestra emancipación. En esa enseña está escrito: «¡Todo el Poder al proletariado organizado en sus Consejos! ¡Quien no trabaja, no come!»

Por su cuenta, los partidos gubernamentales fueron al palenque sin entusiasmo y sin programa, con la única excepción, empero, de los «popolari», partido que agrupaba a los católicos de todos los matices.

Apenas acababa de constituirse este partido bajo la dirección de un sacerdote siliciano, el padre Luigi Sturzo. Lo caracterizaba su programa a la vez confesional y demócrata, social y reaccionario. Detrás estaba la Iglesia romana, con su poderosa organización eclesiástica y secular. Por otra parte, siempre había sido más aparente que real su indiferencia para la política del Estado. En 1904, después de la primera ola de acción directa de la clase obrera, el Vaticano abolió el *non-expedit*, o sea la prohibición de ir a las urnas los católicos. En 1913, ante la intransigencia socialista, que ponía en peligro la política conformista, la Iglesia concertó un pacto de alianza con los moderados y liberales, que se denominó Pacto Gentiloni, y debía asegurar al Gobierno de Giolitti el concurso de las masas católicas contra los socialistas.

En 1919 revistió un carácter más oficial la participación católica en las luchas políticas y sociales. Se puso un sacerdote a la cabeza de esta organi-

zación, dentro de la cual alternaban los demócratas cristianos, de matiz muy avanzado, con los últimos epígonos de la nobleza papal.

Fué formidable el aporte de este partido a la causa de la conservación social. Aun cuando la Prensa fascista hubiera hablado a menudo de un presunto bolchevismo negro, cuyo caudillaje correspondía al padre Luigi Sturzo, es un hecho que, sin la intervención del partido popular católico en las batallas electorales de 1919 y 1921, no se habría puesto coto a la marcha adelante de los socialistas.

• • •

Se desarrolló la lucha electoral entre una atmósfera de intolerancia y hasta de violencia. *Avanti*, al cual se quería achacar la responsabilidad de la situación, replicaba a sus adversarios: «Demasiado tarde llega el sermón que invoca calma, serenidad y respeto a las opiniones. Sobre todo viene de quienes durante cuatro años han hecho tabla rasa de la libertad de los demás. Por eso no se escucha. No decimos que sea buena esta conducta: decimos que es inevitable.»

Inevitable, verdaderamente, era la dramatización, tan latina, de la contienda. Si nos detuviéramos en tal o cual episodio, resultaría fácil hoy pergeñar una requisitoria contra los rojos. Pero la historia se convierte en falsificación consciente de la verdad si se considera un episodio aislado, sin tomar en cuenta

precedentes y condiciones generales. Conviene tener siempre la honradez de indagar las causas de los hechos. Y no cabía duda de que en 1919 la cólera de las masas provenía de las sorpresas y rebeliones que había suscitado la guerra.

¿Dónde estaban las promesas hechas durante la guerra para clavar a «los peludos» a las trincheras?

¿Qué ventajas sacaba de la victoria el pueblo?

¿Quién del Gobierno reanudaba el discurso acerca de la tierra a los aldeanos, acerca de la legislación social, acerca de la democratización administrativa del Estado?

Era evidente que la guerra había proporcionado a las clases dirigentes una ocasión de hacer pausa en las reformas. Ya se oponía a las confusas aspiraciones libertarias y socialistas del pueblo la teoría del Estado autoritario y del hombre de puños. Esposas, cárcel, plomo en el estómago: tales eran los remedios que entreveía la burguesía ante la amenaza de una larga y penosa crisis.

Tenía descontado que el pueblo, que había hecho la guerra mientras la burguesía multiplicaba sus provechos, debía pagar los gastos de aquélla a la postre.

En vísperas del 16 de noviembre de 1919, la situación se componía de desconfianza, irritación, revuelta moral y amenaza de crisis económica.

Los resultados electorales indicaron cómo, entre la cuita general, confiaba la masa obrera en el emblema del martillo y la hoz. 1.840.593 votos consagraron las candidaturas socialistas. Seguía el partido po-

pular católico, con 1.175.552. Contra casi dos millones de sufragios socialistas, se erguían tres millones y medio de votos de los partidos burgueses y pequeños burgueses, profundamente divididos entre sí.

«Ha nacido la Italia de la Revolución», comentaba *Avanti!*

VII

LA OCUPACION DE LAS FABRICAS

BIBLIOTECA NACIONAL

LA AUTORIDAD DEL MOVIMIENTO SOCIALISTA.—EL PROBLEMA DEL PODER.—LAS HUELGAS ECONÓMICAS Y POLÍTICAS.—EL RETORNO AL PODER DE GIOLITTI.—CAUSAS Y CONSECUENCIAS DE LA OCUPACIÓN DE LAS FÁBRICAS.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION FONDO ...

LA victoria electoral del partido socialista—que triplicaba el número de sus electos en el Parlamento—no era el único ni el principal síntoma de su fuerza, pues en la Cámara había, aun así, una mayoría burguesa. Pero, mientras esta mayoría se hallaba en plena crisis de desaliento y se fraccionaba en una multitud de partidos y grupos, el partido socialista proseguía su camino con el mayor entusiasmo, apoyado por una masa homogénea, por un aparato político de primerísimo orden, por un conjunto de instituciones sindicales, sociales y económicas que reforzaban su autoridad.

La Confederación General del Trabajo, que se constituyó en 1906, y agrupaba millones de obreros, al-

deanos y *funcionarios*, estaba ligada al partido por un pacto de alianza que de hecho subordinaba los sindicatos a las secciones políticas. La Liga de Cooperativas, también aliada al partido, no sólo constituía un formidable organismo económico, cuya riqueza pasaba del millar de millones, y que en ciertas provincias, como Rávena (1), por ejemplo, ejercía una verdadera supremacía sobre el conjunto económico del país, sino que ponía a disposición del movimiento socialista un cuerpo de técnicos y de elementos dirigentes que no tenía par con ningún otro partido. La Liga de Comunas era asimismo una magnífica escuela de administradores y competencias. En su marcha hacia el Poder estaba, pues, el partido a cubierto del riesgo de la improvisación y la incompetencia. Poseía hombres de gobierno, técnicos y administradores que ya habían experimentado su sagacidad, su ciencia y su competencia.

Ahora necesitaba utilizar la victoria electoral y po-

(1) El organizador y animador de las cooperativas de Rávena, Nullo Baldini, después de confiscarse la gran organización que había creado y que habían admirado delegaciones llegadas de todos los países de Europa, vive desterrado en París. La Federación de Cooperativas de Rávena se había especializado en toda clase de obras públicas, pero particularmente en las explotaciones agrícolas.

El organizador de las cooperativas de Molinello, Giuseppe Massareti, ha sido condenado a cinco años de deportación en las islas, así como sus colaboradores. Se le debe, sin embargo, el renacimiento económico de una vasta zona antaño mísera e insalubre.

ner de relieve sus fuerzas. No podía hacerlo más que en el plano de la intransigencia moral, porque, en la atmósfera política de los años 1919 y 1920, habría sido absurdo y contrario a toda lógica hablar de una colaboración socialista con los partidos, aun de izquierda (1), y nadie hablaba de ella por cierto.

La mística bolchevista impidió al partido encontrar su camino y ponerse a la cabeza de una revolución nacional, política y social, perfectamente definida y delimitada por sus móviles inmediatos, susceptible de agrupar a la mayoría del país alrededor de un programa realista.

Sin embargo, al día siguiente de las elecciones del 16 de noviembre de 1919, publicaba *Avanti!* un artículo inspirado con amplitud en la realidad. Se afirmaba en él que el partido estaba dispuesto a asumir

---

(1) Después de la guerra, en vano se buscaba en Italia un rastro de pensamiento y acción democráticos. A este respecto ha escrito Arturo Labriola: «Con el cavalottismo, que fué el último eco del movimiento republicano unitario, se desvaneció el espíritu democrático. Los partidos que se han engalanado luego con el nombre de demócratas no eran más que partidos antisocialistas. Las concesiones que hacían a los partidos obreros se inspiraban en la preocupación de salvar lo más posible de antiguos privilegios. En el fondo, eran partidos conservadores, sin fe en las instituciones tradicionales, sin valor en su conservatismo burocrático, disimulados y disimuladores, dispuestos a todas las transacciones, pero conservadores.»

Todos, sin excepción, demostraron que lo eran cuando el fascismo proclamó el desgaste de las instituciones liberales.

el Poder para la realización de un programa que comprendiera: la instauración de una «República italiana libre»; una política extranjera tendente a establecer estrechas relaciones económicas, políticas y espirituales con la Rusia soviética; una política militar de liquidación del imperialismo y de la guerra; una política financiera fundamentada en la confiscación de las riquezas nacidas de la guerra, y una política social orientada hacia una administración directa, gradual, de las fábricas y las tierras por los trabajadores.

Al propio tiempo, el grupo parlamentario afirmaba la necesidad concreta de una transformación radical de las instituciones, de modo que emancipara al proletariado de las prerrogativas de los partidos irresponsables, de la votación de asambleas privilegiadas y de las supervivencias del tradicionalismo monárquico, y que hiciera posible el conjunto de las reformas económicas indispensables para reanimar la producción y para emprender la tarea de las realizaciones socialistas.

En ambos documentos se planteaba en términos excelentes el problema revolucionario del momento. Era entonces o nunca la hora de un llamamiento al pueblo para la República de los trabajadores contra el viejo régimen corrompido y desacreditado.

Pero gustaba al partido entretenerse con la comprobación de su fuerza; le agradaba su aislamiento, en el cual veía la causa de su prestigio, y se complacía en la táctica de «solo contra todos», que no tiene nada de revolucionaria, empero, y se equipara

mucho más a una tendencia contemplativa que a una concepción activa de la historia.

Los acontecimientos le daban la *razón*: conforme había previsto, la guerra se traducía en un acrecentamiento de los antagonismos sociales; los que habían vuelto del frente se encaraban con las clases dirigentes para pedirles cuentas del crimen de la guerra; la paz no era sino una prolongación de las hostilidades en el dominio económico; los pueblos estaban abrumados por una tributación inaudita; no se había cumplido ninguna de las promesas hechas a los combatientes. Pero no basta con tener *razón*: hay que saber aprovecharse del hecho de tenerla. El partido socialista olvidó que una revolución que se anuncia cada mañana y que se aplaza cada noche, es revolución perdida de antemano. De modo que, casi al día siguiente de las elecciones, después de la manifestación antidinástica del grupo en la inauguración de la legislatura, el partido se veía obligado a defenderse contra una primera agresión de los nacionalistas.

El 1.° de diciembre de 1919 tuvo lugar la apertura de las Cámaras. El tema del discurso del trono —sobre todo en el dominio de la política interior— era un tejido de banalidades. «No puede haber una paz para los vencedores y otra para los vencidos.» «Mi Gobierno sólo se propone la defensa de las poblaciones de lengua y raza italianas.» «Italia desea seguir con la más viva simpatía el ascenso de las clases populares.» «La disciplina supone una nece-

sidad para la existencia del Estado. Si falta, urge restablecerla con vigor.» «Orden y Trabajo.»

El suceso sensacional de la apertura del Parlamento fué la manifestación antidinástica de los diputados socialistas. Por primera vez se gritaba enfrente del rey: «¡Viva el socialismo! ¡Viva la república socialista!» Por primera vez resonaba la Internacional en las gradas del trono.

Buena parte de los electos socialistas eran obreros y aldeanos, y hablaban el rudo lenguaje de hombres que no conocían las finuras de los salones y de la diplomacia. Se trataba de un espectáculo de gran fuerza evocadora. Se trataba también del comienzo de un duelo decisivo.

Fué inmediata la respuesta de los elementos reaccionarios. En la plaza Montecitorio, aguardaban oficiales de uniforme y nacionalistas a los socialistas para denostarlos. Fueron agredidos algunos diputados.

Pronto reaccionaron las masas con la huelga. Sobre el terreno quedaron muertos en Milán, en Turín, en Mantua. Pero, por lo general, los prohombres socialistas sólo daban una importancia muy limitada a la aparición de las primeras formaciones burguesas de combate, las cuales, por su parte, estaban absolutamente decididas a responder con un desquite callejero a la revolución parlamentaria del 16 de noviembre.

* * *

Los titubeos socialistas para empeñar la lucha, las huelgas económicas y políticas, los conflictos casi cotidianos entre el proletariado y la guardia real, la tensión nerviosa del país, la incertidumbre del mañana y la crisis de autoridad de los antiguos partidos, contribuían a oscurecer el horizonte y a complicar las cosas.

Del lado burgués se gritaba a los socialistas: «¡Haced la revolución o dejadnos tranquilos!»

«¡Ni lo uno, ni lo otro!—replicaba Claudio Treves en un gran discurso parlamentario, al que prestaban las circunstancias el carácter de una trágica confesión de importancia—. La revolución implica una era y no una jornada; como ciertos fenómenos de la naturaleza, se manifiesta por lentas erosiones y bruscos derrumbamientos. Estamos de lleno en la revolución, y en ella permaneceremos durante luengos años, fecha por fecha, episodio por episodio; en ella, épica o macarrónica, tonta o sublime, con muchas cosas que no comprendemos y que tampoco comprendéis. ¡Os gustaría acabar de una vez! No es morir lo que os espanta, no es vivir lo que os exaspera. ¡Ay! No tenemos el poder de acelerar el parto divino..., que será terriblemente largo y penoso... Largo y penoso, aunque necesario, porque es la consecuencia ineluctable de lo que se ha hecho, el inexorable corolario del crimen. Señores..., ¡ha llegado la expiación!»

Según esta tesis tan emocionante, tan dramática, había, pues, un *hiatus* en la vida italiana, un vacío, una interrupción de la solución de continuidad entre

un pasado que estaba muerto en la conciencia de los hombres y un porvenir que era impotente para traducirse en una realidad política, jurídica y social. Situación absurda, imposible que la vida no tolera. A todo trance se imponía colmar este vacío con, sin o contra los socialistas.

Día a día se precipitaban los acontecimientos en un tropel confuso de huelgas económicas y políticas, de golpes y contragolpes, de insurrección y violentas represiones.

Apenas llegado al Poder, sin perjuicio de su nostalgia de ensanchar la base de su gobierno del centro a la izquierda merced a la incorporación del ala derecha reformista, Nitti había pensado desde luego reforzar las huestes policíacas por medio de la Guardia Real, con efectivos de 377 oficiales y 25.000 milicianos. Contra este dique se estrellaron las primeras olas de asalto proletarias. No hubo domingo ni casi huelga en que no corriera la sangre.

Mientras, se elaboraba lo que podríamos llamar una conciencia histórica de la Revolución y sus problemas. A las antiguas consignas, a las huelgas por intereses puramente corporativos, sustituían nuevas fórmulas y un concepto general de los intereses de la clase obrera. Así fué cómo, en el mes de abril de 1920, dió Turín la batalla por las comisiones internas de fábrica y la inspección obrera en las empresas. A ella se asociaron todas las categorías, y los ferroviarios se negaron al transporte de las tropas en-

caminadas hacia la zona del conflicto. Pero también formó un bloque la burguesía, a la cual no se escapaba la importancia y la significación del movimiento, y rindió el máximum de su esfuerzo. Diez días duró la huelga, que terminó por la derrota de los obreros ante la movilización de todas las fuerzas reaccionarias y conservadoras (1).

En cuanto al partido, daba la impresión bien clara de estar dominado por los acontecimientos en vez de dominarlos. La dirección extremista y leninista abundaba en fórmulas de orden general; pero se eviden-

---

(1) Turín tenía tendencia a convertirse en centro de las experiencias comunistas, mientras en Milán predominaba el elemento maximalista; por tanto, no cabe sorprenderse de que estamparan apreciaciones discordantes de la huelga las respectivas ediciones de *Avanti!* en Milán y Turín. El *Avanti!* de Milán hablaba de una «experiencia dolorosa». «No estamos obligados—decía—a aceptar la batalla cada vez que nos provoque el adversario.» La edición de Turín, sin dejar de reconocer que por el momento estaba perdida la batalla, afirmaba que continuaba la guerra, y del episodio extraía consideraciones como éstas: «Después de la huelga general de Turín y Novara, después del movimiento de los campesinos pobres de Pulla, puede afirmarse que en Italia no se limitará la revolución a retoques superficiales de las instituciones políticas; no será una revolución democrática, sino comunista. Se dedicará a una transformación radical de las relaciones de propiedad, acabando por la liberación de las fuerzas productoras proletarias, que quieren introducir un orden nuevo en la producción y en la distribución, como también construir una sociedad nueva.»

ciaba impotente para disciplinar la agitación obrera. Reclamaba del grupo el *sabotage* de la institución parlamentaria y estudiaba un proyecto de soviets. Durante un consejo nacional que se reunió en Milán los días 19, 20 y 21 de abril, no hizo más que acentuarse esta impresión de impotencia, conforme se reanudaba la pugna de tendencias.

«Ir al poder» era la consigna de Modigliani (1); ir solos o con quienes aceptaran las reivindicaciones mínimas del partido; ir por todos los medios, y hasta por medio de la violencia, si necesario fuese, pero ir.

Se le oponía un plan de revolución integral y soviética, sin darse cuenta de las profundas diferencias entre Italia y Rusia, olvidando la tradición comunal italiana y la existencia de las clases medias, más numerosas cada vez, atrincherándose en una ortodoxia doctrinal que cada día contrastaba un poco más con la vida real.

Se hizo de todo punto evidente el peligro de esta táctica con motivo de la ocupación de las fábricas.

Entretanto se había derribado al Gobierno Nitti (julio de 1920), tras de una recrudescencia de los

---

(1) Modigliani está hoy proscrito en París, después de llevar a cabo, sin flaquezas, en 1924, 1925 y 1926, la ruda tarea de la acusación privada de la señora Matteotti, parte civil en el proceso contra los asesinos de Giacomo Matteotti. Dentro del movimiento socialista, a menudo se ha situado él en el centro, sin complacencia para el revolucionarismo verbal, aunque también sin ilusiones respecto a las soluciones de compromiso.

conflictos obreros (1). Entonces se decidió la burguesía a llamar al Poder a aquel mismo Giovanni Giolitti a quien denunciara como traidor a la patria y echara en el mes de mayo de 1915.

Lo que del viejo mago parlamentario aguardaba la burguesía era un milagro que superase con mucho su virtuosismo. Esperaba verle aplacar con un ademán la cólera de las masas y realizar en torno a su Gobierno un vasto bloque de fuerzas conservadoras. Para aplacar a las masas se habría requerido un espíritu creador, un gran reformador, un hombre de coraje e iniciativa, y Giolitti no era más que un burócrata. Respecto al bloque conservador, lo formó Giolitti; pero fué para hacer la cama al fascismo.

A su advenimiento al Poder se caracterizaron las reacciones populares por el motín popular de Ancona, donde se negó a embarcarse un regimiento designado para salir con rumbo a Albania. Por solidaridad con los sediciosos, la Bolsa del Trabajo declaró la huelga general, que se extendió a toda la región de las Marcas y la Umbría, y que finalizó merced a la promesa del Gobierno de abandonar el protectorado de Albania, lo cual provocó contramanifestaciones nacionalistas en Trieste, donde los patriotas incendiaron el palacio Balkán, sede de las organizaciones

---

(1) En el Mediodía los conflictos obreros tomaron una forma concreta y particular con la ocupación de los latifundios. Después se requirió una ley especial —la ley Visocchi, apellido del ministro de Agricultura de la época— para legalizar el hecho consumado.

eslovenas, y en Roma, donde atacaron la imprenta de la edición romana de *Avanti!*

Interpelado acerca de estos hechos, respondió Giolitti que no faltaría el Gobierno a su deber, el cual era buscar y castigar, no sólo a los culpables, sino a los cómplices e instigadores. «Añado—decía—que no vacilará el Gobierno ante las medidas por tomar, y que se engañan quienes se imaginen tener algún derecho sobre la vida pública del país por haber ganado antes millares de millones».

Era de lo más oportuna la alusión a los tiburones de la guerra. Pero no se trataba sino de palabras. Estaban situados a demasiada altura los cómplices e instigadores de la juventud patriota que se manifestaba contra los socialistas, y ni por asomo ocultaba sus intenciones de sustituir al Estado en la represión del movimiento obrero; estaban en los Consejos de administración de los Bancos y las grandes industrias, en el Estado Mayor del Ejército y en la alta burocracia.

Después del fracaso de la ocupación de las fábricas, tomaron la iniciativa de la guerra civil, conceptuándose un Estado dentro del Estado.

* * *

La lucha proletaria de la potsguerra tuvo en Italia su punto culminante en la ocupación de las fábricas. Fué éste el mayor movimiento sindical, no de Italia ya, sino de Europa entera. Para comprender los orí-

genes de la agitación, es menester remontarse a las huelgas de agosto-septiembre de 1919. Entonces, tras de setenta días de huelga, obtuvieron los obreros agrupados en la F. I. O. M. (Federación Italiana de Obreros Metalúrgicos) un contrato colectivo de trabajo que era uno de los mejores de Europa. Pero retrocedía el patronato para la aplicación del pacto, y a cada instante procuraba ponerlo de nuevo a discusión. En el mes de junio de 1920, la organización obrera presentaba una demanda de revisión de salarios con arreglo al índice del coste de la vida. Se cambiaron Memorias con la organización patronal, alegando ésta la crisis de la industria para oponerse al aumento de salarios, y demostrando la F. I. O. M. con cifras incontestables que no existía tal crisis y que aumentaba el coste de la vida.

El 21 de agosto, a raíz de la negativa de los industriales a proseguir las negociaciones, los obreros decidían el obstruccionismo, y ocho días después, por orden de las organizaciones sindicales, ocupaban las fábricas, con objeto de evitar que las ocupara la Policía, conforme habían decidido los patronos.

La orden fué ejecutada con entusiasmo por los obreros, aunque no por los técnicos ni por los empleados, lo cual provocó algún conflicto.

Era de lo más paradójica la situación que dimanaba del acontecimiento. Cabe decir que la vida de la nación entera se encontró ligada a la suerte de la batalla. El Gobierno se mantenía al margen del conflicto, después de una vana tentativa de conciliación

y arbitraje por parte del ministro de Trabajo, Arturo Labriola, que había aceptado este ministerio en el Gabinete Giolitti. Entre los ocupantes, una parte se esforzaba por asegurar el funcionamieto de las fábricas y otra parte se armaba para asegurar la defensa eventual de la ocupación. Vigilaban la disciplina del trabajo comisiones obreras, que ante todo procuraban evitar actos de sabotage y vandalismo. Para pagar anticipos de los salarios, el Instituto de Crédito de Cooperativas adelantó fondos, garantizados por las Cooperativas federadas.

Pero, luego de algunos días, se evidenció cómo sopreponderaba el aspecto político de la agitación sobre el aspecto sindical, y cómo no podría conjurarse la crisis más que en el terreno de la acción política. Quedaba planteado el problema del poder. Había que avanzar o retroceder, romper con el concepto clásico e individualista del derecho de propiedad o someterse a él. Ya no era competente para deliberar acerca del curso que se diera al conflicto la organización sindical de metalúrgicos, que entretanto había descubierto en Milán y Turín documentos importantes respecto a la manera de dirigir las fábricas, y que había formulado la cuestión de la inspección obrera. A la C. G. T. y al partido incumbía asumir sus responsabilidades.

Los días 4 y 5 de septiembre tuvo lugar en Milán una primera reunión. Acabó votándose una decisión según la cual, aunque no se llegaba a resolver satisfactoriamente la agitación a causa de la testarudez

patronal o de la violación de neutralidad gubernamental», la C. G. T. y la Directiva del partido se comprometieron a intervenir para «ampliar la batalla y apelar a todo el proletariado».

Una semana más tarde, cuando se reunió el Consejo nacional de la C. G. T., no había adelantado ni un paso el conflicto. El Gobierno permanecía neutral; pero la organización patronal se negaba a la discusión si antes no salían de las fábricas los obreros.

Entonces se afrontaron las tendencias. En nombre de la Directiva del partido, el secretario Gennavi sostuvo la tesis de que, como era político el movimiento, convenía ampliarlo y transformarlo en lucha revolucionaria por la toma violenta del Poder. En nombre de la Confederación General del Trabajo respondía D'Aragona que aun eran posibles tres soluciones: persistir en la ocupación, ampliarla a todas las categorías y reclamar la reforma de la inspección obrera, o salir de las fábricas y atacar a la burguesía en su órgano central, el Estado. El secretario confederal consideraba imposible ya la primera de las tres soluciones, se adhería a la segunda y no se allanaba a asumir la responsabilidad de la tercera, que le parecía predestinada al desastre. No obstante, él y su Comité se decían dispuestos a dimitir y a resignar los poderes que tenían del Congreso en la Directiva del partido (1).

(1) Preñada de consecuencias estuvo la responsabilidad en que incurría la C. G. T. italiana. Porque, aun cuando evitara la revolución, no evitó la reacción ni el terror blan-

Entre la tesis del partido y la de la Confederación, Buozi, secretario de la F. I. O. M., pedía la ampliación de la agitación, la lucha por la República y el Gobierno socialista, a fin de realizar las reformas políticas y económicas compatibles con el grado de evolución del país.

El debate fué apasionante, casi dramático. Por 591.245 votos contra 409.509 y gran número de abstenciones, prevaleció la tesis de D'Aragona. Se prescindía de la lucha por el Poder para llevar adelante las reivindicaciones de la inspección obrera.

Aunque, después de reunirse el Consejo Nacional, pudo reincidir la agitación y ensancharse con la adhesión de otras categorías obreras, de hecho había perdido su carácter político y revolucionario. Sobre la plataforma de la inspección, avanzaba el Gobierno con el tradicional ramo de olivo de la paz.

Convocó Giolitti para el 15 de septiembre en Tu-

---

co. Así hubo de reconocerlo D'Aragona en su discurso del 10 de septiembre de 1922. «Somos responsables—declaró—de excesivas concesiones verbales durante el periodo de la locura bolchevista; pero hemos hecho cuanto se podía para refrenar a los impacientes. Nos honra haber impedido la revolución meditada por los extremistas. Después, cuando ya habíamos evitado la catástrofe revolucionaria, ha venido el fascismo». Se trata de una jactancia siniestra. Sin embargo, importa observar que D'Aragona exagera su papel. Es un hecho que ni los revolucionarios ni los reformistas quisieron ahondar la crisis de septiembre de 1920. Se reservaban para el día de mañana. No hubo día de mañana, ¡ay!

rín a los representantes obreros e industriales. Estos últimos iban a la conferencia con espíritu intransigente. El senador Conti, presidente de la Confederación de la Industria, rechazó toda idea de inspección, la cual, según él, acarrearía la ruina de los negocios «En la fábrica no hay puesto sino para un amo; o nosotros o los obreros. No ambos a la vez». Además, declaró que antes de proseguir las conversaciones, los industriales exigirían la capitulación de los trabajadores.

Luego de afirmar D'Aragona que los obreros no saldrían de las fábricas hasta después de adoptarse el principio de la inspección, el presidente del Consejo hizo una declaración sensacional. «Es menester —adujo— otorgar a los trabajadores el derecho a conocer, a aprender y a educarse, de modo que puedan ponerse en condiciones de asumir su parte de responsabilidad en la dirección de las fábricas». Y ante la testarudez de los industriales, levantó la sesión, amenazando con imponer la inspección por medio de una ley que se comprometía a someter al Parlamento (1).

---

(1) Acto seguido redactó Giolitti el decreto siguiente: «Considerando que la C. G. T. ha formulado la demanda de modificar las relaciones entre patronos y asalariados de manera que éstos, a través de sus Sindicatos, queden investidos con la posibilidad de ejercer una inspección sobre las industrias, y ello a fin de mejorar las relaciones disciplinarias entre patronos y asalariados:

Considerando que la Confederación General de la Industria no se opone a que se haga la experiencia de la inspección por categoría de industria,

Reanudadas en Roma, llegaron las negociaciones a un acuerdo, que fué *ratificado*, los días 21 y 22 de septiembre, por el Congreso de Metalúrgicos y por el *referéndum*.

Así finalizaba con un compromiso una agitación que al pronto se había considerado como el prólogo de la revolución.

* * *

¿Cuáles fueron sus consecuencias?

Las consecuencias fueron de lo más graves, en virtud de la desilusión de las masas, de la nueva prueba de vacilación dada por el partido y de la hábil maniobra del Gobierno.

Aunque desde un punto de vista meramente sindical pudiera el proletariado cifrar algún orgullo en la

---

»El presidente del Consejo de Ministros toma acta de este acuerdo y decreta:

»La constitución de una comisión paritaria de seis miembros nombrados por la C. G. I. y seis por la C. G. T., la cual formulará las proposiciones que puedan servir al Gobierno para la presentación de un proyecto de ley con objeto de organizar las industrias sobre la base de la intervención de los obreros en la inspección técnica y financiera y en la administración de las Empresas. La misma comisión fijará, dentro del plazo de ocho días, las reglas para resolver las cuestiones concernientes al proyecto de los reglamentos de contratación y licenciamiento de la mano de obra. Los obreros se reintegrarán a sus puestos.

»Turín, 15 de septiembre de 1920.—Firmado: El presidente del Consejo, *Giolitti*.»

conquista de la inspección obrera—conquista platónica del todo, pues jamás hubo ocasión de aplicarla, y se traspapeló el proyecto de ley entre los legajos polvorientos de los archivos ministeriales—desde el punto de vista político, era el Gobierno el vencedor. «Es evidente—escribía *Avanti!*—que no se trata de una victoria sólo de los obreros, sino también de Giovanni Giolitti».

El propio Giolitti ha escrito en sus memorias que la ocupación de las fábricas representó «el esfuerzo supremo» para salir de una situación «revolucionaria, pero desordenada», y ha añadido que se evitaron encuentros sangrientos porque en la reunión de Turín «prevaleció el buen sentido». En cuanto a la táctica de dejar hacer y de la neutralidad que adoptó, concitándose ásperas críticas, invocaba el caso de fuerza mayor, pues era imposible evitar la ocupación y más imposible todavía desalojar a los obreros por la fuerza. Terminado el alboroto, tuvo la satisfacción, según cuenta, de ver cómo aquellos mismos que le incitaron a la violencia reconocían que el camino que había seguido era el único susceptible de evitar lo peor, con la ventaja, por añadidura, de quitar a los obreros muchas ilusiones peligrosas.

Menester es reconocer que atinó con su operación Giolitti. Desde un punto de vista revolucionario, habría valido más una derrota obrera en un combate sangriento por una semivictoria debida, por la organización obrera, a la intervención del Gobierno. Y, en efecto, de la batalla salió el proletariado debilitado y

desanimado, mientras que la burguesía, que había sentido el escalofrío de la expropiación, se inclinaba decididamente hacia las ideas de represión y violencia.

Intérprete de sus preocupaciones, la Prensa de derecha y de izquierda acusaba al Gobierno de debilidad y sumisión a la revolución. *Il Corriere de la Sera*, el más leído de los diarios moderados, se rebelaba contra una presunta «agonía vergonzosa de Italia», y dirigía al Gobierno el reproche de «tartamudear el lenguaje del miedo». El demócrata *Secolo* planteaba el dilema: «O instaurar el prestigio de las leyes y la autoridad del Estado o abandonar a los socialistas el Poder».

Una sola excepción entre tanta fraseología. Mussolini, en su *Popolo d'Italia*, defendía la neutralidad del Gobierno. «¿Quién puede afirmar—agregaba— que el «hablar alto» no hubiera prendido un incendio infinitamente más difícil de extinguir?» Y respecto al fondo del asunto, se pronunciaba por la inspección obrera, celebrándola como una verdadera revolución que estableciese en la fábrica derechos iguales para el capital y el trabajo (1).

---

(1) En aquella época todavía alardeaba de ideas extremistas el que iba a convertirse en «duce» y a jactarse de haber salvado a Italia del bolchevismo. En un discurso decía: «Históricamente estamos en el terreno revolucionario desde 1915. Debemos adelantarnos a los trabajadores. Hay que aceptar, pues, los postulados de la clase obrera. ¿Pedirá las ocho horas? ¿Reclamarán mañana las seis ho-

Se explica, porque todavía era el fascismo un movimiento insignificante, sin directrices y sin efectivos.

Pero, dos años más tarde, después del éxito de los socialistas en las elecciones municipales, que valió al proletariado la conquista de 2.162 alcaldías y 26 administraciones provinciales, hizo su aparición el fascismo, inexistente hasta la fecha. Entonces resonó en el valle del Po el grito de guerra: «¡A nosotros!». Mientras, para facilitar la tarea de sus enemigos, se dividía el proletariado.

---

ras los mineros y los obreros de noche? ¿Y los seguros sociales para la vejez y la invalidez? ¿Y la inspección sobre las industrias? Apoyaremos todas sus peticiones, máxime porque queremos hacer que poco a poco las clases obreras sean capaces de dirigir las explotaciones... ¡Democracia económica! ¡He aquí nuestra divisa!... Debe suprimirse el Senado. Queremos que de nuestra organización constitucional se borre ese organismo feudal. Queremos una Asamblea Nacional que decida si ha de ser Italia una monarquía o una república. Desde ahora respondemos nosotros: ¡República! Nos pronunciamos claramente contra cualquier clase de dictadura».

Y comentaba el propio Mussolini, con motivo de la ocupación de las fábricas: «No temo ninguna transformación social. Por eso, no sólo acepto la inspección de las fábricas, sino también su administración social cooperativa».

VIII

EL FASCISMO Y LA ESCISION SOCIALISTA

UN BLOQUE ANTISOCIALISTA DE INTERESES Y RENCORES.—EL NACIMIENTO DEL FASCISMO EN BOLONIA, EPICENTRO DE LA OFENSIVA AGRARIA.—LA ESCISIÓN DE LIVORNO.—LAS ELECCIONES DEL 15 DE MAYO DE 1921

A fines de 1920 tenía las alas rotas lo que se ha llamado bolchevismo italiano, es decir, la fiebre revolucionaria que aquejó a todos los países, y que hubieran podido transformar en revolución partidos mejor organizados en el dominio de la acción.

El Gobierno, siguiendo instrucciones de Nitti y Giolitti, había obtenido unos cuantos éxitos importantes. Reorganizó la Policía y la Gendarmería. Disponía de una Guardia real reclutada entre la juventud que, tras de hacer la guerra, estaba avezada a todos los riesgos y ducha en la estrategia militar. Hizo frente a la ocupación de las fábricas. Acababa de alejar de Fiume a D'Annunzio casi sin combate (1).

(1) D'Annunzio fué echado de Fiume el día de Navidad (1920). Hicieron unas veinte víctimas algunos combates

eliminando así un centro temible de conspiración y acción nacionalistas. Con la supresión del precio político del pan realizaba el Estado una economía formidable y podía suponer próximo el equilibrio del presupuesto. Por otra parte, en la conversión de los títulos al portador en títulos nominativos, intentaba hacer un poco de justicia en la tributación. La burguesía, empero, no estaba tranquila, y al contacto con la nueva realidad se despertaban sus instintos de guerra civil. La ocupación de las fábricas había sido una trágica advertencia para los burgueses de altura. Se les antojaba detestable la transacción gubernamental, ora a causa de la reforma de la inspección obrera, de la cual no querían oír hablar en modo alguno; ora a causa de las relaciones igualitarias, de potencia a potencia, que tendían a establecerse entre el patronato y las organizaciones obreras. Se les hacían intolerables también otras dos decisiones del Gobierno: la conversión de los títulos al portador en títulos nominativos, y la investigación de los gastos de guerra votada por el Parlamento y en vías de ejecutarse. Los ladrones y defraudadores se disfrazaban de honestos patriotas y clamaban contra el sacrilegio.

---

en los puestos avanzados a las puertas de la ciudad. La Marina disparó un cañonazo sobre el palacio del gobernador, residencia del poeta comandante.

El país permaneció indiferente por completo. En cuanto a la población de Fiume, manifestó sus sentimientos poniendo al frente del Municipio a los autonomistas.

Encontraba ecos poderosos esta campaña. Aun no habían renunciado a la esperanza de un desquite resonante las viejas pandillas alejadas del Poder desde hacía cerca de veinte años. Los clericales salían de su silencio enigmático para tomar posiciones contra el Estado liberal. El Estado Mayor se sumaba al ejército antisocialista. Era de la partida, naturalmente, la monarquía, a quien ponía en peligro de muerte el progreso del socialismo. Venteaban la batalla y se preparaban a ella, en fin, todas las rancias fuerzas de la reacción y todas las instituciones que habían aceptado la democracia a regañadientes.

No habrían llegado muy lejos por sí solas estas fuerzas. Pero podían contar con otras alianzas. Ahora estaba aislado el movimiento socialista, que antes se beneficiara con las simpatías de la nueva burguesía de los negocios y la burguesía intelectual. En su marcha adelante había menoscabado y pisoteado muchos intereses, muchas posiciones adquiridas. Los comerciantes perjudicados por las cooperativas, los demócratas alejados de los honores y prebendas del poder, los intelectuales, a quienes se había preferido obreros de manos encallecidas, se alzaban contra los socialistas en un frente único, cimentado por la comunidad de intereses y rencores. En un período como el de postguerra, caracterizado por una exasperación de la lucha de clases, la tendencia natural del movimiento socialista era la hegemonía del proletariado, lo cual irritaba y humillaba a la pequeña burguesía, ese proletariado de cuello postizo que, aun constreñi-

do a reconocer que nada supone social ni políticamente sin la alianza con los obreros, no abandona la ilusión de tener que desempeñar un papel autónomo y primordial. Por cierto que la tal pequeña burguesía se resentía tanto y hasta más que el proletariado de las repercusiones de la crisis económica, y prestaba atento oído a quien le dijese que la crisis en cuestión era consecuencia de las huelgas y los salarios elevados.

No era eso todo. Después de la guerra se habían cubierto con el pabellón socialista ciertas manifestaciones de un herveísmo retardatario que lastimaron el sentimiento patriótico o sencillamente nacional de una cuantiosa parte de la oposición. Hay estados de alma que hemos de respetar, aunque no los compartamos. Muy débil antes de la guerra, el sentimiento nacional de los italianos se había despertado durante la guerra y después. Sentíase en Italia, bajo un espectro doble, la injusticia evidente que presidía las negociaciones de paz: como atentado al espíritu pacifista y como atentado contra el derecho italiano. En Versalles existía una lucha de clase de naciones. Italia implicaba la nación proletaria, frente a la cual el puritanismo yanqui se permitía el lujo de tener «principios» que hacer prevalecer, mientras el imperialismo francoinglés presumía de pudores cómicos a favor del derecho de los pueblos. En mayo de 1915 previeron los socialistas que Italia sería la cenicienta a la hora del botín. No se mostraron tan pers-

picaces para traducir la actitud espiritual de los antiguos combatientes.

A fines de 1920 formaban un bloque todos los intereses amenazados por el movimiento obrero y todos los sentimientos lastimados por el socialismo. Y de la amalgama dispar del burgués que ha tenido que dejar sitio a los derechos campesinos, del clerical que sueña con la inquisición, del banquero que no quiere que sean nominativos todos los títulos, del industrial que se niega a la inspección obrera, del mercachifle que odia las cooperativas, del proveedor que no se allana a devolver el dinero robado al Estado, del abogado sedicente demócrata que no perdona al obrero que le arrebatase la investidura de diputado o alcalde, del militar que no accede a desarmarse y del patriota rabioso, salió el fascismo, que cubría su mercancía de contrabando con el pabellón de la patria.

Lo consideraron todos los políticos con simpatía, con entusiasmo inclusive, pues esperaban aprovecharse de él, y también empezó a protegerle el Gobierno. Quizá se dijera Giolitti que la colaboración siempre rechazada por los socialistas se la impondría ahora la amenaza de los garrotes y puñales de los milicianos con camisa negra.

* * *

Al nacimiento del fascismo reaccionaron los socialistas con la escisión, que fué el regalo de Moscú al proletariado italiano. Hasta entonces había mantenido

la clase obrera su unidad en torno al partido socialista y a la C. G. T. Las escasas organizaciones disidentes, como la Unión Sindical Anarquista, o la Unión del Trabajo, que agrupaba a los sindicalistas intervencionistas y a los republicanos, no tenían más que un reducidísimo radio de influencia, y respondían a estados de ánimo muy claramente delimitados. Por otra parte, cuando estaban en juego máximos intereses obreros, nunca se negaban estas organizaciones a formar un *frente único* con la C. G. T. Sólo quedaba fuera de la ideología de clase la Confederación General de Trabajadores Cristianos; pero también se limitaba su importancia a ciertas provincias muy católicas.

La unidad socialista fué uno de los elementos principales del éxito del movimiento obrero, y aun en 1919 y 1920 habría facilitado la causa de la revolución. No resiste a un análisis profundo de la situación esa leyenda según la cual fué la impotencia del partido la consecuencia del dualismo entre revolucionarios y reformistas. Si de Congreso en Congreso se eternizó un debate, debilitante y disolvente, débese a que el ala revolucionaria que dirigía el movimiento no supo concretar jamás su pensamiento en acción, acantonándose en una mística sovietista y en una ortodoxia doctrinal sin relación con la realidad. Porque no se afirma ni se defiende la unidad sino con la acción, y se disgrega en los debates académicos.

El Comité Central de la Internacional Comunista, a la que desde su constitución se adhiriera el parti-

do, estaba persuadido de que el obstáculo para la revolución provenía de la contextura unitaria de aquél, donde alternaban reformistas como Turati con comunistas como Bordigo. Por eso imponía la escisión, contra la cual se alzaba una nutrida mayoría.

Tuvo que zanjar la cuestión el Congreso de Livorno (15-20 de enero de 1920). Era enorme el activo del partido: 216.327 cotizantes, agrupados en 4.367 secciones; el *Avanti!*, que tiraba 300.000 ejemplares; dos millones de organizados en la C. G. T.; 156 electos en el Parlamento; 2.162 comunas y 26 departamentos administrados por los socialistas. En cambio, el fascismo, inexistente hasta la ocupación de las fábricas, se organizaba de prisa en el terreno militar, mantenido, apoyado y aclamado por toda la burguesía, por el Estado Mayor, por la Magistratura, por clericales y fracmasones de consuno. Se alistaban en las bandas fascistas la juventud burguesa y sobre todo los jóvenes propietarios agrarios, fieles a una tradición muy antigua. Asistíase a un renacimiento inquietante del espíritu pretoriano y cesáreo. Desde el fondo de la Edad Media resucitaba la Italia de las facciones, de los esbirros, de los complots; la Italia pendenciera, violenta y desunida de antaño.

Ya en Trieste los fascistas habían atacado, incendiado y desvalijado las organizaciones obreras. Desde Bolonia, el 21 de noviembre, se había desencadenado la ola de asalto por todo el valle del Po.

Pero el Congreso tenía otras cosas que hacer. No

se trató en él más que de las 21 condiciones de Moscú, de la exclusión de Turati, del cambio de nombre del partido, de los miramientos que tenía Moscú con el francés Cachin para reservar su severidad contra Serrati.

Hacíanse cara dos tesis: unidad o escisión, socialistas o comunistas. Se evitó la escisión a la derecha (98.028 votos por la unidad contra 58.783); pero no se evitó la escisión a la izquierda ni la formación del partido comunista ortodoxo (1).

---

(1) El Congreso de Livorno se desenvolvió entre una atmósfera de pasión. De la manera más brutal planteaba Moscú el problema de la escisión. En el llamamiento del Kormitern se leía: «En nombre de la unidad con los reformistas, los jefes unitarios están dispuestos a separarse de los comunistas y de la Internacional Comunista... Quienes se nieguen a la escisión se rebelan contra una disposición esencial de la Internacional Comunista y se sitúan así fuera de la misma Internacional». Y Kabaktoff, delegado del Kormitern, acusaba a Serrati de haberse colocado en el terreno del reformismo. Era su tesis la siguiente: «La tarea más absoluta para la victoria de la revolución en Italia consiste hoy en hacer del partido la vanguardia del proletariado revolucionario, un partido enteramente comunista, que reúna a la vez el mayor patriotismo, una devoción absoluta a la revolución, energía, audacia y espíritu decidido».

Entre los oradores comunistas, el honorable Graziadei, después de desarrollar las razones doctrinales que justificaban la escisión, se dirigía a los unitarios para exhortarlos, puesto que era ésta inevitable, a no separarse de los comunistas por marcharse con los reformistas (lo cual fué absurdo, en efecto). Terracini (a quien los tribunales fascistas han condenado a veintiséis años de prisión) se afincaba en

Fué en Livorno donde comenzó la tragedia del proletariado italiano. En la escisión, que alzaba uno contra otro, para colmo de males, a dos partidos con la misma psicología y la misma doctrina, y separados

---

el plano revolucionario. Para él era inevitable y segura la revolución. «El Estado burgués se halla imposibilitado para funcionar ; la sociedad burguesa está en plena descomposición ; los pilares del orden ya no se sostienen». Pero aún no existían las condiciones psicológicas de la revolución. falta de un verdadero partido revolucionario. «La tragedia de nuestros tiempos obedece a que la burguesía no se encuentran en condiciones de conservar el poder y el proletariado no se encuentra pertrechado para entrar en la acción». Se imponía, pues, la tarea de crear un verdadero partido bolchevique. Tal era también la tesis que sustentaba Bordiga.

Serrati les oponía argumentos que apelaban al sentimiento («los reformistas italianos no pueden compararse con los reformistas de los demás países» ; «ya hemos hecho la escisión a la derecha cuando hemos excluído a Bissolati y los fracmasones») y se inspiraban en la situación internacional.

El honorable Balsatono, teórico de la mayoría, no negaba la endeblez de los órganos constitucionales ; pero ponía en guardia contra las ilusiones revolucionarias. Sobre todo refrutaba la tesis bolchevique, según la cual, si no se había hecho la revolución, era por culpa de D'Aragona y Turati, con diez o veinte reformistas. Era, al revés, por culpa de causas mucho más profundas y generales, de orden nacional a la par que internacional.

Filippo Turati y Modigliani llamaban la atención acerca de la inquietante situación revolucionaria. El primero reiteraba sus exhortaciones para volver a la legalidad. El segundo renovaba su llamamiento a la lucha por la República.

por cuestiones secundarias de oportunidad, debían buscarse las razones en vista de las cuales permanecieron inertes desde luego ante el fascismo las masas desorientadas. De los adeptos al partido no renovaron su adhesión cien mil, mientras los demás se destrozaban entre sí con polémicas violentas y personales, de que sacaba ventaja, para anular el prestigio de los jefes, la Prensa burguesa.

Es imposible comprender los acontecimientos de 1921 y 1922 sin darse cuenta de los errores del Congreso de Livorno. Error al apreciar la situación, que se juzgó revolucionaria, y no lo era desde el fracaso de la ocupación de las fábricas. Error de Moscú, que habría podido invocar la necesidad de la escisión para liberar a las fuerzas de derecha y dejarlas intentar la experiencia de la colaboración; pero, por el contrario, invocó el argumento de la inminencia de la revolución, que era de naturaleza esencialmente unitaria. Error, en fin, de los maximalistas, que hicieron de la unidad una cuestión sentimental en lugar de hacerla una cuestión política; que formaron cola a la puerta de Moscú (1) y, por no parecer menos revolucionarios que el nuevo partido comunista, se obstinaron en una intransigencia huraña, hasta cuando convenía someterse a la realidad de que en Italia

(1) Apenas verificada la escisión, Serrati hizo renovar la adhesión a la Internacional Comunista y votar un recurso en el Congreso de la Internacional contra las decisiones del Kormintern.

precedía la contrarrevolución a la revolución y llegaba Koltchak antes que Lenin.

* * *

No fué sólo la casualidad lo que hizo que naciera el fascismo en Milán y quiso que estuviera su epicentro en Bolonia. Milán, capital moral de Italia, ciudad tentacular de tradición patriótica, ya había constituído en 1915 el centro del movimiento a favor de la intervención de Italia en la guerra. Después de ésta, ignoró durante dos años a Mussolini y su fascismo —en las elecciones del 16 de noviembre de 1919 quedó abrumado el tal con sus 4.000 votos contra los 180.000 sufragios de Turati—, hasta el día en que la gran prensa de información (*Corriere della Sera* y *Secolo*) despertó en la burguesía las veleidades reaccionarias con una campaña muy hábil de alarmismo. Entonces se volvieron hacia Mussolini las miradas de los burgueses opulentos. Bien podía ser el hombre de la situación y asumir la tarea de destruir el movimiento obrero y socialista, ante la sedicente carencia de Estado, este aventurero que salía del pueblo, había actuado como socialista y se ofrecía para un refuerzo patriótico de la política del país; este polemista virulento que atacaba sin contemplaciones a sus antiguos compañeros, este orador magnético y arrollador que tenía el lenguaje y la psicología de un jefe de banda.

Pero resultaba muy peligroso encender la hoguera de la guerra civil en Milán, donde poseía la burguesía

intereses inmensos, y el proletariado, aunque no fuese más que a causa de su concentración, podría organizar su defensa fácilmente.

No estuvo, pues, el epicentro del fascismo en Milán, sino en Bolonia y en el valle del Po, donde había llegado al máximum de tensión la lucha de clases desde hacía largos años.

Allí había hecho sus primeras pruebas la organización obrera; allí había conocido las fases más dramáticas la contienda entre agrarios y aldeanos pobres (gañanes y colonos); allí habían desaparecido las formaciones intermedias, políticas y económicas, para dejar a proletarios y burgueses frente a frente; allí no habían quebrantado nada la voluntad de los obreros las fusilerías de Guardia (1914) y Décima (5 de abril de 1920), donde cayeron nueve víctimas bajo los fusiles de la gendarmería, ni menos los arrestos; allí, en fin, había traído el paroxismo al conflicto social la batalla por el contrato de trabajo agrícola. Los municipios estaban en manos de los campesinos, quienes tenían sus cooperativas para las explotaciones agrícolas, para la compra y venta de productos, para el cuido de la maquinaria agrícola, para el consumo. Discutían de potencia a potencia con los propietarios, poseyendo una perfecta noción de la economía del país, del rendimiento de las explotaciones, del precio de los trabajos agrícolas, de la calidad y cantidad de la mano de obra necesaria. Se había llegado al extremo de resultar imposible negociar un compromiso y de tener que desaparecer una u otra de las fuerzas en

pugna. Era menester, pues, asestar un golpe fuerte.

Dió a la burguesía agraria ocasión de hacerlo cierto incidente. El 21 de noviembre de 1921 debía celebrar sesión la nueva administración socialista, elegida triunfalmente en las urnas el 7 de noviembre. Habían organizado una contramanifestación los fascistas, que no sumaban sino algunos centenares, y cuando apareció el nuevo alcalde en el balcón municipal, donde ondeaba la bandera roja, irrumpieron en la plaza a tiros de revólver y fusil. Se empeñó una batalla, arrojándose bombas que mataron a diez obreros. En la sala de sesiones del Ayuntamiento, un desconocido disparó contra los bancos de la minoría, matando al concejal Giordani, mutilado de guerra.

Este cadáver sirvió de lábaro a la reacción, que lo explotó, lo industrializó, lo paseó. Sobre su tumba, reclamaron los agrarios la represión despiadada de los rojos y acopiaron todas las fuerzas reaccionarias para un auto de fe colosal contra las organizaciones obreras. Se procedió en las calles a la caza de socialistas, se asaltó y demolió las Bolsas del Trabajo (la cegetista y la sindicalo-anarquista). Codo con codo se apiñaron gendarmería, policía, magistratura, estudiantes, militares y mercachifles en manifestaciones donde se gritaba: «¡Mueran los rojos! ¡Viva la dictadura!» El Gobierno aprobaba y se limitaba a nombrar una comisión investigadora. No sólo quedaba impune el crimen, sino glorificado. Se aclamaba a los hijos de caciques al regreso de expediciones punibles contra

una cooperativa o una Casa del Pueblo, y la Policía los escoltaba.

Arrollado, el proletariado hacía frente como podía; pero, dada la crisis general del partido, su acción carecía de conjunto y dirección.

Conforme es de suponer, después de la escisión de Livorno, se amplió el plan agresivo de la burguesía. Desde el valle del Po, partió el ataque a Toscana, y de Toscana, a Pulla.

Florencia vivió jornadas terribles, evocadoras de las antiguas guerras fratricidas entre güelfos y gibelinos. En su despacho, fué asesinado el jefe comunista Spartaco Lavagnini. Por reacción, los obreros lanzaron al Arno a un joven estudiante. Dos largos días duró la caza del hombre, sin acabar sino merced a un llamamiento de los jefes socialistas al espíritu humanitario y civilizado de la población.

En vano invocaban la directiva del partido *Avanti!* y la C. G. T. el retorno a los fueros civiles, políticos y sociales. Se interpretaron sus invocaciones como señales de impotencia y miedo.

Redoblaron las violencias. De Norte a Sur pasaron al ataque los agrarios. La Iglesia bendecía a los agresores; los banqueros pagaban los gastos de la guerra civil; una juventud famélica o inconsciente acudía a pelear bajo las banderas negras. Por el hierro y por el fuego, abría la reacción el camino a la dictadura.

«¡Mueran los socialistas!», fué el grito que resonó de un extremo a otro de la península. La burguesía se quitaba la careta del liberalismo, mostrándose con-

forme era, conforme había sido siempre: intolerante, ávida, tiránica, violenta; una burguesía que en el fondo de su alma no había cesado de suspirar por Crispi, por el general Brava Beccaris, por los esbirros y los jesuítas, hasta cuando practicaba el liberalismo con la segunda intención de anular con una mano las reformas otorgadas con la otra.

* * *

Ante la situación creada por esta brusca y violenta ofensiva de la burguesía y la juventud patriota, el Gobierno, cómplice voluntario de la agresión contra los socialistas, decidió disolver la Cámara y provocar nuevas elecciones (15 de mayo de 1921).

Llameaba toda Italia. En el propio corazón de Milán ejercía el fascismo sus represalias sangrientas. Varias regiones vivían en estado de bandidaje. En tales condiciones, provocar una batalla electoral equivalía a un llamamiento a la guerra civil y era una confesión de complicidad con las bandas fascistas. Hizo más Giolitti, pues laboró por la formación de un bloque antisocialista que iba de los radicales a los fascistas, del *Secolo* al *Popolo d'Italia*, pasando por los moderados del *Corriere della Sera* y los apagavelas de la conservadora *Perseveranza*.

Las elecciones fueron infernales. Durante todo el período electoral, vivieron fuera de la ley diez circunscripciones regionales por lo menos.

Sólo de un modo muy irregular pudo hacerse la dis-

tribución de candidaturas. Fueron asaltados e incendiados los colegios electorales. Mientras los comunicados del ministro del Interior presentaban la situación como normal, en Pisa se asesinaba a un maestro socialista, en Livorno se entraba a saco en la Bolsa del Trabajo, en Bolonia se atacaba a las cooperativas rojas, en Ragusa había muertos y heridos; en Turín, Savona, Rovigo y Pulla, cerca de Roma, la gente se batía a escopetazos; a las puertas de Pavía era asesinado un organizador socialista y arrojado su cuerpo al agua; en el valle del Po, unos grupos quemaban los periódicos socialistas.

No obstante, con un ímpetu heroico y con un espíritu de disciplina conmovedor, el proletariado confirmaba su confianza en el socialismo, enviando a la Cámara 123 diputados socialistas y 15 diputados comunistas, habiendo sido igual que en 1919 el conjunto de votos proletarios, con 1.569.553 sufragios por los socialistas y 291.952 por los comunistas.

Victoria brillante, en verdad. Así podía escribir *Avanti!*, sin forzar la significación del veredicto del país, que «los proletarios habían enterrado la reacción fascista debajo de una avalancha de candidaturas rojas».

Sin embargo, no podía confundirse 1921 con 1919. Aunque resultase enorme aún la fuerza del partido, aunque ni la violencia ni la escisión hubiesen desviado del movimiento socialista a las masas obreras, no por ello se evidenciaba menos que en el terreno revolucio-

nario pertenecía al burgués la iniciativa para lo sucesivo, y en el terreno de la violencia estaba el partido casi indefenso. Aun desde el punto de vista parlamentario, emanaba dificultades muy graves la formación de un frente único antisocialista, así como el ingreso en la Cámara de unos treinta diputados nacionalistas y fascistas, con Mussolini a la cabeza.

Una vez más se planteaba el problema de la utilización de las fuerzas parlamentarias del partido; pero la mayoría patentizó una intransigencia estéril. A Turati, que reclamaba «un programa y acción», le replicaba Serrati haciendo el elogio de la resistencia pasiva y de una táctica expectante «sin conceder nada ni pedir nada». Ahora que había decaído la mística leninista y no era posible hacerse ya ilusiones acerca de una revolución integral, se atrincheraba la mayoría tras el argumento falaz de que, como el proletariado no había querido la guerra, debía dejar a la burguesía salir sola, si podía, de los apuros que la liquidación de la guerra suscitara. Ni revolución ni reforma. Aguardar...

Pero el proletariado no podía aguardar. Tenía que resolver problemas urgentes y, ante todo, el problema de la libertad. Apenas si se había librado de una espantosa tormenta, y sentía que se preparaba otra. Con un plan vigoroso de acción para acusar al Gobierno y evitar al Parlamento y a las libertades públicas atentados como el que acababa de perpetrarse, todavía era posible librar una gran batalla, derrocar

la situación y congregar una mayoría alrededor de los socialistas (1).

No lo ignoraban los fascistas, y vacilaban por eso. Pero faltaban al partido ánimos para prescindir de un espíritu puramente doctrinal y situarse frente a la realidad. Se requería terminar con la habitual alternativa de la colaboración o la intransigencia, absurdas una y otra: la colaboración—según acostumbran a concebirla los parlamentarios—, porque no había en el Parlamento fuerzas animadas de un efectivo espíritu democrático; la intransigencia, porque allende el Parlamento estaba el país, donde, por el contrario, no habían muerto toda fuerza y todo espíritu de libertad. Todavía era revolucionario el problema, aun cuando en otro sentido que en 1919. Acaso lo habría comprendido la mayoría si sus jefes hubiesen descartado la empresa comunista.

Después de la escisión de Livorno, el partido comunista multiplicaba sus ataques contra los socialistas. Cabe decir que, desde 1921 a 1926, la principal tarea de su prensa ha sido la polémica antisocialista. Pero la mayoría del otro partido no desechaba la es-

---

(1) La socialdemocracia austríaca, que supo aprovechar la lección de los acontecimientos italianos, no ha titubeado desde julio de 1927 para empeñar la lucha por la libertad, la democracia y la defensa de la constitución. Lo mismo hizo el proletariado alemán en 1923 (putch von Kapp). Con todo, hay que considerar que los obreros de Berlín, igual que los de Viena, defienden en la República su revolución de 1918.

peranza de una conciliación, y en todo caso, se negaba a una revisión la táctica para no ensanchar el foso que la separaba de Moscú, revelándose así el insólito silogismo de la escisión.

A raíz de las elecciones, el *Ordine Nuovo*, órgano del partido comunista, ponía a los socialistas ante el dilema de la revolución o la colaboración. O un gobierno obrero, para reñir la lucha contra el terrorismo de los industriales y grandes propietarios territoriales, o la participación en un gobierno demócrata, para asegurar a las masas el respeto a las libertades constitucionales.

Contestaba *Avanti!* con una doble negativa, lo cual era un modo de eludir el verdadero problema y no de resolverlo, tanto más cuanto que no podía encerrarse en el dilema comunista.

Por lo que atañe al grupo parlamentario, libraba la batalla contra Giolitti. Batalla ganada pronto, pues al primer encuentro en el Parlamento también se declaraban antigiolittistas los fascistas. En la primera votación relativa a política extranjera, no recogió el Gobierno más que 234 votos contra 200. Olfateando la derrota inminente, Giolitti prefirió dimitir. Quizá esperase volver aún al Poder a una hora escogida por él, como lo había hecho siempre en su larga carrera.

Para gobernar no basta, empero, ser un hábil muñidor y saber marcharse a tiempo.

El hombre que abandonaba el Poder ya no debía desempeñar más papel que el de figurante, asistiendo como impotente cómplice a la abdicación del Estado,

a la marcha *fascista* sobre Roma, a la destrucción del régimen parlamentario, que era obra suya; debía sentarse en el Parlamento fascista, sirviendo de prenda y rehén antes y después del asesinato de Matteoti y de la retirada de las oposiciones. Debía a la postre decidirse a pronunciar un discurso oposicionista en 1925. Ni siquiera quedarán como testamento moral y político de un liberal y demócrata este discurso último que pronunció antes de morir, para explicar su voto en contra de la ley electoral fascista. Porque Giolitti no *fué* un liberal ni un demócrata, sino un ministro policíaco para quien la libertad tenía algo bueno mientras no constituyese una amenaza contra los privilegios de las clases dirigentes.

IX

LA ABDICACION DEL ESTADO LIBERAL

EL MINISTERIO BONOMI.—EL PACTO DE PACIFICACIÓN.—EL CONGRESO SOCIALISTA DE MILÁN.—LA DECADENCIA DEL PARLAMENTARISMO

El sucesor de Giolitti fué Bonomi, *leader* de la democracia reformista, diputado por Mantua, electo en las candidaturas del bloque nacional, hombre honrado, aunque débil e irresoluto. Se había hecho en el partido socialista la formación intelectual y política del nuevo presidente del Consejo. Redactor jefe de *Avanti!* y luego diputado, Bonomi había adquirido fama de espíritu ponderado y positivo. En el Congreso de Reggio-Emilia, de 1912, se le excluyó con Bissolati, convirtiéndose, a la muerte de éste, en jefe del partido socialista-reformista, partido sin tropas, que desempeñaba un papel meramente parlamentario, especie de criadero para ministros y periodistas. Sin que le votaran los fascistas, justificó la actuación

de éstos, so pretexto de que habían salvado de la revolución soviética al país.

El advenimiento de Bonomi al poder coincidía con una crisis mortal del parlamentarismo. Apenas elegida, estaba ya alejada del pueblo la nueva Cámara. Como en el buen tiempo, cuando nada apremiaba, se divertían los grupos con el bonito juego de los *complots* de pasillo y con el recreativo exterminio de ministerios. Sobresalían en esta actividad los sedicentes demócratas, que extraían de ella el máximum de beneficios. Pero era de orden social la razón profunda de la crisis. Hasta la guerra, el Estado italiano hubo de afianzarse en las clases medias, explotando su disciplina, su bonachonería, su resignación. En el poder alternaban una casta política de derecha y una casta política de izquierda; la primera gobernaba por medio de una alianza con las viejas pandillas burguesas; la segunda, por un compromiso con el capitalismo moderno y los reformistas. Ya la guerra colonial había quebrantado la política de compromiso, y la había hecho imposible por completo la intervención italiana en la guerra mundial, disociando violentamente las clases. Después de la quiebra de la tentativa de Nitti para volver a la antigua fórmula del compromiso, y de la tentativa de Giolitti para restablecer el equilibrio político y social empleando el fascismo como un espantajo contra los socialistas, no quedaba por intentar más que una experiencia: la de reconciliar a socialistas y fascistas. Tal era el ensueño de Nicole,

presidente de la Cámara, y tal era la idea de Bonomi cuando subió al poder.

Pero este ensueño y esta idea estaban tan fuera de la lógica de clase como de la lógica parlamentaria. Socialismo y fascismo representaban los polos opuestos de intereses inconciliables. Entre ellos no cabía síntesis alguna. Se trataba de escoger, no de conciliar. Era pura palabrería decir que no se escogía, puesto que al fascismo exclusivamente aprovechaban de hecho la neutralidad y la presunta objetividad. Bien se vió en el transcurso de la experiencia Bonomi. El ex redactor jefe de *Avanti!* había formado un gobierno de centro, apoyándose en los católicos y en la constelación abigarrada de los grupos demócratas, a los cuales aglutinaba la necesidad de constituir mejor o peor una mayoría, sin que tuvieran de común el programa, ni la fe en la libertad, ni la voluntad, ni el cemento moral de una disciplina de clase o nacional que desbordara los incidentes de una sesión. Por otra parte, se agravaba la situación del Gobierno con la circunstancia de una crisis de superproducción debida a la competencia de los productos extranjeros. Contra esta crisis no veía la industria nacional, lenta para reorganizarse, sino una solución: la rebaja de los salarios y la abolición de las ocho horas.

Sin embargo, obtenía cierto éxito Bonomi en el país y en el Parlamento. Había sido vacua e incolora su declaración ministerial; pero se había estimado diestra y digna su réplica a un discurso de Mussolini, quien acababa de afirmar que los fascistas estaban dispuestos

a la guerra «Si es la de su señoría una declaración de guerra civil—dijo el presidente del Consejo—, con plena conciencia de su responsabilidad, el Gobierno responde que se opondrá a ella entonces a cualquier precio.»

Al final del debate, votaron la cuestión de confianza 302 diputados contra 136. La oposición agrupaba socialistas, comunistas y fascistas. Pero de los socialistas se habían abstenido muchos para señalar su deferencia al jefe del Gobierno.

Por lo que respecta a los fascistas, nada más lejos de su ánimo que renunciar a la guerra civil. No se había atenuado el ritmo de las expediciones punibles bajo el nuevo Gobierno. Recientemente habían sido teatro de violencias repulsivas Toscana y Venecia. A tal extremo, que ya denotaba cierto cambio la opinión liberal y demócrata.

«El fascismo, que fué otrora la expresión de la más pura conciencia nacional—escribía el ministerial *Messaggero*, de Roma—, tiene tendencia a transformarse en un verdadero profesionalismo de aventura. Así corre a su perdición.»

Usaban el mismo lenguaje otros periódicos y exhortaban al Gobierno a desarmar las facciones, tanto más cuanto que se apoderaba de la clase obrera una reacción saludable. El 6 de julio se firmó en Roma un pacto de alianza proletaria contra las violencias fascistas, y en un *meeting* imponente habían hecho por primera vez su aparición los guardias de defensa obre-

ra, los *arditi rossi*, como se les llamaba (1). Era un hecho cuya importancia no escapaba a la clase dirigente. Escapaba, en cambio, a los jefes socialistas, quienes cada vez se acantonaban más en una actitud pasiva. «Acaso—escribía *Avanti!*—se hagan ilusiones los *arditi* del pueblo sobre la posibilidad de cortar un movimiento armado reaccionario, ya que se halla bajo la protección y la tutela del Estado. Mientras esté la burguesía en el poder, lo utilizará contra la clase de trabajadores. Y no hay garrotes ni puñales de los *arditi* del pueblo que valgan contra las ametralladoras, los cañones y los aviones del Estado-gendarme y de sus defensores.»

Pero allí estaban los hechos para desmentir esta interpretación harto fatalista de las cosas. Se preocupaba el Gobierno tanto de las consecuencias que pudiese tener la organización de una milicia obrera, que no le faltaba energía para imponer a los fascistas el respeto a la ley, y por primera vez daba en Sorzana orden de rechazar las camisas negras. Fueron epílogo de este conflicto diez muertos fascistas.

* * *

Hay en la vida corrientes de opinión cuyo carácter ficticio disciernen todos en particular, sin poder ni saber, empero, sustraerse a ellas. Tal fué en

---

(1) Firmaron este pacto todas las organizaciones obreras, después de un *meeting* al cual habían asistido 50.000 personas.

Italia el caso de la idea de un convenio conciliatorio entre socialistas y fascistas. Lo violento del choque de ambas fuerzas, la frecuencia de conflictos armados, el número creciente de muertes, el temor que los caudillos mismos tenían a la guerra civil, por las responsabilidades en que incurrieran—Mussolini había exclamado en un discurso parlamentario: «Pesan mucho, ¡ay!, los muertos para cargar con ellos»—, el miedo a las inevitables e inexorables represalias que se preparaban en la sombra, todo contribuía a dar apariencia de algo serio a los propósitos de conciliación. Nada más sencillo, en efecto, que reunir alrededor de una mesa a los adversarios de la víspera y pedirles una firma al pie de un tratado donde se comprometa cada cual a respetar la libertad de propaganda del vecino; pero nada más difícil que transformar un pedazo de papel en algo que viva en la conciencia de los hombres, modificando los odios y suavizando los contrastes.

No obstante, se hizo esta experiencia, y el 3 de agosto de 1921, en el despacho del presidente de la Cámara, delegados socialistas a un lado y fascistas al otro, firmaban un pacto pacificatorio, comprometiéndose a ejecutar obra común para evitar vías de hecho, represalias y violencias, y a respetar su derecho recíproco de propaganda y organización (1).

(1) Correspondía la iniciativa del pacto a los diputados socialistas Zaniboni (que después ha sido condenado a treinta años de reclusión por complot contra el «duce») y Ellero y a los diputados fascistas Giuriati (desde 1920, presidente

Este pacto promovió el entusiasmo artificial de la Prensa llamada de información, y mientras se acogía con escepticismo por los socialistas, suscitaba violen-

---

de la Cámara de Diputados fascistas) y Acerbo (después barón y ministro).

He aquí el texto de pacificación:

«Con objeto de realizar el retorno a la vida normal en las relaciones entre los partidos italianos y las organizaciones económicas, se han reunido hoy, bajo la presidencia del honorable abogado señor Enrico de Nicola, presidente de la Cámara de Diputados, los representantes del Consejo Nacional de los «Fasci di Combattimento», del grupo parlamentario fascista, de la Dirección del partido Socialista y de la Confederación General del Trabajo.

»También habían sido invitados a esta reunión el Directorio del grupo parlamentario comunista, los representantes del grupo parlamentario populista y los diputados republicanos.

»El Directorio del grupo parlamentario comunista declaró verbalmente al presidente que el mismo grupo, de conformidad con las declaraciones ya publicadas por el Comité Ejecutido del Partido Comunista de Italia, no participaría en las negociaciones.

»Los representantes del grupo parlamentario populista, los honorables De Gasperi y Cingolani, respondieron agradeciendo la invitación y anhelando que alcanzaran las negociaciones un feliz resultado. Sin embargo, añadieron que —en la duda de que hasta cierto punto pudieran prejuzgar la eficacia de los acuerdos, que se tenga a bien tomar una intervención de partidos que no se encuentran en la misma línea de combate que socialistas y fascistas—el grupo prefiere renunciar a la estipulación oficial de un pacto. Con todo, se compromete a colaborar en la consecución del móvil perseguido de tan noble manera por el presidente, conservando escrupulosamente, bien sea en la Cámara, bien

tas oposiciones entre los fascistas y los agrarios. No se fiaban éstos mucho de la política de Mussolini. Les chocaban la inconstancia del jefe fascista y su indivi-

---

sea en el país, su actitud de estricta legalidad, de la cual no se ha apartado jamás.

»En nombre de los diputados republicanos, los honorables Chiesa, Mazzolani, Conti y Macrelli respondieron asimismo que estimaban importuna su intervención, deseando permanecer neutral el partido republicano en la triste lucha de facciones.

»1.º Se confirma previamente el comunicado oficial de 28 de julio último, en cuyos términos se resuelve una cuestión prejudicial, propuesta por el partido fascista, que se refería a la determinación de relaciones existente entre el partido socialista y el comunista.

»2.º Los intervinientes, en nombre de sus mandatarios, se comprometen a hacer cuanto les sea posible a fin de impedir toda amenaza, toda vía de hecho, toda represalia, todo castigo, toda venganza y toda violencia personal.

»3.º Serán respetados los emblemas y enseñas de uno y otro partido.

»A este respecto, se han formulado proposicionese con ánimo de reglamentar la exposición de banderas en los edificios públicos; pero ha rechazado estas proposiciones el presidente, quien entiende que sólo al Gobierno y al Parlamento compete resolver cuestiones semejantes.

»4.º Las partes se comprometen recíprocamente a respetar las organizaciones económicas.

»5.º Desde luego se desautoriza y deplora por una y otra representación cualquier actitud o cualquier hecho que contravenga los susodichos compromisos.

»El partido socialista afirma que es ajeno por completo a la organización y las actividades de los «arditi del popolo», quienes, por cierto, declaran rechazar la influencia de cualesquiera partidos políticos.

dualismo extremado; habían oído con sorpresa hablar en la Cámara de un Gobierno social-católico-fascista; no adivinaban el objeto del pacto de pacificación.

»6.° Toda violación de las reglas formuladas por el reciente acto se someterá a juicio de un Tribunal arbitral, al cual deberá confiarse la determinación de responsabilidades.

»7.° A este efecto, en cada provincia colaborarán las organizaciones políticas o económicas para la formación del tal Tribunal arbitral, compuesto de dos miembros socialistas y dos miembros fascistas, y presidido por un tercero, que será nombrado de acuerdo entre los árbitros, o en su defecto por el presidente de la Audiencia.

»8.° Se considerarán desprovistos de todo valor cuantos acuerdos hayan sido firmados en provincias entre ambos partidos fuera de las directrices que preceden.

»9.° Las organizaciones se comprometen a no oponerse por la violencia a que se reintegre a sus cargos públicos a quienes con antelación se ha desposeído por fuerza.

»10. Las partes se comprometen mutuamente a restituir cuantos objetos de valor patrimonial se hayan llevado sin ningún derecho las organizaciones o los particulares.

»11. Los abajo firmantes dirigen una calurosa invitación a la Prensa de ambos partidos para que se adhiera al acuerdo concertado entre éstos.

»Del compromiso que antecede se da cuenta al público por medio de la Prensa, con la esperanza de que al cabo comprenda cada ciudadano la gravedad de la hora presente y se percate así del valor y la fuerza de la palabra de paz que acaba de empeñarse.

»Roma, en el despacho del presidente de la Cámara, a 3 de agosto de 1921.

»*B. Mussolini, C. M. de Vecchi, G. Giuriati, C. Rossi, M. Pagella, G. Polverelli, M. Sansanelli.* — Por el Consejo Nacional de los «Fasci di Combattimento» y por el grupo parlamentario fascista.

que era romper el circulo de odios que rodeaban al fascismo y aprovecharse de la tregua para salir del aislamiento en que empezaba a sentirse envuelto Mussolini. Entonces surgió un conflicto entre los políticos del fascismo y los salvajes, entre los urbanos y los rurales (1). Mussolini pareció querer hacer cara a la ofensiva de los agrarios. Declaraba en tono solemne: «Defenderé ese tratado con todas mis fuer-

---

»*G. Bacci, E. Zanerini.*—Por la Dirección del Partido Socialista Unitario.

»*E. Musatti* y *V. Margari.*—Por el grupo parlamentario socialista.

»*G. Baldesi, A. Galli* y *E. Caporali.*—Por la Confederación General del Trabajo.

»*E. de Nicola*, presidente de la Cámara de Diputados.»

(1) Bonomi, presidente del Consejo de la época, en su libro *Dal socialismo al fascismo*, analiza de la manera siguiente las reacciones provocadas en el seno de la burguesía agraria por el pacto de pacificación: «Sorprendió al movimiento fascista la orden de su jefe. Estaba deshecho el bolchevismo; pero aun restaba la fuerza política y económica del proletariado organizado. Si no se dispersara esta fuerza, si no se consiguiera «romper la columna vertebral» de las ligas rojas o blancas, no sería cierta ni segura la dominación de los viejos partidos conservadores que, por encima de los hombros de los jóvenes fascistas, acechaban su porvenir. No convenía, pues, abandonar al enemigo, sino hacerle imposible toda tentativa de resistencia, dispersarle, aniquilarle, pisotearle.

»Cuando estuviese en tierra, ¿por qué no acabar con el socialismo, con los derechos de organización y huelga, con toda la ideología y toda la práctica seguidas durante veinte años de democracia? Por eso se negó el fascismo de Romaña, de Emilia y de Toscana a ratificar el acto pacificatorio.»

zas.» Y añadía: «La situación es de una sencillez perogrullesca. Si el fascismo no me sigue, nadie puede obligarme a seguir al fascismo.» Invocaba la escisión: «Somos demasiados, y cuando la familia aumenta, la escisión es fatal.» Confesaba que «fascismo se había vuelto sinónimo de terror», y se atribuía el mérito de haber ofrecido una tregua a «la exasperación sin freno de las masas populares, que lo habría trastornado todo». Como no se aplacara la oposición, sino que ganara en intensidad y violencia—en Bolonia cantaban las camisas negras coplas antimussolinistas—, llegaba a dimitir, mientras sus mismos hombres de confianza denunciaban en el fascismo rural un sórdido movimiento de regresión social.

Dió de sí el pacto pacificatorio cuanto podía dar, sobre todo a causa de la polémica fascista. Fué menos violenta la lucha algunos meses, hasta octubre, en que, durante el Congreso fascista de Roma, estuvieron de acuerdo partidarios y adversarios de la pacificación para proclamar que había muerto el convenio. Pareció el Estado recobrar la conciencia de su misión, y se hizo casi normal la vida del partido. Pero no era más que un paréntesis bastante corto. Habría sorprendido lo contrario. La crisis del Estado no podía resolverse con acuerdos momentáneos. La dominaba el problema de la libertad, es decir, el problema del poder. A cada día que pasaba, la proporción de fuerzas aumentaba a favor de la reacción. Se denotaba impotente la solución centrista. Ya no era posible la solución revolucionaria, en vista de la depresión la-

mentable de la clase obrera después de los fracasos sufridos, y sobre todo, la escisión. Quedaba una tercera solución: hacer del grupo parlamentario socialista el sostén de una mayoría orientada a la izquierda y decidida a desarmar a las bandas fascistas.

A ello se opuso el Congreso socialista de Milán (10-15 de octubre).

* * *

Se inauguró el Congreso de Milán en un momento decisivo.

Criticaba ásperamente a los adversarios del pacto de pacificación una parte de la burguesía que apoyara de veras a los fascistas en su primera ofensiva. En las filas de éstos había creado cierto malestar, sin disipar aún la lucha entre urbanos y rurales. Los católicos—testigos de la guerra civil hasta entonces—estaban ahora a la greña con las camisas negras. En Módena había hecho siete víctimas fascistas un nuevo tiroteo con la Guardia real. El asesinato del diputado socialista Di Vagno, en Mola de Bari, había provocado una ola formidable de reacción contra los agrarios. En Venecia, la presencia de una Comisión militar francesa en una manifestación patriótica, había dado pretexto a nacionalistas y fascistas para provocar un incidente antifrancés. Los últimos estaban en Toscana exasperados contra el Gobierno, que pretendía des-

armarios y había encarcelado a unos cuantos. En un telegrama a un diputado fascista, el Directorio del haz de Florencia amenazaba al Gobierno con publicar los nombres de los funcionarios del Estado que «durante las expediciones fascistas suministraron armas, indicaciones y dinero, e incitaron al incendio y al asesinato»; se rebelaba contra el «cobarde ministro Rodino, servidor del padre Sturzo»; reclamaba la libertad inmediata de los presos, en defecto de la cual facilitaría a la Prensa «documentos comprometedores para los funcionarios» civiles y militares. No dejaba de sentir inquietud Mussolini, quien preveía «una pingüe vendimia turatiana».

Del Congreso aguardaba la opinión, en general, una decisión susceptible de despejar la atmósfera. Interpretaba la resolución del grupo parlamentario de «no oponerse *a priori* a las tentativas que otros partidos se proponían hacer para realizar una política de libertad», la aspiración del Comité Central al retorno «a los fueros civiles», y el pacto de pacificación como otros tantos indicios de abandono de la intransigencia. Los electores socialistas también, y más que nadie, esperaban una votación que se inspirara en la necesidad de asegurar al movimiento socialista un mínimo de libertad.

En el Congreso se patentizó cómo se desplazaba la mayoría. Fué su principal orador el honorable Baratono, quien tradujo el mandato que los electorees habían confiado a los diputados socialistas en el sentido de

defensa de la vida de las organizaciones, del partido, de la clase obrera y de los individuos contra el azote fascista. Otro orador de la mayoría, el honorable Cazzamalli, afirmó que había compromisos perfectamente revolucionarios, cuando tenían por objeto ayudar a la clase obrera en un movimiento de organización. Por su parte, el ala derecha del partido, aun declarando (discurso de Treves) que «el partido no podía prohibirse *a priori* la participación en el Poder, sobre todo a la hora de abandonar el ensueño de una revolución integral», ni siquiera planteaba el problema de la participación en el Gobierno, problema «inactual», decía Turati; «prácticamente inexistente», decía Modigliani, que solamente reclamaba que no desempeñaran los diputados socialistas un papel pasivo de espectadores.

Cristalizado en torno a fórmulas caducas, se limitó el Congreso a una confirmación platónica de las tesis de Bolonia, secundando al *leader* maximalista Serrati, quien, por su cuenta, interpretaba el fascismo como la última fase de la dominación burguesa, como una manifestación no específicamente italiana, sino internacional, del capitalismo, contra la cual no había mucho que hacer en la práctica, y sí resistir desde el punto de vista ideal, salvar los valores morales del partido, permanecer socialistas inflexibles. Pasada la tempestad, el partido se encontraría más fuerte que antes y con un prestigio acrecentado. ¿No planteó la guerra los mismos problemas? ¿No produjo los mismos horrores que la reacción fascista en mayor escala? Du-

rante la guerra, el partido había visto disolverse sus efectivos, aprisionar a sus jefes, acorralar a sus militantes. No pudo impedirla, no pudo abreviarla; pero, negándose a ella, a la unión sagrada y al patriotismo burgués, había cobrado un orgullo y una fuerza que en 1919 le llevaron a los umbrales del Poder. Convenía hacer lo propio, aferrarse a los principios, negarse con obstinación cuantas veces se le pidiera replegar un jirón de su bandera.

Había en la base de esta tesis algo místico, religioso; una fuerza moral y una riqueza de sentimiento que situaban a los socialistas en el plano de nuevos cruzados. Pero tenía la tal mucho más de tolstoyismo y gandhismo que de marxismo. Olvidaba cuanto en el fascismo existía de específicamente italiano y plebeyo. Sobre todo parecía olvidar, más allá y por encima del partido, a la clase obrera, con sus necesidades, sus sufrimientos y su necesidad de libertad.

En suma, condenaba al partido a la inacción, pues de consuno repudiaba la acción callejera y la acción parlamentaria, la violencia y la legalidad.

De ello se percató el caudillo de los fascistas y no ocultó su satisfacción. «No podían contar los Gobiernos más que con la abstención de los socialistas—escribía al día siguiente del Congreso de Milán—, nunca con su voto favorable. De ahí dimana una valorización numérica y moral de la derecha nacional, y por tanto, de los fascistas, que son su mayoría... El fascismo tiene delante de sí un juego de vastas posibi-

lidades, y puede hacer grandes cosas si sabe comprender las necesidades del momento» (1).

* * *

La primera de las «grandes cosas» por hacer consistía, para el fascismo, en reanudar de lleno el método de las agresiones y expediciones punibles. Lo hizo después de su Congreso de Roma. En él (2), que decidió la constitución del fascismo en partido político, ya no tenía más que una importancia retrospectiva la cuestión del pacto pacificatorio. De nuevo se estaba en plena guerra civil. La acogida de Roma a las camisas negras había sido fría y hostil, marcada por numerosos incidentes y por una huelga general que

---

(1) En el Congreso de Milán, eran menos de 100.000 los adeptos al partido, y se repartieron de la manera siguiente en la votación: maximalistas, 47.628; concentración socialista (centro y derecha), 19.916; unidad de acción, 8.080; comunistas, 3.765.

(2) Respecto al Congreso fascista de Roma, escribía Arturo Labriola: «Considerar el fascismo como un factor de poca monta, como un simple hecho policíaco, significa no darse cuenta de la fuerza que ha adquirido, de las repercusiones que su desarrollo provoca en el extranjero ni de la influencia que ejerce en la vida social del país. Por desgracia, lo conceptúa algo transitorio la tendencia de los Gobiernos y de los partidos parlamentarios. Es la esencia del partido un problema que convendría estudiara con amplitud. ¿Qué ocurrirá si el fascismo se subleva contra el Estado?»

ofreció a Mussolini el pretexto esperado para decir que estaba enterrado el pacto de pacificación.

Desde el punto de vista político, no aportó el Congreso ningún elemento importante, de no ser una declaración de sus prohombres acerca de las relaciones con el Estado. «Estaremos con el Estado y por el Estado—decía esta declaración—cuantas veces se evidencie guardián vigilante y defensor de la tradición nacional, de la voluntad nacional. Sustituiremos al Estado cada vez que se muestre incapaz de hacer frente y combatir a los elementos de disgregación interior de la solidaridad nacional. Combatiremos al Estado en caso de que cayera en manos de quienes amenazan el porvenir del país.»

De hecho ya estaba organizado el fascismo como un Estado dentro del Estado, y la crisis del Gobierno y del parlamentarismo obedecía a que ni el poder ejecutivo ni el poder legislativo tenían ya autoridad ante el país ni ante sus propios funcionarios. Así, pues, podía declarar el presidente del Consejo en la Cámara que el Gobierno estimaba «legítimas la acción y la propaganda socialistas»; pero a la misma hora decían y hacían en provincias lo contrario sus prefectos, sus magistrados, sus generales y sus polizontes.

Incumbía la entera responsabilidad de esta crisis de autoridad a los partidos de orden y burgueses. No se equivocaba el diputado socialista Baratono al recordar a la Cámara cómo hasta cierto punto hacían suya los socialistas una causa burguesa, colocándose en el terreno de las reivindicaciones de la libertad y

la legalidad, pues añadía: «Forzar a la burguesía a reintegrarse al terreno de sus libertades, es salvarla.»

Pero no podía salvarse a la clase dirigente italiana de postguerra, por culpa de su decadencia moral. A fines de 1921, ya no tenía el pretexto del peligro bolchevique para apoyar al fascismo. Suponiendo que existiese jamás este peligro, había desaparecido desde hacía un año largo. No era una clase en plena división la que podría librar batalla por la conquista del poder. Y no sólo en Italia, sino en toda Europa, se debilitaba el ataque proletario. En los muros de Varsovia había sufrido una derrota tremenda la revolución comunista. Amenguaban el ímpetu de las masas obreras las dificultades—previstas por Lenin—que hallaba dentro de Rusia la edificación del socialismo. Verosímilmente, se estabilizaba el capitalismo por luengos años. En cuanto al partido socialista italiano, se mantenía en una posición de defensa pasiva.

Si ante el fascismo, como en 1898 y en 1900, hubiera asistido la fuerza de un retoño del espíritu de liberalismo a la burguesía liberal, demócrata, radical y reformista; si los partidos y grupos que se agregaron a la oposición socialista después de 1922 y 1924 hubieran comprendido que el fascismo ponía en peligro la existencia misma del Estado constitucional, habrían evitado una crisis de la que no se repondrán ya nunca y encontrado junto a ellos a las fuerzas proletarias y socialistas, porque no restaba más que la acción para vencer las repugnancias doctrinales y realizar una política de unión de las izquierdas.

Ahora bien; en el Parlamento y en el país ofrecieron católicos, liberales y demócratas un espectáculo tan deprimente de impotencia y descomposición, que fueron los factores directos de la dictadura fascista. En un momento trágico, se prestaron a una farsa parlamentaria contra la cual se revolvía la conciencia del país. Mientras en las provincias se batía la gente con bombas y fusiles, y no había ya semana ni jornada casi sin episodios sangrientos de guerra civil y sin muertos; mientras pasaba lenta, aunque casi irresistiblemente, la autoridad de manos de los funcionarios del Estado a los fascistas; mientras se aprovechaba de la situación el patronato para expoliar a los obreros de los beneficios de las leyes sociales, en Montecitorio se intrigaba, se charlaba, se tramaban combinaciones efímeras, se oponía tal político a tal otro y se representaba de vez en cuando la comedia de la indignación. Los *leaders* permanecían apartados del poder, aguardando su hora, y remoloneaban negligentes en estaciones climatéricas, uno en Vichy, otro en Vallombroso, esotro en Montecatini. Como comicuchos de tercera categoría, temían las salidas en falso. Ninguna conciencia del deber, ninguna conciencia de su responsabilidad, ninguna conciencia del drama que se desarrollaba dentro del país. En general, eran unos políticos cobardes, sin sentimiento de su dignidad, sin respeto para sí mismos ni para el Parlamento; unos escépticos que no tomaban nada en serio, ni el bien ni el mal, ni la revolución ni la contrarrevolución; unos ambiciosos que se imaginaban ser indispensables,

Casta política podrida, desgastada, corrompida, incapaz de brío, incapaz de valor. Había dado la medida moral de tal casta el retorno de Giolitti al Poder. Las crisis sucesivas y complejas permitieron al país darse cuenta de la nulidad de casta semejante.

Breve, ¡ay!, es el tránsito desde el desprecio al parlamentarismo hasta la dictadura en un país con una conciencia liberal vacilante y sin tradición democrática.

Al caer el Gabinete Bonomi debió advertirse que la crisis no era ministerial, sino de Estado y de régimen, y que no ponía en peligro a un ministro, sino al conjunto de instituciones.

En un Consejo nacional del partido socialista (Roma, enero de 1922), proclamaron esta verdad con acentos de pasión los aldeanos y obreros de las «regiones invadidas» por el fascismo, quienes repetían en la capital el grito de angustia de las masas. Sólo estas masas se batían heroica y ferozmente. La conciencia del peligro inminente coaligaba a la clase obrera en un frente único para defensa de la libertad. Pero ya no podían bastar las solas fuerzas proletarias a detener la creciente marea fascista. Se rendían a la realidad hasta los jefes de izquierda. En el Consejo nacional de Roma declaraba Serrati que no convenía privarse de los medios que pudiera brindar la táctica parlamentaria. Por su parte, escribía el honorable Baratono: «A la hora actual, el objetivo de nuestra acción no puede suponer sino un objetivo inmediato, y en cierto sentido, oportunista: reconquistar la libertad perdida. Es decir, defendernos. Para de-

fendernos, aun la acción callejera no puede tener hoy más que un móvil legalista y parlamentario. Necesitamos un Gobierno decidido a romper con la política de la derecha...»

No se hizo posible la constitución de tal Gobierno. El 2 de febrero de 1922, desautorizado por uno de los grupos de la mayoría, dimitía el Gabinete Bonomi. Siguió una crisis caótica, confusa, caracterizada por transacciones mezquinas y por más mezquinas rivalidades de *leaders*. La candidatura Giolitti se estrellaba contra el veto de los católicos; se transmitían y devolvían por turno el encargo Nicola y Orlando. Y el país se enervaba. En Roma, en Bolonia, en Florencia, en Milán, hubo de gritarse: «¡Viva la dictadura! ¡Abajo el Parlamento!»

Catorce días más tarde iba a presentarse Bonomi ante la Cámara para sacar mayoría entonces. Fué confuso el debate, como lo fuera la crisis. Sin embargo, se afirmó una mayoría liberal con un orden del día que comprobaba la necesidad «de restablecer en el país condiciones indispensables para la convivencia pacífica de clases, poner a la de trabajadores en estado de tomar parte más activa en la intervención y la responsabilidad de las empresas, y cooperar al desarrollo de la legislación social».

Comenzaron las consultas en el palacio real. De nuevo fueron requeridos a formar Ministerio los *leaders* parlamentarios, quienes se esquivaron de nuevo. Y cuando hubo que terminar de una vez, resultó que el jefe del Gobierno, llamado a restablecer la

autoridad del Estado y la libertad, era un tal Facta que había sido vagamente ministro, que sabía sonreír, que llevaba bigotes blancos, que no comprendía nada de los acontecimientos, que se identificaba amigo y lugarteniente de Giolitti, designándosele para la presidencia del Consejo sólo por esto.

Era la farsa intercalada en la tragedia.

Era la descalificación del Parlamento por siempre jamás.

Era la abdicación del Estado.

Y al grupo parlamentario socialista, que había intervenido con interés en la crisis, no le quedaba más remedio que denunciar al proletariado italiano las maniobras incalificables de los partidos constitucionales.

X

LA DERROTA SOCIALISTA

LA ALIANZA DEL TRABAJO.—UNA NUEVA ESCISIÓN SOCIALISTA.—DE FACTA A FACTA.—FILIPPO TURATI EN EL QUIRINAL.—LA HUELGA GENERAL DE AGOSTO.—LOS FASCISTAS, DUEÑOS DE LA CALLE.

BIBLIOTECA NACIONAL

El advenimiento al Poder del ministerio-fantasma Facta era síntoma irrefutable de la abdicación del Estado ante la ofensiva de las camisas negras. Ya no podían contar las masas obreras más que con su energía y su coraje para hacer cara a la reacción y defender, con la libertad, sus organizaciones. Tal fué el solemne compromiso que formularon las asociaciones proletarias en el Acta de constitución de una «Alianza del Trabajo» que agrupó la Confederación General del Trabajo, el Sindicato de Ferroviarios y la Federación de Obreros de los Muelles, asignándose la tarea de «oponer la alianza de las fuerzas obreras a la coalición de la reacción», y el móvil de «la restauración de las libertades públi-

cas y del derecho y la defensa de las conquistas sociales» (1).

Aun cuando tardío, fué acogido con entusiasmo este reagrupamiento de fuerzas proletarias. En efecto, ya no había un minuto que perder para intentar restablecer la situación. El fascismo—que estaba tranquilo por el lado del Parlamento y tenía perfecta

---

(1) He aquí el orden del día votado en la primera reunión.

«Después de amplia discusión, los representantes de las organizaciones nacionales, trabajadores del mar y ferroviarios, y de las organizaciones que han respondido a la convocatoria de la Confederación General del Trabajo,

Comprueban que, por parte del patronato, del Estado y de particulares, se tiende a atentar a las conquistas económicas y morales de la clase obrera;

Afirman que el derecho de huelga no puede ser contestado por artículos de reglamento ni por amenazas de restricciones legislativas, puesto que supone el arma única a disposición del proletariado contra las injusticias y las violencias;

Reconocen la necesidad de un convenio entre las categorías obreras;

Se comprometen recíprocamente a una completa solidaridad en las luchas sindicales del porvenir, decidiendo, sin embargo, determinar al día los medios adecuados para infundir el máximum de eficacia a esta solidaridad.»

Pero hasta el 20 de septiembre no se adoptó la «Carta de la Alianza del Trabajo. Hela aquí:

«Los representantes de las organizaciones obreras que actúan en el terreno de la lucha de clases (Confederación General del Trabajo, Unión Sindical Italiana, Unión Italiana del Trabajo, Sindicato de Ferroviarios, Sindicato Nacional de Obreros de los Muelles);

conciencia de su superioridad en el terreno de la violencia—meditaba la conquista del Poder. Para ello le era menester extremar la desorganización del país, la anarquía de los servicios públicos y el atontamiento de la opinión media, a fin de persuadir de la necesidad de la dictadura a las capas vacilantes aún. Lo hacía por medio de la provocación para suscitar huelgas de protesta que la Prensa deformaba y presentaba luego como manifestaciones de carácter revolucionario y comunista.

Considerando que la unión de las fuerzas del trabajo en la lucha contra el capitalismo es la condición esencial para realizar la emancipación proletaria; que se impone esta unión a la hora en que la violencia organizada de las fuerzas reaccionarias se abate ciegamente sobre las organizaciones de trabajadores con objeto de destruirlas y reducir al proletariado a la imposibilidad de defenderse y luchar por su emancipación,—

Resuelven oponer a las fuerzas coaligadas de la reacción la alianza de las fuerzas proletarias, con objeto de restaurar las libertades públicas y el derecho común y defender las conquistas de la clase obrera lo mismo en el terreno económico que moral.

Para alcanzar estos objetivos, los delegados presentes están de acuerdo sobre la oportunidad de proveer a la constitución de un Comité Nacional con la tarea de coordinar y disciplinar la acción defensiva de la clase obrera.

El Comité Nacional publicará un programa práctico de acción, sin excluir ninguno de los medios de lucha, inclusive la huelga general, de modo que renueve las energías del proletariado y le dé la persuasión de que, coordinando sus esfuerzos, en breve será posible reconquistar el libre ejercicio de las funciones sindicales y políticas.»

No obstante, aparte del Parlamento, había espíritus selectos que se preguntaban adónde se iba, y no estaban exentos de inquietudes al observar, por una parte, el despeñamiento de la juventud hacia la dictadura, y por otra parte, la decadencia moral y política de las instituciones constitucionales

También Gabriele d'Annunzio, despertándose de un largo sueño, parecía decidido a pronunciarse contra el fascismo, que definió de «servidumbre agraria». Su villa de Gardona se había convertido en punto de cita de cierto número de cegetistas que iban allí a buscar inspiraciones y a mendigar una protección muy comprometedora y aleatoria.

En Turín, alrededor de Pietro Gobetti (1), se for-

---

(1) Pietro Gobetti ha muerto desterrado en París en febrero de 1926. Sólo contaba veintiséis años. Tuvo que huir de Turín a consecuencia de las persecuciones de la policía y los fascistas. A los dieciocho años dirigía *Energie Nuove*, una revista filosófica y política. Al propio tiempo dirigía la sección teatral del *Ordine Nuovo*. Pero la publicación a que más unido va su nombre es la revista *Rivoluzione Liberale*, que fundó en 1921 y ejerció una influencia considerable sobre la juventud, a pesar de no vivir sino cuatro años. En el terreno moral, la revista afirmaba los valores de seriedad y dignidad contra la tradición charlatanesca de las luchas políticas. En el terreno político, defendía los conceptos de libertad y autonomía. Ello equivale a decir que Gobetti y sus amigos se hallaban en oposición absoluta con el fascismo en el terreno social y político, y con Mussolini en el terreno moral. De ahí el odio del *duce* contra Gobetti.

maba un núcleo de jóvenes inspirados por una clara conciencia liberal y revolucionaria.

Atento a todas las manifestaciones de la opinión pública, Mussolini procuraba calmar sus recelos. En el Consejo nacional fascista del 4 de abril advertía la tendencia de las fuerzas de izquierda «a aislar moral y materialmente al fascismo»; proclamaba su desconfianza en las «protestas de amistad de los nacionalistas», en quienes veía «los tiburones del fascismo, que nos explotan y se enriquecen a costa nuestra»; comprobaba cómo «se atenuaban las simpatías de la opinión pública por el fascismo». Con respecto a la vida de su partido, en fin, se alarmaba por la predisposición de los «squadristi» (milicianos) a «imponer su voluntad a los elementos dirigentes del fascismo», y aludía a la oportunidad de «no descartar la participación de los fascistas en el poder del Estado».

A partir de este momento, se iniciaron en la sombra negociaciones entre emisarios fascistas y emisarios giolittistas para asentar las bases de un gobierno de coalición liberalcatólicofascista.

Pero la Conferencia Internacional que se inauguró en Génova el 10 de abril puso una tregua en la lucha política y social, que duró hasta fines del mes de mayo. Entonces se reanudó la contienda, sañuda, dramática, decisiva.

Una vez más se planteaba el problema de la autoridad y del orden, y entre los fascistas y el Estado se renovaba el conflicto que impulsara contra las

masas obreras al Estado constitucional. *Il Corriere della Sera*, órgano de la rica y opulenta burguesía lombarda, que había sido madrina del fascismo, no podía por menos de preguntarse si no estaría a punto de verse comprometida la autoridad del Estado por las camisas negras.

• • •

Corría el partido socialista a una nueva escisión. Muy debilitado numéricamente, enfadado con la Confederación General del Trabajo—que propendía a romper el pacto de alianza (1)—, impotente en el terreno de la violencia, aislado en el Parlamento, combatido con aspereza por los comunistas, se diría que se replegaba sobre sí mismo en busca de distracción.

Seguía estando en litigio el mismo problema: intransigencia o colaboración.

Quedaba la Alianza del Trabajo. Pero, como ni

(1) He aquí la declaración de D'Aragona sobre el particular: «Hemos firmado un pacto, según los términos del cual se compromete el partido a asegurar la defensa política del proletariado. Luego hemos visto desaparecer nuestras organizaciones bajo el ataque de la reacción, y nos hemos dicho que había llegado el momento de recordar al partido sus compromisos. ¿Os parece mala la táctica que hemos sugerido? Explicadnos, entonces, qué pensáis hacer».

A lo cual respondía Serrati: «¿Qué se va a hacer? ¡Lo que podamos!»

siquiera podía pensar ésta en una lucha por el Poder, no dejaba de estribar toda la cuestión en hallar un punto de enlace entre su acción directa y la acción parlamentaria. No había la menor paridad con la situación de 1919-1920, y la última trinchera del proletariado se limitaba a la defensa de las libertades públicas y de la constitución. Pero, sólo con oír este nombre, hablaba de traiciones cierto revolucionarismo verbal. Desde el punto de vista marxista, una constitución no es más que el resultado de una relación de clase determinada; así que defender una constitución no significaba pasarse al campo del Estado burgués, sino defender la suma de poder conquistada ya por la clase obrera. En 1922, después de fallarle su ataque contra la sociedad burguesa, el proletariado italiano sólo podía defenderse del fascismo dentro de la medida en que se asegurara la libre disposición de los derechos y libertades que le otorgaba esa constitución misma. La contradicción evidente entre su actual tarea y la que se asignó en 1919 no derivaba de la voluntad de tal o cual fracción—según creían algunos, que acusaban a la derecha de no respetar los pactos—; derivaba del hecho de que estaba vencido el proletariado y había entrado en el palenque una fuerza nueva: la del fascismo. No pueden plantearse y resolverse de una vez para siempre y *sub specie æternitatis* los problemas de táctica, pues importa hacerlo con arreglo a la proporción de fuerzas de clase, que se transforma cada día.

No se amoldaba a admitirlo la fracción maximalista, que conceptuaba resuelto en definitiva el problema de la intransigencia. De modo que, cuando el grupo parlamentario, a instancias de la C. G. T. y de la Liga Nacional de Cooperativas, votó una resolución en la cual se declaraba dispuesto a sostener y apoyar con sus votos a un Gobierno decidido «a garantizar el respeto a las libertades públicas y la ley», la directiva del partido volvió a convocar en Roma el Consejo Nacional.

Y una vez más aun se debatieron en el vacío las mismas tesis, porque cada día que pasaba traía la prueba de que era ya demasiado tarde hasta para una política de coalición liberal. ¿Dónde estaban, pues, los liberales? ¿Dónde los radicales? ¿Dónde los demócratas cristianos? No en el Parlamento, donde se perpetuaban la indecisión y la intriga. La casta política dirigente se iba a pique sin honor y sin combate, insensible a sus sinsabores y convencida de que se arreglarían las cosas. Formaron el postrer cuadro de defensores de la libertad los obreros de Roma, Turín, Parma, Rávena y Novara. Conforme iba venciéndose al proletariado, la dictadura iba abriéndose el camino de Roma.

¿A cuento de qué la escisión entonces?

La temía Serrati, cuando exclamaba: «No cumple la escisión a vosotros (reformistas) ni a nosotros (maximalistas), porque implicaría la ruina de unos y otros».

Tampoco la quería Turati, quien toda su vida ha-

bía declarado que no cabía proyectar una colaboración eventual sino teniendo detrás de sí al partido entero.

Y unánimes estuvieron en exhortar a éste para que evitase por lo menos la escisión de los aldeanos de Molinella, Rávena y Rovigo, que fueron al Consejo Nacional para exponer la profunda cuita moral del proletariado.

Pero, sordo a estos llamamientos, el Consejo Nacional decidía la convocatoria de un Congreso extraordinario para octubre, lo que equivalía a dar el primer paso hacia la escisión.

Entretanto, se reunía el Consejo de la C. G. T., ante el cual se planteaba el mismo problema. En la votación triunfaba la Mesa, que ni por un instante había cesado de reclamar una política de realce de las fuerzas parlamentarias sociales y de izquierda, por 537.351 votos contra 250.472 de los maximalistas y 249.519 de los comunistas (1). Ya estaba hecha virtualmente la división de la clase obrera en tres ramales.

---

(1) He aquí la conclusión de la resolución votada por la mayoría:

«El Consejo General de la C. G. T. declara querer mantener el pacto de alianza; pero formula el deseo de que el partido socialista comprenda la gravedad del momento y preste atención a las invocaciones de la clase obrera, que se prepara a actuar en el país y reclama del próximo Congreso del partido socialista se deje al grupo parlamentario en libertad de desenvolver una acción susceptible de valorizar la sindical.»

se preparaba en el plano de los hechos.

La fracción maximalista acusaba a la derecha de haber roto la unidad del partido. «Queremos—decía al explicar su programa—dar más energía, más alma, más espíritu de conjunto a la Alianza del Trabajo, que languidece por falta de aliento político y por sobra de variedad en sus aspiraciones. Queremos el frente único político de los partidos subversivos que tienen intereses comunes y los mismos postulados inmediatos. Sólo podremos hacerlo libertados de la compañía de quienes van con obstinación en contra de la doctrina del partido.»

«El socialismo—respondían el ala derecha y el centro—se afirma hoy, proclamando la necesidad momentánea de la colaboración.»

Y añadían:

«No hay que escoger entre la composición y la intransigencia, entre el colaboracionismo y el anticolaboracionismo, que son meras cuestiones secundarias de táctica y método, cuya solución varía según el momento, la localidad y la oportunidad, sino entre el socialismo y el bolchevismo, entre el partido socialista tal como se fundó en Génova en 1892, que quiere transformar la sociedad en interés de los trabajadores todos, manuales e intelectuales—es decir, de la enorme mayoría de los ciudadanos—, por medio de su adhesión y cooperación progresivas, libres y conscientes, y que es profundamente demócrata, y el partido comunista, que quiere imponer sus ideas y su voluntad por la fuerza, y si hace fal-

ta, por el terror, y que es profundamente autócrata.»

En el mes de octubre, en Roma, durante un Congreso (el XIX) triste y melancólico, tres semanas antes de la ocupación fascista del Poder, estaba hecha la escisión por 32.106 votos contra 29.189 (1). El doctrinarismo había matado el movimiento socialista, y en el último instante se habían enfrentado dos resoluciones que fueron definidas con justeza como «dos extremismos de la misma desesperación».

* * *

Mientras los socialistas se querellaban acerca de la interpretación de un texto al igual de los doctores de la Iglesia, se derrumbaba el templo. El fascismo, al que los últimos acontecimientos habían dado la seguridad de que podría atreverse a todo en adelante, atacaba los puntos estratégicos más sensibles de la resistencia obrera. Tenían sus ofensivas ahora la envergadura, la precisión, la técnica de las operaciones de un ejército de ocupación. Fueron ocupadas su-

(1) Se pronunciaba la minoría en un orden del día comunicado por el honorable Barotono, que había sido el teórico del maximalismo hasta el Congreso anterior de Milán. También este hecho tenía su importancia y demostraba el plazamiento de la crema del partido en relación directa con el aplazamiento de la situación. Cuando se cristalizan las tendencias alrededor de un dogma, pasamos de la filosofía a la teología, del partido a la Iglesia. Y en este caso, no hay acción posible, pues la acción se desarrolla siempre en el dominio de las realidades.

cesivamente Rimini, Cremona y Novara. Pronto quedaron vencidas las resistencias locales, admirables de abnegación y sacrificio, sobre todo en Novara, importantísimo centro de acción socialista. Se tornó encarnizada la ofensiva de las camisas negras. Bolsas del trabajo, ligas, sindicatos, cooperativas, Casas del Pueblo, casinos, todo fué saqueado. Reaccionaba como podía el proletariado de las urbes inmediatas. Milán fué a una huelga general por solidaridad con Novara y después con Rávena, donde había doce víctimas y organizaban los fascistas el saqueo del palacio de Bayron, sede de la muy poderosa Federación de Cooperativas de Rávena, que agrupaba 92 cooperativas y 18.000 asociados, regentaba negocios por una cuantía de millares de millones y disponía de un capital de 25 millones.

Ante esta avalancha, fingió la Cámara una indignación violenta. Fué derribado el ridículo Gobierno de Facta por 283 votos contra 103. Votaron asimismo en contra los fascistas, y Mussolini explicó su voto con la declaración siguiente: «Al salirse de la mayoría, el partido fascista lleva a cabo un acto de pudor político y moral. No es posible estar en la mayoría, y por ende en el Gobierno, a la vez que obrar en el país como nos vemos obligados a hacerlo nosotros. Próximamente resolverá el partido su enigma y dilucidará si quiere ser legalitario o insurreccional, en cuyo caso no formará ya parte de ninguna mayoría y hasta podrá abandonar la Cámara.»

Para tranquilizar a los conservadores y sobre todo

al *Corriere della Sera*, que denunciaba en el fascismo un nuevo foco de acción subversiva, añadía Mussolini que prefería ver a su partido llegar al Poder «por saturación».

La crisis que siguió a la dimisión de Facta renovó el espectáculo inmundo de bajas maniobras y perpetuas indecisiones que asqueaban a la opinión pública. De nuevo se patentizó impotente el Parlamento para dar un Gobierno al país. Alternativamente fué haciéndose la oferta de formar Ministerio a Orlando, Nicola, Bonomi, Meda y De Nava. Fracasaron, algunos porque pretendían el absurdo de congregar en un mismo gobierno a socialistas y fascistas; otros porque no pudieron salvar el ostracismo de tal o cual grupo, y todos, en fin, porque no tenían valor, ni fe, ni programa, amén de carecer de talla para medirse con las tremendas dificultades del momento. De los *leaders* parlamentarios, no se llamaba siquiera a Nitti, pues contra él había el veto fascista, y Giolitti se reservaba y permanecía en Vichy a la espera de la combinación ministerial que anhelaba con los fascistas. Por el momento, habían despejado éstos su enigma, y en el dilema entre partido insurreccional o legalitario, habían preferido el segundo término. Pero, antes de comprometerse en un gobierno, reclamaban la disolución de la Cámara y otras elecciones sobre la base del antiguo sistema de escrutinio uninominal.

En cuanto al grupo parlamentario socialista, declaraba el 21 de julio que «la última votación de la Cá-

mara se pronuncia contra la política de los partidos más retrógrados y de las capas sociales más parasitarias», y que «se violaría la voluntad de la Asamblea Nacional si no se mostrara decidido el nuevo Gobierno a defender la libertad política y el derecho de organización».

Pero como después de ocho días continuaba la crisis sin evolucionar, ¡el grupo socialista se declaró dispuesto a participar en un gobierno de izquierda! (1). Un año atrás, semejante deliberación habría provocado un amplio movimiento de opinión y una verdadera revolución parlamentaria; a la hora en que se tomó, no hizo más que precipitar la decisión fascista de acelerar las cosas. Recomenzaron

---

(1) He aquí la resolución de Modigliani votada por la mayoría del grupo:

«El grupo parlamentario socialista:

Considerando que, mientras se desarrolla el plan de guerra civil, miseras luchas de personas y equívocas aspiraciones de conquistas reaccionarias tratan de imponer una solución de la crisis en completa antítesis con la voluntad de la Cámara:

Considerando que los autores de esta tentativa explotan la crisis económica, aun a trueque de agravarla, y sacan ventaja del derrumbamiento de las organizaciones del Estado, cuya tarea sería asegurar la defensa de las más elementales necesidades de la vida cívica,

Decide llamar la atención de los grupos parlamentarios que han provocado la crisis acerca de la situación creada así, y notificar a estos mismos grupos que, ante la posible traición al voto de la Cámara, el grupo parlamentario socialista está resuelto a no negarse a ninguna acción

las consultas en el Quirinal, y Filippo Turati franqueó los umbrales del palacio real para llevar al rey la opinión del proletariado a favor de la libertad, y recordarle que es el supremo deber de un monarca constitucional la defensa de la constitución a que ha prestado juramento. Por tercera vez en el espacio de semanas recibieron ofertas de formar Gabinete Orlando y Nicola, quienes se esquivaron por tercera vez. Y puesto que a todo trance se requería un Ministerio, máxime cuando la Alianza del Trabajo había proclamado la huelga general, el rey, que aguardaba le ilustrara su consejero Giolitti, apeló a Facta, quien formó un segundo Ministerio, confiando la cartera del Interior a Taddei, un prefecto que pasaba por ser muy enérgico, y rodeándose de Alessio, viejo demócrata, y de Amendola, hombre de gran rectitud.

---

susceptible de garantizar, por parte de los poderes que tienen el deber de hacerlo, el respeto a la voluntad de la Asamblea Nacional, favorable a la libertad y al derecho de organización.

Y confiere al directorio el mandato de velar por la aplicación de los principios así afirmados.»

La minoría del grupo parlamentario votó en contra de este orden del día, que conceptuaba una violación franca y flagrante de las directrices del partido y las decisiones de los Congresos. En el de Roma del mes de octubre, el orden del día maximalista en pro de la escisión condenaba la actitud del grupo parlamentario, haciendo hincapié en la resolución de Modigliani, en la declaración de autonomía del grupo y en la participación de Turati en las consultas de la Corona.

Pero, dada la personalidad de su presidente, y en vista de las condiciones de su advenimiento, el segundo Ministerio Facta resultaba tan borroso y ridículo como el primero, si no más, verdadero Ministerio de fin de régimen.

* * *

Pronto fueron apagados por la huelga general de la Alianza del Trabajo los comentarios que hubieron de hacerse ante la deliberación del grupo parlamentario socialista y el rasgo de Turati (1). Se decidió la huelga el 31 de julio, en plena crisis ministerial y después de votar el grupo a favor de la participación. En el ánimo de los promotores se trataba, pues, de ejercer presión sobre el Parlamento y la Corona. Tal fué, al menos, la interpretación de Turati, que hablaba de una huelga legalitaria. Pero no se concretó con claridad este móvil, y de él tenían una

(1) Era la tesis de los periódicos burgueses que los socialistas se situaban *in extremis* en el terreno nacional. Pero, sin dejar de declararla una actitud tardía, Mussolini se apresuraba a añadir que, en caso de participación socialista en el Poder, haría falta en el Ministerio un contrapeso a la derecha, con la participación de los grupos nacionales. «¿Fascistas inclusive? No nos precipitemos... La solución de este problema requiere una fría meditación de todos los elementos... Está la nación en un cruce de caminos: o encuentra un minimum de pacificación, o es fatal su decadencia.»

idea muy confusa quienes adoptaron el acuerdo inclusive.

Lo cual no obsta para que la huelga del mes de agosto constituyera, en la historia del movimiento socialista y obrero, el último combate librado contra la reacción antes de la marcha sobre Roma.

En las grandes aglomeraciones obreras, fué verdaderamente general la huelga. Ninguna defección en las fábricas y escasas defecciones en los servicios públicos. Pero la calle pertenecía a los fascistas, que se concentraron en los puntos estratégicos y operaban de consuno con las fuerzas policíacas y militares.

La noche del 2 de agosto, luego de tres días de huelga, pasaron a la contraofensiva las camisas negras. En Parma, ciudad importante de Emilia, de tradición revolucionaria y sindicalista, sufrieron un rudo contratiempo. La población hizo cara a la invasión de camisas negras que venían de Ferrara y Bolonia a millares. Estaban surcadas de trincheras las calles de los barrios obreros. El toque a rebato llamaba a los campesinos a batirse. También tuvieron que retroceder los fascistas en Forli y en otras ciudades aun.

Pero en los grandes centros obreros del Norte, contra los cuales se apuntaba especialmente, se dominó la huelga con facilidad, merced a la conjunción de milicias fascistas, equipadas como un ejército, y de la policía.

El 3 de agosto ocupaban los fascistas en Milán

el Ayuntamiento y proclamaban la decadencia de la administración socialista. Gabriel d'Annunzio, a quien no detenía un reniego más o menos, fué por la noche a consagrar el golpe de fuerza, que realizaba las secretas aspiraciones de las pandillas lombardas, expulsadas del municipio desde hacía cerca de veinticinco años. Al día siguiente, a raíz de un combate que ocasionó cuatro muertos y unos diez heridos, las camisas negras ocupaban, incendiaban y asaltaban la casa de *Avanti!*, que había costado al proletariado cuatro millones. En Génova ocupaban e incendiaban el *Lavoro*, mientras en Turín, sede del órgano comunista, era ocupado por la policía el *Ordine Nuovo*.

Así terminaba la huelga general con una derrota de las masas, que sancionaba y completaba la derrota del partido en el dominio político.

Al día siguiente, *Avanti!*, que había improvisado una edición del momento, se limitaba a comprobar que, «a despecho de todas las violencias, el proletariado seguía fiel siempre a la causa de su emancipación»

El comunista *Ordine Nuovo* fulminaba contra reformistas y maximalistas.

La Giustizia no vacilaba en hacer el balance de la huelga: «Nos hemos jugado nuestra última carta—decía el órgano reformista, que reflejaba la opinión de los medios cegetistas—y hemos perdido en el juego Milán y Génova, que parecían los puntos invulnerables de nuestra resistencia. Es el Caporetto del proletariado.» Y tras de reconocer que ahora eran los

fascistas dueños del campo, el periódico concluía por una comparación con los acontecimientos de la guerra. «Tenemos que encontrar nuestro Piave (nuestra línea de resistencia) y no desesperar de nuestro Vittorio Veneto (de nuestra victoria).»

Sólo la directiva del partido se permitía aún la ilusión de creer en la vitalidad de la Alianza del Trabajo, que estaba muerta. «Se halla tanto más próxima la victoria—decía en un manifiesto—cuanto más vehementes son los esfuerzos de los adversarios por alejarla.»

Pero ya no se trataba sino de un entusiasmo para la galería.

Todos los jefes del movimiento obrero tenían conciencia de la derrota, irreparable por el instante. Tocaba al final de su primera fase el duelo iniciado en 1921 entre socialistas y fascistas. A la sazón quedaba libre para el enemigo la ruta del Poder, por donde habían avanzado, llenas de valor y entusiasmo, las masas obreras en 1919.

* * *

Con la huelga de agosto se libró la postrer batalla por la defensa de las libertades constitucionales. En Italia se renovó la prueba que ya se había hecho en otros países No hay más que una clase social cuyos intereses particulares y generales coincidan con la libertad de todos, y es la clase obrera. En cuanto cae vencida ésta, se halla el campo a disposición de

las más extravagantes experiencias dictatoriales y reaccionarias. Habría podido alejarse teóricamente del terreno de la democracia el partido socialista italiano bajo la presión de acontecimientos tan extraordinarios como la guerra y la revolución rusa; pero prácticamente se evidenciaba siempre la única fuerza demócrata de veras y de veras liberal, aunque de un liberalismo integral que, amén del fin, quiere los medios; es decir, la emancipación de los trabajadores de la explotación capitalista.

Pero, precisamente cuando riñe el proletariado su batalla contra la explotación del hombre por otros hombres y de las masas por el capitalismo, se yergue frente a él la burguesía de todas las tendencias, invocando los mitos del patriotismo y del liberalismo individualista.

Sin duda, se equivocó en más de un pormenor el movimiento socialista italiano, empeñó su refriega con más o menos sensibilidad política y con más o menos habilidad; pero no le han perdido estos errores de detalle. Lo que coaligó contra él al conjunto de la burguesía italiana es el hecho de que luchaba por el socialismo y no estaba dispuesto a pagarse de ilusiones.

Desde este punto de vista, deben todos los partidos socialistas descontar las mismas hostilidades y las mismas batallas cuando tengan fuerzas bastantes para plantear francamente el problema de la conquista del Estado, que no puede confundirse con la par-

ticipación en el Poder o su ejercicio en régimen capitalista y burgués.

El punto central de los acontecimientos italianos, la clave para comprenderlos es que en 1919 estaba en los umbrales del Poder el partido socialista. No comporta ello la conclusión, que resultaría profundamente errónea, de que se hallara el socialismo italiano a la vanguardia del movimiento social europeo, ni que la lucha de clases alcanzara en Italia su nivel máximo de desarrollo. Con todo, supone un hecho el de que el partido socialista italiano se ha visto, como si dijéramos de la noche a la mañana, ante las responsabilidades de la acción, empujados por una masa enorme que acudía bajo sus banderas, pero con cuadros directivos restringidos, y en un país donde no tenían hondas raíces la libertad ni las instituciones democráticas. Se trataba, pues, de formar el Estado y de crear una nueva clase dirigente. Los socialistas italianos han querido hacerlo con un espíritu de intransigencia socialista de clase.

Han perdido por haber osado demasiado.

XI

LA MARCHA FASCISTA SOBRE ROMA

BIBLIOTECA NACIONAL

LA ADHESIÓN DE LOS FASCISTAS A LA MONARQUÍA.—INDUSTRIALES Y BANQUEROS COSTEAN LA MARCHA SOBRE ROMA.—EL DESTROZO DE LA CONSTITUCIÓN.—EL PRIMER MINISTERIO FASCISTA.—LA CARACTERÍSTICA DE LA PRIMERA FASE DE LA DICTADURA

BIBLIOTECA NACIONAL

DESPUÉS de la huelga general de agosto se precipitaron los acontecimientos y ya no existió casi el partido socialista en calidad de factor activo y fuerza política y de clase autónoma. A la sazón se trataba de ver cómo iban a reglamentarse las relaciones entre los fascistas y los demás partidos burgueses. Eran muy complejas tales relaciones. En el fondo, los viejos partidos esperaban que, logrado ya el móvil que se le presumía de batir al partido socialista, se dislocaría el fascismo a su vez, siguiendo a los nacionalistas una parte, a los conservadores otra y acantonándose algún grupo en un sindicalismo nacional de buena ley. Pero, precisamente para evitar esta dislocación, había ensalzado Mussolini la constitución del fascismo en partido. Ahora se identificaba

considerable su influjo sobre las camisas negras, y él lo utilizaba para poner a los compañeros del bloque reaccionario unas condiciones proporcionadas a sus ambiciones propias.

Los fascistas querían el Poder. Para obtenerlo, se imponía arrojar por la borda la república—que había sido uno de los artículos del programa mussoliniano—y dar a la burguesía prendas sólidas con respecto a un vago sindicalismo nacional de que no cesaban de hablar los antiguos socialistas pasados al fascismo (1).

Lo hizo Mussolini en una serie de discursos y manifestaciones previas, que iba pareja a las negociaciones entabladas en el palacio del Viminal con Facta para la disolución de la Cámara y la fijación de las nuevas elecciones, y con Giolitti para la formación de un Gobierno nacional.

El primero de estos discursos, el de Udino (20 de septiembre de 1922), proclamó la adhesión a la Monarquía.

---

(1) En diciembre de 1920, cuando, según la leyenda fascista, estaba Italia en pleno bolchevismo, hasta el extremo de hacer inevitable y saludable la acción de las camisas negras, escribía Mussolini en su periódico: «Desde la ocupación de las fábricas, que coincidió con el regreso de Rusia de los «misioneros rojos», se ha modificado profundamente la psicología de la masa obrera italiana. Ahora parece atajada la tan temida ola de pereza... No cabe duda de que si la clase obrera italiana perseverara en esta vía y continuara dando pruebas de actividad laboriosa y disciplina, mañana no se podría negarle una participación más o menos extensa en el Gobierno de la nación.»

«Creo—dijo el caudillo de las camisas negras—que resultará posible renovar profundamente el régimen sin tocar a la Monarquía... La dejaremos, pues, a un lado, fuera de nuestros tiros, que tienen otros blancos muy visibles y formidables, máxime si pensamos que gran parte de Italia vería con inquietud una transformación del régimen con tal objetivo... Conviene evitar que lo arrolle todo la revolución fascista.»

En el discurso de Cremona (25 de septiembre) exponía el programa de gobierno de los fascistas: «Demoler la superestructura social democrática del Estado y retirarle sus atribuciones económicas.»

Por último, en el discurso de Milán (6 de octubre), formulaba la amenaza de la insurrección: «¿Cuáles son los medios de dar un Gobierno a la nación? Hay dos. Si en Roma no fueran unos zalameros todos, no tendrían sino convocar las Cámaras para primeros de noviembre, hacer votar la reforma de la ley Electoral y anunciar para diciembre los *meetings* electorales... Si no acepta esta solución el Gobierno, nos veremos forzados a salirnos de la legalidad.»

Ya no quedaba más que un punto negro sobre el horizonte fascista: el ejército. Lo afrontaba Mussolini en su periódico el 14 de octubre con un artículo sintomático: «En una reunión celebrada en Roma por elementos civiles, ha intervenido el general Badoglio (1). Parece ser que se ha expresado en los si-

(1) El general Badoglio, a quien Mussolini ha hecho embajador y luego mariscal, es actualmente procónsul de Libia.

guientes términos: «Al primer disparo se derrumbaría todo el fascismo.» No pedimos al general que confirme o desmienta esta frase, pues sabemos a ciencia cierta que la ha pronunciado. De modo que cabe presumir que haya admitido el encargo de ahogar en sangre el fascismo... Por eso acaba de llamar a las armas a unos oficiales, sobre todo del Mediodía y de las islas, con la lealtad de quienes cree poder contar de manera segura... Entendemos que no se realizarán los oscuros propósitos del general Badoglio. El ejército nacional no irá en contra de las camisas negras, por la sencillísima razón de que jamás irán los fascistas contra el ejército, al cual profesan respeto y admiración... A pesar de todo, esperamos que el general se niegue a la tentativa inútil de ser verdugo del fascismo italiano.»

Para evitar este conflicto hipotético se tramaban toda clase de negociaciones en la sombra. Giolitti negociaba con Mussolini por mediación del prefecto de Milán; la Corona negociaba con el fascismo merced a tercerías del duque de Aosta, primo del rey y roído por la ambición de subir al trono; los industriales negociaban por su cuenta con los jefes del ejército, saliendo fiadores de la lealtad dinástica de Mussolini.

Al propio tiempo abonaban a la caja fascista industriales y banqueros veinticinco millones para costear la marcha sobre Roma.

Según los documentos publicados, la decidió Mussolini en los primeros días de octubre. No avanzaban

las negociaciones con Giolitti. El caudillo fascista reclamaba para los suyos cinco carteras, y el viejo consejero del rey no ofrecía más que uno o dos puestos de ministros sin cartera. El Gobierno se aferraba al Poder sin tener autoridad para ello. Desde varias semanas atrás, *Il Corriere della Sera*, que a la sazón se manifestaba en contra del fascismo, le exhortaba a dimitir para dejar sitio a una combinación parlamentaria de derecha, susceptible de hacerse obedecer en caso necesario e imponerse a los fascistas. No cedía Facta y hasta anunciaba la convocatoria del Parlamento para el 1.° de noviembre (1).

Entonces fué cuando lanzó Mussolini desde Nápoles (24 de octubre) el grito de formación de sus tropas: «O se nos da el Poder o lo tomaremos marchando sobre Roma.»

En el discurso que pronunció se preocupaba de disipar los últimos titubeos de ciertas capas burguesas.

«No cabe duda—dijo—de que el régimen unitario italiano se apoya en la dinastía de Saboya.» Una vez más afirmaba que no era incumbencia del Estado

---

(1) ¿Habrá que deducir que estaba o se creía bien protegido por el rey? El caso es que se respondió a una personalidad política extranjera de extrema izquierda que por la época tuvo ocasión de acercarse al rey y le interrogó respecto al peligro fascista: «Va a arreglarse todo. Dentro de poco habrá un gran Ministerio nacional, en el cual participará el señor Turati, y no se hablará más de fascismo ni de guerra civil.»

Algunos días más tarde...

intervenir en el terreno de los intereses económicos ni entorpecer la marcha de los negocios. En cuanto a las gestiones con Giolitti, habló de ellas, pero para sacar en conclusión que los fascistas «no pretendían subir al Poder por la escalera de servicio.»

La reunión fascista de Nápoles, a la cual habían asistido varios miles de camisas negras, finalizaba con el grito de: «¡A Roma!»

* * *

En Roma se resolvió, por fin, a dimitir el Gabinete Facta. Correspondía la iniciativa de la tardía crisis a un hombre político de derecha, amigo y discípulo de Salandra, «el presidente de la intervención y de la guerra», alejado del Poder desde 1917 y ávido de volver a él. Era la noche del 27 de octubre y en la mañana del 28 se consultaba de prisa en el Quirinal a los personajes consulares, y en el transcurso de la tarde se averiguaba que iba a llamar el rey a Salandra y que ya se había asegurado éste el concurso de Federzoni, jefe de los nacionalistas, para el Interior, y de un fascista para Guerra. No estaba mal. Ante un Gabinete de derecha, dominado por los nacionalistas y presidido por un conservador injerto de imperialista, no tenía la ofensiva fascista ninguna probabilidad de éxito. Así lo comprendió Mussolini, y paró el golpe con la movilización de su milicia y la orden a las cohortes fascistas de ocupar los edificios

públicos, las estaciones y vías férreas, y de marchar sobre Roma.

Para enloquecer a los políticos parlamentarios bastaron los primeros incidentes de Cremona, Bolonia y Toscana. Se agravó la crisis. Salandra hizo saber que, en estas condiciones, declinaba la oferta de formar Ministerio.

Por lo que atañe al Gabinete dimisionario, que tenía encargo de mantener el orden, pareció que quería hacer frente al ataque fascista. A la movilización de camisas negras respondió con un manifiesto al país que preludiaba por su espíritu la proclamación del estado de sitio.

«Han tenido lugar manifestaciones sediciosas en ciertas provincias—decía el tal manifiesto—y se han coordinado con objeto de obstaculizar el funcionamiento normal de los poderes del Estado y precipitar al país en una convulsión grave. Hasta el momento en que ha sido posible ha apelado el Gobierno a todas las vías de conciliación, con la esperanza de devolver la concordia a los ánimos y asegurar la solución pacífica de la crisis.

Ante las tentativas de oposición, el Gobierno, sin perjuicio de haber dimitido, se halla en el deber de mantener el orden por todos los medios y a no importa qué costa, y cumplirá enteramente este deber para salvaguardar a los ciudadanos y las libres instituciones constitucionales.

Entretanto den prueba de calma y serenidad los ciudadanos.

¡Viva Italia!

¡Viva el rey!

Iba firmado el manifiesto por el presidente del Consejo, Facta, y todos los ministros: Schanzer, Amendola, Taddei, Acerbo, Bertone, Soleri, De Vito, Anile, Riccio, Bertini, Rossi, Dello Sbarba y Luciani.

Aun cuando hasta ahora no haya hecho luz ninguno de los ministros de la época sobre los acontecimientos que precedieron al arribo de Mussolini al Poder, es de presumir que recibiera la aprobación del rey el manifiesto, así como el bando oficial publicado el 28 de octubre por la mañana. Decía este bando: «El Consejo de ministros ha decidido la proclamación del estado de sitio en todas las provincias del reino a partir de hoy a mediodía. Desde anoche actúa permanente el Consejo de ministros en el Palacio Viminal, recibiendo noticias de provincias y dando las órdenes necesarias.»

Al conocer este bando, los prefectos resignaron sus funciones en manos de la autoridad militar, y ésta hizo ocupar los puntos estratégicos de las grandes ciudades y las estaciones. Era completo el pánico de los fascistas en este momento. Porque habían recibido todas las garantías satisfactorias respecto a un conflicto con el ejército. En Milán, el general que mandaba la plaza hizo cercar el *Popolo d'Italia*, donde se hallaba Mussolini, y el barrio de San Marcos, donde se llahaban concentrados los milicianos fascistas. Ni por Milán ni por Roma circulaba un fascista ya. Se realizaba la profecía del general Badoglio, y aun antes

de disparar un tiro, retrocedía el fascismo. Pero intervino el rey para sacar del aprieto a Mussolini, con sus «quadriumviri» y sus milicianos.

Un nuevo bando, publicado a primera hora de la tarde, informaba que se abrogaba la deliberación ministerial concerniente al estado de sitio.

El monarca se había negado a refrendar el decreto, dictado bajo la responsabilidad de su Gobierno con arreglo a la letra y el espíritu de la Constitución.

Diez veces habían firmado sin la menor vacilación decretos de estado de sitio el rey y sus antecesores en el trono de Italia. No se despertaron los escrúpulos de Víctor Manuel III hasta el día en que el estado de sitio iba contra los blancos. Entonces, entre la Constitución que había jurado respetar y su solidaridad de clase con los burgueses que gritaban: «¡Viva la dictadura!», no titubeó para desautorizar a su Gobierno, entregando el Poder a los fascistas.

De él se posesionaron en cuanto se conoció en Roma y Milán el segundo bando. Si estaba con la sedición el monarca, no era de temer ésta.

Veinticuatro horas más tarde, Mussolini quedaba encargado de formar Gobierno y tomaba el *sleeping-car* para Roma. Sobre sus huellas se lanzaban los fascistas en turbamulta. Saqueaban lo que restara todavía de las instituciones obreras. Redacciones de periódicos, sedes de partidos, cooperativas, todo ardía para iluminar la ruta de la facción que triunfaba de la nación.

El 30 de octubre, por la noche, había formado Mus-

solini su *Ministerio*, y al día siguiente, ebrias de destrucción y matanza, desfilaron en Roma las cohortes fascistas ante el rey, cómplice necesario del golpe de fuerza que acababa de llevarse a cabo.

* * *

El advenimiento de *Mussolini* al Poder produjo un sentimiento casi general de sorpresa. Había sido tan rápido su éxito personal y político, que el nuevo jefe del Gobierno representaba un enigma para la mayoría de la opinión. En los medios parlamentarios se aliaba la sorpresa con el despecho. Esta brusca ruptura del turno normal se les antojaba inconcebible a los viejos políticos astutos, todos los cuales, sin embargo, habían laborado por la victoria del fascismo, y ahora «querrían no haberlo hecho unos y otros».

En el fondo, el viejo personal político no comprendía el fascismo, como no comprendió al proletariado dos años antes. Por Montecitorio había pasado la guerra igual que un meteoro que no dejara rastro. El retorno tumultuoso de los combatientes, la irritación de las masas, su necesidad de justicia y su ardiente voluntad de crear un orden nuevo, hubieron de ser considerados cual manifestaciones anárquicas, destinadas a borrarse en seguida de desaparecer.

No había sospechado siquiera la antigua clase dirigente que detrás de los movimientos multitudinarios naciese una nueva realidad económica y social, a la que no se adaptaban ya las pretéritas instituciones.

Como le faltaban coraje, fe y altura para emprender la vasta obra reformadora a que la llamaba el ala derecha del partido socialista, y como ni aun tenía conciencia de que no hay democracia donde el Poder ejecutivo domina al legislativo, la burguesía rancia hablaba de libertad, democracia, orden, disciplina y producción cual de valores abstractos. Así se explica sin esfuerzo que semejante clase dirigente haya aplaudido las expediciones fascistas y haya creído que la única solución de la crisis de postguerra era una buena represión. Pero a fines de 1921 empezó la pandilla política a no entender ya lo que pasaba, y durante todo el año 1922 fué de sorpresa en sorpresa. Puesto que estaba conjurado el peligro bolchevista, puesto que en la Cámara había una mayoría para hacer frente a los socialistas, parecíale lógico de todo punto reintegrarse al juego parlamentario y constitucional.

Antes de la ocupación de las fábricas, no había comprendido al proletariado, con sus necesidades y sus aspiraciones. Ahora no comprendía tampoco a la nueva burguesía. ¿A qué se aspiraba? Se aspiraba a desnucar por siempre el movimiento socialista y obrero, y para eso era menester acabar con el parlamentarismo. Se aspiraba no a un paréntesis en la lucha de clase como el que se había obtenido, sino a un frenazo brutal y definitivo. Aunque ya no proclamaban la necesidad de la dictadura las cosas y los hechos, ni siquiera desde un punto de vista burgués, la proclamaba esta voluntad tozuda de destruir el socialismo.

Seguía siendo la lógica de la lucha de clase la que iba desenvolviendo la ofensiva reaccionaria. Desde el punto de vista nacional y político, había logrado sus propósitos la reacción, ya que se había roto el impulso revolucionario de las masas, y antes siquiera de que entrara en acción el fascismo. Debía éste constituir, en el espíritu de ciertas capas capitalistas, una a guisa de seguridad preventiva contra el riesgo de la revolución proletaria, legal o violenta, como lo fuera la del 26 de noviembre de 1919.

Respetar el régimen constitucional y parlamentario significaba un retorno ofensivo del socialismo para un porvenir próximo. Y eso era lo que el neocapitalismo, procedente de la guerra, quería impedir por la dictadura.

Todavía han de considerarse otros elementos de la situación, particularmente el automatismo del aparato de la guerra civil.

Durante dos años, las clases en el Poder habían proporcionado al fascismo los medios para organizar la guerra contra los socialistas. Le habían suministrado armas y dinero; habían puesto a disposición suya el Ejército, la Policía, la Magistratura; con una campaña demagógica sin precedente, habían procurado hacer creer al país que el fascismo no representaba sino la sublevación de la conciencia nacional contra el bolchevismo y contra los liquidadores de la victoria; toda la Prensa, masónica o clerical, progresista o conservadora, se había aplicado a justificar y a menudo exaltar los crímenes de las camisas negras;

desde las cátedras de las Universidades y los púlpitos de las iglesias se había predicado la cruzada contra los rojos. No hacía falta más para que se organizase el fascismo como un verdadero Estado dentro del Estado, de suerte que, seguro de la protección del rey, debía ir a parar lógicamente a un golpe de fuerza.

El día menos pensado, diríanse los demócratas del *Secolo* o los conservadores del *Corriere della Sera*: «Corremos a un abismo y hay que detenerse.» A última hora, y después de tantas debilidades, se dirían los ministros del postrer Gobierno constitucional: «Nuestro deber es hacer cara a la insurrección.» Ello demuestra una tardía inteligencia de las cosas; pero ya no podía dar ningún resultado concreto.

La máquina de la reacción, que habían puesto en marcha ellos mismos, iba a atropellar todas las resistencias.

Sin embargo, aun quedaba a esta vieja clase dirigente una sola manera de rehabilitarse de su larga complicidad: dar la batalla.

* * *

No podía darla el Gobierno de Facta por su constitución y su origen, y por la traición del rey. Podía el Parlamento, pero no quería. En 1898-1899, un puñado de socialistas, republicanos y radicales transformó la tribuna parlamentaria en magnífica trinchera de combate contra la reacción. En 1922-1923 fué juguete de la reacción y se dejó aplastar por exceso de opor-

desde las cátedras de las Universidades y los púlpitos de las iglesias se había predicado la cruzada contra los rojos. No hacía falta más para que se organizase el fascismo como un verdadero Estado dentro del Estado, de suerte que, seguro de la protección del rey, debía ir a parar lógicamente a un golpe de fuerza.

El día menos pensado, diríanse los demócratas del *Secolo* o los conservadores del *Corriere della Sera*: «Corremos a un abismo y hay que detenerse.» A última hora, y después de tantas debilidades, se dirían los ministros del postrer Gobierno constitucional: «Nuestro deber es hacer cara a la insurrección.» Ello demuestra una tardía inteligencia de las cosas; pero ya no podía dar ningún resultado concreto.

La máquina de la reacción, que habían puesto en marcha ellos mismos, iba a atropellar todas las resistencias.

Sin embargo, aun quedaba a esta vieja clase dirigente una sola manera de rehabilitarse de su larga complicidad: dar la batalla.

• • •

No podía darla el Gobierno de Facta por su constitución y su origen, y por la traición del rey. Podía el Parlamento, pero no quería. En 1898-1899, un puñado de socialistas, republicanos y radicales transformó la tribuna parlamentaria en magnífica trinchera de combate contra la reacción. En 1922-1923 fué juguete de la reacción y se dejó aplastar por exceso de opor-

C. G. T., en el país desarrollaba, por el contrario, una política terrorista, cuyo objetivo era ejercer un *chantage* abominable cerca de los demás poderes del Estado y someterlos mientras parecía incensarlos. Se trataba de dar, por su parte, la impresión de ser el moderador del fascismo y de que, en cuanto él desapareciera, resultaría imposible mantener el orden y la disciplina.

La Cámara se mostró dócil a este *chantage*, hasta el extremo de poder asistirse al espectáculo desconcertante de que los partidos y los políticos apelaran a Mussolini y a su espíritu de equidad contra los excesos del fascismo.

Fué el primer cuidado del Gobierno, y de Mussolini en particular, el de satisfacer a las capas burguesas que le habían empujado al Poder. Ya no volvió a hablarse de la inspección obrera en las fábricas, y sólo sobrevivieron las comisiones internas hasta el día en que el régimen tuvo que renunciar a la esperanza de servirse de ellas para ampliar su influencia sobre la clase obrera. Tampoco volvió a hablarse de la conversión de los títulos al portador en nominativos. Se disolvió la comisión investigadora de los gastos de guerra, que tenía la facultad de hacer cantar la palinodia a los capitalistas ladrones del Estado, y no se pensó ya en perseguir los robos caracterizados de los proveedores del Ejército. Se cortó en seco el movimiento hacia la ocupación de las tierras baldías o insuficientemente cultivadas, reglamentado por un decreto del ministro Visocchi. Quedaron anuladas las

tasas sobre las herencias, con pretexto de proteger a las familias. En fin, se pasó una esponja sobre cuanto se había hecho a favor del pueblo en la legislación social y fiscal.

Paralelamente, se desarrollaba en la periferia el plan terrorista, del cual debía prevalerse Mussolini para justificar la centralización de poderes. En su primera fase, la dictadura fascista se caracterizó por la debilidad del Gobierno central en conjunto, y por la superposición de un Poder irresponsable, como el del partido fascista, al Poder constitucional.

En Roma se superponía al Gobierno el Consejo Magno fascista, y a la Policía y al Ejército, la milicia fascista. En las provincias, los «ras» (1) de camisa negra dictaban la ley a prefectos, alcaldes, magistrados y todas las autoridades legales. Cada provincia tenía su Mussolini, que solía ser un siniestro aventurero, ávido de dinero, sediento de venganza, faccioso, cruel, sanguinario, hombre de saco y de cuerda, para quien no existían derechos, ley ni Constitución. Con dificultad escapaban a la venganza quienes se resistieran a esta dictadura del palo. Unas después de otras, fueron disueltas las administraciones socialistas y hasta liberales y católicas, en virtud de decretos redactados por los «ras» y refrendados por los prefectos y el ministro del Interior. Se organizó el *boycottage* de los periódicos que no se doblegaban, y cuando no bastaba

---

(1) Se llamaba «ras» a los jefes fascistas, por la analogía que ofrecía su papel con el de los *ras* africanos.

el *boycottage*, no se titubeó en tomar medidas más radicales, como la agresión a periodistas o la destrucción de imprentas. Se inhabilitó a los sindicatos para funcionar, y las cooperativas que quisieron escapar al pillaje tuvieron que hacer acto de adhesión al régimen. En la enseñanza, se expulsaba de las escuelas a los maestros más sospechosos a juicio de los nuevos amos, y lo mismo se hacía con los abogados en el Foro.

Pero a todo hallaban excusa los políticos de Roma, que aceptaban todas las decisiones de Mussolini, con pretexto de que sólo él podría dar fin al «ilegalismo» fascista, sin advertir siquiera o sin atreverse a confesárselo que el nueve jefe del Gobierno sólo tenía un propósito: prestar una apariencia de legalidad a la acción que desarrollaban los fascistas en la periferia.

Según era fatal, acabó por el exterminio esta política. El 18 de diciembre, apenas seis semanas después de la marcha sobre Roma, Turín fué teatro de sangrientas represalias. Fueron asesinados doce obreros en presencia de sus mujeres y sus hijos. Delante de la Casa del Pueblo, incendiada, se linchó al organizador de los metalúrgicos, Pietro Ferrero. Atado por los pies a un camión automóvil, cuando ya estaba moribundo, se le arrastró así a lo largo de la avenida de Víctor Manuel, abandonándole muerto y desfigurado en medio de una plaza. A otro organizador, Carlo Berruti, se le sacó de su despacho, se le condujo a las afueras y se le fusiló. Días más tarde, escenas aná-

logas ensangrentaron Spezia, donde cayeron asesinados siete socialistas.

Por razón de Estado, encubría el Gobierno a los asesinos. No se hizo ni un arresto. Además, estaba en un ministerio el responsable moral de las matanzas de Turín (1), y no cabía imputar el crimen a los criminales, que lo habían ejecutado por afianzar la dictadura y el régimen.

Por encima de la comedia parlamentaria se alzaba la sombra lúgubre y sangrienta de la tragedia.

---

(1) Era De Vecchi subsecretario de Guerra, quadriunviro de la marcha sobre Roma, y a quien Mussolini ha hecho el primer embajador italiano en el Vaticano después de la reconciliación con la Iglesia.

XII

EL ASUNTO MATTEOTTI

LAS ELECCIONES DEL 6 DE ABRIL DE 1924.—FORMACIÓN DE UNA OPOSICIÓN BURGUESA.—EL ASESINATO DEL DIPUTADO SOCIALISTA.—UN DUELO DRAMÁTICO ENTRE LA OPOSICIÓN Y MUSSOLINI.—EL REY, CÓMPLICE DEL CRIMEN

Desde octubre de 1922, la historia de la dictadura fascista se reduce a tentativas, cien veces renovadas y fallidas cien veces, de ahogar la campaña en pro de la libertad y de la lucha de clases.

Hasta ahora cabe discernir en tal historia tres fases que ofrecen una relativa unidad de inspiración, ya que no de doctrina.

La primera fase abarca desde octubre de 1922 hasta el asunto Matteotti (junio de 1924); la segunda, desde el asunto Matteotti hasta las leyes de excepción (noviembre de 1926); la tercera, desde las leyes de excepción hasta el comienzo del año 1930, y la caracteriza la creación de lo que se ha llamado el Estado corporativo fascista. La cuarta fase apenas acaba de

inaugurarse, y es la del imperialismo. Inútil resultaría tratar de establecer una trabazón ideológica y doctrinal entre estas diversas fases, pues la doctrina del fascismo es no tenerla, y el arte político de Mussolini consiste en adaptar a los acontecimientos cualquier doctrina de ocasión, diciendo y haciendo hoy lo contrario de lo que ha dicho y hecho la víspera, con la única norma de sostenerse a todo trance en el Poder.

Durante el primer período, no cabe hablar de dictadura. Se distinguió esta fase por el esfuerzo de Mussolini para adoptar a los ojos de la clase dirigente la actitud del caudillo arrollado por sus tropas, aunque procura restablecer el orden y la calma. A título de tal le otorgó toda la burguesía su confianza (1) y laboró el Parlamento con el Gobierno. Pero, en cambio, se descaraba en provincias la dictadura que se recataba en Roma.

Fué uno de los episodios más significativos la lucha contra las cooperativas obreras de Molinella, en el transcurso de la cual aunaron sus esfuerzos las

---

(1) Muy fácil sería aportar una vasta documentación a este respecto. Pero bastará recordar cómo no se recusó ninguno de los hombres ni de los grupos a quienes pidió Mussolini que tomaran parte en su Gobierno. Incluso Giovanni Amendola, que más tarde había de convertirse en jefe de la oposición, afirmaba su voluntad de no entorpecer la nueva experiencia, porque «la gravedad de los problemas y de las situaciones, así como los antecedentes de la crisis de octubre último, constituyen elementos suficientes para entender que no podría Italia resistir nuevas sacudidas sin grave peligro» (6 de diciembre de 1922).

asociaciones patronales, los «squadristi» y los órganos del Estado contra los heroicos obreros y aldeanos agrupados alrededor de Giuseppe *Massarenti*, jefe de autoridad incontestada. Hasta la marcha sobre Roma, todas las tentativas de agresión se habían estrellado ante la firme voluntad de los obreros sindicados y la potencia económica y financiera de sus organizaciones. Pero el 29 de octubre de 1922 conseguían, por fin, las escuadras fascistas ocupar los locales de la Cooperativa agrícola, los almacenes de máquinas y las demás secciones. Ya que estaba *Mussolini* en el Poder, no se trataba sino de «legalizar» la ocupación y el robo, lo cual se hizo merced a tres decretos del prefecto de Bolonia, quien, con pretexto de asegurar «la integridad del patrimonio» de las cooperativas de Molinella, expropiaba de sus bienes a los obreros (1).

---

(1) Merecería capítulo aparte el martirio de Molinella. En un libro titulado *Un anno di dominazione fascista*, y publicado a primeros de 1924, hizo Matteotti una lista de los actos de violencia cometidos por los fascistas contra los aldeanos de ese lugar.

He aquí el decreto—tercero de la serie—que expropiaba a las organizaciones obreras:

«El prefecto de la provincia de Bolonia,

Vistos los anteriores decretos promulgados por él mismo con fechas 8 y 13 de noviembre corriente respecto a la toma de posesión de los locales y a la gestión del patrimonio de las denominadas Cooperativas de Molinella;

Considerando la necesidad y la urgencia de asegurar la integridad del patrimonio, cuyo móvil es de orden público, y con objeto de impedir que, a causa de maniobras de tercero, se aminore o perjudique de cualquier manera;

Por cierto que, aun sin dejar de erigirse en restaurador de la legalidad, no ocultaba Mussolini su designio de gobernar a no importa qué costa. Así, por ejemplo, no vacilaba en declarar el 7 de marzo de 1923: «Quiero gobernar, si cabe, con el mayor asentimiento de los ciudadanos; pero en tanto se forma, se alimenta y fortalece este asentimiento, conservo a mi disposición el máximum de fuerzas posible, pues

---

Reservándose su propia autoridad el Poder de adoptar eventualmente nuevas medidas para fijar los destinos de los bienes de que se trata, después de identificar los intereses legítimos de los destinatarios;

Vistos el artículo 3 de la ley Comunal y provincial y el reglamento sobre la seguridad pública,

Decreta:

1.° Todo poseedor de sumas o rentas que pertenezcan a la denominada Cooperativa de Molinella y se relacionen de cualquier modo con alguna forma de actividad por ella ejercida, queda obligado a declararlas y abonarlas en el plazo de cinco días, a contar desde hoy, al comisario prefectoral encargado de la administración provisional de la citada Cooperativa;

2.° Se prohibe a los deudores de la Cooperativa efectuar pagos a cualquier otro que el comisario prefectoral;

3.° La autoridad de Policía queda encargada de la ejecución del presente decreto, y asimismo de la denuncia de quienes contravengan las disposiciones por el mismo emitidas.

Bolonia, 19 de diciembre de 1922.»

A pesar de la expropiación, no cedieron los obreros hasta el día en que fueron expulsados de Molinella con sus familias. Mientras, iban deportados sus jefes a las islas Lipari.

podría ocurrir que la fuerza haga hallar el asentimien-
to, y porque, en todo caso, habría fuerza si el asen-
timiento faltara.»

Se evidenció su voluntad de libertarse de un Parlamento que pudiera estorbarle un día u otro, sin perjuicio de ser la expresión más perfecta de la cobardía política, cuando presentó un proyecto de reforma electoral a base mayoritaria, que asignaba automáticamente dos tercios de los puestos al partido que tuviera mayoría relativa de sufragios con un quorum mínimo del 25 por 100 de los votos. En el estado de cosas creado por la dictadura de los «ras» y de la milicia, forzosamente debía tal ley asegurar el triunfo del Gobierno. Sin embargo, la votó la Cámara, con excepción de los socialistas, de los republicanos y de algunos aislados, acabando de desacreditarse así. Se justificó entonces esta votación y la de plenos poderes al usurpador, con los temores a algo peor, como si hubiera algo peor que deshonrarse.

Las elecciones del 6 de abril de 1924 marcaron un paso decisivo hacia la dictadura. Se desarrolló la batalla electoral entre una atmósfera de terror. La clase obrera estaba dividida en tres partidos: el reformista, el maximalista y el comunista. También la nueva opisición burguesa presentaba tres candidaturas: la de los populistas católicos (partido del padre Sturzo), que habían abandonado la coalición gubernamental (1)

(1) Los populistas católicos abandonaron el Gobierno de una manera lamentable. En el mes de abril (1923) se reunía en Turín el Congreso del partido. Era netamente

y tomaban posiciones tímidamente contra el fascismo; la de los demócratas sociales, que habían hecho otro tanto, y, por último, la de la oposición liberal, cuyo jefe, Giovanni Amendola, iba a la lid con una limpidez notable de ideas y de programa. Presentaban candidaturas de minoría todos estos partidos, de suerte que no tenía el Gobierno adversarios directos ni en ningún caso podía temer los resultados de la contienda.

Fué en extremo violenta la campaña. Bandas arma-

---

antifascista el espíritu de los militantes; pero los jefes parlamentarios intentaron no cortar los puentes de enlace con el Gobierno. Entonces le llegó a Mussolini el turno de reclamar la dimisión del ministro Cavazzoni y de los tres subsecretarios que en su Gabinete representaban al partido. Sin embargo, declaraba que, antes de tomar una decisión, aguardaba la del grupo parlamentario populista. Este rechazó un orden del día propuesto por la derecha del partido; pero, aun así, votó otro favorable a la colaboración con Mussolini. Lo aprobaban 70 diputados, y se abstenían siete de la izquierda del partido—entre ellos Miglioli—, uno del centro y dos de la derecha, o sea diez en total.

Al punto transmitían a Mussolini el texto de tal orden del día Cavazzoni y Vassallo, subsecretario de Asuntos Exteriores éste. Era opinión casi unánime de la Prensa que el orden del día en cuestión parecería satisfactorio al presidente del Consejo y que proseguiría la colaboración de los populistas con el Gobierno.

Pero el 23 de abril, a las nueve de la noche, dirigía Mussolini a Cavazzoni la carta siguiente (*Corriere della Sera*, 24-4):

«Mi querido Cavazzoni: Las ceremonias significativas de estos días te explicarán mi retraso para responder a tu carta y juzgar el orden del día votado por el grupo popu-

GIACOMO MATTEOTTI

das hicieron la propaganda de la candidatura gubernamental—el «listone»—, que había sido redactada por una pentarquía fascista, y englobaba con sus correligionarios a unos cuantos conservadores y sedicentes liberales. No pudieron hablar los candidatos de oposición. En Reggio-Emilia, el 25 de febrero, fué asesinado el obrero tipógrafo Antonio Piccinini, candidato maximalista. También fueron asesinados otros varios obreros en Milán, Scicli, Siena, Pulla y Catania. Corrieron riesgo de que se les matara los *leaders* parlamentarios que quisieron explicar su programa.

---

lista. Si no hubieran cambiado los tiempos, es decir, si mi Gobierno fuese el resultado de una de las habituales y tradicionales crisis parlamentarias, habría podido satisfacerme en cierto modo el orden del día votado por tu grupo. Hoy no lo puede, y fácilmente comprenderás los motivos.

Entiendo que no vale la pena aplicarme a un laborioso trabajo de interpretación de un orden del día en que han votado todos los más inflamados elementos de izquierda. Yo había pedido aclaraciones, y me encuentro en presencia de un documento más o menos velado que no modifica el fondo del Congreso de Turín, esencialmente antifascista, según propio testimonio de los diputados populistas que en él tomaron parte. Te doy gracias, así como a tus colegas, por el auxilio y la solidaridad que me habéis prestado hasta ahora y acepto tu dimisión y la suya.

Saludos cordiales,

Mussolini.»

Por las mismas fases vinieron a atravesar las relaciones entre Mussolini y los liberales, o sea que, cuando se vieron obligados a pasarse a la oposición, tampoco supieron éstos asumir a tiempo y con plena claridad la responsabilidad de la ruptura. Miserias del parlamentarismo.

das hicieron la propaganda de la candidatura gubernamental—el «listone»—, que había sido redactada por una pentarquía fascista, y englobaba con sus correligionarios a unos cuantos conservadores y sedicentes liberales. No pudieron hablar los candidatos de oposición. En Reggio-Emilia, el 25 de febrero, fué asesinado el obrero tipógrafo Antonio Piccinini, candidato maximalista. También fueron asesinados otros varios obreros en *Milán*, Scicli, Siena, Pulla y Catania. Corrieron riesgo de que se les matara los *leaders* parlamentarios que quisieron explicar su programa.

---

lista. Si no hubieran cambiado los tiempos, es decir, si mi Gobierno fuese el resultado de una de las habituales y tradicionales crisis parlamentarias, habría podido satisfacerme en cierto modo el orden del día votado por tu grupo. Hoy no lo puede, y fácilmente comprenderás los motivos.

Entiendo que no vale la pena aplicarme a un laborioso trabajo de interpretación de un orden del día en que han votado todos los más inflamados elementos de izquierda. Yo había pedido aclaraciones, y me encuentro en presencia de un documento más o menos velado que no modifica el fondo del Congreso de Turín, esencialmente antifascista, según propio testimonio de los diputados populistas que en él tomaron parte. Te doy gracias, así como a tus colegas, por el auxilio y la solidaridad que me habéis prestado hasta ahora y acepto tu dimisión y la suya.

Saludos cordiales,

Mussolini.»

Por las mismas fases vinieron a atravesar las relaciones entre Mussolini y los liberales, o sea que, cuando se vieron obligados a pasarse a la oposición, tampoco supieron éstos asumir a tiempo y con plena claridad la responsabilidad de la ruptura. Miserias del parlamentarismo.

Tales eran los casos del diputado Gonzales, en Génova; de Matteotti, en Rovigo ; de Amendola, en Nápoles, y de Dicesaro, antiguo ministro de Mussolini, en Messina. La víspera de las elecciones, los fascistas saqueaban en Roma el domicilio del partido socialista, y en Milán las oficinas de *La Giustizia*, órgano reformista. En Milán, asimismo, se organizaban manifestaciones hostiles al *Corriere della Sera*, y en Turín, contra *La Stampa*, que se habían pasado a la oposición.

La votación fué lo que podía ser en tales condiciones. Triunfó la candidatura del Gobierno con votos 4.486.757 ; las oposiciones agrupaban 2.494.685 votos (1). Había ganado Mussolini la partida, pues. Pero salía de la carrera muy alcanzado. Ya no influía lo más mínimo en la opinión pública aquella mística del único estadista calificado para restablecer el orden y la disciplina. Se rompía el bloque burgués e iban a la refriega : de un lado, los populistas católicos, y de otro, los liberales constitucionales, declarando ante todo, por boca del ardiente Giovanni Amendola, que no entraba en sus cálculos reconocer «el valor político ni siquiera la validez constitucional de

---

(1) Los votos de la oposición se repartieron de la manera siguiente : Populistas católicos, 643.469 ; socialistas reformistas, 418.948 ; maximalistas, 367.568 ; comunistas 266.415 ; liberales, 139.825 ; republicanos, 132.256 ; democracia social, 98.222 ; oposición Amendola, 72.302 ; aldeanos, 71.957 ; alemanes y eslovenos, 61.258 ; otras candidaturas, 222.375.

unas elecciones celebradas sobre la base de una ley absurda que niega la esencia misma del sistema parlamentario al entregar en manos del Gobierno las nueve décimas partes del poder electoral, y en condiciones de anomalía persistente que hacen mirar como una hipótesis sencillamente fantástica la libre y leal manifestación de la voluntad popular». Hasta el Papa, quien no había dicho una palabra con motivo del asesinato de un sacerdote en Ferrara ni del de un maestro católico durante la campaña electoral, prescindía al cabo de su neutralidad benévola con el fascismo, para protestar contra el pillaje y el incendio de las cooperativas católicas de Milán, ordenadas por Mussolini en persona al día siguiente de las elecciones (1). Se rebelaba contra el fascismo el Colegio de Abogados, así como el Congreso de Antiguos Combatien-

---

(1) Las relaciones entre el fascismo y el Vaticano han tenido fases alternas y contradictorias. De una manera general, nunca ha faltado la bendición de los arzobispos a Mussolini y a las camisas negras. Pero ha ocurrido con frecuencia que atacaran éstas a las instituciones católicas. Así aconteció a raíz de las elecciones. El pillaje de las cooperativas católicas conmovió particularmente al Papa, quien mandó al cardenal Gaspari enviar una suma de liras 500.000 al presidente general de «Acción Católica» para repartirla entre las cooperativas «que han sufrido—decía la carta—las devastaciones inciviles y aun a menudo impías de las últimas semanas».

Pero, al propio tiempo, apadrinaba el Vaticano un nuevo Centro nacional católico que agrupaba a diputados católicos fascistas o filofascistas.

Además, no estaban lejanos los tiempos de la fase de las

tes. Agonizaba el sindicalismo fascista mientras se reagrupaban las fuerzas proletarias en torno a la C. G. T., algunos de cuyos jefes, empero, no quedaban exentos de críticas. Por doquiera había un renacimiento de espíritu liberal que irritaba a Mussolini y le impelía a la aventura dictatorial.

* * *

El 10 de junio asesinaban los fascistas a Giacomo Matteotti. Durante unos días permaneció rodeada de un misterio angustioso la desaparición del diputado socialista. No se encontró su cadáver hasta dos meses después.

Emocionaron profundamente al país este misterio, la personalidad de la víctima y la prueba evidente de que se trataba de un crimen de Estado. La opinión pública, que no había reaccionado contra las matanzas de Turín ni contra la agresión de Amendola, en Roma, clamaba a la sazón su deseo de justicia, desconcertando a Mussolini y al Estado Mayor fascista.

Matteotti había sido raptado en pleno día y en el centro mismo de Roma por una banda fascista, cuyas

---

negociaciones directas entre Pío XI y Mussolini para resolver la cuestión romana, con la reconstitución de un Estado pontificio en el corazón de Roma y con un Tratado de conciliación (11 de febrero de 1929) que vivirá tanto como el fascismo.

Desde la reconciliación no hay obispo que no proclame a Mussolini enviado de Dios y elegido de la Providencia.

concomitancias directas con el Gobierno se probaron inmediatamente. Por el camino le habían apuñalado los sicarios para impedirle gritar y debatirse. Quizá jamás se hubiera echado mano a los autores materiales del crimen, si no hubiera tomado un ciudadano el número del automóvil que había servido para el rapto.

Desde los primeros días congregó el sumario a los polizontes en el palacio Vimini, sede del ministerio del Interior. Entonces, mientras los investigadores se detenían intrigados en los umbrales del despacho de Mussolini, del director general de Seguridad y de la secretaría de la presidencia del Consejo, explotó la cólera del país. Fué como un relámpago en un firmamento sombrío y profundo. De la noche a la mañana se adueñó de la calle el pueblo, en tanto que se escondían los fascistas, quitándose del ojal el emblema de líctor. La muchedumbre arrebataba las ediciones de los periódicos de oposición. Una corriente poderosa unía a los ciudadanos en una liga de moralidad pública.

Giacomo Matteotti había merecido el odio de los fascistas y la admiración del proletariado. Era una de las más orgullosas conciencias socialistas. Durante una época fértil en compromisos, había permanecido intransigente en el sentido moral de la palabra, incapaz de subordinar su ideal a un interés momentáneo cualquiera. Hubo de sufrir mucho con la crisis y la derrota socialista. Secretario general del partido socialista unitario (reformista), era profundamente adicto a la idea de la unidad socialista. Se identifi-

caba hombre de doctrina hasta el límite que se lo identifican los socialistas todos; pero en él dominaba la acción al verbo. Supuso un acto su discurso en la tribuna parlamentaria para denunciar el terrorismo fascista al día siguiente de las elecciones del 6 de abril. Le valió ser condenado a muerte y ejecutado días más tarde por la Checa fascista (1). Ahora alzaba su cadáver el pueblo como una bandera para reclamar en nombre suyo justicia y libertad.

Arrollado, retrocedía Mussolini, procurando deslindar su responsabilidad de la de los ejecutores del asesinato.

Durante la sesión del 13 de junio, tomaba la palabra en la Cámara para asociarse a la hipócrita indignación de la mayoría de la asamblea. «Si alguien tiene derecho en esta sala a acongojarse y aun exasperarse más que nadie, ése soy yo—se atrevía a argüir—. Sólo podría consumar el crimen que hoy nos horripila hasta hacernos gritar de indignación un enemigo mío que a lo largo de insomnes noches hubiera madurado algo diabólico.» Pero añadía en seguida, aludiendo al discurso que pronunció la tarde anterior

---

(1) Al salir de Montecitorio después de la sesión del 30 de mayo de 1924, dominada en absoluto por el «Ye acuso» de Matteotti, había dicho Mussolini: «Si no fueran unos inútiles los fascistas, no se atrevería la oposición a emplear semejante lenguaje y callarían desde hace tiempo los canallas como Matteotti.» De estas palabras debía germinar la idea del crimen, cuya ejecución se confió al sicario Dumini.

el diputado republicano Eugenio Chiesa: «El Gobierno calla, luego es cómplice.» «Es delicada en extremo la situación, señores. Lo que ha ocurrido ayer tarde en esta sala constituye un síntoma que no puede el Gobierno pasar por alto. Si se trata de deplorar, si se trata de condenar, si se trata de estimular las pesquisas en pos de la captura de cuantos culpables y responsables haya, aquí estamos para repetir que todo se andará tranquila e inexorablemente. Será ejecutada la ley. La Policía entregará los culpables a la autoridad judicial, que se incautará del asunto y proveerá a los arrestos necesarios. Si queréis autorizarme a formar juicio sumarísimo, así se hará; pero es menester negarse a la tentativa de hinchar un episodio tremendo y estúpido y de convertirlo en una cuestión de política general, de política de gobierno. Se hará justicia, debe hacerse, porque el crimen es un crimen antifascista y antinacional. Es más que horrible, es de una humillante bestialidad. Ante actos semejantes, no cabe vacilar en reparar el crimen de la política.»

Pero el país no se dejaba embaucar, y al revés de separarlos, cada vez ligaba más el crimen con la política general del fascismo.

Tras del arresto de los sicarios que apuñalaron al diputado socialista, Mussolini entregaba a la Policía uno de los periodistas a quienes tenía a sueldo, y esperaba aplacar luego las iras populares ofreciéndoles la cabeza de su colaborador más directo, el comendador Cesare Rossi, jefe del negociado de Prensa, y la

del tesorero *fascista* Marinelli. Después, uno a uno, destituía al general De Bono de la dirección de Seguridad, al honorable Finzi de la subsecretaría del Interior, y él mismo abandonaba a Federzoni la dirección de los asuntos interiores. Sin embargo, a cada concesión, se estrechaba alrededor suyo el círculo de responsabilidades. Rossi, Finzi y De Bono, así como Dumini—el asesino de Matteotti—, se defendían acusándole (1), mientras la Prensa no sólo so-

(1) Tres veces se ha pronunciado el nombre de Mussolini como el del instigador del crimen. Primero, por Dumini, y luego por el honorable Finzi—subsecretario del Interior en la época del crimen—y por el general De Bono, que era director de Seguridad entonces y ahora es ministro de Colonias en el Gabinete Mussolini.

En una memoria que comunicó a la Comisión investigadora del Senado a principios de 1925, dió De Bono la versión siguiente de una conferencia que se celebró entre él, Finzi, Rossi y Marinelli la noche del 12 de junio, dos días después del asesinato:

«Rossi.—¿Conque de veras ha tenido usted la intención de arrestar a Dumini y a los demás?

De Bono.—¿Por qué no?

Rossi.—Muy bien; pero hágalo de mentirijillas. Enciérrelos unos días y suéltelos después.

De Bono.—¿Por qué?

Rossi.—Porque si no, hablarán y dirán que les ha dado él la idea.

De Bono.—¿Quién es él?

Rossi y Marinelli.—El presidente.

Finzi y yo (De Bono) dimos un brinco. Rossi insistió. Marinelli declaró que se quedó estupefacto cuando Rossi le había contado que Mussolini abrigaba el propósito de desembarazarse de Matteotti. Se presentó, no obstante, en

cialista y republicana, sino hasta la católica y liberal, iniciaba ante la opinión pública el proceso del régimen.

Cada cual tomaba posiciones.

Hablando el 16 de junio a su mayoría, aun se apegaba Mussolini al papel de conciliador. «En el fondo—decía—, ya no se trata del asesinato de Matteotti; ya no se trata de saber si serán encarcelados diez, quince, veinte o treinta individuos; ya no se trata de averiguar si se reforzará o transformará el Minis-

---

casa de Mussolini el jueves 5 de junio y le preguntó si creía conveniente formar una Checa bajo la dirección de Dumini, con objeto de vigilar y hacer fracasar a los adversarios. Según Marinelli, el presidente del Consejo aceptó.

Ante tamaña afirmación, pensé que lo mejor sería no decir nada.

Más tarde telefoneé al presidente: «Se le achaca la res»ponsabilidad a usted». Mussolini respondió con indignación: «¡Quieren atraparme esos cobardes!»

He aquí ahora la versión de Finzi:

«Al entrar en el despacho del general De Bono, nos sentamos alrededor de su mesa de trabajo. Rossi dijo en tono decidido y con calor que lo ocurrido (la agitación y la confusión respecto a la muerte de Matteotti) era desastroso y ridículo. Había llegado la hora de hablar. Resultaba absurda la severidad con quienes se habían atenido de un modo más o menos fiel a las directrices del presidente. El arresto de Dumini suponía una broma peligrosa, pues lo revelaría todo y se sabría que estaba directamente implicado el presidente mismo.

Mostré mi estupefacción y miré al general De Bono, quien también parecía emocionado. Pero Marinelli procuró acabar con mi asombro, arguyendo que tenía razón Rossi. Diez días antes, Marinelli y Rossi fueron llamados al orden

terio, ni si se depurará enérgicamente el partido. Se ve con claridad de ahora en adelante el objetivo final de todas las oposiciones: este objetivo es el régimen.» Y proseguía un instante más tarde, haciéndose todo miel y azúcar: «Si las oposiciones se dan cuenta de la responsabilidad que les incumbe y vuelven a la Cámara para traer a ella su obra crítica, revisionista, oposicionista, aun sectaria, perjudicial inclusive, que nosotros debemos aceptar, tolerar y alentar, porque la oposición puede ser muy útil, podremos decir que hemos conjurado la crisis.» En fin,

---

con acritud por el presidente, quien les dijo de una manera violenta que el partido no comprendía las necesidades políticas; un partido que salía victorioso de una revolución y estaba en el Poder, no debía dejar a los jefes de la oposición ir y venir a su antojo ni insultar al partido y al Gobierno; la libertad con que los jefes de la oposición habían roto las hostilidades en las primeras sesiones de la Cámara patentizaba que el partido fascista había perdido su espíritu combativo; se requería hacer cesar esta recrudescencia de la oposición.

A raíz de los reproches de Mussolini, Marinelli propuso constituir una pequeña organización secreta, costeada por el partido y encargada de llevar a cabo los actos de violencia necesarios. Propuso poner a Dumini al frente de esta asociación, y el presidente aceptó.

Entonces añadió Rossi que, días más tarde, fué el presidente al palacio Chigi, se indignó contra el vigoroso discurso de oposición pronunciado por Matteotti en la Cámara y dijo que los periódicos oposicionistas anunciaban un nuevo ataque del mismo diputado contra el Gobierno y el partido para dentro de breves días. Añadió Marinelli —he olvidado sus palabras textuales— que los últimos reproches

respondiendo a la pregunta: «¿Cuál será mi programa?», exponía: «Me propongo hacer funcionar la Cámara, el Parlamento. Abrigo la intención de no emitir en lo futuro leyes por decreto, porque, si hace las leyes el Gobierno por sí solo, nada tiene que hacer ya la Cámara. Volver a la legalidad absoluta, reprimir la ilegalidad, depurar el partido... Estoy dispuesto a seguir una política de conciliación nacional y a olvidar todas las luchas del pasado.»

Al otro día, la oposición, que abandonara el Par-

---

del presidente les revelaban a él y a Rossi el evidente deseo de Mussolini de hacer difícil la vida a Matteotti y a algunos más.

Entonces dijo el general De Bono con gran despecho (y conceptúo un deber mío insistir sobre el particular) que lo pasado era el epílogo trágico, pero inevitable de una situación que había censurado él y de un lamentable sistema político al cual se había opuesto en diversas ocasiones. Aludiendo al presidente, repuso que ese maldito hombre no le había escuchado nunca. El, De Bono, le había aducido a menudo que, como estaban en el Poder, no debían emplear más medios de represión que los legales.»

Por último, en su interrogatorio, declaraba Filipelli, director del periódico fascista *Corriere Italiano*, que proporcionó el automóvil del crimen:

«Me dijo Rossi que Mussolini le había manifestado más de una vez su intención de dar una buena lección a Matteotti.»

Es de advertir que, mientras en la Cámara hablaba Mussolini de la necesidad de una justicia implacable, tenía encima de su mesa el pasaporte y la cartera de Matteotti, cogidos por Dumini después del asesinato y entregados en manos de Fasciolo, secretario particular del jefe del Gobierno. Tal es, al menos, la versión dada por Rossi.

lamento para retirarse al Aventino, se reunía con ánimo de conmemorar la muerte de Matteotti. Y votaba una moción en la cual recordaba «el carácter horrendo del crimen, tan diferente de todos los demás delitos políticos, porque se había urdido en un complot tramado a la sombra protectora de los altos poderes del Estado». En el documento se afirmaba también «la imposibilidad lógica y moral de discernir, respecto a los hechos concretos denunciados, la responsabilidad inmediata y lejana del Gobierno..., responsable ante el Parlamento y ante el país de la obra de sus colaboradores». Por último, declaraba solemnemente que la restauración del orden jurídico y político, ahora interrumpido, «constituye una premisa esencial para pacificar el país». «Esta restauración—concluía—sólo se hace realizable por obra de un Gobierno en el cual no han de participar las oposiciones, que pueda y quiera proveer en el más breve plazo posible: 1.°, a suprimir toda milicia de partido, puesto que únicamente a los órganos del Estado debe confiarse la salvaguardia de la ley, la seguridad de los ciudadanos y la defensa de sus libertades fundamentales; 2.°, a reprimir de modo inexorable toda ilegalidad y restituir a la ley su autoridad absoluta, que es la autoridad misma del Estado.»

Aquel día, en balde aguardó el pueblo romano a los diputados de la oposición en Lungo Tevere Arnaldo de Brescia, donde fué raptado Matteotti por sus asesinos, y donde una cruz rústica, trazada en el pretil del Tíber, se había convertido en centro de una

incesante peregrinación popular. Acaso habría constituido la chispa que encendiera el incendio aquel cortejo anunciado por lo pronto y aplazado luego. Pero, al conjuro de los consejos de moderación que venían del palacio real acompañados de la promesa cariñosa de una restauración del Parlamento en sus derechos y de una crisis ministerial, descontaban los parlamentarios que la fuerza de la oposición residía en la legalidad de su protesta. Por la misma razón, hubieron de desechar, al día siguiente del crimen, una propuesta de huelga general, y más tarde, la de reivindicar por sí solos, como electos del sufragio universal, el derecho del Parlamento, renovando en cierto modo el juramento del Juego de Pelota (1).

* * *

Del terreno político y revolucionario pasó al judicial la batalla entre el fascismo y la oposición, al propio tiempo que se formaba una nueva y fatal mis-

---

(1) Redactor-jefe y luego director de *Avanti!* desde la marcha sobre Roma, había iniciado yo mucho antes de las elecciones una campaña para formar una liga de la libertad y oponer el bloque de las fuerzas obreras al fascismo. Con motivo de las elecciones, había intentado presentar contra la candidatura mayoritaria fascista otra candidatura mayoritaria de los rojos. Fracasó la proposición ante el sectarismo de unos y otros. Tampoco tuvieron éxito las dos propuestas de huelga al día siguiente del asesinato y de organización de un contraparlamento después de la represión de las oposiciones.

tica, consistente en creer que también el rey era prisionero de Mussolini y un prisionero dispuesto a sacudir el yugo. Entonces conoció el jefe de la dinastía un período de verdadero fervor popular; se le aclamaba cuando se trasladaba de un sitio a otro y durante sus raras apariciones en público. Buena parte de la oposición tenía confianza en él y se fiaba de sus promesas.

Pero en cuanto se traspuso el momento culminante del asunto Matteotti, el rey se apresuró a salvar y encubrir a su primer ministro. Fué este momento culminante el 2 de enero de 1925. El 23 de diciembre publicaron las oposiciones la memoria de Cesare Rossi, ex jefe del negociado de prensa de Mussolini, detenido en el mes de junio. Rossi no aportaba pruebas directas sobre el suceso, al cual se proclamaba totalmente ajeno; pero en una serie de revelaciones sensacionales, desvelaba el método de Mussolini, que estribaba en provocar las violencias de las camisas negras para adoptar luego la actitud del hombre cuya presencia en el poder es indispensable, a fin de mantener el orden y refrenar el ímpetu de sus partidarios (1). Esta memoria, así como las de-

(1) Cesare Rossi, amnistiado el 31 de julio de 1925, que conseguía refugiarse en Francia después, fué detenido el año 1928 en Campione, frontera suiza, en condiciones misteriosas, y condenado por el tribunal especial fascista a treinta años de reclusión. Contenía su memoria revelaciones muy importantes. En ellas se contaba, por ejemplo, cómo, a raíz de la marcha sobre Roma, Musso-

posiciones ante los magistrados, y las memorias de Finzi, Filippelli y Dumini, constituían una verdadera acusación de complicidad respecto a Mussolini en la organización de una policía secreta encargada de espiar a los adversarios y, llegada la ocasión, de desembarazarse de ellos, como en el caso de Matteotti.

Pero a toda costa se requería hacer callar a la oposición, ahogar el *asunto*, preparar el ambiente para liquidarlo con una farsa judicial. Mussolini había contraído con las camisas negras el compromiso de no permitir el proceso del régimen. Para cumplir su palabra, necesitaba pasar del régimen de pseudo-constitucionalismo a la dictadura, tomando sobre sí y para sí todos los poderes. Había intentado, sin lograrlo, atraerse a la oposición en la Cámara; hasta había ofrecido a los políticos el cebo de una reforma

---

lini en persona había dado la orden de la «destrucción científica» de *Avanti!*, cómo leía personalmente el jefe del Gobierno las listas de suscriptores del tal periódico y de los demás proletarios, y enviaba los nombres a los *fasci* para que purgasen con aceite de ricino a los *cabecillas*; cómo, en Milán, donde pasaba la Navidad en el seno de su familia, al recibir la noticia de la agresión contra el honorable Amendola, respondió por teléfono: «Esta mañana he almorzado con más apetito»; cómo, a su regreso de Milán tras de las elecciones del 6 de abril de 1924, declaró: «Soy yo quien ha ordenado pillar las cooperativas católicas de la provincia de Milán, y ahora me arreglaré para provocar la quiebra de sus bancos»; cómo, durante las persecuciones «contra Serrati, Nenni y Gobetti, el jefe del Gobierno había obrado para saciar sus rencores personales», etc.

electoral sobre la base del escrutinio uninominal. Así se encontraba ante una cuestión moral y política a la vez, que planteaba un problema de fuerza. Entonces resolvió arremeter contra el adversario; pero para hacerlo y destrozar la Constitución, conforme le era indispensable, necesitaba la complicidad del rey. La tuvo. En la Cámara, no bien hubo llegado a ellos el eco de los proyectos del Gobierno, se decidieron a pasarse a la oposición los tres ex presidentes del Consejo: Giolitti, Salandra y Orlando. En el seno mismo del Gabinete presentaron su dimisión durante la jornada del 2 de enero tres ministros moderados. Si hubiera querido el rey, ello podría ser motivo de una crisis total. Pero el 4 de enero aceptaba el monarca la dimisión de los ministros y firmaba decretos nombrando en su lugar a fascistas.

La víspera, 3 de enero, pronunció Mussolini en la Cámara un verdadero discurso de golpe de Estado. Retaba a la oposición ausente a venir a acusarle; anunciaba que el fascismo pasaba a la contraofensiva, y terminaba declarando que, aunque éste solo fuese una banda de malhechores, él era su jefe, y como tal, asumía la responsabilidad política, moral e histórica de cuanto había acontecido (1).

---

(1) El 8 de enero de 1925 publicó la oposición su respuesta en un largo manifiesto, donde se decía principalmente:

«La nación comprende que, preocupado por el problema moral, haga el Gobierno vanos esfuerzos por obstruir el camino de la justicia y escapar así al veredicto de la

El 3 de enero de 1925 fué el 2 de diciembre de Mussolini. De nuevo pertenecía la calle a la milicia fascista, que se manifestaba a los gritos de «¡Viva Dumini!» Se estranguló a la Prensa. A diario eran secuestrados unos quince periódicos de oposición. Para justificar esta medida, se evocó un artículo 3 de la «ley de seguridad» que resultaba inaplicable al caso; pero al fascismo le importaba poco una ilegalidad más.

El 31 de julio de 1925 firmaba el rey un decreto de amnistía que abría las puertas de la cárcel a los mandatarios del asesinato de Matteotti.

El 24 de octubre siguiente, el jefe del Gobierno publicaba con su firma la versión oficial del asunto. De ella se desprendía el carácter involuntario del

---

opinión pública. Ante tamaña tentativa, ¿qué valor tiene el presunto reto del presidente? Invocando el artículo 47 de la Constitución, pretende apelar a la mayoría parlamentaria actual. Pero es hechura suya esta mayoría, y ya ha recordado él con prudencia que la tal compartía su responsabilidad. En la Cámara y entre aplausos de sus partidarios ha asumido por sí mismo la responsabilidad política, histórica y moral de todos los acontecimientos. Ya no se trata, pues, de intentar una acusación o emitir un voto de partido. No queda sino la cuestión de las sanciones, que se hace cada vez más alarmante para aquellos a quienes concierne... Ya está ganada la batalla moral, y el Gobierno hace un esfuerzo inútil al procurar transformarla en un conflicto material. Podrá la violencia maltratar a hombres y partidos; podrá amordazar a la Prensa; pero no puede sofocar las aspiraciones de un pueblo civilizado.»

crimen. Según esta versión, raptaron los fascistas a Matteotti para gastarle una broma. De camino, al debatirse, había sucumbido a un ataque de hemoptisis. Y así terminaba la broma en tragedia.

Tal *fué* la tesis de los magistrados a quienes se encargó de nuevo el asunto; tal *fué* también la tesis del jurado de Chieti, donde se vió el proceso en un ambiente preparado de largo tiempo atrás y bajo la amenaza de las camisas negras. Se condenó a los asesinos a cuatro años de prisión, reduciéndoles su pena la amnistía a la mitad (1). Pero no se prestaron a la *farsa* judicial la viuda de Matteotti ni sus consejeros. La señora de Matteotti se negó a comparecer en el juicio, justificando su negativa con una carta impregnada de honda dignidad. «Quería pedir justicia—escribía—. Me la han rehusado los hombres; me la harán la historia y Dios. Deseo, sin embargo, que se me permita permanecer ajena a un proceso que ha acabado de interesarme... Participando en él, ofendería la memoria de Giacomo Matteotti, para quien la vida era una cosa terriblemente seria.» Por lo que atañe a sus consejeros, los abogados y diputados socialistas Modigliani y Gonzales, redactaron un memorándum donde, luego de recordar las razones de orden político que habían impedido la averiguación

(1) En 1926 yo estaba en la cárcel de Milán al mismo tiempo que la banda de Dumini. Se hallaba ésta sometida a un régimen penitenciario muy especial, recibiendo visitas, flores, copiosas comidas, etc.

de la verdad, se reservaban para el porvenir los derechos imprescriptibles de la defensa.

Batida, aunque no vencida, la oposición, llegaba a las mismas conclusiones dentro del dominio político.

Había ganado la partida el fascismo para lo sucesivo, y seguro siempre de la complicidad del rey y de los capitalistas, iba a crear el Estado policíaco de la dictadura sobre las ruinas del Estado parlamentario y constitucional.

XIII

LA DICTADURA

LOS ATENTADOS.—LA CREACIÓN DEL ESTADO POLICÍACO.—LAS LEYES DE EXCEPCIÓN.—LA UNIDAD SOCIALISTA.—LA QUIEBRA DEL SINDICALISMO FASCISTA. LA CRISIS DE LA DICTADURA.

El 4 de noviembre de 1925 inició la serie de atentados contra el jefe de las camisas negras el ex diputado socialista Zaniboni, que actualmente purga, con el general Capello, una pena de treinta años de reclusión. Había decidido Zaniboni disparar sobre Mussolini cuando apareciera éste en el balcón del palacio Chigi para pronunciar un discurso. Entre los que rodeaban al antiguo diputado estaba un espía, que le traicionó y vendió a la Policía, la cual hizo irrupción en el cuarto de hotel donde apuntaba aquél su arma, un fusil de precisión, hacia el sitio en que iba a aparecer Mussolini.

Este atentado fallido sirvió de pretexto para inaugurar una legislación de excepción destinada a arrasar

el Estado parlamentario, legislación que se inspira directamente en las ideas napoleónicas: un ejército fuerte, una policía fuerte, la protección del capitalismo, la clericalización de la escuela, un sistema jerárquico que proceda de arriba abajo y sitúe la fuente del poder en la cúspide en lugar de la base.

Por la ley del 23 de noviembre de 1925 fué suprimido el derecho de asociación. La ley de 24 de diciembre del mismo año acerca de las atribuciones y prerrogativas del jefe del Gobierno, creó en la persona del primer ministro una especie de canciller responsable ante el rey, pero no ante el Parlamento, y suprimió el derecho de iniciativa de las Cámaras. Con la ley del 31 de diciembre quedaba suprimida la libertad de prensa, que ya había sufrido un grave percance en virtud del decreto de 8 de julio de 1924 (1). Alternativamente vinieron la ley sobre la milicia fascista, a la cual se consideró una fuerza del Estado; la relativa al Consejo Magno fascista, que se elevó a la categoría de órgano supremo del Estado, y después del cuarto atentado contra Mussolini, el de Bolonia (31 de octubre de 1926) (2), las leyes de excepción por obra

---

(1) Este decreto confería a los prefectos el derecho a aceptar y revocar al gerente, e instituía el método del requerimiento. Al segundo requerimiento, el gerente quedaba automáticamente depuesto, y el prefecto en libertad de aceptar o no una nueva instancia de gerencia.

(2) Los dos atentados anteriores fueron el de miss Gibson (7 de abril de 1926) y el de Lucetti (11 de septiembre siguiente), de los cuales escapó a duras penas Mussolini.

de las cuales fueron disueltos todos los partidos de oposición, suprimidos todos los periódicos antifascistas o afascistas y prohibidas todas las asociaciones no reconocidas por el Gobierno. Este, modificando el Código penal y el procedimiento criminal, instituía un tribunal especial fascista, encargado de juzgar el crimen contra el Estado, y restableció la pena de domicilio forzoso y deportación por delito de opinión.

Entretanto se abatía una ola de violencia sobre los oposicionistas. A su vez conoció Milán las escenas de pillaje que dos años antes conociera Florencia, y en el transcurso de los cuales habían caído asesinados el diputado socialista Pilati y el corresponsal florentino de *Avanti!*, Console. En una redada monstruo, fueron encarcelados millares y millares de ciudadanos militantes de oposición. Conseguían franquear las fronteras unos cuantos *leaders* políticos, periodistas, escritores y sindicalistas, a despecho de las severísimas disposiciones del Gobierno, la creación de una milicia de frontera y la orden dada de hacer fuego contra quienquiera que intentara expatriarse.

Con la ley de 20 de febrero de 1928 completó el fascismo la organización del Estado policíaco. Esta ley suprime de hecho y en principio el derecho electoral. Sustituye las elecciones con el plebiscito, y a los diputados electos con cuatrocientos figurantes designados por el Gobierno y plebiscitados por un cuerpo electoral que no tiene ningún derecho de iniciativa ni de inspección sobre la formación de las listas ni la designación de candidatos. Funcionó semejante ley

el 24 de marzo de 1929 para elegir la Cámara fascista (1) que Mussolini bautiza Parlamento, al igual del famoso fraile Gorenflot (2).

Antes hubo de negociar y firmar el caudillo fascista con el Vaticano un tratado que, al parecer, está llamado a reglamentar la cuestión romana, y que, en realidad, crea una nueva cuestión romana, reconociendo al Papa derechos de soberanía temporal sobre el Vaticano y sobre algunos territorios anejos, y un concordato que, so pretexto de definir las relaciones recíprocas del Estado y de la Iglesia en el territorio italiano, mina la base del principio de la separación de ambos poderes, afirmado por el «Risorgimento», y entrega la escuela al confesionalismo.

Así se ha rematado el ciclo, y quitándose la careta, aparece la dictadura tal como es efectivamente: un poder personal, antidemocrático y antisocialista, sostenido por el alto capitalismo, la monarquía, la Iglesia católica romana y todas las esferas retrógradas.

* * *

(1) El plebiscito de 24 de marzo de 1929, macabra comedia que no tomaron en serio ni los mismos fascistas, dió el resultado siguiente: 8.506.576 votos al Gobierno, y 136.198 votos a la oposición.

(2) «Yo te bautizo, carpa», decía el padre Gorenflot a un conejo que quería comerse en pepitoria un día de vigilia. «Yo te bautizo, Parlamento», ha dicho Mussolini a una Cámara de lacayos el día en que ha estimado conveniente disponer de una dócil asamblea ante la cual pudiera pronunciar sin los riesgos de la contradicción sus discursos «históricos».

Durante la crisis que abarca desde la marcha sobre Roma hasta las leyes de excepción, la acción de la clase obrera se desarrolló pareja a la lucha de las oposiciones parlamentarias contra el Gobierno. Antes del asunto Matteotti, una especie de egoísmo de partido impidió una clara visión proletaria de los problemas del momento. Primero se aplicaron los comunistas a dar de los acontecimientos una explicación infantil, según la cual era culpa de este o aquel jefe cuanto había ocurrido. Decididos a liquidar por todos los medios el movimiento socialista, utilizaron lo más lúcido de su energía para la polémica contra la «traición socialdemócrata y maximalista», englobando en la misma crítica a D'Aragona y Serrati, antes de que éste se aliara a Moscú y reconociera la falta cometida en Livorno (1).

En la derecha del movimiento obrero solía tomarse al maximalismo por responsable de la catástrofe, y se tenía una tendencia muy acusada a dar de lado la acción específicamente socialista para realizar un blo-

(1) En un escrito que hasta cierto punto puede conceptuarse su testamento político, no ha titubeado G. M. Serrati para deplorar lo que llamaba la única falta grave de su vida: «Resultaría inútil en absoluto proseguir una polémica con quien me cree capaz de algún apego a un pasado que deploro con toda sinceridad y considero la única falta grave de mi vida: la de haber puesto mi talento y mi buena fe al servicio de un movimiento que yo creía de unidad proletaria y revolucionaria, y que era todo menos revolucionario.»

que de defensa de las libertades públicas, orientado lo más posible hacia los conservadores.

Por lo que se refiere al centro (maximalista), estaba profundamente acuciado por el deseo de servir de elemento de enlace entre las dos fracciones extremas de la clase obrera y por la necesidad de definir su política frente a la nueva situación parlamentaria, política, social e internacional. Cada vez se hacía más dificultosa la primera tarea, que fracasó en definitiva en marzo de 1924 ante la imposibilidad de constituir el bloque electoral de los rojos.

Pero el asunto Matteotti acercó a los dos partidos socialistas, en el terreno sentimental, desde luego, en el terreno parlamentario (Aventino) y en el terreno ideológico. Porque ambos permanecieron fieles hasta el fin al pacto de las oposiciones, mientras los comunistas, sin perjuicio de haberse adherido a la escisión parlamentaria y al Aventino, volvían a la Cámara poco después, con la ilusión de desarrollar allí una defensa activa de los intereses de la clase obrera. Formuló la adhesión maximalista a este pacto una moción de Nenni, en la cual conviene subrayar cierta afirmación de principio que todavía sirve de base a la actividad socialista contra el fascismo. «El partido socialista italiano confirma una vez más en su integridad sus principios fundamentales. Es y seguirá siendo un partido de lucha de clase y de revolución social. En general, no abandonará su oposición al conjunto de la clase burguesa y del Estado que supone su expresión. Pero, dadas las condicio-

nes presentes, considera que se traiciona los deberes con el proletariado al no aprovechar el conflicto que se manifiesta en el seno de la burguesía, y al olvidar que la defensa de las conquistas hechas ya por las revoluciones anteriores es indispensable para el desarrollo de la lucha de clases y para la obra de realización del socialismo.»

Según este principio, que se inspira en toda la tradición socialista y marxista internacional, y que repudia la tesis infantil de que la burguesía forme un bloque permanente e inflexible de intereses materiales y aspiraciones políticas, el puesto de los socialistas debiera estar en primera fila del combate por la conquista de la democracia política. Y estuvieron, en efecto, siquiera muy disminuídos por la tremenda herencia de la derrota, que se perpetuaba en la escisión.

Aprovechaba ésta al fascismo por una parte, y por otra, a los comunistas. Así, cuando en 1925 se planteó el problema de la unidad socialista (1) ante el proletariado con ardiente voluntad de resolverlo, no a través de una fórmula equívoca dictada por el sentimiento, sino a través de una revisión profunda de

---

(1) Yo mismo planteé este problema al día siguiente del atentado de Zaniboni. Pero debía estar en minoría dentro de la Directiva de mi partido, lo cual retrasó la solución. Había propuesto entonces realizar automáticamente la unidad, considerando como adheridos al P. S. I. a todos los militantes del partido de Matteotti y Turati, que Mussolini acababa de disolver a raíz del atentado.

las faltas del pasado, denotaron su descontento la policía y los comunistas; la primera, redoblando su represión, y los segundos, redoblando sus polémicas. Pero la juventud comprendió inmediatamente el valor revolucionario de la unidad socialista y se agrupó en torno a una revista, el *Guarto Stato*, que vivió —menos de un año—hasta las leyes de excepción—, pero cuya influencia fué considerable (1).

La autocrítica del *Quarto Stato* se afincó en dos puntos fundamentales: la desviación del reformismo, que, rompiendo con el marxismo, doctrina revolucionaria, terminó por una especie de automatismo materialista, de determinismo económico y de oportunis-

---

(1) Dirigida por el doctor Carlo Rosselli y por mí, esa revista constituyó un centro polarizante para una pléyade de jóvenes que luego aportaron un concurso precioso a la batalla socialista ante los tribunales, en la cárcel, en las islas de deportación, en el destierro y en la labor ilegal. Carlo Rosselli organizó la evasión de Filippo Turati, le acompañó a Córcega, regresó después a Italia, fué condenado allí y se evadió por su cuenta definitivamente, y de la manera más dramática, de las islas Lipari, donde estaba deportado, para seguir desde el extranjero la batalla antifascista y socialista. Por el *Guarto Stato* pasaron casi todos los jóvenes socialistas que, en el transcurso de los tres últimos años, han renovado los cuadros del movimiento socialista. Básteme recordar los nombres de Alessandro Pertine, que se expatrió con Turati, volvió a Italia a menudo por necesidades de la causa, se le detuvo allí, condenándole el tribunal especial a doce años de prisición, y gritó frente a sus verdugos: «¡Viva el socialismo!», y de Fernando de Rosa, el joven estudiante autor del atentado contra el príncipe heredero de Italia.

mo parlamentario; la desviación antidemocrática del maximalismo, su impotencia creadora y su incapacidad revolucionaria para agrupar la mayoría de la clase obrera y de la nación en torno a un programa de acción. Como resumen de esta crítica, el *Quarto Stato* planteó el problema de la lucha por la democracia política (república) y llamó la atención de los medios obreros e intelectuales sobre algunos otros problemas concretos y precisos: cuestión agraria, cuestión meridional, evolución de las relaciones sociales y de propiedad en la fábrica. No consideraban las nuevas *élites* el fascismo como una aventura personal, sino como una manifestación típica de la lucha de clase. En él veían, además, el resultado, fatal hasta cierto punto, de las faltas de la clase dirigente italiana, de su espíritu de compromiso y de su incomprensión del problema de la autonomía de conciencia, que es fundamental para la edificación de un régimen de democracia.

Desde este punto de vista, se asimilaba el *Quarto Stato* a los estudios de la *Rivoluzione Liberale*—una revista que, bajo la dirección de Pietro Gobetti, muerto luego en el destierro, en París, ejerció una influencia muy marcada sobre la juventud universitaria y la crema de la burguesía intelectual, despertando en ella la conciencia liberal que dormitaba, y sin perdonar en sus críticas al giolittismo ni a la monarquía— y a los estudios de *Crítica Política*, que dirigía el republicano Zuccarini y combatía en el Estado militar

y burocrático y en el centralismo las causas permanentes de la reacción política.

A fines de 1926, vinieron las leyes de excepción a interrumpir el proceso del reagrupamiento de una nueva oposición que no tenía las debilidades, ni la prisa ni el espíritu superficial de la oposición aventiniana parlamentaria, sino que se situaba frente al fascismo, con una conciencia esclarecida de todos los datos del problema, de todas las dificultades de la lucha y de la complejidad de las causas próximas y remotas que actuaban en el origen de la crisis de la libertad italiana. A esta obra se adhirieron en el extranjero los desterrados, y prosiguió clandestinamente en Italia. Serán visibles sus resultados el día de la lucha definitiva por la libertad italiana.

En cuanto a la unidad socialista, era un hecho consumado desde el Congreso del partido socialista italiano en Grenoble (16 y 17 de marzo de 1930), donde la mayoría censuró la escisión por nefasta, y trazó el programa de la unidad, invitando a ella a todos los socialistas (1).

* * *

(1) Después del Congreso de Grenoble, el Partido Socialista de los Trabajadores Italianos (Sección Italiana de la Internacional Obrera Socialista) se declaraba dispuesto a la unidad. Esta fué acordada en el Congreso de la Unidad, que se ha celebrado en París el 19 y 20 de julio de 1930. El presidente de la Internacional, Vandervelde, y el secretario, Adler, así como numerosas delegaciones extran-

Necesariamente, debía tender con todas sus fuerzas el fascismo a la supresión de la lucha de clase. Tal es el sueño dorado y la pesadilla de todos los reaccionarios. Contra las manifestaciones de la lucha de clase, reaccionó Mussolini con su habitual empirismo. Por lo pronto, empezó incorporando al fascismo los principios esenciales del sindicalismo socia-

---

jeras, han participado en él dando al Congreso el esplendor de una gran manifestación internacional.

El Congreso ha votado por unanimidad la «Carta de la unidad» presentada por Nenni y Treves. He aquí el texto:

«El Congreso de Unidad del P. S. I. (SIOS), reunido en París el 19 y el 20 de julio de 1930, saluda en la unidad socialista el comienzo de un nuevo período de actividad y de lucha del Partido; dirige a los antiguos militantes, así como a los jóvenes, un llamamiento para que vuelvan a ocupar su puesto de responsabilidad y de combate en el Partido de la clase obrera, y resume en los puntos siguientes la Carta de la Unidad:

1.° El P. S. I., inspirándose en la doctrina marxista y en la experiencia de las luchas decenales de emancipación de la clase obrera italiana, de la que es el P. S. I. su expresión política, afirma como fin de su actividad la liberación de la humanidad, de la esclavitud política y económica del capitalismo.

2.° El P. S. I. realiza su labor por medio del desarrollo de la lucha de clases, dando a la clase obrera conciencia del estado de opresión que engendra para ella el sistema capitalista, organizando a los trabajdores en el terreno sindical y político, y luchando por la conquista de los Poderes públicos con objeto de transformarlos de instrumentos de opresión en instrumentos de liberación de la clase obrera explotada.

3.° El P. S. I. lucha para organizar un régimen de

lista y transponiéndolo del plano internacional al plano nacional. Después, convertido del todo en mandatario de la burguesía, intentó asentar las bases de un sindicalismo obrero avasallado por el Gobierno y entregado al Patronato. Debiera ser mito de este sindicalismo el interés nacional, considerado como absorbente y decisivo ante las menudencias de los in-

---

democracia en el cual el libre desenvolvimiento de cada uno sea la condición del libre desenvolvimiento de todos. Democrático en sus fines, lo es también en la elección de los medios de lucha. Sin embargo, considera la rebelión como ejercicio del derecho inalienable del proletariado para repeler la violencia de las clases dominadoras contra la autonomía de la clase obrera y contra la libertad.

4.º El P. S. I. no rechaza *a priori* ninguna táctica. Emplea los medios que juzga adecuados para asegurar sus fines inmediatos. Cuando contrae alianzas políticas con otros partidos conserva su carácter de partido de la clase obrera, en oposición fundamental con el régimen capitalista.

5.º Frente al régimen fascista que, para esclavizar a los trabajadores y para ahogar la libertad, ha coaligado al capital con la monarquía y el papado, el P. S. I. hace un llamamiento a las masas obreras y a todos los espíritus libres para que encuentren en la conciencia de sus intereses y en los intereses generales de la nación la voluntad inflexible y la fuerza para abatir la dictadura e instaurar la República democrática de los trabajadores.

6.º El P. S. I. persigue la solución de los problemas nacionales italianos en el plan de la política general del I. O. S., política de guerra a la guerra, de arbitraje, de desarme y de solidaridad entre los pueblos unidos en una voluntad común de paz, de redención del trabajo y de libertad.

El Congreso unificador tuvo lugar en París los días 19 y 20 de julio de 1930.

tereses individuales y de categoría. Resultó catastrófico en absoluto su fracaso. En tanto que el fascismo ha respetado el derecho teórico a la libertad de asociación, y en tanto que ha funcionado bien o mal la C. G. T., los obreros han desertado de los Sindicatos fascistas, que no existían sino en el papel. En 1924, a la vista de los jefes fascistas, una tentativa de huelga de metalúrgicos, cuya iniciativa había tomado el Sindicato fascista de Brescia, se transformó en huelga general que englobaba toda la Lombardía, y pasó automáticamente a la dirección de la C. G. T. Asimismo han asegurado mayorías imponentes a los «rojos» las elecciones de comisiones internas de fábricas mientras las ha tolerado el Gobierno. A tal extremo, que, constreñido a abandonar la esperanza de un compromiso con la C. G. T., el fascismo emprendió de modo violento la ofensiva que debía concluir por la disolución de la C. G. T. y la supresión del derecho de organización.

La primera ley orgánica fascista sobre los Sindicatos es la de 3 de abril de 1926. Estipula que sea voluntaria la adhesión. En cambio, son obligatorias las cuotas. Así han impuesto los fascistas el lado negativo y oneroso del Sindicato obligatorio. Se está obligado a pagar sin estarlo a adherirse. (Esto en cuanto al espíritu de la ley, porque en la realidad es indispensable la carta de los Sindicatos fascistas a quien quiera trabajar, y de ahí que se la llame «carta de pan» en Italia.) Aun cabría decir que se inspira la ley en la preocupación de cerrar la puerta

de los Sindicatos a los indeseables. Los artículos 4 y 7 estipulan que se requiere presentar un certificado de buena conducta política y moral «desde el punto de vista nacional» para adherirse a los Sindicatos fascistas, únicos que tienen la representación jurídica de los obreros.

Tal como está redactada, la ley deja subsistir la duda de que, al menos, permanece íntegra la libertad de organización sindical. Incluso afirma el artículo primero que, para obtener el reconocimiento jurídico de un Sindicato, basta la adhesión de una décima de la categoría. El artículo 12 reconoce de la manera más explícita, como organizaciones de hecho, a los Sindicatos no legalmente reconocidos.

Pero no han hallado gracia ante el fascismo ni los Sindicatos socialistas ni los Sindicatos cristianos.

Por lo que a los Sindicatos fascistas atañe, son unos negociados de filiación. En ellos no tienen derecho alguno los obreros: ni de elección, puesto que designa a los funcionarios el ministro de Corporaciones, de acuerdo con el ministro del Interior; ni de iniciativa, puesto que no hay asambleas; ni de crítica, puesto que, según declaración del propio ministro de Corporaciones, nunca han podido los obreros llamar al pan pan y al explotador explotador (1).

Otro aspecto característico de la ley de 3 de abril de 1926 es que prohibe la huelga y el *lock-out*, con-

---

(1) Discurso del ministro Bottai en el Congreso de Corporaciones en Milán.

siderados como crímenes de lesa nación. En cambio, instituye una magistratura del trabajo, con la misión de resolver los conflictos sociales.

La propaganda fascista ha ensalzado mucho esta magistratura. Ha hecho estado, como de un documento histórico, de la Carta del Trabajo que publicó el Gobierno el 21 de abril de 1927. Contiene la Carta en cuestión unos cuantos principios universalmente admitidos; pero se trata de un pedazo de papel en el verdadero sentido de la palabra. De derecho y de hecho, es hoy de lo más lamentable la situación de los trabajadores italianos, no sólo porque están pagados con jornales míseros, sino porque se hallan indefensos por completo frente a un patronato potentemente organizado.

En 1928 se celebró en Roma un Congreso Sindical fascista. Aun cuando los delegados eran políticos designados por el Gobierno, tuvieron que comprobar cómo sólo la patronal se había aprovechado de la colaboración de clase a sus anchas. Por muy al dictado que fuese, no satisfizo mucho al Gobierno este Congreso, a juzgar por el hecho de que, unos meses más tarde, procedía a la disolución de la Confederación General de Sindicatos Fascistas (grosero remedo de la C. G. T.), sin dejar subsistir, según los nuevos conceptos corporativos, más que las organizaciones de categoría. Para el fascismo, en efecto, no suponen las clases otra cosa que una abstracción. Para él sólo existe el productor, a quien, como tal,

conviene organizar sobre una base corporativa, no con espíritu de clase, sino meramente jurídico.

Por otra parte, en la dictadura fascista no desempeñan más que una función decorativa la ley sindical, la Carta del Trabajo y la organización burocrática del ministerio de Corporaciones, pues el fascismo es forzosamente incompatible con los intereses de la clase obrera. Todos los testigos de la experiencia, los industriales los primeros, admiten que la clase obrera le es hostil de todo punto.

No tiene ello por qué sorprendernos, ya que, cuando han obtenido las masas cierto grado de conciencia, sólo se muestran sensibles a las conquistas que arrancan por lucha viva. Se ha pretendido que el fracaso del sindicalismo fascista proviene exclusivamente de la crisis económica. No es verdad sino en parte. Proviene sobre todo de la supresión de libertad. Aunque, al igual de Napoleón III o Guillermo II, hubiera podido Mussolini compensarla con un aumento de bienestar, no habría podido impedir la formación de una oposición vigorosa; quizá, por el contrario, hubiese facilitado su desarrollo. Bajo el Segundo Imperio, a la hora en que se extendía la riqueza de París a Francia, las comunicaciones de los prefectos se denotaban unánimes en comprobar la irreductible aversión de las masas para la dictadura. En Alemania, bajo el Imperio, ha podido registrarse el mismo fenómeno. Ya antes de la guerra era de lo más amplia la legislación social alemana. No obstante lo cual, aumentaban las fuerzas de oposición al Imperio, y bastó

que perdieran una guerra Napoleón III y otra Guillermo II, debilitándose así el aparato burocrático y militar de represión y policía, para que a sus plantas se abriera la sima de la Revolución y los tragase.

Suene en Italia una de esas horas decisivas que comportan la prueba del fuego para las naciones y los regímenes, y ya se verá qué abismos de odio oculta la apariencia de orden impuesta por un régimen que sólo puede subsistir a condición de asustar.

Mientras, hacía el mayor elogio de los obreros italianos Mussolini mismo en el discurso en que exhortaba a los suyos a no ilusionarse acerca del proletariado urbano, «irreductiblemente» hostil, y a confiar en las generaciones jóvenes.

Las jóvenes generaciones obreras e intelectuales son tan antifascistas o más que sus mayores.

Desde hace tres años, el Tribunal especial fascista, del cual podría decirse, parafraseando una definición de Enrique Heine, que no es más que un miedo armado, ve desfilar ante sus jueces a una juventud ardiente, pletórica de valor, de ímpetu y de desprecio; que escupe al rostro de sus verdugos; que reivindica como un honor su pensamiento comunista, socialista o republicano; que canta *La Internacional* al escuchar las sentencias condenatorias; que responde con el grito de: «¡Viva la Revolución!» a la requisitoria del ministerio público; que sonríe con

la íntima certeza de un próximo porvenir donde se trocarán los papeles (1).

En las prisiones sufren millares de militantes con un valor admirable los contragolpes de una represión rabiosa. En las islas de deportación, no se llora, sino

---

(1) En este libro no he hablado mucho de la actuación del partido comunista. No obedece ello a prevención, sino a que ha sido esta actuación muy borrosa hasta 1927. A los ojos del proletariado italiano lleva el tal partido sobre sí la pesada responsabilidad de la escisión. Después de ésta, no ha consistido la tarea principal de los comunistas en combatir la dictadura, sino en combatir a los socialistas y en desenmascarar a presuntos jefes contrarrevolucionarios. Ha constituído un modelo de iniquidad la campaña contra Serrati antes de que se adhiriera al partido en cuestión. Hoy comparto con Modigliani los honores de los ataques comunistas. Esto no me impide decir—porque es la verdad—que, aunque se haya identificado secundaria la actuación de su partido contra el fascismo desde 1922 a 1926, y aunque deba advertirse que ha contribuído al éxito del fascismo la violencia de las polémicas comunistas contra los antiguos jefes socialistas, después de las leyes de excepción, y particularmente en 1927, 1928 y 1929, el partido comunista, por el contrario, ha ejecutado un esfuerzo heroico de veras en la lucha ilegal. Durante este período ha aprovechado el hecho de ser un partido de jóvenes y los medios que a su disposición ha puesto la Internacional Comunista. Pero, si son necesarios en la lucha ilegal los medios amplios, no bastan: hacen falta hombres, y hombres entusiastas, valientes, decididos a no retroceder ante los mayores sacrificios. La *élite* comunista ha estado a la altura de su tarea, y a la hora actual, puebla los presidios mussolinianos. Sin embargo, continúa manifestándose débil la irradiación del citado partido, lo cual se debe a lo absurdo de su plataforma política.

que se sueña con el alba de la Revolución. En el destierro, fusionan a militantes viejos y jóvenes el espíritu y la voluntad de un próximo desquite.

Conforme se muestran lúgubres y silenciosas las calles italianas, en las fábricas, donde gravita una abrumadora disciplina de hierro, y en las escuelas, fascistizadas y clericalizadas, se forja una nueva *élite* de espíritus libres y caracteres de acero, que se prepara a los combates de mañana.

Al propio tiempo, la dictadura está en plena crisis. No ha resuelto ninguno de los problemas sociales y políticos que originaron la crisis del Estado, y los ha agravado todos al inmovilizarlos por fuerza. No llega a salir de la atmósfera terrorista. Infunde miedo y más miedo; pero no consigue asegurar al país un orden consentido libremente.

En la política económica le corresponde la tremenda responsabilidad de la crisis del mercado, de los negocios, de los precios, que se traduce por un malestar general, por un aumento del paro y por la miseria de las clases obreras.

En el dominio del espíritu, de las ideas, de la cultura, de la poesía y del arte, implica un desierto.

El país se ahoga. Numerosos son los mismos fascistas y los cómplices de la dictadura sobre cuyas almas pesa la angustia de la duda (1). Confinada ofi-

(1) El Vaticano ha entrado en lucha abierta con el fascismo. Muy al comienzo, el Vaticano ha considerado el progreso del fascismo y la marcha sobre Roma con una especie de simpatía mezclada con desconfianza. No podía

cialmente, la oposición de las cosas y los ánimos resulta inasequible, indomable, cada vez más decidida, cada vez más vigorosa.

Y ese socialismo, al que se proclama muerto, constituye hoy la mayor fuerza moral de los italianos y constituirá la realización italiana de mañana.

---

dejar de ver que el éxito del fascismo significaba la destrucción del movimiento político y sindical católico, pero, por otra parte, encontraba de nuevo en la base de la ideología fascista los principios mismos del «Syllabus». No ignoraba que la religión no era para Mussolini y para el fascismo más que un medio de gobierno, y por otra parte, tenía que poner en relieve la conversión hipócrita del jefe fascista, el cual, después de la marcha sobre Roma, se apresuraba a contraer matrimonio canónico y a bautizar a sus hijos. No ignoraba tampoco el fondo pagano del fascismo, pero quería aprovecharse ampliamente de las concesiones que el Estado estaba dispuesto a hacer a la Iglesia. Así fueron negociadas—febrero de 1929—la Conciliación—que ha hecho del Papa el soberano de un Estado temporal minúsculo—y el Concordato—que abría las puertas de la escuela a los curas.

Pero la Iglesia católica reivindica tanto como el Estado fascista el monopolio de la educación de la juventud. El conflicto era, pues, inevitable. Estalló el día en que la Acción Católica—que era la única Asociación tolerada en Italia—ha constituído una amenaza seria para las organizaciones fascistas, convirtiéndose, a pesar del Papa, en un foco de antifascismo. Mussolini ha resuelto el conflicto a su manera, es decir, empleando medios violentos. El Papa lo ha resuelto también a su manera, es decir, con la Encíclica del día de San Pedro—29 de junio de 1931—, cuya repercusión, aun no siendo más que moral, ha sido tan resonante y eficaz, que ha podido decirse que el fascismo no había recibido todavía un golpe tan duro.

INDICE

Páginas

PRÓLOGO 9

I.—EL «RISORGIMENTO» Y LA PRIMERA INTERNACIONAL.

El despertar de la conciencia nacional italiana.—La victoria de los moderados y el problema de la libertad.—Las ideas sociales del «Risorgimento».—La Primera Internacional.—El conflicto entre Marx y Bakunin 15

II.—LA FORMACIÓN DEL PARTIDO SOCIALISTA

Derecha e izquierda burguesas ante el movimiento obrero.—La formación del partido obrero.—Crispi y el colonialismo. Los estudios marxistas.—El Congreso Socialista de Génova 39

III.—SEIS AÑOS DE REACCIÓN.

Los «Haces Sicilianos».—El estado de sitio.—Las leyes excepcionales de Crispi. La dictadura del sable.—El estado de sitio en Milán.—El renacimiento del espíritu liberal.—El obtruccionismo en la Cámara.—La victoria de los bloques de izquierda.—El regicidio de Monza. 59

Páginas.

IV.—Bajo el signo del compromiso.

La era liberal.—La huelga de Génova. Giolitti en el Poder.—El derecho de huelga.—La política de coalición.—La polémica entre reformistas y revolucionarios.—La primera huelga general.—La guerra colonial en Tripolitania.—La victoria de los revolucionarios en el Congreso de Reggio-Emilia... 83

V.—El partido socialista contra la guerra.

La expulsión de los francmasones.—Las elecciones de 1913.—La «semana roja». La guerra.—La batalla socialista por la neutralidad.—Zimmewold y Kiental.—La revolución rusa.—Caporetto.—El Congreso de Roma.—La paz... 111

VI.—El leninismo.

Los problemas de la postguerra.—¿Constituyente o dictadura del proletariado? Los primeros conflictos.—El motín contra la vida cara.—El Gobierno Nitti.—La expedición de D'Annunzio a Fiume. Los Congresos socialistas de Bolonia. Las elecciones del 16 de noviembre de 1919... 133

VII.—La ocupación de las fábricas.

La autoridad del movimiento socialista.—El problema del Poder.—Las huelgas económicas y políticas.—El retorno al poder de Giolitti.—Causas y consecuencias de la ocupación de las fábricas... 167

Páginas

VIII.—El fascismo y la escisión socialista

Un bloque antisocialista de intereses y rencores.—El nacimiento del fascismo en Bolonia, epicentro de la ofensiva agraria.—La escisión de Livorno.—Las elecciones del 15 de mayo de 1921...... 191

IX.—La abdicación del Estado liberal.

El Ministerio Bonomi.—El pacto de pacificación. — El Congreso Socialista de Milán.—La decadencia del parlamentarismo.................................... 213

X.—La derrota socialista.

La Alianza del Trabajo.—Una nueva escisión socialista.—De Facta a Facta.—Filippo Turati en el Quirinal.—La huelga general de agosto.—Los fascistas, dueños de la calle.............................. 237

XI.—La marcha fascista sobre Roma.

La adhesión de los fascistas a la monarquía.—Industriales y banqueros costean la marcha sobre Roma.—El destrozo de la Constitución.—El primer Ministerio fascista.—La característica de la primera fase de la dictadura.................. 261

XII.—El asunto Matteotti.

Las elecciones del 6 de abril de 1924.—Formación de una oposición burguesa. El asesinato del diputado socialista.—Un duelo dramático entre la oposición y Mussolini. — El rey, cómplice del crimen.. 281

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CONTROL

Páginas

XIII.—La dictadura.

Los atentados.—La creación del Estado policiaco.—Las leyes de excepción.—La unidad socialista.—La quiebra del sindicalismo fascista.—La crisis de la dictadura 309

ACABÓSE
DE IMPRIMIR
ESTE LIBRO EN
MADRID, EN LOS TA-
LLERES TIPOGRÁFICOS DE
PRENSA MODERNA
EN EL MES DE
SEPTIEMBRE DE
MCMXXXI